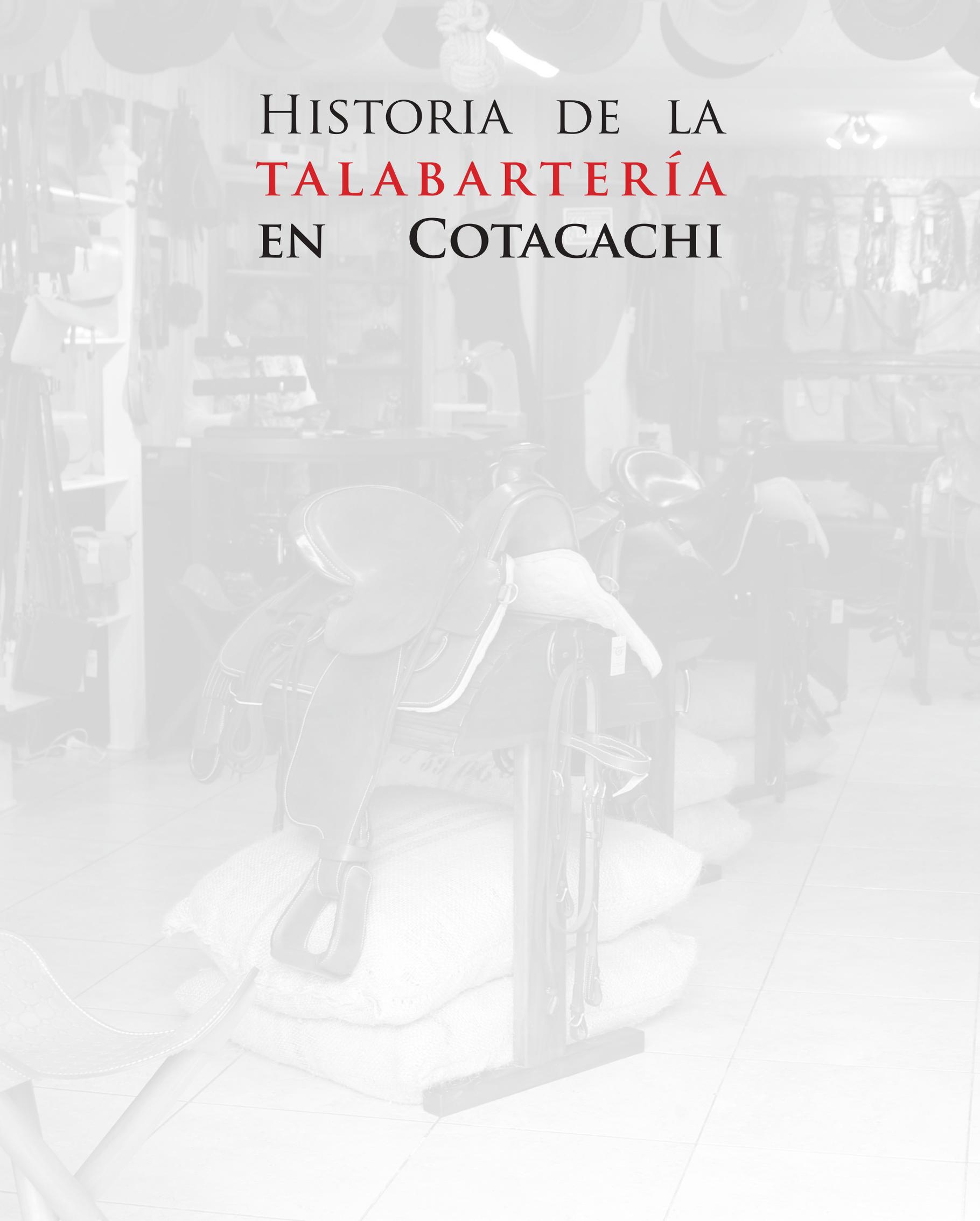


# HISTORIA DE LA TALABARTERÍA EN COTACACHI

Raúl Clemente Cevallos \* Miguel Posso Yépez  
Miguel Naranjo-Toro \* Iván Bedón  
\* Rolando Soria







HISTORIA DE LA  
**TALABARTERÍA**  
EN COTACACHI

■ Santa Ana de Cotacachi,  
patrona del cantón.



# Autores

Raúl Clemente Cevallos \* Miguel Posso Yépez

Miguel Naranjo-Toro \* Iván Bedón

\* Rolando Soria

**Rector**

PhD. Marcelo Cevallos Vallejos

**Vicerrector Administrativo**

Dr. Miguel Naranjo Toro

**Editorial**

Universidad Técnica del Norte  
Avenida 17 de Julio, 5 21  
Ibarra - Ecuador  
Telf. 593 (6) 299 7800  
editorial@utn.edu.ec

**Presentación**

Los autores

**Fotografía**

Miguel Posso Yépez  
Raúl Clemente Cevallos  
Iván Bedón  
Andrés Villacreses

**Revisores académicos externos**

MSc. Juan Carlos Echeverría  
Pontificia Universidad Católica del Ecuador - Sede Ibarra  
MSc. Edwin Agustín Carrión Albuja  
Pontificia Universidad Católica del Ecuador - Sede Ibarra

**Par revisor interno**

PhD. Albert Arnavat  
Universidad Técnica del Norte

**Idea creativa**

**Diseño y diagramación**

Ana Lucía Mediavilla

**Edición digital fotográfica**

Gandhy Godoy  
Julián Posada

**Corrector de estilo y asesoría lingüística**

Dr. Víctor Hugo Pinto

**Primera edición**

diciembre 2018

**© de esta edición**

Editorial Universidad Técnica del Norte

**© de los textos y fotografías**

sus respectivos autores, 2018

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin la previa autorización escrita por parte de la editorial.

**Edición impresa**

ISBN: 978-9942-784-50-6

**Edición digital**

ISBN: 978-9942-784-49-0



# D EDICATORIA

Esta obra que ponemos a consideración del pueblo de Cotacachi la dedicamos a todos esos hombres y mujeres de este terruño que partieron al cielo y siempre trabajaron, en todas las artes y oficios, con tesón, mística y compromiso por su desarrollo y para el bienestar de sus familias. Las bases éticas de su convivir diario, los valores con que se desarrollaron en la vida y el trabajo arduo que siempre demostraron, dejaron a las nuevas generaciones una impronta única y característica que de seguro está dando sus frutos. Cotacachi es y será un colectivo de personas que se levantan firmes y comprometidos por un bien común, sin embargo de las adversidades que en el camino de esta vida se presentan.

También dedicamos este trabajo a los actuales talabarteros y a sus mentores, maestros, oficiales y operarios que son los guardianes de un legado que corre el riesgo de perder la importancia que tiene y tuvo en el desarrollo de este pueblo tutelado por el volcán que lleva su nombre.





# A

## GRADECIMIENTOS

1. A las autoridades de la gloriosa Universidad Técnica del Norte, quienes no desmayan, a pesar de las limitaciones económicas, en seguir apoyando a la investigación y cultura, más aún cuando estos elementos tan importantes para el desarrollo de una sociedad, satisface demandas de los pueblos con los que la institución se compromete para coadyuvar en el desarrollo del país.
2. Al Gobierno Autónomo Descentralizado del cantón Cotacachi, quien prestó todo el apoyo para el desarrollo de la investigación, desde el Departamento de Comunicaciones del municipio con su jefe, Edison Navarro, y con Rodrigo Cabascango, quien siempre nos acompañó con la videocámara a documentar la información de campo.

Un reconocimiento especial a todas aquellas personas que sin escatimar ningún esfuerzo nos brindaron su amistad e información histórica y actual de sus vidas, familias y conocidos a través de entrevistas, fotografías y documentos que nos emocionaron y transportaron en el tiempo y nos permitieron utilizarlos para que sus biografías, sean conocidas por la sociedad por medio de esta obra, la misma que la ponemos a consideración de la sociedad en general y en especial del cantón Cotacachi.

■ Panorámica del cerro Cotacachi  
(Jonathan Terreros).



---

# P RESENTACIÓN

Cuando hace un par de años surgió la idea de rescatar y escribir la historia de la talabartería en Cotacachi, por interés de dos miembros de este equipo de investigación, Raúl Clemente Cevallos, cotacacheño de nacimiento y corazón, y Miguel Posso Yépez, con raíces maternas cotacacheñas, se conformó con el apoyo de las autoridades de la Facultad de Ciencias Administrativas y Económicas (FACAE) y la Facultad de Educación, Ciencia y Tecnología (FECYT), un equipo multidisciplinario al que, a los dos investigadores mencionados, se sumaron los investigadores Miguel Naranjo Toro, Iván Bedón y Rolando Soria. Este equipo de trabajo vio la oportunidad de servir a un pueblo en función de no dejar perder una historia apasionante, más aún cuando varios de los informantes calificados, hombres y mujeres de avanzada edad relacionados directa o indirectamente con este oficio, están dejando esta vida terrenal, con ellos se irá una información valiosa que las guardan en sus mentes y recuerdos que es necesario la conozcan las nuevas generaciones para que sepan con certeza de dónde provienen y tracen su futuro en función de ese pasado laborioso y apasionante.

Para que el lector comprenda de manera lógica y cronológica la historia de la talabartería en Cotacachi, este libro se lo ha estructurado en capítulos con imágenes (fotografías y documentos) que pretenden, a quien lee este documento, transportarle en el tiempo y espacio de su historia.

El primer capítulo es básicamente una investigación documental, donde el lector conocerá primero los datos históricos más relevantes de Cotacachi desde antes de su fundación como cantón.

En el segundo capítulo ya se entra en el tema de la talabartería; con la poca información documental y fundamentalmente con la información de las entrevistas, se cuenta la historia de este oficio antes de la Segunda Guerra Mundial.

Una de las épocas duras para la humanidad entera, fue la de la Segunda Guerra Mundial, desde 1939 a 1945 el mundo entero convulsionó, pero paradójicamente para Cotacachi, fue una época de bonanza, en la que los talleres de talabartería se multiplicaron y el número de personas que se dedicó a este oficio, prácticamente abarcó a toda la población de la ciudad, incluido niños y amas de casa; todos trabajaban en la talabartería para producir artículos de cuero que las fuerzas aliadas requerían. Razón por la cual, el tercer capítulo, describe esta época de oro.

Luego de terminada la Segunda Guerra Mundial, súbitamente el oficio de la talabartería se paralizó, los pedidos de artículos de cuero como cigarreras, cartucheras y otros que los norteamericanos requerían se suspendieron. Cotacachi inició un período de depresión, en el que la gente, al no tener trabajo, tuvo que tomar decisiones extremas. Una gran cantidad de cotacacheños se vieron obligados a migrar hacia el vecino país de Colombia, se establecieron mayoritariamente en Bogotá, en grandes fábricas de elaboración de productos de cuero de ese país e inclusive algunos optaron por emprender con sus propios talleres de talabartería. Esta época se la ubica en el cuarto capítulo de este libro.

Las tres últimas décadas del siglo pasado y la primera de este, fueron años con altibajos para los talabarteros, de alguna manera incidió en este oficio las convulsiones sociales, económicas y políticas de estos años, en la que los cotacacheños dedicados a este oficio, consolidaron sus gremios y asociatividad en general. Además, fue importante para el oficio de la talabartería las innovaciones en diseño y maquinaria que trajeron quienes tomaron la decisión de regresar de Colombia; no menos importante es el espíritu emprendedor de muchos talabarteros que iniciaron con almacenes en la calle 10 de Agosto. En el quinto capítulo cuenta ciertos detalles de estas últimas décadas de la talabartería.

Consecuentes con la naturaleza humanística de esta investigación, tomando en cuenta que la historia de vida de cada persona es apasionante, en el sexto capítulo lo dedicamos a describir historias de vida de varios talabarteros de Cotacachi. Se nos quedan en carpeta muchas historias de vida de tala-



barteros actuales y desaparecidos; algunos talabarteros o sus familiares, no quisieron ser entrevistados, mientras que a otros fue imposible localizarlos, pero los que constan en este apartado de alguna manera dan una idea o representan lo que es y fue el oficio de la talabartería en el cantón Cotacachi.

No se puede pasar por alto a todos quienes mantienen en la actualidad este noble oficio de la talabartería, herederos de un trabajo digno y laborioso por el que a Cotacachi se lo reconoce nacional e internacionalmente. En el séptimo capítulo se realiza una breve descripción de cada uno de estos hombres y mujeres.

Todos los cotacacheños conocen el olor de un taller de talabartería y muchas de las herramientas con las que sus paisanos forjan el cuero para transformarlo en útiles y hermosos productos; por esta razón el capítulo octavo se lo dedica a describir de una manera rápida las herramientas e insumos de este oficio, de tal manera que el lector tenga una idea clara del contexto laboral de cada uno de los talleres de talabartería.

Este pequeño aporte a la historia de la talabartería, con seguridad es solo una parte de esta maravillosa y gran historia de Cotacachi; es más, cada taller y cada persona, que vivió y vive, tiene tanto que dar, aportar y contar, de tal manera que las nuevas generaciones de investigadores locales y nacionales tienen todavía mucha materia prima para futuras investigaciones; tienen un reto que si lo toman de seguro mejorarán la presente investigación.





■ Santa Cecilia, patrona de los músicos de Cotacachi.

---

# NOTA DE LOS AUTORES

Es importante aclarar que la gran mayoría del texto escrito en este libro es producto de la caracterización de las entrevistas realizadas a más de cincuenta personas de Cotacachi que muy amablemente nos brindaron información, previo a la firma de un consentimiento informado. También la transcripción de sus relatos e ideas (con la respectiva cita) es parte del texto.

Fundamental es mencionar que, en este afán de que se entienda con facilidad el texto de este libro, los autores hemos decidido que con la palabra “talabartero” se entiende a todas las personas, hombres y mujeres de Cotacachi, que en sus talleres trabajan en el oficio de la elaboración de productos con cuero; es decir no hacemos diferencia, aunque en ciertos casos lo hacemos, cuando es estrictamente necesario, entre talabarteros, peleteros y marroquinos. Además, para definir como talabarteros a todos quienes elaboran artículos con cuero, partimos del hecho de que las palabras son polisémicas y que responden a un contexto social y cultural donde se las utiliza; en este caso, en Cotacachi cuando se habla de un taller de talabartería o simplemente de un talabartero, se refieren a todos sus coterráneos que trabajan con cuero para elaborar monturas, carteras, billeteras, portafolios, etc.

A lo largo del texto, en especial de los capítulos que cuentan la historia de la talabartería, puede el lector encontrar versiones distintas de personas a veces contradictorias de hechos o acontecimientos, la razón es que en estos capítulos se transcribe o caracteriza lo mencionado por los informantes en las entrevistas a profundidad, y claro, sus alocuciones están en función de su memoria y a veces su particular manera de ver la realidad.

Finalmente se debe mencionar que, a costa de perder cierto rigor científico, se ha decidido utilizar un lenguaje sencillo y “digerible” que permita al lector entender con facilidad la historia y actualidad de este apasionante arte y oficio: LA TALABARTERÍA DE COTACACHI.

■ Casa emblemática de Cotacachi,  
de propiedad de la familia  
Ruiz Gómez.



---

# P RÓLOGO

PhD. Elisabeth A. Mager Hois  
**Profesora de la Universidad Autónoma de México**

Este interesante libro sobre el oficio de la talabartería en Cotacachi, Imbabura, Ecuador, es un testimonio del valor de los artesanos de esta localidad y de su lucha por la supervivencia económica y cultural, sobre todo, cuando en la actualidad pocos trabajan en este oficio tradicional de gran calidad estética.

El rescate documental juega en este asunto un papel extraordinario debido a la concientización de la cultura de Cotacachi, como mencionan los autores de este libro, porque se trata de “satisfacer las necesidades espirituales de los seres humanos en torno a la cultura estética”. Mathias Bös llama esta conciencia étnica como un proceso de una “etnicidad reflexiva” que surge cuando la etnicidad de un pueblo se encuentra en peligro. En el caso de Cotacachi, los autores se refieren al peligro de la desaparición de este oficio ante la industrialización del país. Por este motivo, destacan la importancia de identificación de esta localidad con el oficio tradicional de talabartería que llegó a una prosperidad considerable con la llegada de los migrantes europeos formando “en los nativos a los primeros maestros en el arte del trabajo con el cuero”<sup>1</sup>. Como se menciona en el libro, los talabarteros elaboraban monturas con sus atalajes, polainas de cuero, entre otros artículos de cuero repujado sobre relie-

---

<sup>1</sup> Según los autores, “antes de la llegada de los ibéricos, los andinos eran expertos en el arte de curtido”.

ve de madera. La artesanía de la talabartería florecía con la formación de “gremios de maestros”, debido a la elevación de Cotacachi a la categoría de cantón, en el año 1919, satisfaciendo las necesidades de los hacendados, mayordomos y arrieros, según los autores.

En la época de la Segunda Guerra Mundial, la Talabartería de Cotacachi vivió un auge extraordinario por las demandas estadounidenses; por ejemplo, se solicitaron, en gran cantidad, cigarreras, chaucheras, cantimploras y cananas, maletas y valijas de cuero, entre otros artículos. Eran “curtidas y manufacturadas, totalmente a mano”. Según los autores, toda la familia trabaja con mucho afecto, y “su economía sufre un proceso forzado de transición desde la economía moral y de subsistencia hacia la economía de mercado”.

Además, se observan representaciones esenciales de la vida social en forma ritual y colectiva andina, caracterizada por el altruismo artesanal y la recreación de los niveles de reciprocidad; no sólo se trataba de la instrucción artesanal, sino también de formación de clubes deportivos, de música a estilo de Rumba Habana y organización de fiestas cívicas y religiosas; en total, una verdadera convivencia hogareña entre maestros y alumnos de los talleres.

Empero, con el término de la Segunda Guerra Mundial, la demanda de la producción artesanal de talabartería descendió considerablemente que llevó a una crisis económica de Cotacachi, lo que provocó la migración al país vecino de Colombia y a otros países, como Venezuela, México y Panamá, para estudiar y trabajar como obreros especializados en factorías de artículos de cuero en talleres de marroquinería, formando de esta manera una clase media de modelo norteamericano. Es entonces cuando la talabartería se cambia por la marroquinería, un arte semi-industrializado, según la explicación de los autores. Se producían, bolsas, carteras, billeteras, cinturones, botas y guantes, entre otros artículos, con diferentes texturas y calidad, con herramienta y maquinaria especializada.

En este contexto, los autores hablan también de la adaptación de los cotacacheños a la moda de la época, así como de la adquisición de camionetas Ford como nuevo estilo de vida. Al regresar de Bogotá, algunos artesanos lograron conformar “empresas corporativas” para emprender un nuevo proyecto artesanal en 1996. Finalmente, como mencionan los autores, marroquineros de Cotacachi llegaron a Estados

Unidos para trabajar en fábricas de estilo Fordista, en donde experimentaron una enajenación del trabajo, contraria al trabajo de forma autónoma en los talleres tradicionales de Ecuador. El trabajo en serie despersonalizaba a los obreros de la fábrica, sirviendo al consumismo de la sociedad capitalista y a la formación de clases sociales.

El proceso del desarrollo artesanal y económico de la talabartería en Cotacachi nos muestra un cambio estructural de esta ciudad ecuatoriana: los talabarteros empezaron como artesanos y llegaron a ser marroquinos y obreros calificados de un sistema capitalista, en donde los valores de la sociedad andina de reciprocidad y cohesión de grupo, sufren un cambio drástico de enajenación laboral en una sociedad individualista, porque en el momento que se cambia la estructura económica, se cambia también la superestructura, denominada como “estructura ideológica” por Gramsci.

Para Rodolfo Stavenhagen, la estratificación social difiere mucho de los países industrializados del primer mundo, debido al dualismo o la coexistencia de estructuras existentes e impuestas. En el caso de Ecuador todavía existen formas agrarias y oficios artesanales frente a industrias capitalistas, aunque el trabajo artesanal va disminuyendo, según los autores del libro, quienes proponen la tarea de rescatarlo. La pregunta es: ¿para qué propósito? ¿El turismo podría salvar el oficio artesanal? En realidad, el turismo no es negativo en principio; al contrario, podrían lograrse grandes exportaciones al mercado mundial, como dicen los autores del libro, y de esta manera, despertar el interés de los cotacacheños para rescatar el arte de la talabartería, aunque con el peligro de terminar sólo en una fuente folclórica. Por este motivo, la identificación con la historia y tradición de este oficio artesanal es de suma importancia.

Los autores de este libro describen la talabartería con mucho detalle, destacando lo especial de este oficio artesanal de Cotacachi, como la combinación de elementos químicos y naturales vegetales en la preparación de curtido; así “la semilla en vaina [del árbol “guarango”] sirve para curtir cueros y la resina de su tronco se usó para teñir”. También se nota el gran amor a sus tradiciones, apoyándose en fotografías y entrevistas. De esta manera, uno llega a un mundo desconocido enterándose de la producción del trabajo artesanal del curtido en sus diferentes etapas de elaboración, es decir, frente a una serie de labores que antes no se imaginaban. Además, este conocimiento ayuda al lector a apreciar los



artículos artesanales en su valor originario, en comparación con los productos de una industria masiva.

Se debe anotar que en América Latina existen culturas en interrelación o relaciones interculturales, aunque en forma desigual. Según Alicia M. Barabas, esta codificación no es una contradicción en sí, si analizamos la interculturalidad como la ideología y praxis del pluralismo cultural, que tiene su origen en la colonización de América Latina y las consecuencias sociopolíticas y culturales. Por tal motivo, en la talabartería de Cotacachi entraron diferentes desarrollos históricos, empezando con el trabajo del curtido en los pueblos prehispánicos y con el oficio artesanal de los migrantes europeos; los talabarteros encuentran después, en la marroquinería, una fabricación semi-industrial que, finalmente, termina en la industria de producción masiva del capitalismo. La desigualdad de la producción artesanal e industrial se muestra en el abandono de la primera, a favor del mayor rendimiento en la producción industrial, sobre todo, cuando no hay un apoyo por parte del gobierno, según los autores del libro. Ricardo Pozas considera que los productos de la industria moderna han desplazado a los productos artesanales y con esto la producción familiar. En realidad, esto conduce a una pérdida de la cohesión de grupo y de su identidad. Sin embargo, muchos talabarteros de Cotacachi no se dejaron desanimar, regresaron al seno de su familia y buscaron la suerte en ciudades costeras de Ecuador con “nuevos hábitos” y “dispositivos laborales”, dedicándose al “trabajo industrializado de la producción de artículos de cuero”. Los autores de este libro los denominan como “privilegiados o adelantados”, “predilectos para la suerte bendita”, debido a la adquisición de muchos talleres y almacenes de artículos de cuero. El progreso se refleja también en la mejoría del transporte, de la instalación de la radio de Cotacachi y de la planta eléctrica, desde los años veinte del siglo pasado.

La aportación de los autores consiste en el rescate de la talabartería de Cotacachi, basándose en una gran cantidad de entrevistas, fotos e historias de la talabartería, pero también en el contexto cultural e histórico de esta ciudad. En este sentido, las fotografías, en particular, sirven para apreciar la calidad estética de la producción artesanal en cada uno de los momentos históricos. En las entrevistas, por su parte, se grafican las vivencias de los productores artesanos y la memoria oral colectiva que transitan “entre el mito de la antigüedad y la fantasía que la desbordante modernidad ofrece”.

Además, se explica etimológicamente el nombre de la ciudad Cotacachi con todas sus riquezas étnicas y lingüísticas para resaltar el origen y la belleza de este lugar que era también una gran atracción para los talabarteros. En todo el libro se nota el afán de salvar este oficio artístico que da identidad a los habitantes de Cotacachi como “ciudad de los cueros” o de los artesanos de la talabartería que se forma en las palabras de los autores, una “flamante sociedad intercultural”.

México, noviembre de 2018.





Frat

FRAT  
FRAT  
FRAT



# ÍNDICE

<b>01</b>	Algunos datos históricos de Cotacachi	Pág. 27
<b>02</b>	La talabartería en Cotacachi antes de la Segunda Guerra Mundial	Pág. 67
<b>03</b>	Apogeo de la talabartería en tiempos de Guerra	Pág. 121
<b>04</b>	Crisis de la talabartería en Cotacachi	Pág. 135
<b>05</b>	La talabartería en las últimas décadas	Pág. 173
<b>06</b>	Algunas historias de vida de talabarteros	Pág. 199
<b>07</b>	Los actuales talabarteros de Cotacachi	Pág. 341
<b>08</b>	Herramientas e insumos para la talabartería	Pág. 379
	Fuentes de información	Pág. 397



■ Iglesia de San Francisco.

## INTRODUCCIÓN

El cantón Cotacachi de la provincia de Imbabura, dispone de un patrimonio cultural-histórico invaluable, cuyo acervo se ha menguado progresivamente ante la señal impasible del tiempo, y desde este escenario sosegado y romántico propio de los pueblos andinos, logra impermeabilizar al conjunto de significantes y significados de la identidad para enfrentar con sobriedad cultural las exigencias de la actualidad. Es tarea de la academia, contribuir con la interpretación de la memoria oral colectiva de los actores sociales, y a través de los contenidos recuperados y procesados en estas páginas, se visibilizan nuevos dispositivos sociales para comprender y fortalecer la raíz histórica a través de los siguientes itinerarios indagados: a) la historia del oficio de la talabartería en el contexto de los acontecimientos más importantes de este pueblo; b) los archivos de imágenes fotográficas y la escasa documentación escrita sobre la talabartería; c) la información del patrimonio intangible articulada por el conocimiento de los adultos mayores; d) los escasos sobrevivientes del arte ancestral de la talabartería; e) el apogeo de la talabartería en tiempos de la segunda guerra mundial; y, f) el éxodo de los talabarteros cotacacheños hacia Colombia después de la guerra.

Esta exploración se desarrolló a partir del manejo de técnicas diversas y se hizo uso de entrevistas en profundidad con relatos de diarios de vida, cuyo procedimiento permitió recrear historias vividas por parte de los informantes; se desarrolló desde enero hasta diciembre del 2018. La pretensión académica tiene un carácter intercultural y aborda aspectos históricos del oficio de la talabartería antes y después de la segunda guerra mundial, actividades deportivas y sociales como el

centenario de Cotacachi en 1961, una breve descripción del pueblo indígena kichwa-imbaya; la inauguración del agua potable, el sistema de la red eléctrica y la inauguración de la frecuencia radial, como acontecimientos trascendentes en la historia y el desarrollo del pueblo cotacacheño.

El tiempo y el espacio coexistido por los actores sociales involucrados en el universo de estudio, ofrecen un abanico étnico incomparable, espacio en el que, blancos, mestizos e indígenas dan cuenta de su aporte a la historia no narrada de este cantón. Desde esta arista, la indagación desentrañó experiencias relatadas por quienes directa e indirectamente han estado vinculados con el oficio de la talabartería. Esta actividad, más allá de la cantidad y calidad de las expresiones culturales, que dan valor histórico a la memoria oral y colectiva, lleva como coste la perfección de lo tradicional y la competitividad de la modernidad. Los pocos sobrevivientes del "boom artesanal" dan testimonio de las condiciones de calidad de los productos elaborados, de las bondades de los productos naturales y de las atinadas habilidades desarrolladas con las herramientas pertinentes y técnicas creadas y recreadas mientras aprendieron nuevas técnicas artesanales insertadas en el período del éxodo de los artesanos hacia Bogotá.

El éxodo trastocó las relaciones de fuerzas sociales para el caso mestizo y las étnicas para los indígenas. Para Guerrero (1997), las acciones de masas como permitieron abrir nuevos horizontes al funcionamiento, de una construcción histórica de la ciudadanía como forma de sobrevivencia fuera de la frontera nacional.

Según Mager (2017), más que someterse al dominio social de la época, se incrustaron en los límites que separan a los diferentes grupos étnicos y adaptaron "nuevas formas de expresión oral, corporal, hábitos y costumbres y dispositivos socio-culturales que permiten auto identificarse como indios" pero al estilo colombiano, como dirían los abuelos, como un "cachaco"<sup>2</sup>, estoicamente, lograron romper las fronteras étnicas.

Los kichwas en Bogotá y en Europa, se mantuvieron como indígenas y adoptaron ciertas estrategias para atravesar

---

2 Por su acepción cultural es una polisemia significativa, que para el caso ecuatoriano se considera un personaje elegante y para el caso colombiano puede ser ambivalente, pero no deja de ser un personaje agradable

la frontera, entendiendo que la autoexclusión lo sepultaría en un confín de lo ciudadano. Entonces tanto los artesanos como los indígenas inventaron estrategias de sobrevivencia (efectivas, materiales y el horizonte del significado de su vida), todo esto dependió de la cohesión de redes de solidaridad que lograron articular entre los migrantes y los propios. Los cotacacheños se aventuraron a “probar suerte” lejos de su patria, pero en condiciones adversas; sin embargo, lograron sobrevivir y salir adelante, porque eran humildes, buenas personas, pero sobre todo responsables como trabajadores.

La migración hacia Colombia y Estados Unidos permitió un ascenso social después de haber luchado tenazmente afuera de la tierra querida, [...] y como lo enfatiza don Jaime Salto: “si retornamos al Ecuador fue por amor a nuestra familia, por amor a nuestros amigos, ¡Sí Señor!

Esta forma de retorno a su “tierrita querida” les convierte en nuevos agentes sociales. De alguna manera, este escenario social permitió a los artesanos que se produzca un cambio en cuanto a estatus laboral se refiere, pues dejan de ser talabarteros para convertirse en marroquineros.

Sin embargo, en la actualidad la competencia por la sobreproducción ha debilitado la unidad artesanal y ante la ausencia de políticas de Estado que protejan y beneficien a los artesanos de la talabartería, se han forjado paliativos económicos que han terminado ampliando la brecha social y económica entre los propietarios de los almacenes de artículos de cuero y los “verdaderos talabarteros” productores de artesanías.

En los últimos años, la problemática se ha profundizado aún más; la falta de políticas públicas que no permiten ampliar mercados para la oferta de productos manufacturados por los artesanos talabarteros. Esta situación ha conllevado al desgaste de la tradición manufacturera de los artículos de cuero y que hoy en día han sido reemplazados por la producción en serie con tecnología de punta, cuyo escenario ha consentido modernizar la mano de obra y los adultos mayores han sido excluidos por la falta de capacitación en el manejo de la tecnología moderna.

Con seguridad, existe una exquisita historia que se fragiliza en la memoria de los pocos ex trabajadores de la talabartería todavía vivos; pero existe la convicción de que es imperioso e imprescindible rescatar la historia de la talabartería, y a tra-

vés de esta dinámica se generen mecanismos para el fortalecimiento de la identidad del pueblo cotacacheño.

La dinámica que moduló el sentimiento de los artesanos giró en torno a los talleres de la talabartería, donde se juntaban amigos y trabajadores para procesar de forma manual desde la preparación de las pieles hasta el acabado final del producto. El ambiente de identidad de la época estaba orientado por el liderazgo de los adultos mayores como los jefes de familia, que transmitían sus destrezas y conocimientos en el oficio de la talabartería al tenor de la calidad y la puntualidad para concluir la tarea en medio de jolgorios y alegorías que daban cuenta de un tiempo que no tenía horario, sino era el período en que se compartía jitanjáforas —cánticos y silbidos— para hacer del trabajo una forma de vida popularmente entrañable.

Para la época, el dinero no tenía mucha importancia, pues la talabartería compensaba todo, y la vida no era exigente y las cosas las tenían al alcance de las intenciones de cada familia. La gente jugaba en un trámite de mitos compartidos y la talabartería desentrañaba la alegría del trabajo común; los artesanos convivieron con la bonanza y la paz, después con la pobreza y la desesperanza, pero siempre soportaron las adversidades del destino; y los artesanos acomodaban los instrumentos más espontáneos y eficaces sobre los artificios de la curtiembre, el tratamiento de pieles y las habilidades para acertar un acabado perfecto.

Es imposible no echar una mirada a esta tierra entrañable; en la actualidad con una historia, pero no conocida por las nuevas generaciones, es oportuno perpetuar los recuerdos para disfrutar del presente. Esa forma de vivir y cultivar, donde la tierra de ayer es el hogar con un reparto de responsabilidades y un centro de aprendizaje (Ruiz & Romero, 2017).

La articulación de la manufactura del cuero en Cotacachi ha demostrado que la bonanza de los años cuarenta hasta los sesenta del siglo pasado, estaba llena de simbolismos y principios. Trabajaban todos los miembros de la familia, el padre, la madre y los hijos. Los nexos familiares eran fuertes. Se compartía la satisfacción del trabajo y la felicidad de lograr algo con las propias manos; el taller de la manufactura no sólo era la manifestación del núcleo familiar al estilo ancestral y andino, sino una verdadera escuela donde se aprendía el oficio de la talabartería.

# ■ CAPÍTULO 1

---

Algunos datos históricos de Cotacachi

■ Arturo Cerpa del barrio Central de Cotacachi



# ■ CAPÍTULO 1

## ALGUNOS DATOS HISTÓRICOS DE COTACACHI

Al insertarse en la materia del cuero de esta tierra que actualmente es conocida como la “ciudad de los cueros”, es pertinente replegarse inclusive a la prehistoria. Por tal razón hay que contextualizarle desde el Período de la Integración (500 a 1500 d. C) (González Suárez, 2012). Las piezas encontradas en los diferentes sitios arqueológicos hacen suponer que el trabajo de alfarería fue característico de los habitantes de la zona en estudio, cuya tradición se conserva aún, con los productos elaborados en la comunidad kichwa de Tunibamba.

Según González Suárez (2012), “la alfarería como el arte de trabajar objetos en barro, se ha constituido en una de las expresiones de la cultura más importante y herencia de las progenies que habitaron entonces” (p.78).

Las historias de los pueblos se construyen en períodos históricamente distintos y socialmente desiguales. Generalmente, los significados en sus registros patronímicos carecen de interpretación filológica, sin embargo, por ser la expresión del “alma” o esencia de los pueblos, este se desvanece cuando de reinterpretar se trata. La sincronización de los estudios lingüísticos ha robustecido las buenas intenciones para enriquecer la onomástica de los pueblos y más aún si se trata de encontrar o revelar el verdadero significado de nombres de los lugares; es decir, aquello que la lingüística lo designa como una toponimia.

Cevallos, Posso, Naranjo, Bedón, & Soria (2017) sostienen que los estudiosos de las lenguas en el mundo se han interesado por desentrañar los significados de los nombres de los pueblos en que viven, y como las toponimias, por su complejidad





■ Conjunto arquitectónico de la iglesia La Matriz y el convento principal en Cotacachi

ofrecen persistencias sorprendentes y al no encontrar su significado, graciosamente se inventan con frecuencia conjeturas ingeniosas. Por lo tanto, no ha de sorprender que, en su afán de alcanzar la primicia lingüística o histórica, los glosónimos son sometidos a torturas fonéticas para encontrar algún sentido particular. El léxico /Cotacachi/ no ha sido la excepción. De esta manera, el estudio de los significados de los nombres de los pueblos ha hecho resurgir el profundo interés por la cultura y el pasado de los pueblos y de las naciones, con sus particularidades y generalidades. En este contexto, uno de los aspectos más apreciados será el de las lenguas nacionales como principal expresión del alma de los pueblos, de ahí el resurgimiento en esta época de abundantes estudios comparativos, etnográficos y descriptivos relacionados con la lengua. Las lenguas tienen vida, se quiere saber cómo son, por qué cambian, para qué se usan realmente, cuál es su origen.

Los heteroglotónimos y autoglotónimos, es decir la denominación extranjera y propia que los hablantes dan a las lenguas y a los demás léxicos etimológicos, a partir de las figuras lingüísticas, tales como: antroponimias, zoonimias y fitonimias, permiten sufragar de manera reveladora en la modificación del significado inicial de la denominación o nombre de los pueblos.

■ Antigua Iglesia La Matriz, anterior a 1930. Con su frente hacia la calle García Moreno.





■ **Primeros talabarteros de Cotacachi del siglo pasado. Rafael Ubidia Saltos, maestro talabartero (tercero desde la izquierda).**

Por lo expuesto, se puede decir que hay diversos tipos de criterios que nacen a partir de documentaciones y transcripciones que intentan dar sentido y significado a los nombres propios de las lenguas. En unos casos, lúcidamente interpretados y en otros, perplejamente expuestos. Con esta aclaración, se intenta exponer algunas acepciones toponímicas o significados del nombre de “Cotacachi”.

1. Según Paz Ponce de León (1965), en una de las interpretaciones añejas y cautivadoras, refiriéndose a los pobladores de Cotacachi, afirma que los pobladores de Cotacachi son indios de razonable entendimiento, viven del cultivo y crianza de animales, tienen muchas lenguas diferentes unas de otras y de la lengua del Inga, porque casi en cada pueblo hay su lengua de entendimiento. Además, sostiene que, en dicha lengua el léxico [kotakashi] significaría: “cerro alto a manera de torre”. La comprensión de esta designación filológica, por tanto, estaba embargada de aquello que su estructura acústica le permitía. No sorprende que, en dicha época, el propio funcionario registrara el léxico [cotacache], hoy expuesta en un escenario de comprensiones lingüísticas e históricas totalmente indeterminadas.



2. Para Jijón y Caamaño (1940) y Guzmán (1961), esta alocución etimológica, proviene de la lengua chapalachi que corresponde a la nacionalidad Chachi de Esmeraldas y la traduce como, “cerro alto a modo de torre”. También revelan que el ajiño /kachi/ en la lengua puquina —considerada como lengua secreta de los incas, según algunos lingüistas del Perú—, significaría “cerro”. A partir de esta sucesión sintagmática la raíz nominal /Kota/ representaría a un cerro. Entonces, la cadena lexical completa y además con cierta influencia sureña, y traducida a partir de la estructura semántica quechua/kichwa, significaría “laguna del cerro”.

■ Pedro Pijuango y su esposa kichwa de la comunidad de Pilchibuela, 1929.

Desde esta secuencia lingüística, es decir intentando interpretar a partir de la etimología, Jijón y Caamaño



■ Mujer kichwa con adornos de plata.

no se escapa de este sortilegio filológico, quien sostiene que, “La voz que se quiere interpretar puede pertenecer a uno de los varios que se conozca y hayan sido usados en la región de Imbabura, o ser aún un resto más antiguo y derivado de un habla de la que no se tenga noticia” (p.4).

En cambio Guzmán (1961) señala que el valle donde se asienta la actual ciudad de Cotacachi fue bautizado por los caras, quienes llegaron desde la provincia de Manabí a partir del primer milenio a. C., hasta mediados del milenio de nuestra era, y siguieron el curso del río Esmeraldas para llegar a Quito; allí soportaron una lucha tenaz hasta derrotar a los quitus y finalmente fueron integrados a los incas. En 1534 son conquistados por los españoles; además, afirma que este pueblo fue bautizado por las caras como [Kotakzis], palabra que asignaban a pueblos diversos y tribus que con anterioridad se habían establecido en sus inmediaciones.

Entonces, no es de extrañarse que serían los incas, quienes transforman esta cadena sintagmática o léxico fonético —los sonidos escritos—, en una toponimia o nombre de un lugar, como [Kotakzis]. Líneas arriba se mencionó que, los estudiosos tienen una persistencia sorprendente ante la primicia para hallar el significado de las etimologías referentes a los pueblos, y con frecuencia concluyen en conjeturas ingeniosas, sometiendo a pesadas conjeturas lingüísticas y fonéticas para encontrar sentido etimológico. El Corregidor Paz Ponce de León (1965) sostiene que el léxico /Kotacachi/, proviene posiblemente de los incas, de los coayquier, de los pastos o de los caranquis, o [...] de una cultura más antigua y absolutamente desconocida; cuya tasación hace sospechar que en estas lenguas desde su multiplicidad lingüística: Ko significaría cuello; ta: haber; ha: existencia y, shi: cosa cilíndrica; entonces Ko-ta-ha-shi, es cuello haber-existencia, gran cosa cilíndrica en forma de torre.

En conjunto se conjetura la interpretación lingüística del léxico Cotacachi, como un “gran cuello cilíndrico”, correlacionándolo con el volcán que tutela su territorio. Tómese en cuenta que, la configuración de la efigie de una torre es significativa por cuanto en las diferentes culturas del mundo, la figura geométrica es esgrimida desde la perfección y como tal está asociada a una deidad probablemente andina.



3. Moisés Guzmán (1961) respalda la idea de que el valle donde se asienta Cotacachi fue bautizado por los caras. Estos vivieron en Manabí, durante el primer milenio a. C., y a mediados del milenio de nuestra era, siguieron el curso del río Esmeraldas hasta llegar a Quito, allí derrotaron a los quitus y, posteriormente, fueron integrados a los incas. En 1534 son conquistados por los españoles.

■ Calle Bolívar, intersección con la 10 de Agosto. Primera casa de la derecha propiedad de Luis Paz, donde funcionaba la Radio Cotacachi.

Además, afirma que este pueblo fue bautizado por los caras como [Kotakzis], palabra que asignaban a pueblos diversos y tribus que con anterioridad se habían establecido en sus inmediaciones. Entonces, no es de extrañarse que fueran los incas, quienes transforman el sonido toponímico [Kotakzis] en Cotacachi.

Desde esta interpretación, la tesis que postula Guzmán (1961) con cierta preferencia a la propia interpretación del Corregidor de Otavalo, Paz Ponce de León (1965): “/Kotacachi/, deviene posiblemente de los incas, los coayquier, los pastos o de los caranquis, y [...] de una cultura más antigua y absolutamente desconocida; lo que nos hace suponer que en estas lenguas desde su multiplicidad lingüística: Ko significa cuello; ta: haber; ha: haber y, shi: cosa cilíndrica; entonces Ko-ta-ha-shi, es cuello haber, gran cosa cilíndrica en forma de torre” (Guzmán, 1961: 3).

Tómese en cuenta que, la configuración de la efigie de una torre es significativa y dicha figura geométrica pudo haber sido esgrimida desde las culturas andinas.

4. Con similar apreciación lingüística, el clérigo, historiador y arqueólogo quiteño, arzobispo de Quito González Suárez (2012) entre —1844-1917— manifiesta que, si bien no determina su vecindad idiomática, esta toponimia / Cotacachi/ tiene nexos lingüísticos con el idioma Chaima (de la zona caribe), y la resignifica de la siguiente manera: co-ata-ca-chi:
  - a) co, sustantivo y adjetivo que significa “suelo fértil”,
  - b) ata, adjetivo que significa “uno solo” “principal”,
  - c) ca, que entre otras cosas significa “tierra” y “seco”, y
  - d) chi, que significa “vivo” (González Suárez, 2002: 64).Concluye su interpretación, con este significado literal: “comarca o lugar seco y hermoso” o “jardín florido de los Andes”.
5. No menos cierta, es la tasación que hace Albuja Galindo (1961), en su ampliada apreciación en la Monografía sobre Cotacachi, con heredad del Corregidor de Otavalo, Paz Ponce de León desentraña otro posible significado desde la versión de Aquiles Pérez, que da cuenta de la designación de Cotacachi a partir de la lengua “Paes y Tsafiqui” —la primera es hablantes sur colombia-

nos, y la segunda como lengua de los indígenas Tsáchilas de la hermana provincia de Santo Domingo de los Colorados-Ecuador— y a continuación se detalla:

a. Cota: sustantivo propio, [brazo]

b. Cachi: del Tsafiqui, [rojo]

Entonces, literalmente este sintagma paralingüístico y bilingüe, se traduce como: “brazo rojo como la sangre”.

6. Otra fundamentación de la etimología /Cotacachi/, es aquella que señala el maestro Filemón Proaño, quien arguye que esta proviene del idioma caldeo. Proaño, asoció a los rancios españoles asentados posiblemente en Cotacachi a finales del siglo XVII e inicios del siglo XVIII. Y con cierta seguridad empírica y como afanoso sabedor del pasado y del lenguaje castizo de su ascendencia, correlacionó el tronco lingüístico de los apellidos de los artesanos cotacacheños con el añejo apellido de los sefardíes; cuyo origen está anclado en el neo arameo que es un lenguaje semítico y es originario del próximo y medio Oriente, y así, concluye: Cotacachi, deviene de la lengua caldea y significa la “bella vista” o [belavista].
7. También Pedro Raúl Echeverría (1994) postula el significado del léxico Cotacachi como un vocablo de origen vasco (euskera), y lo desagrega así: Cota: [altura], Cachi: [luz]. Dicha estimación filológica, significaría “castillo alto de luz”. Como no puede ser de otra manera, las intenciones por hallar el significante y el significado de la etimología de Cotacachi han traspasado tiempos y espacios; no se juzga las interpretaciones, equívocas o no; simplemente se expone el interés que hayan tenido sus autores.
8. Marco Andrade Echeverría (2014) sostiene que Cotacachi, en el período preinca e inca, debió estar muy articulado a la explotación, tráfico e intercambio de la sal como un bien imprescindible y exótico, pero también como un elemento de alto contenido simbólico y cultural. Salinas era un centro de convergencia para la explotación de la sal lo cual hacía que se formen “islas multiétnicas” que en el caso de los indígenas de la región de Otavalo – Cotacachi, entre otros grupos, explotaban la sal y cocían la misma en calidad de “camayoc” o trabajadores encargados que proveían sal a su propio

grupo e intercambiaban con otros. Los incas debieron, sin lugar a duda, haber ocupado sitios estratégicos uno de ellos precisamente Otavalo, Cotacachi, Caranqui, Salinas y el Valle de Coangue. Es decir, ocuparon los señoríos étnicos principales y con ello los recursos básicos entre los que se destaca la sal.

Si bien la traducción de la etimología /Kutakachi/, históricamente traducida como /Kuta/ sinónimo de una raíz verbal [moler] y de la raíz nominal [harina o polvo]; y /kachi/, como equivalente al sustantivo propio [sal] en su conjunto deviene del kichwa, y significaría: “moledores de sal”. Dentro de las estrategias incas de ocupación de los pueblos asentados en el actual Cotacachi debieron, estratégicamente, haber mantenido algunas de sus características principales y reforzado su actividad grupal, una de ellas era la explotación, tráfico (movilidad de la sal) y control del intercambio que este recurso vital posibilitaba, lo cual concuerda con los datos etnohistóricos registrados por Segundo Moreno.

De modo que, los pueblos que habitaron el área de Cotacachi debieron explotar y moler la sal en las Salinas y de alguna manera también controlaban el comercio e intercambio de la sal hacia otros sectores poblacionales como la de la misma Intag donde habitaban antiguamente los Yumbos (otro grupo prehispánico de la ceja de montaña y del bosque nublado) es así que el nombre kichwa (porque es evidente e indudable que el nombre actual de Cotacachi es un nombre que proviene de las raíces kichwa) da cuenta de la relación que tenían dichos pueblos con la sal.

9. En esta cadena interpretativa no se puede prescindir de la acepción andina kichwa, que tiene espacio en este escenario más que lingüístico o histórico, el de la amplitud simbólica de sus leyendas y mitos indígenas. Así, el volcán Cotacachi, como deidad de su cosmovisión, alcanza un rango de Mama y es, además, la representante de la belleza cosmogónica india. La Mama Cotacachi es un volcán que cíclicamente toma formas animadas. Es hermosa y se llama Isabel, se enamora, es bella, es rubia, tiene una larga cabellera, de ojos resplandecientes y procrea un hijo con el Tayta Imbabura, y este se llama Yana Urku; una montaña que según la cosmovisión andina aun no alcanza la mayoría de edad. Sin embargo,



los comuneros indígenas adscritos a la Unorcac en su afán de generosidad hacia lo autóctono propician un localismo etimológico y conciben una significación del léxico Cotacachi, como a continuación se detalla:

Kota: de la toponimia cayapa-colorado, expresaría [cuello]; Ka: expresaría el conjunto de actividades agrarias que concluye en la cosecha; Chik: revelaría al pronombre posesivo nuestro [ñukanchikpak], cuyo proceso fonológico es difícilmente viable. Pueden darse sínco-pas lingüísticas, es decir pérdida de sonidos en determinadas posiciones de la palabra: inicio, medio y final. Pero no dos veces de forma simultánea. El pronombre posesivo: Ñukanchikpak, de forma inentendible es mutilado lingüísticamente, cuyo proceso fonológico no es pertinente a la etimología lingüística. No obstante, este vocablo que aparece en varios trabajos académicos en diferentes niveles es traducido como: "nuestro cuello agarrado", quizás como se sostiene ambiguamente: el significante y el significado, parte desde la idea del cerro puntiagudo, cuya cúspide cubierta de hielo permanente es, implícitamente denotativa.

■ Antiguo muelle de Cuicocha.



10. El nombre de Cotacachi presumiblemente es de origen aymara", cuya posición es relevante para la dimensión filológica e histórica que se analiza en el léxico arcaico / Quta-K´achi/. La etimología /Cotacachi/ es una polisemia que se representaría tanto a la laguna como al volcán; por lo tanto, la significación trasciende desde el lenguaje sagrado de la geografía simbólica de los pueblos andinos. Así se plantea la hipótesis a partir de la significación del léxico /Quta- K´achi/, y siendo un sintagma compuesto por dos lexemas independientes y específicos del aymara, expresaría lo siguiente:

Quta: del sustantivo y topónimo aymara, constituye un [lago, cuenco, palma de la mano]

K´achi: del adjetivo aymara [incisiva-mordaz, calma- da, lúgubre, y hermosa]

Kachi: del sustantivo propio, [Divinidad representada en forma de punta], cuya representación se sitúa desde el volcán en referencia.

La hipótesis planteada, nos remite hacia la presencia inca en territorio Caranqui, en los tiempos de conflicto entre caras e incas, aproximadamente en los años 1500 de nuestra era. En el estudio introductorio que realiza Ruth Moya en 1993 sobre el Vocabulario de la Lengua Quichua, de Diego González Holguín (1608) en versión nueva facsimilar, da cuenta de que la lengua de dominio de los incas no es el quechua/kichwa, sino el aymara. Se atribuye a Wayna Kapak como el artífice de la generalización del quechua en el Tawantinsuyu.

*A este Inga, Huaina Cápac, se atribuye haber mandado en toda la tierra se ablase la lengua de Chinchay Suyu, que agora comúnmente se dice la Quichua general, o del Cusco, por haber sido su madre Yunga, natural de Chinchu, aunque lo más cierto es haber sido su madre Mama Ocllo, mujer de Tupa Inga Yupanqui su padre, y esta orden de que la lengua Chinchay Suyu se hablase generalmente haber sido por tener él una mujer muy querida, natural de Chinchu (Moya, 1993, p. XI, citado en estudio introductorio de González Holguín, 1608).*

Para Rodolfo Cerrón Palomino (2012), la abundante etimología kichwa ha probado ser de origen aymara y no quechua, lo cual no es de extrañar, considerando que la lengua principal de incanato, al menos hasta la época del Inca Tupa Yupanqui, fue la oficial, según se producía el arrinconamiento definitivo del aymara por el nuevo idioma oficial, de origen chinchaysuyano, atenuada por un bilingüismo de corte sustractivo a favor del kichwa.

Dicho léxico fue resignificado según conveniencia política y acomodado, cuando no reinterpretado, dentro de las estructuras léxicas, morfológicas y semánticas del idioma recientemente adoptado, es decir de la lengua quechua. Si bien, la presencia inca y preinca, a través de la representación de los mindalaes aymaras estuvo modulada al intercambio de productos de los diferentes pisos ecológicos, quienes arribaron hasta el sur de Colombia y en sus viajes temporales quedaron maravillados al conocer la laguna de Cuicocha y el volcán Cotacachi. Como sostenía Agustín Moreno: su belleza los cautivó y bautizaron con el nombre de Quta Kachi al actual conjunto volcánico que tutela al cantón Cotacachi. Este axioma filológico, de forma preliminar se conjetura como la Diosa en la cúspide que vigila el cuenco del lago lúgubre y hermoso.

Las intenciones etimológicas dan significado natural a las toponimias en cualquier lengua que sean bautizados sus lugares. Evidentemente, estas conjeturas desde las intenciones etimológicas de la presente investigación, sin duda permiten evidenciar hipótesis sugerentes, pues la naturaleza poliglósica de onomástica andina (Cerrón Palomino, 2012), está plasmada e intervenida posiblemente de dialectos y lenguas diversas.

En suma, tanto la lengua aymara, el quechua y sus dialectos, el tsafiqui y el paés sobreviven la veracidad de su contenido histórico inexplorado; sin embargo, para mejor comprensión de lo expuesto, se resume lo que a continuación se detalla:

Nro.	Autores	Escritura ortográfica y/o fonética	Significado	Origen
1	Sancho Paz Ponce de León (1582)	Cotacache	"Cerro alto a manera de torre".	De la lengua chapalachi
	Jacinto Jijón y Camaño (1940),	Cotacachi	"cerro alto a manera de torre".	De la lengua chapalachi
2		/kachi/ /Kota/	"cerro". "laguna".	De la lengua puquina
		/Kota/	Laguna del cerro	De la lengua puquina

3	Moisés Guzmán (1961),	[Kotakzšis], Ko: cuello ta: haber ha: haber shi: cosa cilíndrica Ko-ta-ha-shi	Pueblo advenedizo bautizado por los incas  "Gran cosa cilíndrica en forma de torre"	De la lengua kara-kichwa. de los incas, los awas, los pastos o caranquis, De la lengua de los incas, los awas, los pastos o caranquis.
4	Federico González Suarez (2002),	Co, "suelo fértil" ata: "principal" ca: "tierra" y "seco" chi: "vivo". Co-ata-ca-chi:	"Comarca o lugar seco y hermoso" o "jardín florido de los Andes"	De la lengua chaima (de la zona caribe)
5	Alfredo Albuja Galindo (1961)	Cota: [brazo], Cachi: [rojo],	"Brazo rojo como la sangre"	De la lengua la lengua Nasa Yuwe de los Paés, y de la lengua Tsafiqui
6	Filemón Proaño (1965)	Cotacachi	"Bella vista" o [bela-vista],	De la lengua Caldea, Neoarameo o semita de origen sefardita.
7	Pedro Raúl Echeverría (1994)	Cota: [altura, castillo], Cachi: [luz]	"Castillo alto de luz"	De la lengua Euskera (vasco)
8	Marco Andrade (2011),	/Kuta/ sinónimo de una raíz verbal [moler] /Kuta/, sinónimo de la raíz nominal [harina o polvo] /kachi/, sinónimo de sal Kutakachi:	"Moledores de sal"	De la lengua Kichwa
9	Versión comunitaria kichwa desde de Cotacachi (2011)	Kota: [cuello], Ka: [fin de cosechas], Chik: [nuestro], Kotacachik:	"Nuestro cuello agarrado"	De la lengua Tsafiqui y Tsáchila y Kichwa
10	Raúl Clemente Cevallos (2017)	Quta  Kachi  Qutakachi:	"Cuenco del lago hermoso y lúgubre. Diosa".  "Diosa en la cúspide que vigila el cuenco del lago hermoso y lúgubre".	De la lengua Aymara



■ Laguna de Cuicocha, con el fondo el Taifa Imbabura, interpretada lingüísticamente de diferentes maneras (Jonathan Terreros).

■ Familia Ruiz Proaño, a inicios del siglo pasado.



## HISTORIA DE LA CANTONIZACIÓN

Las familias españolas que se establecieron en este rincón de los Andes a partir de 1740; eligieron este lugar paradisíaco por su clima y paisaje natural para quedarse y ser protagonistas de la historia de Cotacachi; cuyo poblado creció en medio de grandes casas y patios centrales amplios, se construyeron uno a uno los edificios de la época, donde establecieron sus obrajes y en cuyo lugar los inmisericordes indígenas hilaban, urdían, tenían y tejían con productos naturales para producir prendas de alta calidad que eran muy anheladas fuera de los linderos de la patria, de modo que es bastante añeja la tradición textil y artesanal en Cotacachi. Según el censo de 1875, en este cantón se fabricaron 6.000 ponchos por año; trabajaron 1472 tejedores, 120 ruaneros, casi un centenar de urdidores. Esta tierra siempre se caracterizó por ser un pueblo de grandes artesanos, académicos, educadores, músicos, literatos, pintores, escultores que vivían en casas mixtas de amplios corredores, sostenidos por hermosas pilastras de madera, vistosos jardines y grandes zaguanes empedrados, y allí no podían agraviar a la arquitectura de la época con la construcción de hornos y rediles para la crianza de animales menores y los infaltables tentaderos para el ganado vacuno, caballar y lanar.

Han transcurrido más de un siglo y medio desde su cantonización y sus hijos continúan dejando huellas en la economía local, provincial y nacional, con la misma probidad que cuando se inició el 6 de julio de 1861. Su altitud es de 2.418 metros con una temperatura media de 15°C y 18°C. La ciudad fue creada en tiempos de la colonia por el Obispo principal de Quito fray Pedro de la Peña en 1554 y por autorización del Rey de España, Felipe II.

Este naciente pueblo formó parte del Corregimiento de Otavalo, con una población aproximada de 5.000 habitantes. En 1819 ascendió al grado de cantón por el Libertador Simón Bolívar, pero razones desconocidas, 43 años después, es decir en 1861 logra su verdadero ascenso político.

El Padre Julio Vacas Endara SDB, intelectual y religioso cotacacheño, en su libro no editado sobre la historia de Cotacachi, en el capítulo "Cotacachi en las guerras de la liberación", dice que, en atención a sus valiosos servicios en pro de la Independencia, a las egregias familias, a la distinguida sociedad y a su vigorosa economía, el Gran Libertador, justicieramente, solicitó al célebre Congreso de Angostura, la

■ El bus "Bolívar" de propiedad de la familia Ruiz Proaño.





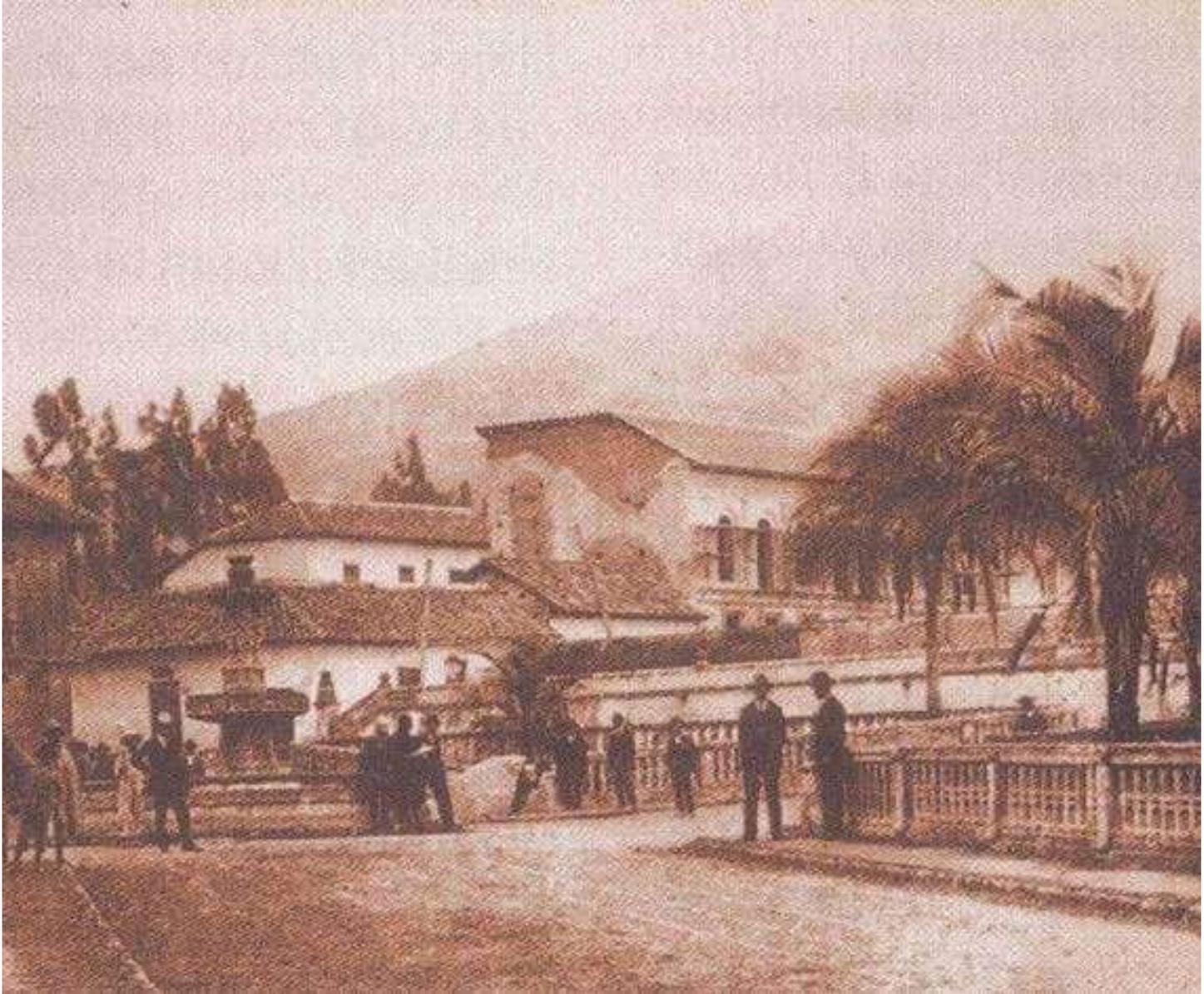
elevación de Cotacachi a la categoría de Cantón en el año de 1819. El congreso expidió el decreto y el Libertador lo confirmó con el ejecútese escrito y firmado por él. Desgraciadamente, este valiosísimo documento lograron anularlo, quizás por egoísmo o intereses torcidos (Romero V. , 2008).

En estas páginas, no se pasará por alto, un evento trascendente para la época, la celebración del centenario de su cantonización (1961); grandes hechos se suscitaron, y generaron noticias en toda la provincia de Imbabura y por qué no decirlo hasta en el exterior. El prestigio de los profesionales permitió ganarse el nombre de la “la tierra culta del norte ecuatoriano”, y según Albuja Galindo (1961), es digno de resaltarse:

*Para el año 1961, en este rincón de los andes se contaba con 12 médicos, 17 abogados, 3 odontólogos más conocidos como dentistas, 4 farmacéuticos, 1 ingeniero civil, 18 profesores normalistas, 8 becarios en el exterior, 1 obstetra, 1 paleógrafo, 7 militares, 2 aviadores, 9 telegrafistas, 6 talladores, 5 pintores, 3 tipógrafos, 1 fotógrafo, 15 escritores y 64 religiosos (4 dominicos, 5 agustinos, 5 franciscanos, 7 salesianos, 6 jesuitas, 1 mercedario, 12 hermanas de la Caridad, 1 de la providencia, 2 del buen pastor, 1 franciscana, y 20 sacerdotes seculares) (p.18).*

■ **Desfile de conmemoración del primer centenario de cantonización de Cotacachi, 1961. Profesoras: Rosario Ruiz Gómez, Virginia Romero Baroja y Maruja Moreno de Espinoza.**





■ Parque Central de Cotacachi a inicios del siglo pasado.

El 6 de julio de 1961, este pujante centro andino cumplía cien años de vida cantonal y de esfuerzo constante y aun de sacrificio que permitieron hilvanar una trayectoria luminosa y clara, llena de grandeza y elevación en los destinos que ha tenido que cumplir ante la patria. Pues en la adversidad, sus hijos forjaron su propio destino y ennoblecieron sus sentimientos y allí enraizaron sus ideales supremos. Así consolidaron la fortaleza indomable de su espíritu y con su nostalgia se orientaron magistralmente hacia la música, la cultura y el arte, bajo el influjo de un cielo claro y sereno, de un clima confortante y de una naturaleza esplendorosa.

Tierra fecunda en ingenios ha sido llamada muy justamente, a lo menos por una pléyade de hombres notables del ayer. Los hombres políticos y los de ciencia, los frailes ilustrados, maes-

tros de vocación, los defensores del territorio nacional y hasta los políticos de severas doctrinas y de lucha, han sido de este suelo, porque en verdad lejos del bullicio, en el abandono de la contemplación, es donde se forjan los espíritus sublimes, se fraguan las grandezas del alma. Hombres de fuste intelectual que han hecho honor a la patria, obreros de esfuerzo constante y hasta de ingenio, sacerdotes severos, maestros responsables, religiosos de servicio social, músicos admirables, artesanos dignos y honrados lanzados fuera de su tierra aque- renciada, han podido servir ciertamente de mejor manera a su patria con un renunciamiento ejemplar, a veces hasta ra- yar con el olvido o con el dolor de la patria chica.

En verdad que hoy no asistimos a su apogeo, a su plenitud y a su pujanza económica. Los tuvo ya en un jalón de su historia lejana. No se avizora siquiera su renacimiento próximo; quizás junto al término de su vida centenaria entrega cumplido su ciclo vital, después de haber dado de sí todo lo que puede dar un espíritu sublime, un suelo fecundo y una naturaleza excepcional; un alma extensamente sincera, un espíritu se- reno y generoso, listo y abierto siempre para la superación y el esfuerzo dignificado. Un alma esbelta predispuesta para acariciar ideales sublimes para el espíritu.

■ **Autoridades religiosas del cantón Cotacachi durante el desfile cívico del 6 de julio de 1961, por el centenario de cantonización.**





■ Funcionarios públicos del municipio de Cotacachi.

■ Funcionarios públicos del municipio de Cotacachi en 1961.





El cotacacheño disperso por todas partes hasta por lugares extraños muy lejos, conserva el distintivo de ser sereno, cordial, afectuoso y humano. Es generoso y magnánimo, porque ha hecho su vida sencilla jalonada por el esfuerzo propio y por la meditación. Le ha gustado triunfar solo en los planos de la verdad y la justicia. Cual apología piadosa exalta la bondad y la sencillez del cotacacheño como un ser humano, amante de su procedencia: "Buen mozo, artesano y profesional franco y responsable (Albuja Galindo, 1961).

■ Autoridades del municipio de Cotacachi en las fiestas del centenario.

■ Personas representativas de la sociedad cotacacheña. De pie, izquierda a derecha: Manuel García, Edmundo Gómez, Pedro Rodrigo Proaño, Wilson Moreno, Jaime Hidrobo, Fabián Espinoza, Alonso Ubidia y Ernesto Loza. Abajo: Medardo Meza y Luis Servelión Proaño.





■ Luis Layne en el parque La Matriz, gestor principal de la donación del reloj para la iglesia, 1960.

El cotacacheño brilló por su transparencia más que por su interés módico. El primer centenario de cantonización fue un hecho inusitado para la época, desfiles cívicos, construcción de escuelas que se constituían en centros de la comunidad y no solo en una instancia burocrática y ajena a la realidad del pueblo, ahí se forjaba a quien llevaba el portaestandarte de este pueblo. Una colonia de cotacacheños en Bogotá se hacía presente con un símbolo del tiempo, un reloj para la torre de una iglesia. Eventos deportivos, mingas culturales y sociales, sesiones solemnes, lanzamientos de obras literarias, giras artesanales al extranjero, verbenas populares, desfiles de comparsas y el retorno de los hijos pródigos.

## EL TERREMOTO DE 1868

El terremoto del 16 de agosto de 1868, más conocido como el terremoto de Ibarra, devastó también a Cotacachi, y por su magnitud según fuentes sísmicas ha sido considerado como uno de los 10 sucesos sísmicos de mayor magnitud en los andes ecuatorianos. Los testimonios escritos dan cuenta que este sismo tuvo efecto a la 01 horas y 15 minutos; probablemente las cifras de fallecidos varían por las condiciones desfavorables que los propios medios de comunicación tenían en la época; se dice que casi todos los pueblos de Imbabura fueron destruidos.

El historiador Pedro Fermín Cevallos da cuenta de estos datos estadísticos: Otavalo perdió aproximadamente a 3000 personas, Cotacachi a 1300, Ibarra a 1200, Urcuquí a 1300, y entre Atuntaqui, Salinas e Imantag a 2300 vidas.

Gutiérrez (2019) manifiesta que el sismo que más efectos provocó a la naciente provincia de Imbabura fue el terremoto de Ibarra de 1868, con una magnitud de 7.1 Mw, originado quizás por el desplazamiento de la falla Otavalo (p: 27).

Este segmento fue corroborado por Albuja (1962) y además sostiene que el número de fallecidos asciende a 19.100 personas. Sin duda el panorama de Cotacachi era desolador, sus casonas de una y dos plantas, elaboradas manualmente ya sea con adobe o tapial no resistieron la furia de la madre naturaleza. Los amplios patios y jardines se cubrieron de los muros que no resistieron el movimiento sísmico. Por el cataclismo los montes se trastornaron, sus aguas subterráneas se precipitaron y de los manantiales altos una gigantesca erup-

ción de agua viscosa y pestilente formó una corriente fangosa de cerca de 400 metros, en su mayor anchura que recorrió su plano inclinado y pasó arrollando en su curso cuanto encontraba hasta precipitarse en el Río Ambi. Así muchas personas que no habían perecido aplastadas por los muros y techumbres de sus casas encontraron la muerte envueltas en la creciente.

Javier Espinosa para entonces presidente del Ecuador, tuvo el acierto de nombrar al notable y controvertido Gabriel García Moreno como Jefe Civil y Militar de Imbabura, para apaciguar a las poblaciones devastadas, enfatizando su interés por la cabecera provincial de Imbabura y por Cotacachi, quién ordenó el trazado de planos en los poblados afectados.

Debido a la destrucción de los caminos y chaquiñanes de la época, no fue fácil para las distintas comisiones llegar hasta los centros afectados. Se estima que varias comisiones socorristas llegaron semanas después del infortunio, cuando los miles de pericados estaban en graves proceso de descomposición. La ausencia de operativos de atención a riesgos y fenómenos naturales convirtió a la gente de Cotacachi fáciles víctimas de la amenaza sísmica, dicho escenario provocaría para que centenares de personas sean atrapadas por el movimiento telúrico. Los niveles de solidaridad no tardaron en llegar al gobierno ecuatoriano para atender el desastre: Perú apoyó con 40.000 soles; Chile con 50.000 pesos; Francia con 20.000 francos; Gran Bretaña con 5.500 libras esterlinas, y el propio presidente Espinoza contribuyó con 200 pesos.

## LA IGLESIA DE LA MATRIZ

Su arquitectura luce solemne e impresionante para vigorizar la fe en este pueblo que tiene como su patrona a Santa Ana. La imagen de la virgen se sitúa en el retablo mayor para ser venerada por sus feligreses. En el interior de su majestuosidad arquitectónica se encuentran obras de arte del siglo XVI-II, como la Virgen de Dolores y un conjunto de vitrales que irrumpen la penumbra de su interior.

Sobre la cupulilla del torreón que se asienta en la parte superior del frontón de la fachada principal, descansa la gigantesca estatua de Cristo Rey en dirección occidente-oriente; esta tutela al parque principal que año tras año, es tomado simbólicamente por los pueblos indígenas para apoderarse



■ Iglesia la Matriz, con su estilo arquitectónico ecléctico, 2018.



mediante un ritual dancístico. La característica principal de su arquitectura es de estilo clásico cruzado por la arquitectura griega y romana por la presencia de arcos de medio punto, pilastras, frontones, fajones, formeros, columnas y capiteles con volutas y cúpulas nevadas. Así mismo, su belleza particular se desentraña a partir de las cornisas, molduras, arcos rebajados, columnas de piedra, barandillas, balcones de hierro, pisos de madera y cubiertas de teja; sus muros están articulados por un conjunto de ladrillos y piedra diseñados en el siglo anterior.

Existe un acta de comunicación registrada en 1901 y enviada a la Diócesis de Ibarra, dice así. "Para bien y gloria de Dios y para bien y provecho sobrenatural de los fieles de las parroquias de Cotacachi, tenemos a bien dividir en dos parroquias como el antiguo curato de Cotacachi, la Matriz y San Francisco, cuyos límites serán en lo eclesiástico los mismos que esas dos parroquias tienen en lo civil". Se inicia la construcción de esta iglesia en 1919 y se concluye en 1955, es una planta de cruz latina con nártex del plano de la fachada hacia el atrio y con escalinata en el interior; existen tres naves con crucero y ábside y en él se encuentran tallados de madera en el retablo mayor de tres arterias y tres cuerpos con

**Fachada frontal del antiguo Palacio Municipal de Cotacachi.**



remate y coronación central; una escultura del Señor de la Columna en madera policromada del siglo XVII, una imagen de Nicolás de Bari con su báculo cuya policromía reviste las características del mismo siglo en las hornacinas las imágenes de bulto de San Marcos (Flores & Zambrano, 2003).

En un documental del año de 1732, ya consta Cotacachi como asiento de españoles y de trascendencia dentro de la Real Audiencia de Quito y de la jurisdicción del partido de Otavalo y de la Villa del Corregimiento de Ibarra con el nombre de Santa de Cotacachi. Dicho registro consta en un acta bautismal de la iglesia que es otorgada el 15 de septiembre de 1732 por Fray Felipe Jara. Según Ruíz (2018), el solo hecho de mirar el antepecho del cubrimiento descomunal generaba vértigo y era inimaginable siquiera alcanzar el cielo raso de esta iglesia; pues no había artista o ingenio que cubra los anhelos de los feligreses, pero la tenacidad de los hijos de este pueblo católico permitió alcanzar las alturas.

La techumbre de las naves central y laterales de la Iglesia Matriz de Cotacachi consta de tableros rectangulares de cuatro por tres metros, hábilmente barnizados con óleo y sujetos sobre vigas que eran entrecruzadas por largas costaneras; el diseño y la pintura fueron acariciadas tenuemente por el maestro Benjamín Flores (Ruiz R., 2017).

Referirse a Benjamín Flores, es hacer un reconocimiento a su noble tarea de su experticia en arte del relieve sobre las maderas que sirvieron tanto para artesanos talabarteros como para los católicos confesos que reverenciaron sus íconos religiosos. Ninguna madera se libró de sus hábiles manos para ser esculpidas con la tenacidad de su empeño y de la pausada y tranquila voz que encantó a quienes lo conocieron.

Durante dos años hasta 1954, también juntaron esfuerzos y destrezas desde las manos de los ebanistas Alejandro Haro y Antonio Vaca, el primero de Quiroga y el segundo de El Ejido. Y los vehementes carpinteros de cepa como Augusto Gómez, Caros Vicente Andrade, Arcesio Ubidia y Vicente Guerrero, quienes se destacaron como ayudantes.

La iglesia estaba bonita, pero hacía falta una inspiración que configure y marque el tiempo de la gente a través de los repiques; el torreón principal lucía con cuatro óculos abiertos a los cuatro horizontes. Como que esta propia circunstancia fue propicia para que los cotacacheños radicados en Bogotá, se comprometieran en llenar el vacío disponible.

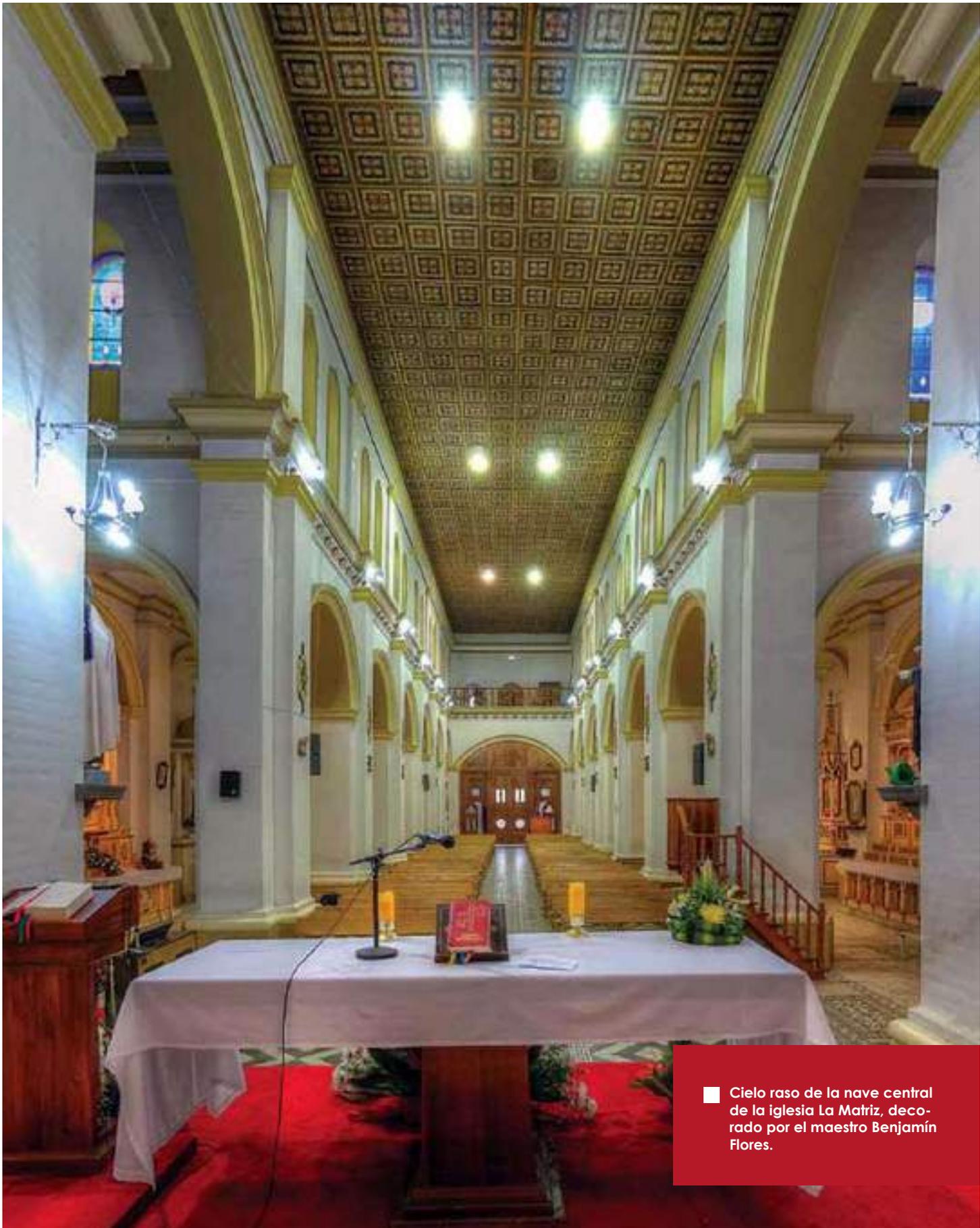
■ Maestro Benjamín Flores, escultor del retablo mayor de la iglesia La Matriz y de la escultura de la Santa Trinidad de la nave lateral derecha.





■ Interior del antiguo Palacio Municipal de Cotacachi.





■ Cielo raso de la nave central de la iglesia La Matriz, decorado por el maestro Benjamín Flores.

Entonces, en 1961 a propósito del Centenario de Cotacachi, Layne (2018) manifiesta lo siguiente:

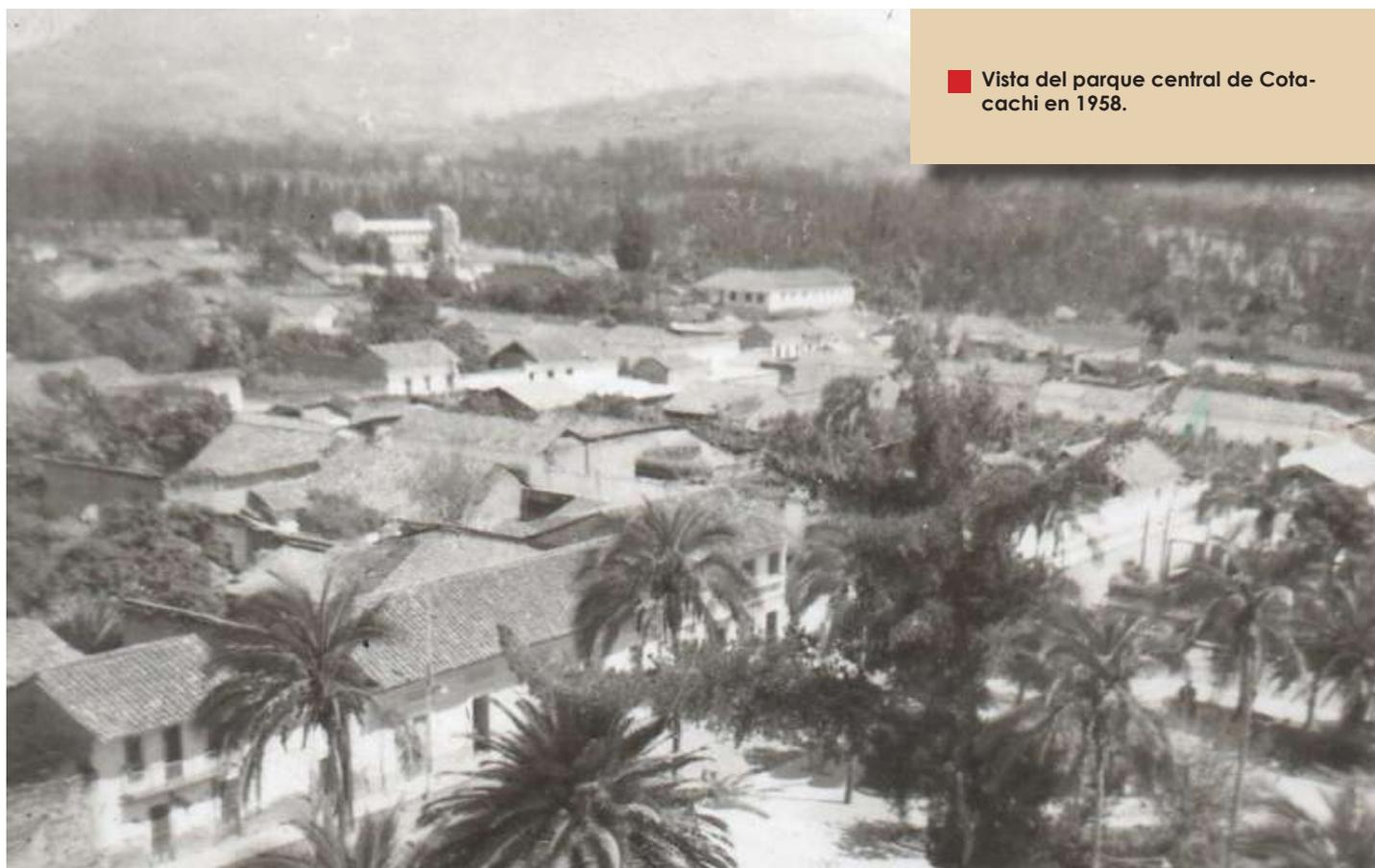
*Nosotros que estábamos lejos de la tierra querida, conjuntamente con la Colonia de cotacacheños residentes en Bogotá, donde destacaban Enrique y Romeo Buitrón, los hermanos Benítez, Luis A. Albuja entre otros; en el colegio donde dirigía el profesor Hernán Gómez, nos reunimos los de la Colonia cotacacheña, y después de un largo cabildeo, tuvimos el acierto de resolver la consecución de fondos económicos para la compra de una máquina-reloj para empotrar en los óculos de la torre de la Iglesia La Matriz de Cotacachi.*



Los cotacacheños residentes en Bogotá recogían recursos necesarios para la adquisición del reloj mecánico de origen francés. Pues eran hijos que extrañaban a su terruño y, por lo tanto, también querían “hacerse sentir”, como se diría en el lenguaje castizo del pueblo. Entonces, tan pronto como se logró reunir los recursos a través de las diferentes actividades sociales, se contactó a las autoridades del Colegio Salesiano, León XIII de Bogotá. En esta institución educativa donde funcionaba un taller de mecánica y de artes y oficios, fue posible la compra de este reloj gigante que pesaba más de dos toneladas.

■ Luis Layne trabajando en su taller de talabartería.

*Contratamos un camión y llegamos a Ipiales desde Bogotá, allí nos esperaba Wilson Proaño Pérez entonces presidente del Municipio y dos delegados como Manuel Ruiz y Medardo Meza quienes asistieron con una volqueta que trasladaría el sueño gigante del tiempo. La entrega oficial se la hizo durante la sesión solemne del 06 de julio de 1961, en cuya intervención hizo derramar más de una lágrima a varios de los asistentes, el coterráneo Luis Moreno Guerra. Nosotros entregamos a nuestra madre tierra y en nombre de la colonia cotacacheña residente en Bogotá, más no entregamos al cura de la Iglesia, sentenció en su discurso histórico (Layne, 2018).*



■ Vista del parque central de Cotacachi en 1958.



■ Estructura arquitectónica del actual convento de la Iglesia La Matriz de Cotacachi.

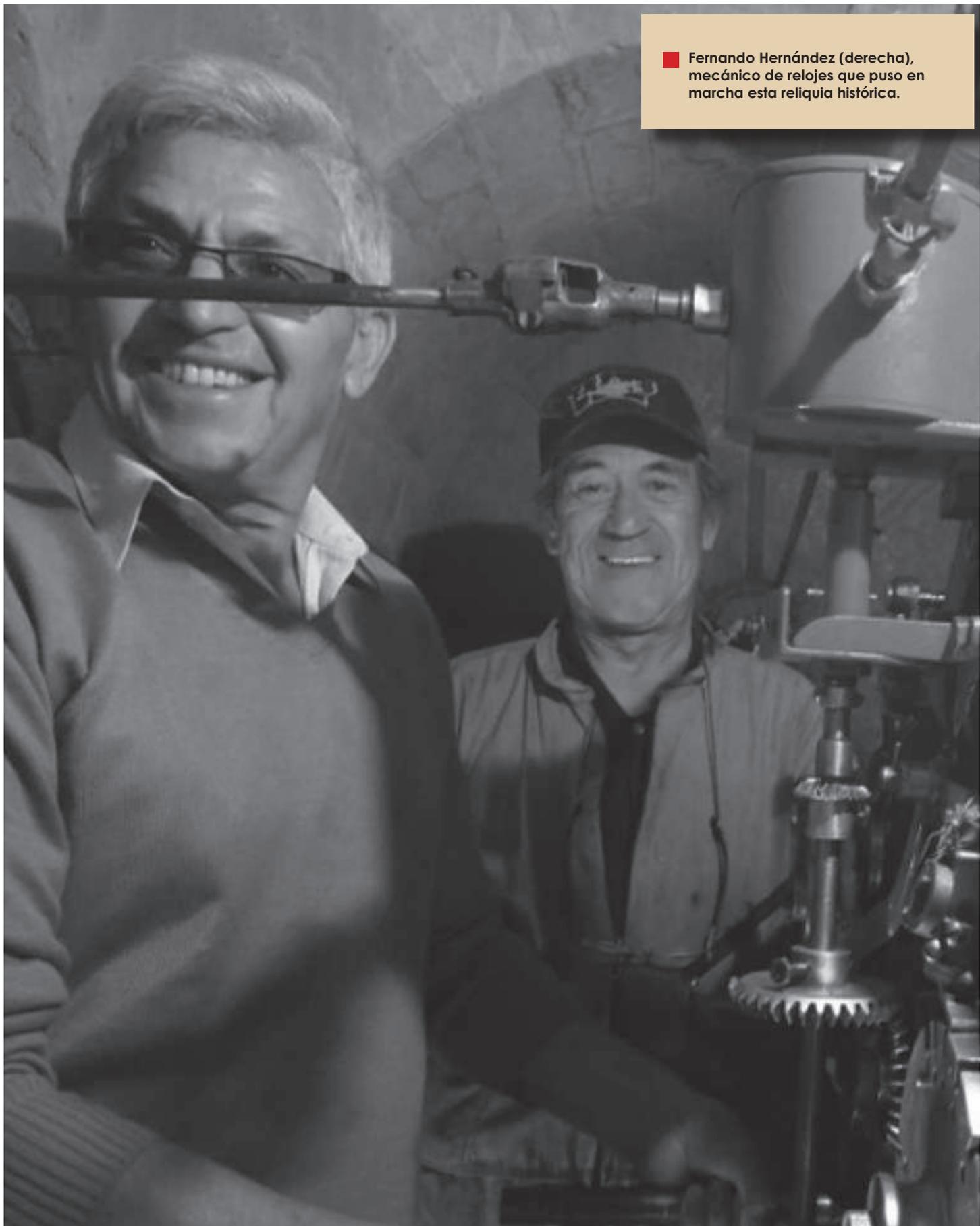
Los cotacacheños, ya radicados en Bogotá se organizaron en una colonia de residentes; cuya organización social fue liderada por el profesor y periodista Hernán Gómez Vásquez, y como presidente de esta agrupación, gestionó la adquisición y donación del reloj para la Iglesia de La Matriz de Cotacachi. Las dos medias segundillas originales del reloj que llevan huellas de alto relieve con figuras religiosas elaboradas en 1826 y la sonaja grande de 1821 fueron elaboradas en Francia. Esta joya mecánica fue donada por la Colonia cotacacheña residentes en Bogotá.

Pasaron los años y como todo requiere de mantenimiento, y después de un letargo esta máquina del tiempo fue habilitada por restaurador colombiano Fernando Hernández, quién sentenció lo siguiente: “el reloj ya entra en funcionamiento y tendrá que registrar el tiempo y las horas correctamente sin retrasarse por otros cincuenta años”. Fue reinaugurada el 31 de marzo de 2018, en la administración de la alcaldía de Jomar Cevallos Moreno, después de estar inhabilitado durante varios años.

## EL TERREMOTO DE 1955

En la zona norte del valle interandino del Ecuador, uno de los eventos sísmicos que causó graves daños es conocido como el terremoto de “Atahualpa”, de magnitud 6.1 (MIC), que tuvo lugar el 20 de julio de 1955 a las 16:01 (tiempo local, TL); el epicentro del evento estuvo localizado al sur de la laguna de Cuicocha en base a la distribución de los daños y sugirió que la falla causante probablemente con una dirección norte-sur, siguiendo el lineamiento Yanaurco-Cuicocha (Gutiérrez, 2018: 1). Curiosamente las zonas de mayor afectación sísmica fueron las comunidades indígenas asentadas hacia el sector oriental de la laguna de Cuicocha y que estaban asentadas entre los linderos geográficos tanto del cantón Cotacachi como del cantón Otavalo; los datos referenciales de la época daban cuenta que las frágiles edificaciones de adobe y tapial de los indígenas kichwas tenían afectaciones de tipo tres y cuatro.

Las casonas de la clase social acomodada de la ciudad de Cotacachi resistieron por las columnas de ladrillo y los arpones de madera que permitían sujetar las cubiertas de las viviendas que estoicamente soportaron la furia de la naturaleza. No obstante, la Iglesia de San Francisco de Cotacachi



■ Fernando Hernández (derecha), mecánico de relojes que puso en marcha esta reliquia histórica.

ubicada en el actual parque Olmedo no soportó el terremoto y colapsó. Transcurrieron dos décadas para que se inicie la construcción del nuevo templo.

La respuesta del gobierno generó reacción entre la ciudadanía, porque la ayuda se concentró únicamente en el sector de Cotacachi, y las comunidades indígenas fueron totalmente desatendidas, a pesar de conocerse que en esos lugares los efectos fueron desastrosos, y el 21 de febrero de 1956 el ministerio de Obras Públicas en el gobierno del Doctor José María Velasco Ibarra entregó 102 viviendas de ladrillo con reforzamiento de hormigón armado que aún se pueden ver en ciertos sectores de Cotacachi, Imantag y Quiroga.

■ Casa de la familia Ruiz Gómez que resistió el terremoto de 1955.



# ■ CAPÍTULO 2

---

La talabartería en Cotacachi antes de la  
Segunda Guerra Mundial

■ Tarquino Calderón, un talabartero cotacacheño trabajando en su taller.



# ■ CAPÍTULO 2

## LA TALABARTERÍA EN COTACACHI ANTES DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

### LA SOCIEDAD DE ARTESANOS DE COTACACHI

Desde la segunda mitad del año 1800, varios fueron los trabajos que tuvieron como materia prima, las pieles de animales domésticos y no domésticos. Los artesanos más estimados eran los curtidores y zapateros; sin embargo, se tiene noticia de la presencia de carpinteros, plateros, herreros, tintoreros, sombrereros y sastres. La talabartería como repertorio de artes y oficios, aparece en documentos notariales y del quehacer de los artesanos que trabajaban con cuero<sup>3</sup>, junto al de zapateros, *plateros y herreros*<sup>4</sup>, *carpinteros*<sup>5</sup> y *silleros*<sup>6</sup> fue regentado por la población blanca, pero la vinculación en el manejo de diferentes pisos y nichos ecológicos permitió que la zona de Intag y de las fértiles tierras de Imantag, se precocice la crianza de todo tipo de ganado.

---

3 Se denomina cuero a la piel tratada mediante curtido y proviene de una capa de tejido que encubre a los animales y que tiene propiedades de resistencia y flexibilidad considerable para su uso.

4 Los plateros se encargaban de hacer todos aquellos adornos para las monturas.

5 Los carpinteros además de elaborar los fustes para las sillas de montar elaboraban ciertos muebles para la casa como sillas, bancos y taburetes.

6 Según Camilo Haro López, los mejores silleros eran propios del cantón Urcuquí. Ellos confeccionaban fustes de madera de guabo. Los talabarteros además de dedicarse a la elaboración de monturas confeccionaban el conjunto de los arcos para la caballería, como las guarniciones finamente elaborados de las pieles y los cueros.



■ Utensilios elaborados por los últimos plateros cotacacheños, 1956.

■ Hormas de ladrillo para trabajar productos de metal en la platería.





■ Fuelle utilizado por los plateros. Museo de las Culturas, 2018.

■ Artesano cotacacheño confeccionando alpargatas de cabuya.



■ Recreación de un herrero cotacacheño (Museo de las Culturas).





■ Edilma Romero con su esposo Guido Ruiz, cuyo padre, Alfonso Ruiz, confeccionaba polainas en Cotacachi a inicios del siglo XX.

Se institucionalizaron las fincas y haciendas, y a estas se les adjudicaba de ganado caballar, vacuno, porcino, caprino y lanar entre otros. Estas a su vez, eran administradas estratégicamente por religiosos asentados en la zona de estudio; y con los insumos que estos animales abastecían se posibilitaba la confección de monturas y demás aprestos.

Entre el siglo XIX y XX, casi todas las familias estaban vinculadas por el arte del cuero. No sorprende que los entrevistados con conocimiento de causa y con la experticia propia de su experiencia describan el proceso de elaboración del cuero; así, por ejemplo, los artículos de

cuero como las polainas, las trabajaba el señor Alfonso Ruiz, estas eran elaboradas en varias dimensiones para las fiestas de San Juan, hoy conocida como Inti Raymi, cuyos objetos eran utilizados por los cabecillas de las parcialidades. Para trabajar estas piezas de cuero había que lavarlas en los ríos, pero la demanda era tal que lo hacía por turnos para tener espacio en ciertos lugares donde había piedras apropiadas para dicha actividad (Ruiz & Romero, 2017).



■ Polainas de cuero utilizadas en Cotacachi.

Gracias al trabajo fecundo y creativo de los artesanos y grandes músicos, Cotacachi se encuentra en un sitio privilegiado de la historia. La Sociedad de Artesanos de Cotacachi como la instancia directriz de los artesanos, apadrina a talabarteros, carpinteros, mecánicos, plateros, sastres, modistas, peluqueros, entre otras profesiones a fin de salvaguardar el legado laboral y artesanal de sus asociados. Fue creada el 8 de octubre de 1911, cumple la tarea de fortalecer la amistad, unidad y compañerismo.

Este postulado se ha cumplido desde que su primer presidente Ulpiano Galindo y Arsenio López, el primero carpintero y el segundo un destacado talabartero trazaran los lineamientos que servirían de modelo para los futuros artesanos y conciudadanos cotacacheños.

La Sociedad de Artesanos de Cotacachi se forma por iniciativa del Jefe Político del cantón, don Modesto Proaño Andrade. Se reúnen por primera vez en el salón municipal el 8 de octubre de 1911; según consta en el libro de actas de este gremio (1911), el fin perseguido por la asociación es el de trabajar en consenso por el progreso y adelanto de la clase obrera.

En esta reunión estuvieron presente 69 ciudadanos cotacacheños de diferentes artes y oficios. Se eligieron por votación secreta a siete vocales principales y siete suplentes.

Los vocales principales elegidos fueron: Ulpiano Galindo, Severo Proaño A., Miguel Alencastro, Arsenio López, Manuel Calderón, José María Muriel y Leonidas Q. Proaño. Los vocales suplentes elegidos fueron: Carlos Aníbal Galindo, Benjamín Echeverría G., Antonio Proaño Andrade, José Ignacio Andrade, Luis Ricardo Gómez, Lisandro Proaño y Luis A. Camargo.

De ellos se eligió a Ulpiano Galindo como el presidente de este gremio que tanta gloria daría a su tierra; como vicepresidente se eligió a Miguel Alencastro, secretario a Luis Proaño Morales, prosecretario Rogelio Sánchez y tesorero a Sinfiriano Acosta.

Los socios firmantes, fundadores de la Sociedad de Artesanos de Cotacachi fueron:



■ Ulpiano Galindo, primer presidente de la Sociedad de Artesanos de Cotacachi en 1911.

- |                           |                         |                          |
|---------------------------|-------------------------|--------------------------|
| 1. Carlos Julio Terán     | 16. Ángel Tamayo        | 31. Carlos Elías Proaño  |
| 2. Luis Moreno            | 17. Andrés Paz          | 32. Emiliano Saltos      |
| 3. Carlos E. Guzmán       | 18. Miguel Gómez P.     | 33. Manuel Tamayo        |
| 4. Aurelio Cobos G.       | 19. Leonidas Proaño     | 34. Sinforiano Acosta    |
| 5. Juan Moreno M.         | 20. Carlos Proaño       | 35. Rodolfo Moreno       |
| 6. Alberto Andrade Cobo   | 21. Febliano Echeverría | 36. Isaac López          |
| 7. Luis Albuja            | 22. Liborio Echeverría  | 37. Antonio Proaño       |
| 8. Amador E. Proaño       | 23. Manuel Proaño N.    | 38. Julio Gómez          |
| 9. Antonio Rengifo        | 24. Carlos Sánchez      | 39. Miguel Andrade S.    |
| 10. Manuel Ruiz           | 25. Moisés Sánchez      | 40. Luis Sarzosa         |
| 11. Antonio Echeverría G. | 26. Alberto Sánchez     | 41. Segundo Muriel       |
| 12. Reinaldo Moreno       | 27. Antonio Proaño      | 42. Ángel Miguel Andrade |
| 13. Luis Moreno           | 28. Floresmilo Narváez  | 43. Nicolás Proaño A.    |
| 14. Alfonso Moreno        | 29. Elio Echeverría G.  | 44. Miguel Proaño M.     |
| 15. Benjamín Echeverría   | 30. Luis F. Paredes     | 45. Luis Morales.        |

Con esta introducción necesaria de los artesanos de Cotacachi en 1911, se evidencia que, en este rincón de la Patria, había una gran variedad de oficios desarrollados fundamentalmente por hombres deseosos de bienestar y progreso. Se entiende que, de la lista anterior, varios eran talabarteros, lo que quiere decir que, el oficio de la talabartería en Cotacachi es bastante añejo.

Quienes desarrollaban el oficio de la talabartería fueron descendientes de españoles, claro, este trabajo también se lo desarrollaba, aunque en menor medida, en las ciudades de Ibarra y Otavalo. Como un homenaje a quienes dirigieron esta asociación que coadyuvó al desarrollo del cantón, en este apartado, se presenta las fotografías de la mayoría de los presidentes de este gremio; como también se registra a la nueva directiva articulada en el año 2018, la misma que es presidida por Ulpiano García Cobos.



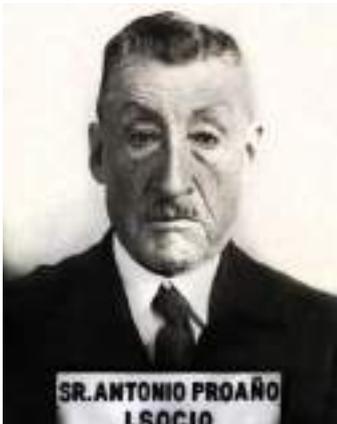
■ Sr. Isaac Sánchez



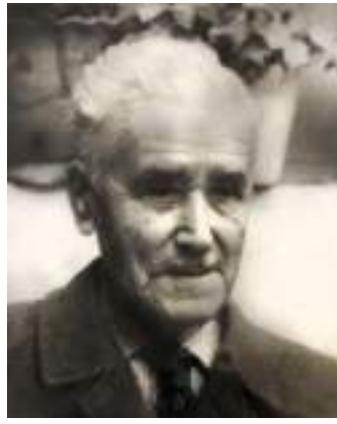
■ Sr. Miguel Gómez



■ Sr. Modesto Proaño



■ Sr. Antonio Proaño



■ Sr. Carlos Grijalva



■ Sr. Andrés Paz



■ Sr. Alfonso Acosta



■ Sr. Alejandro Proaño



■ Sr. Jorge Gómez A.





■ Sr. Guillermo Sánchez



■ Sr. Gabriel Echeverría



■ Sr. Arturo Recalde



■ Sr. Pascual Echeverría



■ Sra. Margarita Romero



■ Sr. Carlos de la Vega L.



■ Sr. Camilo Haro López



■ Sr. Oswaldo Rueda U.



■ Sr. Gabriel Echeverría





■ Sra. Rosario Estévez



■ Sr. Ramiro Yépez G.



■ Sr. Ulpiano García C.



■ Sr. Humberto Chaves

A partir de la historia entrelazada con artesanos y la tenencia de tierras, se fortaleció la sociedad cotacacheña con las artes y oficios y se amplió la estructura económica en tiempos de la Gran Colombia; esto permitió que el libertador Simón Bolívar se refiera a la zona de estudio, como un pueblo industrial; con similar discernimiento relatan ilustres viajeros que visitaron el norte ecuatoriano. Cotacachi, Atuntaqui y Guano, son los pueblos más industriales de la República, y la consecuencia lógica de dicho trabajo es la prosperidad (Hassaureck, 2015).

Y con el Decreto de cantonización en 1861, el Cabildo se propuso organizar a todos los artesanos existentes. Más tarde, en 1864 se conformaron los gremios, nombrando maestros mayores en cada sector o en cada grupo familiar de artesanos. Así, en el flamante cantón, el nuevo concejo cantonal desig-



■ Directiva de la sociedad de artesanos en 1961: Jorge Gómez en el centro Alejandro Proaño, Carlos Grijalva y otros.

■ Miembros de la sociedad de artesanos en 2018.



nó a los maestros de Gremios—Archivo Municipal de Cotacachi, Libro de Actas, 1864— en las artesanías existentes:

1. Gremio de talabarteros: Miguel Moreno,
2. Gremio de curtidores: Camilo Haro,
3. Gremio de carpinteros: Mariano Proaño Tejada y Nicolás Galindo (suplente),
4. Gremio de herreros: Mariano Cobos y Javier Gavilanes,
5. Gremio de plateros: Miguel Carrillo y Carlos Andrade,
6. Gremio de cigarreros: Manuel Andrade,
7. Gremio de sastres: José González,
8. Gremio de zapateros: Luis Terán y Patricio Cerpa,
9. Gremio de sombrereros: Mariano Galindo y Manuel Terán,
10. Gremio de tejedores: Modesto Sarzosa y Faustino Recalde,
11. Gremio de tintoreros: Julián Proaño y José Muriel,
12. Gremio de cestería: Francisco Baroja y Modesto Cobos,
13. Gremio de albañilería: José Antonio Arango y Antonio Monroy,
14. Gremio de alpargateros: José Guerra, y
15. Gremio de música: Adolfo Almeida y José Aparicio Páiz.

■ Directiva actual de Sociedad de Artesanos 2018 – 2020. Presidente Ulpiano García Cobos (sexto de la izquierda).



## LA CURTIDURÍA DE LOS CUEROS UNÍA A LA FAMILIA COTACACHEÑA

Los templadores de cueros, unos como empresarios y otros como jornaleros, caminaban hacia el tradicional Río Pichaví o al romántico río Pichambichi y eventualmente al cautivante Yanayaku; antes del amanecer, los artesanos cargaban en parejas, el fuste o madero que soportaba las pieles que goteaban alumbre. Con los dispositivos artesanales en proceso cargaban sobre los hombros y cruzaban las calles polvorosas del pueblo.

■ Venado cazado para curtir su piel. Laureano Gómez (primero de la derecha) y sus amigos.



Los artesanos, iban creando y canturreando sentimientos entre voces y silbidos, y se dirigían hacia cualquiera de los tres ríos mencionados; vislumbraban a la vida como una ganga. Como dicen los artesanos de antaño había que ganar tiempo a la mañana, entonces ese tomar del vuelo, que es parte de la idiosincrasia andina, sin duda permite disfrutar de un aroma incontenible de la vida y el trabajo.

La jornada de lavado de pieles en los ríos, transcurría desde el amanecer hasta casi el medio día. Se enjuagaba placenteramente por el caudal transparente de las aguas de los ríos, entonces después se procedía a templar los cueros crudos sobre tableros; los clavos de mediana orden les daban forma única.

Los artesanos templaban las pieles de los animales vacunos, caprinos y lanares en unas planchas de madera cercanas a la orilla, someténdolas a un proceso de lavado hasta convertirlas, con auxilio de ciertas pócimas secretas de vegetales como el guarango y otros insumos, en maleables pieles aptas para múltiples trabajos [...] ahora comprendo que eran las incipientes curtiembres case-ras encargadas del proceso, aprovechando el ganado vacuno que abundaba en el poblado por cercanía a las haciendas propios de la zona. (Andrade Galindo, Narváez, Romero, & Baéz, 2008).

Las actividades tradicionales en este terruño daban inicio tempranamente, es decir a partir de la “misa de la seis de la mañana”; las beatas con sus encorvadas siluetas marcaba el tiempo de la mañana, pues apretaban los pasos de la descendencia para ganarle al repique o tañido de las campanas y así alcanzaban la bendición de inicio de la eucaristía católica.

Otra de las diligencias que marcaba el tiempo del día en este rincón artesanal del norte ecuatoriano, sin duda era la presencia de los administradores de las propiedades en que se exhibían los retablos de haciendas.

Lugares inolvidables como “La Tola” de Cotacachi y “La Plaza” del barrio El Ejido, envolvían a ordeñadoras y vaqueros



■ Tablero para uso de estiramiento y secado de la piel.

con jitanjáforas cadenciosas para despertar a los vecinos antes de la aurora del día. Los madrugadores alcanzaban al rejo para disfrutar de la espumosa leche de las vacas y con abundante *tostado yanga*<sup>7</sup>—de la lengua kichwa que significa maíz tostado en tiesto— como un manjar que permitía irrumpir el ayuno de niños y adultos.



■ La vieja casona “La Tola”, actualmente convertida en restaurante.

---

7 Deviene del kichwa: maíz tostado en tiesto

Los núcleos familiares extendidos, se ampliaban sin demarcaciones. En la fe en que se identificaba la gente que compartía un mismo sueño, se lloraba y se reía pese a vivir en la adversidad atenuada. Entonces la esperanza era una manera de sobrellevar el trabajo en el cuero y se disfrutaba del presente con la posibilidad de competir con la ilusión y la improvisación.



En aquella época del tiempo entristecido y de familias afectadas por la escasez; la fe en Dios permitía sortear las penurias por medio de los artificios de la curtiembre y el tratamiento de calidad en las pieles que se evitaban las astucias de negociantes de Quito, Guayaquil, Esmeraldas, Cuenca, Ambato, Huaquillas y Tulcán. Había intermediarios que compraban lo que se producía en cueros y otras artesanías; dichos terciarios encubrían las artimañas que disfrazaban la explotación y la estafa.

Actuaban como encantadores burócratas de la trampa y amasaron fortunas incalculables a expensas del sudor de la honestidad de los artesanos que provenían de hogares y familias en que se repartía responsabilidades como una garantía para transferir a los hombres de bien.

■ Nicolás Sánchez (al centro marcado una niña) con sus familiares y trabajadores de su taller en 1930.



■ Nicolás Sánchez, (izquierda), profesor, músico y talabartero, junto a su hermano Moisés, artesano y comerciante, en 1925.

En la historia artesanal de Cotacachi, se recreaban pasajes y ciclos laborales que de ninguna manera alteraron la tradición y la fe de un pueblo, que consideraba al trabajo una forma de vida. Allí en esta esquina del tiempo, los artesanos no se perturbaban con la bonanza porque disfrutaban de la paz y la armonía que solo se describe en los pueblos andinos. Así se desplazaron hacia otros lares, pero siempre con cariño a su familia y a su terruño. Durante la historia de los talabarteros de Cotacachi; sus hijos soportaron agresiones y reveses que les ofreció el destino. Quizá allí radica el origen de la nostalgia y el romanticismo literario y artístico de los Hidrobo, Proaño, Echeverría, Montenegro, Grijalva, Gómez, Andrade, Cevallos, Moreno, Tamayo, entre otros. Este escenario, permitió instituir en la historia y en el tiempo, tanto a músicos como a los artesanos del cuero.

En el viejo mercado “7 de julio” que ahora se llama la “Plaza de la Interculturalidad”; en ese entonces descuidada, y que a la vez era una cancha deportiva donde se jugaba la pelota de mano, venía Don Melchor Ayala de Otavalo a vender cueros crudos a los artesanos. Pues los cueros los traía en la recordada camioneta FORD de color celeste. Era costumbre de los compradores “probar el cuero” y mediante este proceso de confirmación labial<sup>8</sup> se verificaba si estaba amargo o salado; entonces la circunstancia ofrecía la posibilidad de regatear los precios de los cueros crudos y curtidos.

■ Camioneta “FORD 350”, de Melchor Ayala, en la que vendía el cuero curtido a los talabarteros de Cotacachi.



8 Se acostumbra a probar con los labios, el sabor de la calidad del cuero. Los artesanos, eran perfectos catadores de la calidad.



■ Melchor Ayala comerciante de cueros de Otavalo junto a su esposa, Delia María Salazar.

■ Fila inferior (de izquierda a derecha): Rosa Yépez Cobos, Alonso Cobos Cobos, Mariana Yépez Cobos (marcada a su hija Anita), ....., ... y Carmelita Yépez Cobos; junto a familiares. Alonso Cobos fue un curtidor de cueros del barrio Cahipugro y cuando siendo relativamente joven murió, su esposa Marianita Yépez, siguió con el trabajo de curtidora.

Las viejas calles del terruño eran deponentes de los curtidores de cuero, quienes en parejas acarreaban los crudos sobre palos que eran transportados directamente a los ríos Pichaví y Machángara, este último afluente del Pichambichi, para su lavado meticuloso. Posteriormente, se colgaba los cueros y templaba sobre unos tableros hasta que alcance un cierto nivel de docilidad requerido para curtir los cueros.

Los expertos en curtido de cuero estaban asentados en el barrio Cachipugro, curtían con guarango, estos maestros eran los señores Echeverría, más conocidos como "los mishkibirus"; también, don Alfonso Ibarra que más tarde se dedicó a la panadería; además don Federico Ruiz y don José Ruiz padre del recordado Jorge Ruiz, y los señores Saltos eran expertos curtidores de cuero.

La actividad de preparación del cuero se obtenía a partir de dos procesos de curtido: la primera se perfeccionaba con elementos naturales vegetales tales como: guarango, quebracho y cascarilla de corteza de manglares; y la segunda con químicos tales como: cromo, alumbre, formol, sulfato de amonio entre otros, y la segunda preparación de curtido. En Cotacachi existía de forma abundante una especie arbórea con alto contenido de tanino, denominado "guarango", que ha sido utilizada de forma tradicional por los curtidores del cuero. Este algarrobo (*Prosopis pallida*) es un árbol espinoso muy invasor y alcanza una altura media de unos 5 metros y su dura madera se utilizó para hacer muebles rústicos; además la semilla en vaina sirve para curtir cueros y la resina de su tronco se usó para teñir los mismos.





■ Jorge Ruiz (derecha), curtidor de cueros del barrio Cachipugro, junto a su amigo Gonzalo Echeverría.

La capacidad de observación de los artesanos cotacacheños puso en evidencia lo siguiente: si una piel de animal o cuero crudo se disponía en contacto con algún tipo de corteza, madera u hojas de ciertos vegetales, ésta se manchaba y, para asombro de las finalidades, las partes magulladas se resistían ante la putrefacción. Así, el sentido común de los artesanos de la época permitió comprender que esta especie nativa tenía una alta capacidad de infestación renovable, cuyo medio natural ofreció la posibilidad de trabajar el cuero con la destreza que solo un artesano artificioso conoce.

Según Miller (1942), el dominio y conocimiento de las propiedades químicas y el anabolismo que ofrece la especie nativa guarango (*Prosopis pallida*), es probable que surgió desde la conjunción de nativos con los españoles que llegaron a asentarse en tierras andinas. Así lograron comprender que los taninos son metabolitos secundarios de este vegetal que resultaba soluble con el agua y además era un astringente, debido a que desarrollan una reacción al entrar en contacto con el colágeno que se encuentra en la piel (Pág.: 3).



■ Pedro Gavilanes con su esposa Córdula Pérez, junto a su primera hija Elvia María, cotacacheño que inicio el oficio de la talabartería antes de la Segunda Guerra Mundial.



■ Fila superior, de izquierda a derecha: ..., Luis Alfonso Gómez, Rodrigo Gómez, Julio Moreno Saona (talabartero del barrio Cachipugro), Carlos Guzmán, ... Fila inferior, de izquierda a derecha: Carmen María Echeverría, Yolanda Gómez Echeverría, Rosita Moreno, Amada Moreno, Victoria Moreno y Lucía Haro Baroja.

Desde este discernimiento, los artesanos empleaban el guarango para curtir el cuero, cuya sustancia natural incrementa la durabilidad del cuero y lo tornaba inmune y resistente. El complejo y parsimonioso proceso de la elaboración y del curtido de la variedad de cueros, requiere necesariamente de las tres fases del curtido, que responden a un proceso natural con mucha experiencia.

La actividad de preparación del cuero, en términos generales tiene tres fases: La primera se prepara y perfecciona con el curtido mediante propiedades químicas tales como: cromo, alumbre, formol, sulfato de amonio entre otros; la segunda preparación de curtido, con tratamiento de propiedades naturales, como: guarango, quebracho y cascarilla de corteza de manglares; la tercera, que es la culminación de la superficie de la piel, se evidencia desde el brochazo con una sustancia denominada caseína<sup>9</sup> y se extiende hasta alcanzar el acabado de los cueros —proteína de la leche de los mamíferos que contiene gran cantidad de fosfato y que se emplea en la industria de los cueros— y pieles mediante el uso de productos naturales y/o químicos. En este segmento del texto, nos permitimos resaltar al profesor Laureano Gó-

---

9 Sustancia natural para dar brillo al cuero.

mez (2017) quien con experiencia adquirida de sus familiares más cercanos y añejos en el procedimiento del curtido del cuero, coincide en señalar que la calidad del cuero se logra por medio del arte de las combinaciones con grasas, sebos, polvos y tintes, vísceras de animales y extractos de jugos de plantas y árboles. De tal forma que, el ingenio de la calidad del cuero se logra con la experiencia de los años de trabajo y de la herencia adquirida desde los abuelos.

El profesor Gómez, también da cuenta que era costumbre de los cotacacheños donde se destacan los talabarteros, los curtidores del cuero, los músicos, y demás profesionales, disfrutar y regocijarse con todos los miembros de la familia en la pintoresca y paradisíaca laguna de Cuicocha; cuya actividad de ocio, era una forma de recompensar el esfuerzo laboral del núcleo familiar.

■ Paseo típico a la laguna de Cuicocha de una familia cotacacheña. De izquierda a derecha: Mariana Morillo, Padre Ernesto Proaño Morillo, Manuel Proaño, Luisa Proaño, Pedro Proaño y Bertha Proaño. Abajo: José Proaño y Flavio Proaño Morillo.





■ Profesores de la escuela Modesto Peñaherrea; educadores de varias generaciones de artesanos de Cotacachi. Parados, de izquierda a derecha: Laureano Gómez, Gustavo Pinto, Gustavo Albuja. Sentados: Oliva Galindo, Manuel Ruiz Gómez e Inés Gómez.

■ **Palacio Municipal de Cotacachi antes de la época de la segunda guerra mundial.**



Las posibilidades económicas y sociales de los curtidores de cuero permitían almacenar los cueros crudos hasta tener la cantidad suficiente para el curtido. Tanto el profesor Gómez, como el profesor Camilo Haro López, estuvieron vinculados con los artesanos del cuero en Cotacachi, por ello expresan con propiedad los diferentes pasajes de la etapa de aprendizaje del arte y oficio los curtidores y talabarteros del cuero.

El profesor Haro López manifiesta que era común ver a los trabajadores y operarios trasladarse en largas caminatas hasta la hacienda “El Hospital” de propiedad del señor Segundo Solís a comprar cuero crudo del ganado salvaje, también señalan que visitaban la hacienda de “Piñan”; adquirían cuero de ganado vacuno a los mayordomos como a los indígenas de esos lugares; en la comunidad kichwa de Quitumba, cerca de la parroquia Imantag, los artesanos vencían las condiciones inhóspitas del clima para comprar sacos de guarango con cuyo producto se curtían los cueros.

ma para comprar sacos de guarango con cuyo producto se curtían los cueros.

Es importante valorar la importancia de conocer ciertas destrezas y técnicas para la conservación de los productos del cuero crudo. Una buena conservación previa dará como resultado cueros curtidos de buena calidad. Solo los artificios empíricos propios de los experimentados, permitía dar color, blandura, flexibilidad y resistencia a los buenos cueros.

Una vez extraído el cuero del animal, no debe permanecer más de tres horas sin algún tipo de tratamiento, esto para evitar alteraciones y pérdida de la materia prima. Sin embargo, el tiempo de permanencia del cuero extraído para los artesanos, varía entre espacios mayores de tiempo hasta las operaciones necesarias para la conservación. A continuación, se describe el procedimiento del curtido del cuero:

## 1. Limpieza y preparación de los cueros

Se lava con suficiente agua la piel externa y friccionalmente cuidadosamente, de preferencia con un cepillo de cerda y en la parte interna se elimina los restos

de carne y grasa. Es necesario remojar el cuero en abundante agua durante unos tres o cuatro días, a fin de eliminar la suciedad depositada incluyendo residuos de sangre, carne y grasa del animal, cambiar el agua frecuentemente garantiza una mejor limpieza.



■ Noque o tanque, lugar donde se realiza el lavado para el curtido y el teñido de los cueros.

■ Lautaro Calderón, durante el escurrimiento del cuero.

## 2. Escurrimiento

Una vez que concluye el lavado de los cueros, se deja desaguar por un tiempo aproximado de una hora.



### 3. Preparación de los cueros salados

Se procede a humedecer el cuero en agua durante dos días para quitarle la sal y ablandarle. Se lava abundantemente para eliminar la sal y los desechos acumulados. Es importante cambiar el agua frecuentemente hasta que la piel quede limpia.

### 4. Preparación de los cueros salados secos

Durante el tratamiento que se prolongará hasta por 24 horas más y si el cuero no está flexible aún, se agregará un remojo de otras 24 horas.

### 5. Preparación para cueros descarnados

Se procede a limpiar el cuero, donde se acentúa cualquier residuo de sangre, carne o grasa animal.

### 6. Encalado

Posterior al minucioso lavado de los cueros se procede al encalado o revestimiento. Una vez que los cueros están límpidos se los ubica y extiende dentro de los tanques de encalado que están llenos con agua y cal hasta cubrir completamente los cueros y se los resigna en baño o remojo por tres días. Cada 24 horas se removerán los cueros y de manera individual ha de verificarse para comprobar si han logrado alcanzar el grosor requerido. Una vez que el cuero alcanza el espesor requerido, entonces el pelaje y las demás escamas se desprenden fácilmente. Así, el cuero estará listo para la siguiente etapa.

### 7. Descarnado y depilado

En esta etapa, el cuero se coloca en el potro de madera con la cara principal del cuero y, con una cuchilla de doble mango se procede a descarnar hasta lograr el volumen esperado, y posteriormente se invierte el cuero, y con el reverso de la cuchilla se procede a quitar el pelaje y demás escamas hasta que alcance

totalmente un color blanco, cuyo procedimiento se realiza con abundante agua para limpiar el cuero.

## 8. El procedimiento del desencalado

Posterior al descarnado y despelaje del cuero, se procede a desencalar. Este proceso, consiste en sumergirlos en agua limpia durante tres días hasta que se elimine cualquier residuo de cal a fin de evitar la inutilización o escozor de los cueros.

Durante el remojo, se debe remover el cuero permanentemente y restregar y rasparlo cada 12 horas con el reverso de la cuchilla. Además, durante el desencalado, para cada lavado de los cueros se cambiará el agua de los tanques.

■ Lautaro Calderón, durante el proceso del descarnado del cuero crudo sobre el potro de madera.

## 9. Teñido del cuero

Los cueros son sumergidos a los estanques que contienen guarango para el curtido, por cuanto es un material apropiado por su nivel de acidez natural requerido en el procesamiento. También se usa cromo y otras sustancias químicas cuando el cuero es duro como la de bueyes, aunque este procedimiento químico es más rápido y menos dispendioso. Finalmente se retira las pieles de los estanques y se le expone al sol y cuando están completamente secos se recubre con aceites de linaza o de ballena a fin de suavizar los cueros, y mediante brochazos con caseína se pinta los cueros.

Se confirma que una manera de acelerar el proceso del curtido en tiempos que la modernidad ofrece



es curtir los cueros mediante un gran tambor con motor eléctrico que el mismo elaboró para que los cueros que están en su interior giren a mayor velocidad en cuyo contacto se adhieran los cueros y los productos ya sean naturales o químicos, a fin de ampliar la eficiencia de los procesos del cuero.

La actividad de preparación del cuero se obtenía a partir de dos procesos de curtido; es decir la primera perfeccionaba con el cuero curtido con químicos tales como: cromo, alumbre, formol, sulfato de amonio entre otros. La segunda preparación de curtido, con elementos naturales vegetales tales como: guarango, quebracho y cascarilla de corteza de manglares. Finalmente, durante el acopio, los cueros serán almacenados en un ambiente fresco, seco y ventilado. Entonces cuando se cumplía con estas fases de preparación, los cueros estaban listos para su uso en la talabartería.

La elaboración de un artículo de cuero pasa por varios procesos de confección manual. Esta técnica y táctica rinde culto a la riqueza artística y a la belleza natural innata de los artesanos cotacaheños. En dicho proceso, las manos se constituyen en el artilugio que da forma a los artículos de cuero, y por medio de la perfección se contempla la calidad de los productos artesanales.

■ Manicartera finamente elaborada en relieve, utilizando clichés con motivos andinos. Manufacturada por Jaime Benítez en la ciudad de Bogotá.



Mientras pasaban los días, las transmisiones de los consejos por viejos maestros, el amor a la profesión y la inmodestia de la gran autoestima que tenían los maestros talabarteros, permitían crear a cada momento un destello de inspiración en la parsimonia del trajinar profesional y artístico y justamente en este escenario se entretejía sólidamente la unidad de la familia de artesanos y demás profesionales. El valor de un buen cuero depende de la calidad de productos que se añaden en su procesamiento.

Cuantos años de sabiduría no pueden desentrañarse así de fácil. Por ello, ha de comprenderse que ciertas respuestas de los artesanos entrevistados indudablemente atesoran un axioma que solo la memoria oral colectiva recrea.

El curtido y el acabado de los cueros estarán orientados a lograr productos de alta calidad y por juicios de propiedad artesanal las entelequias ancestrales transitan entre el mito de la antigüedad y la fantasía que el pensamiento contemporáneo ofrece. Un cuero curtido de buena calidad debe ser flexible y presentar una tez lustrosa y sin manchas, el color debe ser uniforme y sin manchas de tintura.

## LOS TALLERES DE TALABARTERÍA EN COTACACHI

La primera interrogante que surge durante las entrevistas realizadas a los artesanos es sobre la diferencia entre talabartería, peletería y marroquinería. Este último un acuñamiento lingüístico de fuerte influencia colombiana. La marroquinería es un neologismo que se acuñó en el círculo de los trabajadores del cuero, después del retorno de los artesanos que emigraron hacia Colombia y Venezuela.

La marroquinería es el arte que maneja los accesorios y prendas semi-industrializadas de cuero para elaborar artículos de lujo como carteras, bolsos, portafolios, billeteras, cinturones, botas, guantes y vestidos para damas y caballeros en diferentes texturas y calidad.

En cambio, la peletería es el arte de trabajar las pieles para confeccionar vestuarios que incluyen calzados y adornos tanto para muebles y decoración de murales y pisos. La talabartería, es el rubro que maneja todo lo relacionado con la tradición manual, desde la preparación, curtido y con-



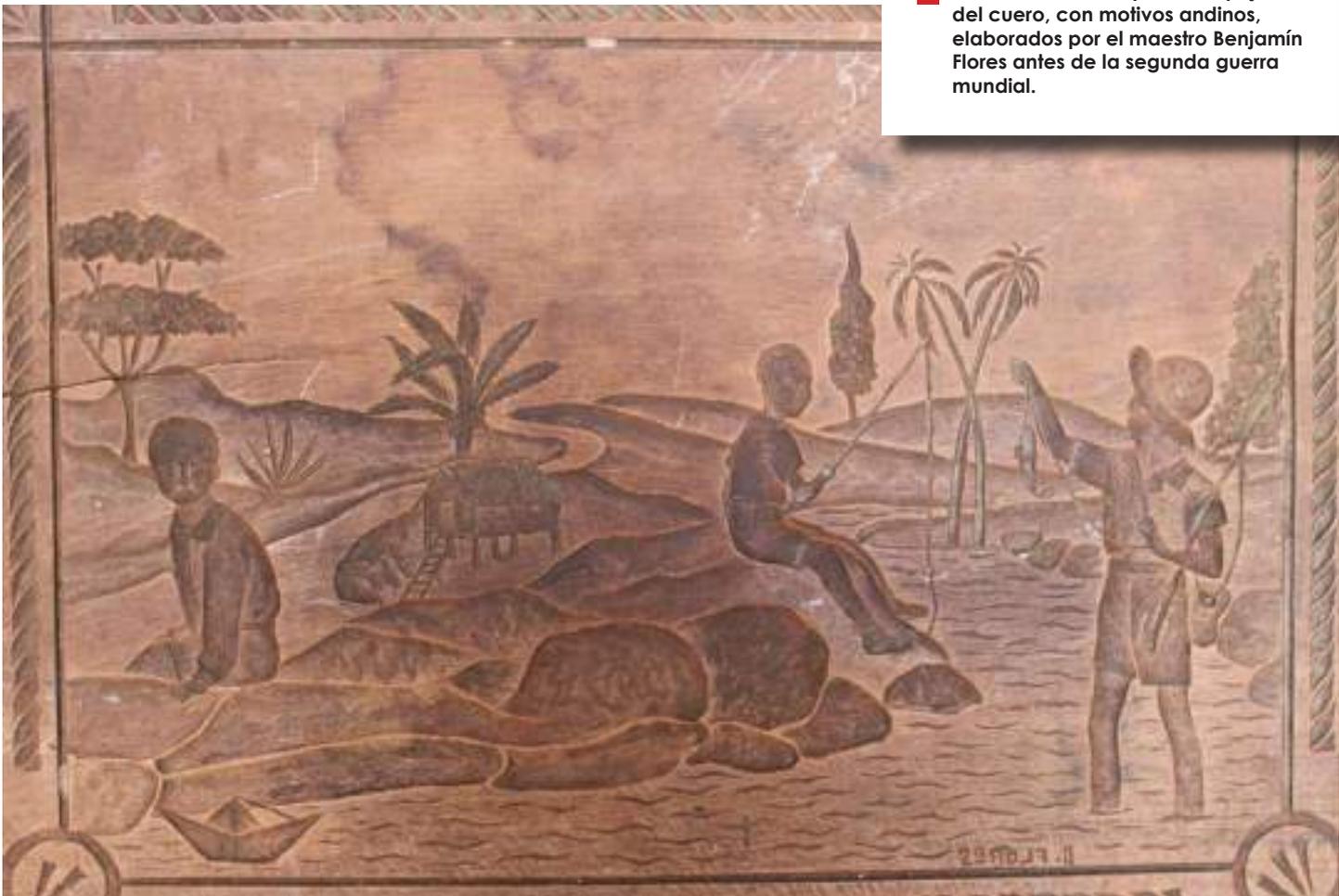
fección de artículos de cuero de forma manual: monturas, galápagos y demás objetos para uso en el campo y la caballería, maletas y bolsos con cuero semiprocesados manualmente; no se utiliza instrumentos mecanizados. También hay una referencia contextualizada por algunos artesanos que dan cuenta que, la marroquinería permite confeccionar productos para el ser humano, y la talabartería de preferencia productos para ensamblar con los animales (Miller, 1942).

■ Material de talabartería utilizado por las fuerzas aliadas.





■ Tableros utilizados para el repujado del cuero, con motivos andinos, elaborados por el maestro Benjamín Flores antes de la segunda guerra mundial.





■ Jaime Andramunio y sus monturas, talabartería que se viene construyendo en Cotacachi desde antes de la segunda guerra mundial.

El *filetero*, es quien elabora látigos, riendas, cabezadas, y los productos que tienen que ver con cuero crudo o manualmente procesado; además, el talabartero se encarga de elaborar fustes, sillas y/o bastos para las monturas y galápagos, cuyos productos se trabajan cuando su tesura aún está fresca.

El desarrollo del trabajo con cuero o piel comienza a incrementarse en forma paralela a la fundación del cantón Cotacachi, debido a la necesidad que tenían los hacendados, mayordomos y arrieros de fabricar monturas y aparejos para acémilas tanto de carga como de monta, junto al conjunto de dispositivos y pertrechos de gran utilidad de la naciente población mestiza. Desde este escenario, el artesano a través de los instrumentos más sencillos descubrió los artificios de la curtiembre, el tratamiento de pieles, los pretextos para inventar la amalgama correspondiente de tinturas y controles de calidad de forma natural.

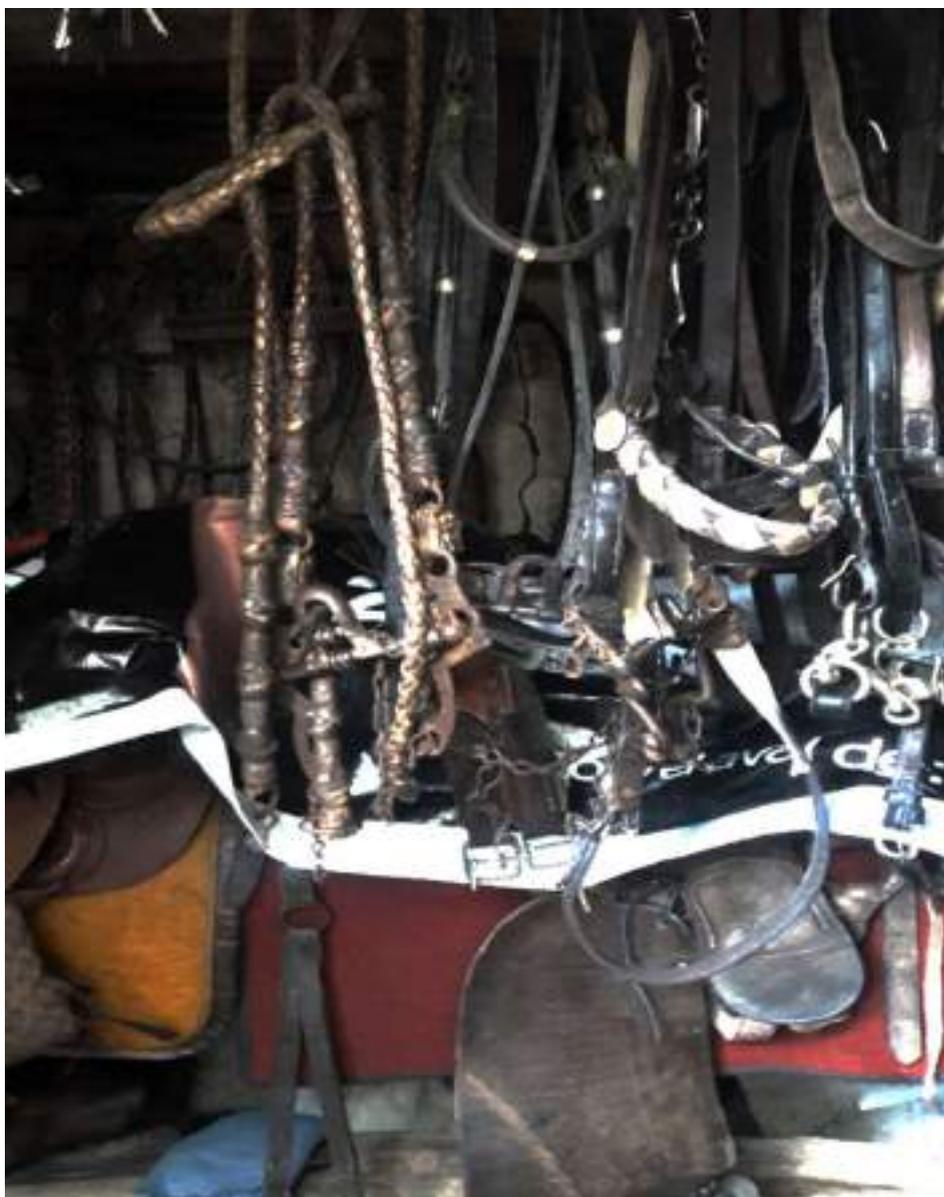
Los productos elaborados con cuero, no era una actividad ejercida por la población indígena en la forma como la practicaban los españoles. Antes de la llegada de los ibéricos,

los andinos eran expertos en el arte de curtido con el manejo de aderezos y otros cocimientos de productos propios de la zona andina.

Alcanzar el nivel de experticia artesanal, se requería dominar el procedimiento de curtido manual-artesanal del cuero o pieles diversas, donde las manos fraguaban compuestos naturales elaborados con aderezos desconocidos. Esta artimaña era una forma de respetar la propiedad intelectual del invento del procedimiento de tal o cual receta para garantizar la calidad del producto.

La talabartería en Cotacachi como un hecho de grandes expectativas para la industria y la prosperidad de este poblado y la llegada de los migrantes europeos de origen judeocristiano fue lo que dio vida al trabajo manual de la zona. La presencia de españoles, entre curas y artesanos permitió a los nativos acomodarse ingeniosamente con su habilidad a los nuevos requerimientos de los peninsulares. Cuando los oficios afines con el trabajo del cuero trascendían su curiosidad e interés más que laboral artístico, adaptaron y desarrollaron nuevas técnicas con menudas herramientas que daban cuenta de la calidad y la excelencia.

La vinculación en el manejo de diferentes pisos y nichos ecológicos permitió que la zona de Intag y de las fértiles tierras de Imantag, pondere la crianza de todo tipo de ganado. Por lo dicho, tan pronto como surgen fincas y haciendas, tanto el ganado equino, vacuno, porcino, caprino y lanar entre otros, administrados expertamente por los religiosos asentados en la zona de estudio, admitió la confección de monturas y demás aprestos.



■ Correajes utilizados con las monturas.

También la hacienda y la casa del pueblo se vinculaban de forma integral. Las clases sociales requerían de utensilios domésticos para transportarse, tales como: maletas, baúles, cartapacios, talegas y zurroneos. Así nace la necesidad de crear la mano de obra y la elaboración de unidades productivas especializadas para satisfacer estas necesidades. Entonces los religiosos y españoles fundadores de este cantón se encargaron de formar en los nativos a los primeros maestros en el arte del trabajo con el cuero.

Como era costumbre en los pueblos andinos y latinoamericanos, *“el amor a la tierra”*, permite construir un discurso *“nacionalista”*, en que se sospecha que es don Rafael Ubidia, el pionero en establecer controles de calidad de producción en las manufacturas de cuero en este poblado. No se puede perder de vista que, si bien el origen de las artes y oficios de la talabartería proviene de otro continente, su misma practicidad ha marcado grandes expectativas en la historia de este pueblo que apela a su tradición para sustentar su identidad.

■ Jorge Alfonso Echeverría, con su esposa Ana Luisa Muriel Morillo, sacando brillo a cigarreras y chaucheras durante la época de la Segunda Guerra Mundial.



Este proceso de construcción social de una sociedad intercultural, desde 1861, exhibe a un pueblo en que todos se vinculaban estratégicamente ya sea por la talabartería o por la música; en uno de los archivos de la municipalidad de Cotacachi en su Libro de Actas entre 1893 y 1900, subraya a los siguientes talabarteros especialistas en la confección de monturas: José Rafael Echeverría Andrade, Manuel Endara, Miguel Guerra Proaño, Modesto Paz, Carlos Granja, Rafael Gómez Paz, Pompeyo Cevallos, Isaac López, Alejandro Vaca, Manuel Cobos Guerra, José María Rosendo Gómez, Luis Paz, Gerardo Proaño, Aurelio Cobos, Nicanor Guevara, Sergio Albuja y Rafael Proaño Puente.

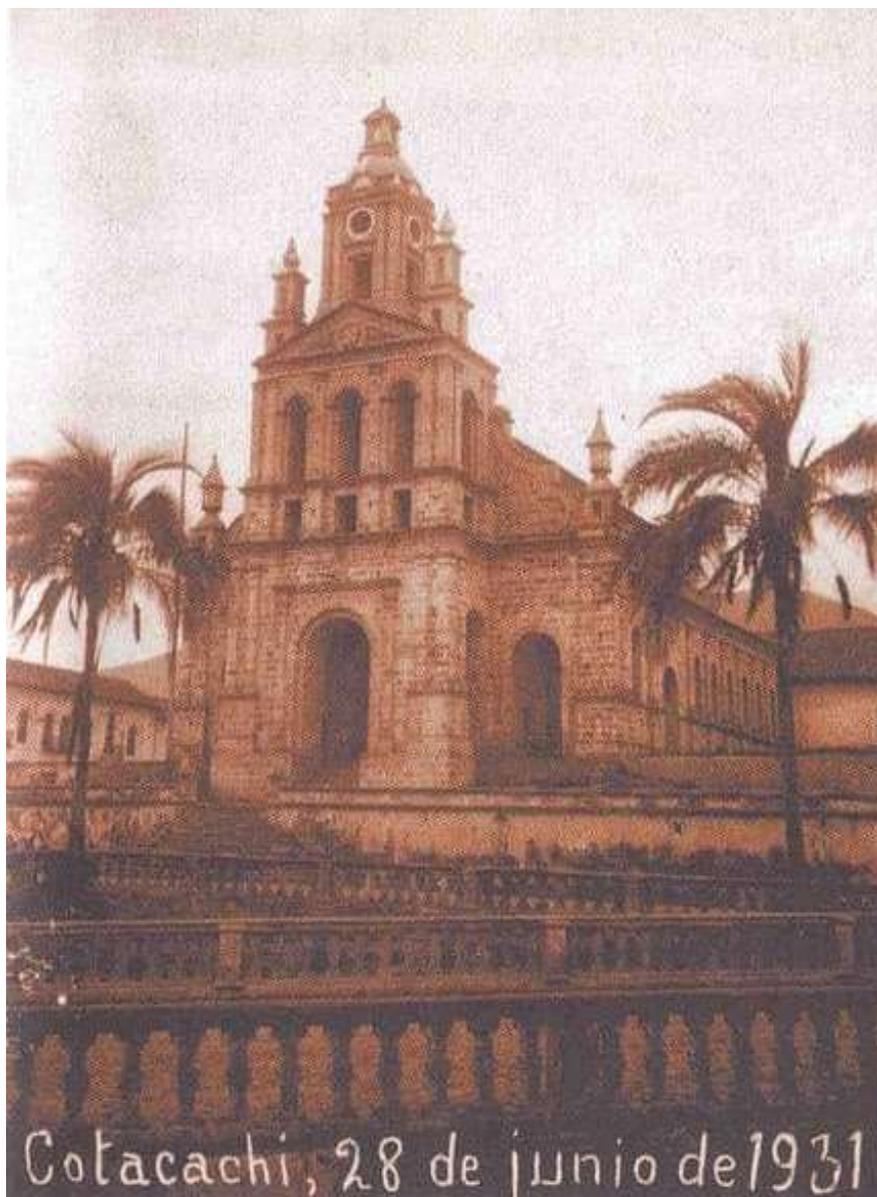
Entonces los religiosos y españoles fundadores del cantón Santa Ana de Cotacachi, se encargaron de formar en los nativos a los primeros maestros en el arte del trabajo con el cuero. Y como es costumbre en los pueblos andinos, el amor a la tierra permitió construir un discurso *“localista y nacionalista”*, en que se presume que es don Rafael Ubidia, el primer artesano que trabajó artículos de talabartería en este naciente cantón.

La presencia de la talabartería en Cotacachi como un hecho de grandes expectativas para la industria y la prosperidad de este poblado. Por un lado, la llegada de los migrantes europeos de origen judeocristiano fue lo que dio vida al trabajo manual de la zona. Entre ellos se destacaron: curtidores, talabarteros, sastres, plateros, carpinteros, coheteros, alpargateros y músicos.

La presencia de españoles, entre curas y artesanos permitió a los nativos acomodarse ingeniosamente con su habilidad a los nuevos requerimientos de los peninsulares. Desde 1861, varios fueron los oficios que tuvieron como materia prima a las pieles de animales domésticos y no domésticos y cueros procesados, los más estimados eran los curtidores y zapateros en dicha época.

Al son del golpe de las herramientas manuales, sobre los rancios tableros que permitían acicalar y ataviar los productos manufacturados, los cotacacheños desde las familias: Ubidia, Haro, Sánchez, Echeverría, Lara, Cobos, Cevallos, López, Buitrón, Gómez, Játiva, Echeverría, Terán, Sánchez, Saltos, Calderón, Andramunio, Muriel, Saavedra, Toro, Lara, Paz, Moreno, Proaño, Guzmán, Chávez, Vaca, Morales, Albuja, Cerpa, Sarzosa, Andrade, entre otros, con templanza y alegría vencían los inconvenientes de la escasa iluminación de las sombrías lámparas de kerosene para producir artículos de cuero de calidad.

En esta tierra de talabarteros y músicos, por el año 1935 causó enorme sorpresa don Luis Alejandro Yépez Cobos, quien inauguró la primera fábrica de gaseosas en Cotacachi, en ese entonces llamadas "sodas". Estas gaseosas, también llamadas "kolas", eran muy apetecidas por la ciudadanía en general, pero quienes se deleitaban con sus variados sabores eran los



■ Fachada de la iglesia La Matriz, en 1931, todavía sin reloj en la torre principal.

artesanos talabarteros que no solo adquirirían este producto en las tiendas, sino también a Luis Yépez, hijo de don Alejandro, quien recorría todo Cotacachi, empujando una carreta llena de cajas de madera. A inicios de los años 40, quien trasladaba la carreta por la ciudad y entregando las sodas en las tiendas, fue una mujer alta y fuerte, de raza negra, que era vista con admiración, por su estatura y donaire. A veces, los molestos talabarteros hacían el pedido de las sodas en las tiendas, diciendo “véndame una brutal”, refiriéndose irónicamente al nombre de la fábrica de sodas llamada “Frutal”; otros picarescos artesanos del cuero demandaban del producto expresando “véndame una toxicola”. Fue tradicional en Cotacachi el recorrer de esta carreta de madera, que entregaba “kolas” a las tiendas, donde los niños del barrio Diablo Calle transitaban tras la carreta, a veces ayudando a empujarla, a cambio de una cola para todo el grupo.

Durante las *noches de velada*, específicamente los viernes, los talabarteros tenían la costumbre exclusiva de trabajar durante toda la noche para ampliar el tiempo que permita concluir los productos manufacturados del cuero. La noche de velada en el taller del oficio de los talabarteros, se transformaba en un ritual donde cada uno de los miembros de la familia se convertía en un actor trascendente de la obertura artística en cuyo teatro, los actores eran niños, niñas, jóvenes, adultos, y vecinos. Los ricos canelazos, bebida caliente elaborada con base a aguardiente, canela y azúcar, conver-



■ Patente de la bebida “La Frutal” de propiedad de Luis Alejandro Yépez Cobos.

ñían la actividad artesanal en un espacio de arte donde se recreaban formas elementales de reciprocidad, y al tenor de bromas y recuerdos exterioriza un segmento de la atmósfera artesanal de la época.

La trama de la escena artística se modulaba desde el “maestro del taller”, quien como regente ponderaba la calidad del producto en un preludio en que no se admitía nada que se parezca a lo “chicchigua”, léxico coloquial equivalente a producto pequeño e insignificante.

Los niveles de altruismo y responsabilidad social, se alcanzaba en las aulas artesanales, denominadas cariñosamente “talleres”, donde los adolescentes alcanzaban “mayoría de edad”. Los aprendices del arte y oficio de la talabartería alcanzaban el grado de *hombre de bien*, cuando cumplían la actuación en el ritual festivo de “bajada de basta”. Los futuros emprendedores eventualmente actuaban con gratitud apadrinando al maestro talabartero para la ejecución del acto festivo. En esta misma escena, además manifiesta que existían varios rituales que los maestros y mayores realizaban a los adolescentes para alcanzar el rango de mayoría de edad y convertirse en un nuevo maestro del arte y oficio de talabartero.

Los ritos de iniciación, como significación designan a un conjunto de actividades que simbolizan y establecen la transición de un estado a otro en la vida de una persona. Doña Esperanza Vaca (2017) y don Hugo Vaca Sánchez (2017) manifiestan que los “wampras” o jóvenes en su desarrollo social llevaban a cabo numerosas transiciones, siendo una de ellas la bajada de la basta de los



■ Luis Alejandro Yépez Cobos, emprendedor cotacacheño, dueño de la fábrica de sodas “La Frutal”.

■ Reinaldo Romero junto a su compañera de toda la vida.



pantalones, y cuando se producía esta transición de mayoría de edad, enfatizan: era costumbre familiar apadrinar al mozuelo con el jefe del taller, para que este sea un artesano responsable.



■ Hugo Alfredo Vaca Sánchez, talabartero maletero de Cotacachi.

En las sociedades no industrializadas como los pueblos andinos, tales transiciones eran representaciones esenciales de la vida social, y por simbolizar una contingencia potencial, evidentemente jamás se llevaban a cabo de forma individual, sino que los protocolos de madurez se celebraban en forma ritual y colectiva. Por lo tanto, uno de los ritos de paso más característicos en tiempos de la bonanza de la talabartería, fue el ritual de iniciación.

Una vez organizados los talleres o factorías de formación, los talabarteros se convirtieron en maestros muy capacitados con valores y ética para el trabajo. Los jefes de talleres se convirtieron en verdaderos expertos que ejercían autoridad moral sobre sus trabajadores y aprendices. De esta manera, los talleres desplegaron su producción de monturas y alforjas, implementos necesarios para la movilización y transporte en las variedades de ganado equino.



■ María Esperanza Vaca Haro, esposa de Hugo Vaca, encargada de coser maletas de cuero.

En la composición del dispositivo para procesar el cuero, mágicamente se hacía uso de grasas y sebos con polvos de semillas y con mezclas de vísceras de animales maduros, para garantizar la flexibilidad, la consistencia y la resistencia al agua.



Las nuevas generaciones, y más aún, quienes descienden de raigambre cotacacheña, a excepción de los hijos de afuerños pero que pertenecen al propio terruño, probablemente recuerdan o niegan los rituales del anochecer o amanecer con los golpeteos de martillos y otras herramientas de los talabarteros antes *del deje de misa de las seis de la mañana*, contexto coloquial que marcaba el tiempo en sus pobladores.

El taller de la talabartería no solo evidenciaba la congregación de la familia, sino era la escuela donde los adolescentes con elementales destrezas y habilidades fluían juntamente con los verdaderos maestros y con cuya supervisión lograban escalonar con el tiempo para alcanzar una sólida formación para hacerle frente a la vida.

■ Segundo Camilo Haro Baroja (primero de la derecha), luego de la Segunda Guerra Mundial, alternaba la talabartería con la música, tocando el clarinete en la banda municipal de Cotacachi

■ Pepito Yépez Cobos (primero desde la izquierda) un talabartero de Diablo Calle que trabajó la mayor parte de su vida en el taller de Polibio Sánchez confeccionando monturas; Rosa María Yépez Cobos, quien armaba tabacos artesanalmente para la venta, y su esposo Segundo Gabriel Ayala Ronh.



■ Algunos materiales e insumos para la talabartería.



Carlos De La Vega (2017) logra ahondar temas no solamente artesanales, sino de la historia continua y desconocida de Cotacachi, por ejemplo, sostiene que en aquellos tiempos del tradicional barrio Diablo Calle, lleno de talabarteros, se acostumbraba a cruzar la calle llevando platillos con comida tradicional, se compartía la fanesca, el champús, las coladitas, la fritada y el pan, cuyo protocolo familiar permitía además establecer nexos de derecho familiar, con aquella frase maravillosa: *regale candelita*<sup>10</sup>.

Ulpiano Saltos (2018), recuerda de algunos curtidores, de la década de los años treinta y cuarenta, como Arsenio López, del barrio Diablo Calle y Federico Ruíz; también de algunos talabarteros como: Rafael Ubidia que también fue tesorero municipal, Luis Terán Tamayo, Rogelio Sánchez, Jorge Alfonso Echeverría, Carlos Delfín Proaño, los hermanos Albuja, los hermanos Haro y otros más.

Como se señaló líneas arriba, tanto el altruismo artesanal como la práctica del triple social antropológico y de recreación de los niveles de reciprocidad eran simbólicamente expuestos y permanentes. Estas representaciones que tienen raíz andina se recreaban diariamente.

## LA ARRIERÍA, EL PRINCIPAL MEDIO DE COMUNICACIÓN DE LA ÉPOCA

La arriería de hecho dinamizó la talabartería, todo arriero necesitaba una buena silla de montar. Como una de las actividades principales, no solo de Cotacachi sino de pueblos vecinos como Atuntaqui, fue la arriería; los talabarteros de Cotacachi tuvieron una gran demanda de monturas y correajes que también eran demandadas por todos aquellos hombres que disponían de caballos y mulas; hecho que fue muy común en la primera mitad del siglo pasado.

Este léxico se refiere a un oficio o trabajo, desempeño o quehacer asignados a los transportadores de mulas, cuyo desem-



■ Honorato Cerpa, talabartero desde antes de la segunda guerra mundial

---

10 Ritual familiar, que consistía en solicitar fuego o lumbre y se acostumbraba a llevar en tejos. Dicho acto lo hacían los niños y había que cumplirlo con la urgencia pertinente, por cuanto la madre de familia esperaba del tejo con lumbre para avivar el fuego e iniciar la tarea de preparación de la comida. En la actualidad, este ritual prácticamente ha desaparecido, tácitamente ha sido reemplazo por los fósforos manuales y eléctricos.

peño era trasladar y acarrear ganado mular o caballar con carga. Etimológicamente, este vocabulario está articulado por la raíz nominal o sustantivo “arriero” y del sufijo “ería” que indica oficio, profesión y procedencia (Morales, 2013).

El umbral que permite visibilizar la presencia de los artesanos talabarteros, desde tiempos inmemoriales, sin duda alguna es a partir del oficio de los arrieros que permitió cumplir un papel notable en el desarrollo de los pueblos norandinos, donde se visibiliza a los arrieros de Antonio Ante como íconos de este trabajo auténticamente popular.

Los artesanos y su trabajo suelen formar parte del folclor de su lugar de origen, utilizan materiales típicos de su zona para fabricar sus productos o se inspiraron en motivos tradicionalmente lugareños. Cada cual suele tener sus materiales preferentes, que en muchos casos imprimen un estilo especial a sus creaciones; entre los materiales que utilizan se incluyen: conchas marinas, algas, granos de arroz, cuarzo, maderas específicas, piedras, huesos, incluso fósiles u otros elementos que el propio artesano recoge y elige en playas o campos.

Los arrieros y su relación con la hacienda y la clase comercial abrieron posibilidades de integración económica y cultural a través de las caravanas. Durante estos últimos siglos, la arriería fue una actividad relevante y especializada, que involucraba a diferentes sectores sociales, desde las élites mercantiles hasta los sectores populares, campesinos e indígenas.

La arriería unía regiones, el transporte ensamblaba y enlazaba a ciudades, circuitos y espacios económicos. La arriería constituía un oficio no solo especializado sino también jerarquizado, en que indios, negros y mestizos reacios trabajaron para sustentar el destino de las familias y pueblos.

El arriero movilizaba animales y mercancías, este a su vez, era propietario de productos que transportaba, o también establecía el alquiler de animales para acarrear los artículos de un comerciante o productor, y allí incluía tanto a propietarios de los animales de transporte y el de las mercaderías transportadas.

De modo que, el afianzamiento de los primeros circuitos mercantiles fue posible por el aprovechamiento del ganado, aunque no fue tarea fácil por las condiciones inclementes tanto del tiempo como del total abandono a que estaban sujetos los caminos primitivos más conocidos como chaquiñanes.





Las historias de los pueblos andinos se resignifican de forma permanente. Pero quien iba a imaginar siquiera, que hace menos de un siglo, sean las mulas o acémilas, aquellas que remediaban el transporte de carga como preludio de las futuras cooperativas de transporte pesado en el Ecuador.

■ Montura de cuero elaborada por artesanos talabarteros de Cotacachi.

Las bodegas de los pueblos andinos tuvieron gran importancia, porque de su ubicación dependió la creación de nuevos caminos. Se apertura nuevos procesos de mercado donde se confundían arrieros y pequeños comerciantes. Los arrieros compartían el trabajo con artesanos que lidiaban con los metales y la madera, unos herraban a las acémilas y los fundidores elaboraban frenos y entorchaban argollas. Los talladores labraban la suela a golpe de pulso y los talabarteros como don Jaime Andramunio daban forma

a las monturas mediante el sentido de la estética en el arte de los acabados.

Los caballos constituyen un medio de transporte trascendental, por lo tanto, los talabarteros hicieron monturas, aperos y correajes para los arrieros. Se aleccionaron labrando sillas de vaquería y de paseo. Inventaron baúles forrados de vaqueta, reclinatorios y polainas, cinturones y estuches de espadines, billeteras y carteras. Los arrieros como los señores: Rogelio Miño, Rafael Unda, Alfonso Guerrero, Iván Ruiz, Ángel Echeverría, Ángel Calderón entre otros, antes de llegar a sus casas después de largas travesías con sus recuas eran anunciados por los "kaparichik". Entonces la familia preparaba una succulenta comida como señal de bienvenida. Los niños avizoraban la llegada de sus padres y entre saltos y brincos festejan la llegada de los arrieros.

■ José Ignacio Andrade talabartero desde antes de la segunda guerra mundial, junto a su esposa Rosario Loza Calderón



Ya en la casa, la esposa e hijos, luego de abrazos y a veces derrame de más de una lágrima de alegría, lo primero que hacían es preparar un suntuoso banquete, para lo cual se sacrificaban gallinas, se guisaba el mote, se molía el ají para servirlo con papas y un buen vaso de limonada o naranja agria (Morales, 2013).

Toda la familia comía bien el día de la llegada y también un par de días siguientes. Al otro día del viaje, luego del descanso para la familia y en especial los niños y jóvenes, no había nada más apasionante que escuchar los relatos de las penurias y aventuras que el arriero había hecho en su viaje; estas historias tenían un tinte dramático y novelesco, ya que siempre matizaban, caracterizaban y dramatizaban para mantener expectantes a quienes lo escuchaban, apasionados,

silenciosos y admirados, sentados con los dos codos apoyados en las rodillas y las manos abiertas sobre las mejillas.

Laurita Unda (2017) manifiesta que los arrieros con el retorno de la caravana eran bien recibidos y la familia esperaba sus utilidades después de semejante hazaña, kilómetros de caminar en condiciones inclementes e inhóspitas, por lo tanto, había que recibirles con una cálida bienvenida y abundante comida y bebida. No faltaban unas carnicitas coloradas ricamente sazonadas por el amor de mi madre Esther Moreno, quien era la esposa de ese gran arriero conocido cariñosamente como Don Rafael Undita, sostiene con profundo sentimiento.

Así nació el exquisito y gustoso plato típico, conocido internacionalmente como “las carnes coloradas”, que es un ícono de

la tradición culinaria de Cotacachi. Germinó con cariño en manos de doña Esther Moreno para su esposo Rafael Unda, quien disfrutaba de este plato de comida familiar al retorno de la zona de Intag, de donde trasladaba panela y otros productos para comercializar en varios cantones de la provincia de Imbabura.

Don Hugo Vaca (2017) manifiesta sobre Rogelio Miño y sus amigos Alfonso Guerrero e Iván Ruiz, que ellos disponían de hasta 20 mulas y caballos mientras llegaban a García Moreno, descansaban en los tambos que usualmente eran puntos de referencia que separaban distancias establecidas para unas 10 a 12 horas de caminata. Manifiesta que en ese tiempo no había las botas de caucho, solo se usaba las alpargatas de cabuya, sostiene. A veces llevaban guías de autorización

■ De izquierda a derecha: Laura Unda Moreno, Cinthia González Unda y Esther Moreno de Unda.





■ Rafael Unda

para traer aguardiente en los mulares, y también se cargaban abundante panela para entregar en tiendas y consignaciones de Otavalo y Cotacachi. También contrabandeaban aguardiente puro que era transportado en recipientes usualmente llamadas zurroneo o más conocidas como “*perras*”.

La gente de los barrios El Ejido, El Húmedo y de la parroquia Quiroga pertenecientes al cantón Cotacachi, disponían de mulares, que articulaban la economía de sus familias desde la actividad de la arriería. Esta, era una actividad de gran prestigio social en la época, cuya actividad estaba vinculada con los encomenderos y dueños de hacienda de la zona mencionada, por ser territorios que pertenecían a los más acaudalados.

En aquel tiempo, ser arriero iba más allá de ser un sinónimo de estatus social, pues era el representante de una clase que estaba vinculada al prestigio de la honestidad. Para realizar el viaje de la tropilla, mientras se acondicionaban con exquisita técnica y destreza a la pesada carga, las esposas y sus hijos preparaban su equipaje y alimentos. No faltaba el tostado de tiesto, la máchica, el pinol, el pan, las habas tostadas, el charqui y el chuño que servirían como pertrecho mientras duraba la jornada del transporte hacia la zona de Intag.

En el avío no podía faltar el tostado yanga, la máchica o pinol, carne seca, las habas tostadas, la panela y otros alimentos muy típicos de esa época. Los arrieros nunca viajaban solos; el acompañamiento era indispensable, no solo para hacer placentero al recorrido, sino también como respaldo para los ataques de bandidos y asaltantes apostados en ciertos lugares estratégicos del recorrido. La economía funcionaba con los productos del sistema hacendatario, granos, panela, aguardiente y frutas eran trasladados en mulas y caballos, donde los arrieros fueron importante engranaje de la actividad de los talabarteros. De modo que las familias que se dedicaban a la talabartería trabajaban todo el menaje o atalaje<sup>11</sup> imprescindible para transportar la carga en las acémilas. Era costumbre de los grandes arrieros hacer trabajar buenos atalajes que iban a realizar la caravana con la recua que transportaba productos para el comercio local e intercantonal.

---

11 Pertenencias o componentes de la montura. Lenguaje que utiliza de forma recurrente el Señor Jaime Andramunio durante el proceso de la entrevista

Alrededor de la arriería, en el cantón y en las parroquias rurales pertenecientes a la zona de Intag, se generó una serie de transacciones y actividades que generaron un dinamismo al pueblo desde mediados del siglo XIX y hasta muy avanzado el siglo XX. Sus actividades giraban con base a un sistema que vinculaba, a tiendas, consignaciones, bodegas y posadas. También el oficio de los herreros, silleros, carpinteros, talabarteros y medianos latifundistas que proveían del forraje indispensable, cual combustible para movilizar el sistema de transporte mular.

La industria manufacturera, después del comercio, es el sector que más ha aportado en la economía del país, su contribución al producto interno bruto es considerablemente significativa en la historia colonial y contemporánea del Ecuador. Las partes de la montura son varias: 1) el fuste: es la base de la montura, y debe ser hecha de madera flexible; 2) los bastos que se confeccionan ya sean en tela o en cuero y se la rellena de esponja o afrecho; 3) el estandarte con las figuras, la funda total y el armazón. 4) la copa, el pretal (que es la parte de delante) y la baticola que es la correa sujeta a la silla de montar que pasa por debajo de la cola del animal (que es la parte de atrás). 5) finalmente están el faldero y los estribos.



■ Rafael Ubidia (primero de la izquierda), uno de los primeros talabarteros de Cotacachi, junto a sus padres: Enrique Ubidia y María Ubidia, a inicios del siglo pasado.

■ Atalajes de las monturas.



## LA ENERGÍA ELÉCTRICA EN COTACACHI

La actividad artesanal de la talabartería, hasta antes de 1930, se la realizaba sin el uso de la energía eléctrica. Cuando había muchos pedidos, los talabarteros trabajaban en la noche utilizando velas; quienes tenían más recursos económicos hacían uso de candelabros, los mismos que utilizaban kerosene como combustible. Las calles de Cotacachi en las noches eran hasta cierto punto sombrías, lo que no impedía que los niños salgan a divertirse en la obscuridad mediante juegos tradicionales y en muchas ocasiones, para los jóvenes la noche era cómplice de romances y amoríos.

El cabildo y el pueblo en general se dieron cuenta de la necesidad de modernizar no solo la vida cotidiana, sino también la actividad artesanal, por lo que fue importante la llegada de la energía eléctrica al pueblo. Los siguientes párrafos se los dedica a describir una breve historia de la planta eléctrica de Cotacachi.

Albuja Galindo (1961) manifiesta que “la cabecera cantonal, no disponía de servicios de energía eléctrica pública, sino a partir de 1930, fecha en que se realizó un contrato de arrendamiento para el servicio en la ciudad celebrado con Nicolás Chiriboga y posteriormente con los hermanos Pinto Dávila propietarios de la fábrica de tejidos de Otavalo. Fue un verdadero acontecimiento la inauguración del servicio de luz pública, realizada en febrero de 1930” (p.56).

No obstante, las parroquias y comunidades continuaban a la misericordia de las velas como una forma precaria de alumbrarse. Y después del trabajo tesonero y con la gestión perseverante tanto del presidente saliente Luis Abelardo Proaño y del entrante Luis A. Paz Gavilanes, se logra instalar la primera planta eléctrica en el año de 1956, cuyo acontecimiento se realizó entre grandes corridas de toros y fiestas de comparsas que daban cuenta de la alegría y delirio que provocó semejante logro cantonal.

En 1941, el ayuntamiento de entonces consigue la adjudicación de las aguas necesarias para el movimiento del generador y la celebración del contrato con Hipólito Terán para el levantamiento de los planos correspondientes. Carlos D. Moreno, presidía el Concejo Municipal. En 1945, el Concejo Municipal presidido por Carlos Elías Proaño, de forma inusual y

heroica ante la H. Asamblea Constituyente logró hacer constar dentro del presupuesto anual la cantidad de cincuenta mil sucres y autorizando al Concejo contratar un empréstito de hasta quinientos mil sucres para finalizar la obra anhelada, y fue durante la administración de Guillermo Gómez en 1946 que se logró concluir con las acequias de conducción hídrica. Posteriormente realizan un segundo financiamiento a la Caja del Seguro por la cantidad de trescientos mil sucres.



Durante la administración de Eduardo Charvet Rosales 1950-54 con un nuevo préstamo del Seguro y las asignaciones del H. Consejo Provincial se logra terminar la casa de máquinas, el canal de desagüe, un segmento del canal de presión y el inicio de la bocatoma. En 1955, Wilson Moreno entonces presidente del Concejo, consigue del H. Congreso Nacional un Decreto mediante el cual faculta al Municipio disponer

■ Primera planta hidroeléctrica de Cotacachi, construida en 1956.

de alguna cantidad anual de otras partidas de las obras de agua potable, canalización, etc., en las obras de canalización. Finalmente, en 1956, Luis Abelardo Proaño logra inaugurar los servicios de la Planta Eléctrica Municipal (Albuja Galindo, 1961).

Regresando a la época, en el año de 1938, el mundo ya temblaba por la presencia y alcances de la Alemania Nazi, se veían venir tiempos de guerra, tiempos difíciles que sacudirían a Europa, sus efectos en la economía y política se presagiaba llegarían hasta América. El Ecuador no se escaparía de esta sinrazón humana. En este año, en Cotacachi se consolidaba la Sociedad de Artesanos con los siguientes integrantes:

José María Muriel	Manuel Sarzosa A.	César Velasteguí
Miguel Proaño Morales	Gabriel Moreno A.	Eli Puente
Carlos Echeverría P.	Carlos García	Segundo Luis Espinoza
Elías Moreno Cobos	Modesto E. Gómez	Luis Alberto Coba
Segundo Benjamín Proaño	Rafael Galindo C.	Enrique Haro Navarro
Sinforiano Acosta	Carlos Echeverría G.	Alfonso Loza
Segundo Muñoz	Daniel Cobos	Jorge Proaño P.
Ángel J. Terán	Luis Saltos	Eduardo Moreno G.
Gabriel Ruiz	Ulpiano Endara	Alberto Galindo
Reinaldo Saltos	Moisés Andrade	Tomás Terán
Carlos Enrique Guzmán	Carlos H. Grijalva	Rafael Andrade P.
Alberto Andrade Cobos	Rafael Grijalva P.	Rafael Andramunio
Antonio Echeverría	Alberto Proaño P.	Carlos Alfonso Proaño
Luis Moreno Puente	Segundo Proaño G.	Antonio Liborio Proaño C.
Isaac Sánchez	Carlos Elías Proaño A.	Bolívar Echeverría M.
Miguel Gómez Proaño	Miguel Echeverría	Segundo Andrés Paz

Antonio Proaño Andrade	Rafael Ibarra	José María Echeverría U.
Alberto Sánchez	Jorge E. Gómez	Federico Valle
Emiliano Saltos	Andrés Paz E.	Víctor Nicolás Ruiz
Julio Gómez	Cesar Sarzosa R.	Federico Meza
Moisés Sánchez G.	Salvador Reyes	David Flores
Miguel Andrade Proaño	Enrique Montenegro	Rafael Loza
Camilo Haro	Hermógenes Echeverría	Aurelio Andrade
Rafael Andrade A.	Santos Tapia	José M. Santamaría
Rafael Proaño Morales	Moisés Tapia	Alfonso Santamaría
Benjamín Proaño	Nicolás Gavilanes	Victoriano Flores
Mariano Sarzosa R.	Eloy Rueda	Luis Rodríguez
Alejandro Proaño A.	Alfonso Acosta	Teodomiro Lara
Luis Terán Novoa	Emilio Uvidia	Luis Bolívar Terán
Aparicio Garrido	Miguel Ángel Saltos	Luis Arcesio Uvidia
José Ruiz	Segundo Echeverría T.	Nicolás Andramunio
Víctor M. Mejía	José Miguel Yépez	Alberto Calderón
Emilio Galindo A.	Manuel Ruiz Sarzosa	

# ■ CAPÍTULO 3

---

Apogeo de la talabartería  
en tiempos de Guerra

Wilson Buitrón, talabartero de Cotacachi, sacabocando un cuero.



# ■ CAPÍTULO 3

## APOGEO DE LA TALABARTERÍA EN TIEMPOS DE GUERRA

### LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

La Segunda Guerra Mundial fue el conflicto armado más atroz que soportó la humanidad entre los años 1939 y 1945. Dos bandos concentraron a diferentes países: Los Aliados y las Potencias del Eje. El inconsistente Tratado de Versalles que no atinó a ocultar los intersticios de la Primera Guerra Mundial y junto a otros factores desencadenaron en la Segunda Guerra Mundial (Rafols, 2014).

En el continente asiático en 1931, el primer ministro japonés Tanaka Giichi ordena la ocupación del noreste de China, y posteriormente atacan Shanghái. Este acto bélico implicó la expulsión de Japón en 1932 de la Sociedad de Naciones, organismo de gran trascendencia internacional. En Europa, Adolph Hitler logra el poder en Alemania en 1933. Dos años más tarde, Alemania incumplió el Tratado de Versalles y atacó el Sarre. En Italia, Benito Mussolini dictaminaba la invasión hacia Etiopía, acción que fue inculpada por la Sociedad de Naciones, generando sanciones a Italia.

En el año 1936 Alemania establece un acuerdo con Japón y declara abiertamente su hostilidad contra el comunismo liderado por la Unión Soviética, y un año más tarde, el propio emperador japonés Hiro-Hito ordena a su ejército nacional la invasión a China (Teira, 2012).

En 1939, los alemanes invaden Polonia, situación que provo-

ca a Francia y Gran Bretaña para declarar la guerra, con cuya situación se da inicio a la Segunda Guerra Mundial; por razón de este conflicto se crean dos bloques:

1. Los Aliados: Gran Bretaña, EE. UU., Francia y la extinta Unión Soviética,
2. Las Potencias del Eje: Alemania, Italia y Japón.

Durante seis largos años de intransigencia bélica mundial, es decir entre 1939 y 1945 se desarrollan una serie de intensas hostilidades por diferentes partes del mundo, las cuales concluyeron con el lanzamiento de dos bombas atómicas por parte de Estados Unidos contra las ciudades japonesas de Nagasaki e Hiroshima.

El Ecuador tampoco estuvo exento de este conflicto, la guerra ecuatoriano-peruana se desarrolló entre 1941 y 1942. El Ecuador en franca desventaja militar y de equipamiento bélico firmó el ilegítimo Protocolo de Río de Janeiro el 29 de enero de 1942, durante el nefasto período de Carlos Alberto Arroyo del Río. El vecino país del sur obligó a Ecuador a renunciar su pretensión de alcanzar la utópica salida soberana hacia el Río Amazonas. Posteriormente, el Ecuador no reconoce este protocolo, considerando que este había sido firmado bajo presión y arbitraria ocupación militar peruana (Espinoza, 2010).

Entre las consecuencias de las guerras mencionadas, se destacan la decena de millones de muertos civiles y militares provocados por la Segunda Guerra Mundial (Teira, 2012); y el efecto de paralización binacional entre Ecuador y Perú por casi un año de conflicto. Para el primer caso, colapsó su economía, pues la infraestructura industrial fue asolada y en 1947 el Plan Marshall, anunciaba que Alemania y las otras Potencias del Eje deberán compensar económicamente a los países Aliados, mientras los Estados Unidos predestinarán billones de dólares para la reconstrucción de Europa.

La economía mundial se vio afectada,

■ Luis Alejandro Cobos Cobos, talabartero cotacacheño desde la década de los años 30 del siglo pasado, junto a su esposa Carmelita Yépez Cobos y sus hijas, Clemencia y Justinita.





■ Miguel Angel Proaño, talabartero de la época de la segunda guerra mundial, junto a su familia en el huerto de la casa.

por cuanto la Segunda Guerra Mundial imprimió el colofón de la posición del Reino Unido como superpotencia global y el surgimiento de la Unión Soviética y los Estados Unidos como los nuevos sustitutos de orden económico mundial. Y las Naciones Unidas (ONU), reemplaza a la Sociedad de Naciones en 1945.

Entre 1938 y 1945, en que se trabajaba para los países aliados en la época de la Segunda Guerra Mundial; el estímulo esnobista de la producción artesanal fue portentoso. Alegría, bienestar y jactancia se evidenciaba en este pueblo que estaba acostumbrado a vivir lejos del mundanal ruido y de la atmósfera del hedonismo moderno. Y se vinculaban en torno a la familia y esta se supereditaba al taller como el artilugio para elaborar los productos que demandaban los comerciantes para trasladar sus productos a Estados Unidos.

La elaboración del producto manufacturado de cuero de alta calidad en Cotacachi garantizó un prestigio internacional en plena época de la Segunda Guerra Mundial, y allí radica la razón de que los combatientes de los países aliados exigieran la producción manufacturada por el conjunto de artesanos.

Los maestros talabarteros, establecían nexos que articulaban una sociedad tradicional con los dispositivos laborales de la época, por ello un taller se constituye en el "leif motiv" donde los individuos aparte de alcanzar el grado de madurez laboral lograban recrear el sistema de dones, y nos remitimos tanto a Ferraro (2004) como a Mauss (1993), para ampliar la intención teórica de quienes tienen interés en la forma simbólica del triple social antropológico universal: *dar, recibir y devolver*.

Los excedentes económicos que originaban la producción artesanal de artículos de cuero consintieron un bienestar a los artesanos cotacacheños: por ejemplo, los canillitas venían desde otros cantones de la provincia de Imbabura a vender diarios y revistas de circulación nacional e internacional.

Era parada obligada de los amigos la casa de Carlos Guzmán Proaño, primer senador de la República que representó a Imbabura. Allí golpeaban la puerta para ofrecer la información escrita al hombre que se jactaba de tener la Biblioteca más grande del Ecuador y comparable con la biblioteca de Don Jacinto Jijón y Caamaño, huésped ilustre de este cantón. Además, la soberbia no tenía límites, en este pueblo, se pagaba hasta un sucre para abrillantar los zapatos, cuyo dispendio era inconmensurablemente exagerado en la provincia de Imbabura.

Estas pequeñas historias fueron habladas por las personas que tuvieron la generosidad de entregar sólo por el placer de conversar al sabor de un café y la alegría de la amistad. Ahora, les pertenece a quienes se atreven abrir la página y caminar por la aventura del recuerdo. En ese tiempo de abundancia, tuvieron tanto dinero los cotacacheños, que algunos no sabían qué hacer, iban al cine y a tomar hervidos a la ciudad de Otavalo alquilando vehículos particulares, además bebían whisky escocés y coñac francés. Vestían con trajes de legítimo casimir inglés e italiano (Ruiz R. , 2017).

Empacaron las cigarreras y chaucheras en costales para guardar en los secaderos o soberados para alcanzar la temperatura requerida de los cueros manufacturados a fin de que no se inutilicen, pero muchos de esos costales llenos de sueños fueron arrojados a la basura (Ruiz R. , 2017).

Definitivamente, Cotacachi y por ende su población, tuvieron un apogeo económico social y cultural. La guerra fue un mal para la humanidad, contradictoriamente, para Cotacachi, fue motivo de bonanza.

## EL PAPEL DE LA MUJER EN LOS TALLERES DE TALABARTERÍA

Con el ingenio literario propio de escritores cotacacheños, se exalta el escenario en que se desarrolló el contexto artesanal de la producción de artículos de cuero: donde las mujeres cotacacheñas mediante el zurcido manual de las cigarreras conectaron a Cotacachi con Estados Unidos, y mediante los productos manufacturados por ancianos, adultos, niños y mujeres; entonces la talabartería amasó el ingenio de las mujeres con el bienestar de una población que vivió una época de presunción masculina, cuando los productos manufactu-

■ “Michita” Pavón, pionera en la producción en serie de chucheras y cigarreras.



rados como: cigarreras, estuches de cantimploras, cananas y bandas de cuero eran compuestas manualmente por las manos de niñas y madres de familia.

Los artífices del valor agregado tanto en la calidad como en la tesura del color de los productos cosidos sin duda fueron doña Mercedes Pavón, Chavelita Játiva y don Héctor Mejía. Desde este contexto señalado, Román Sarzosa (2018) manifiesta que Doña Michita como se le conocía por su carisma y don de gente, fue la pionera en la producción de chaucheras y cigarreras de cuero en Cotacachi. Ella distribuía los productos para que las mujeres, niñas y adultas, trabajen como “coseadoras” de las prendas a exportarse; ella trabajaba con las “coseadoras” en las viejas mordazas que permitían zurcir a doble puntada, cuya técnica generaba un atributo único en el producto de cuero, sostiene. También se refiere a Héctor Mejía, y manifiesta que era quien agregaba pinturas con sus esbozos paisajísticos, una marca única de la cosmovisión andina que llamaba profundamente el interés en los comerciantes.

■ “Chavelita” Játiva de Echeverría cosiendo chaucheras en la mordaza.



Doña Michita y doña Chavelita Játiva tomaban las chaucheras y enseñaban a perforar con leznas, mantenía una distancia sin señalar con objeto alguno, más que con su sentido de la vista; no señalaba, se perforaba al pulso del ojo. Román Sarzosa, manifiesta que esta es una habilidad innata en los artesanos, cuyo mecanismo artesanal según se dice, era muy justipreciado por los extranjeros.

Este pueblo, durante la Segunda Guerra Mundial, se vio sobresaltado en su estructura social, su economía sufrió un proceso forzado de transición desde la economía moral y de subsistencia hacia la economía de mercado; entonces eran las mujeres cotacacheñas, aquellas que permitieron soportar el deterioro de las economías, porque de por medio estaba una familia sólidamente unida.

Los talabarteros que apenas subsistían para zanjar los requerimientos de los escasos consumidores de productos del cuero de inicios del siglo XX eran constantes y visionarios para hacer

de este arte una forma de vida. En cuatro décadas y posterior a 1900, estos aprendieron a convivir entre las labores artesanales y las actividades agrícolas, de cuyo resultado “se vivía bien y sanamente”, por cuanto detrás de un gran jefe de taller de talabartería, estaba una gran esposa, y más aún si esta era de Cotacachi.

Todos complementaban cual obra de arte la faena del oficio de la talabartería, unos martillaban, otros cortaban, pero nunca faltaba una mujer cosiendo los productos del cuero. Los más diestros daban forma y ordenaban para que la pieza del producto final tenga el acabado perfecto. Los niños acicalaban los productos manufacturados; las niñas adscritas a sus madres y abuelas no descuidaban los “bocaditos” o entremeses y los infaltables “hervidos” para ofrecer a los trabajadores de la familia. En este pueblo con tradición artesanal y artística, como lo han sentenciado propios y extraños, no existía familia cotacacheña que no tenga al menos a una mujer de su círculo que no haya trabajado para un taller de talabartería de aquella época.

Sin duda, los cotacacheños si no han sido artesanos talabarteros, estuvieron conectados a este oficio, ya sea como comerciantes o como descendientes directos de artesanos talabarteros. El taller de don Luis Alberto Sánchez Meza casado con doña María Virginia Saltos Grijalva, disponía de 17 trabajadores según expone su hijo, el artista Luis Fabián Sánchez Saltos. Era tal el prestigio de los artesanos, que no era de sorprenderse que además cumplían funciones sociales y políticas; tal es el caso de Luis Sánchez, quien fungió además de ser fundador del Partido Socialista y de ser por varias ocasiones Jefe Político del Cantón. Fue artesano virtuoso que tuvo como compañera a una dama que sus trabajadores u “operarios” lo llamaban cariñosamente **maestríta**<sup>12</sup>, fueron los representantes genuinos de una nueva época artesanal (Sánchez F. , 2017) .

Para doña María Esperanza Vaca (2017), el tiempo de la guerra, obligó a que todos trabajen de forma colectiva o en mingas. Los mayores cortaban

■ María Virginia Saltos conocida como “La Maestríta” en el taller de talabartería, junto a su esposo Luis Sánchez.



12 Refiere a la maestra, es decir a la esposa del maestro del taller.

los cueros, los “maestros” enviaban a talleres de sus amigos para que cosan las cigarreras y chaucheras con la asistencia de las mordazas. De todo nos proveían y solo teníamos que coser. Se trabajaba hasta el amanecer cuando había que entregar los pedidos, había que aprovechar el trabajito. Mi mamita nos exigía que velemos<sup>13</sup> para no quedar mal con los pedidos. Dicen que mandaban a Guayaquil y de ahí se llevaban a EE. UU. y luego a los campos de la guerra. Se ganaba muy bien, pero ese tiempo duró poco. Cuando se acabó la guerra, ya no había trabajo y me dediqué a preparar pan y vendíamos en Otavalo, viajábamos desde El Ejido, desde Carapungo de Cotacachi, así se llamaba nuestro Barrio “El Ejido”, así llegábamos a la feria de Otavalo y todo se cargaba a la espalda, y nos íbamos caminando no más, no había carros. Las mujeres éramos muy trabajadoras, durante el día a la escuela y por la tarde y noche a coser cigarreras en las mordazas y los fines de semana nos dedicábamos a vender pan y a lavar la ropa.

■ Vista del barrio Cachipugro.



## CACHIPUGRO, EL BARRIO DE LOS CURTIDORES DEL CUERO

El Barrio Cachipugro de Cotacachi-Ecuador, es posiblemente el sector más tradicional de los artesanos curtidores del cuero, donde destacan Pedro Ruiz, Jaime y Reinaldo Saltos, Jorge Ruiz, Luis Cobos, Rafael Unda, Eduardo Cobos, Oswaldo Ruiz, Elio Ruiz, Jorge Proaño, entre otros.

Este barrio tuvo su apogeo en la época de Segunda Guerra Mundial, es entendible porque la demanda de productos de cuero de las fuerzas aliadas demandaba grandes cantidades de cuero que tenían que ser curtidos; una gran mayoría de curtiembres de la ciudad se ubica-

13 Léxico arcaico utilizado de forma recurrente por los artesanos para referirse a la jornada laboral nocturna.

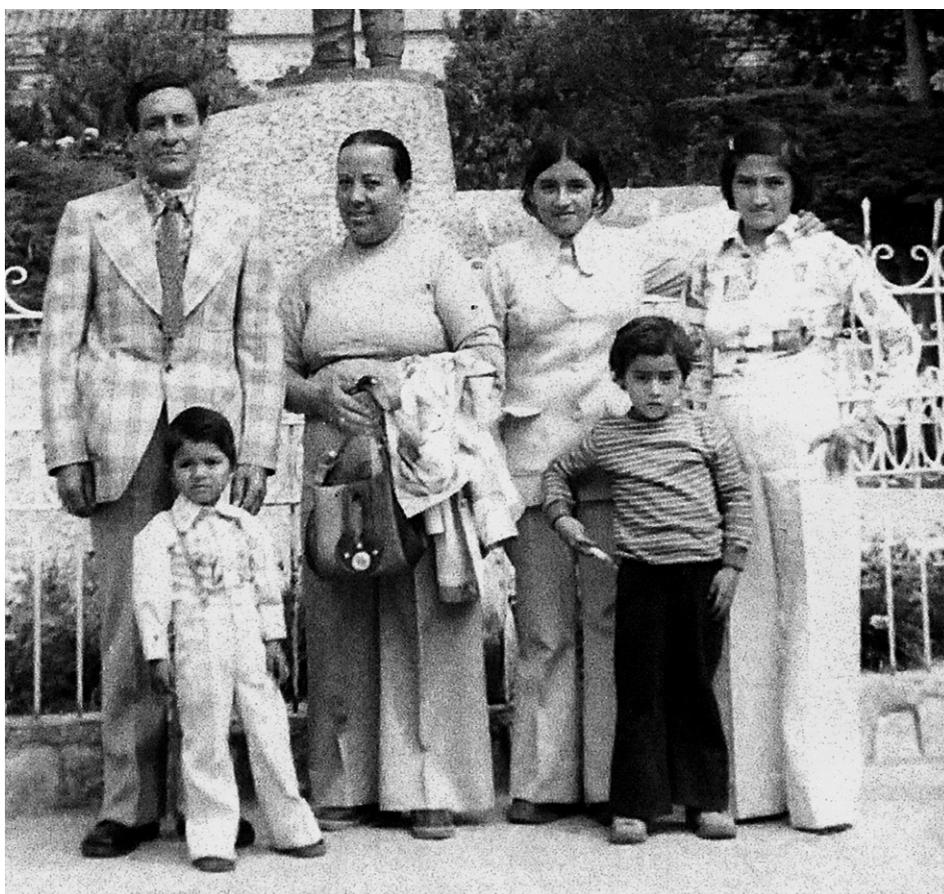
ron en el barrio Cachipugro. La vieja calle empedrada, que es para unos el inicio de la Bolívar y para otros el final de esta fue testigo taciturno de aquellos curtidores de cuero, citados líneas arriba.

Cada día, los talabarteros del barrio Cachipugro, cargaban de ida y retorno a las pieles de animales que iniciaban su preparación en los ríos del pueblo. Y junto a la casa pionera en las “carnes coloradas”, justamente con la casa de doña Laura Unda, se erigía la casa de Luis Enrique Cobos Sarzosa y de doña Lucila Saltos. Según testimonio de Luisa Cobos, radicada en Cuenca, de 71 años, hija de Luis Cobos Sarzosa, señala que su padre nace el 26 de marzo de 1920 en el Ángel provincia del Carchi. Lucila Saltos su madre nace en 1921 en Cotacachi. Manifiesta que su abuelita materna Ana Cabrera, precisaba tareas que consistía en recoger guarango. La contextura de su madera es persistente y compacta que es utilizada para hacer muebles; su corteza sirve para curtir cueros y la resina del fuste se utiliza para teñir.

En aquella época, era costumbre de los artesanos, delegar a los niños y adolescentes a la cosecha de las vainas o cortezas. Ella misma, juntamente con sus primos Ramiro y Consuelo Saltos, cumplían tal responsabilidad y mientras no lograban llenar un costal del producto la tarea no concluía. Las porciones del producto se transportaban hacia la propiedad de sus abuelitos don Reinaldo Saltos y doña Anita Cabrera, donde eran recibidos por sus tíos Jaime, Rafael y Alfonso Saltos, quienes premiaban a los niños con raciones de panela y tostado, colaciones muy apetecidas en la época.

Después, se preparaba el guarango en unos noques o tanques donde se pisoneaba hasta formar una pasta espesa, para posteriormente colocar las pieles en su interior y en sus diferentes fases necesarias en procedimientos meticulosos y calculados

■ Familia Saltos Cobos, icónicos curtidores y talabarteros del barrio Cachipugro.



en tiempos y especies necesarias, se concluía con el teñido de los cueros. Es allí donde aparecían las manos delicadas de la mujer, de María y Lucila Saltos que contribuían en el toque final de la obra de arte.

Una vez que las pieles de animales se desecaban, se procedía a retirar los clavos de los tableros donde se estiraban para sosegar a las pieles. Posterior a ello, se pintaba y se daba color para confeccionar los productos como chaucheras, cigarrerías, cinturones y otros géneros que se requerían para el uso de los arrieros de la provincia de Imbabura. Los diseñadores de los productos de cuero eran los cuñados de Luis Saltos Sarzosa, Jaime y Rafael Saltos.

El taller de don Luis Cobos alcanzó tal prestigio tanto por el número de trabajadores como por la cantidad de producción, que pasó a llamarse “tienda”. La chaucheras y cigarrerías producidas en el taller de Luis Cobos, por su calidad ocuparon un lugar especial en los clientes que exportaban hacia Estados Unidos. Los paquetes de los productos manufacturados denominados “gruesas” que equivalían a una docena, tenían marca de producción y eran finamente empacados para su destino en el mercado internacional.

En la época de la Segunda Guerra Mundial había que transportar hasta Quito, desde Cotacachi, los grandes pedidos de productos manufacturados en cuero para la exportación, por tal razón, varios cotacacheños hicieron del transporte en camionetas y buses un negocio rentable. Como ejemplo de lo manifestado, don Alejandro Yépez, quien vivía en Diablo Calle, a inicios de los años cuarenta, invirtió en un bus de pasajeros, al que le bautizó con el nombre de San Cristóbal, cuyo chofer era un carismático hombre apodado “Jilguerito”. En este bus se transportaban, los grandes bultos con cigarrerías y cartucheras, en la parte superior del vehículo, bultos que se subían por las famosas parrillas de metal ubicadas en la parte trasera. Las parrillas de estos buses provocaban a los traviesos niños de la ciudad a colgarse de ellas y deleitarse de un paseo, de unas cuantas cuadradas, sin que el chofer del bus se dé cuenta; más de un niño cayó y se lastimó por “bajarse al vuelo” de la parrilla.

Toda la mercadería producida se comercializaba y se lograba empaquetar en grandes cartones, se tenía que madrugar desde las dos de la mañana para alistar todo y esperar ansiosamente en el parque de La Matriz, en la Agencia de la Flota Imbabura, donde el recepcionista era Carlos Loza padre de





■ Personajes cotacacheños departiendo entre amigos y jugando billar. Alonso Ubidia, Raúl Paz y Medardo Meza con los tacos de billar.

■ Carga transportada sobre la parrilla de embarque de la Flota Imbabura.



Edison Loza y posteriormente asumió dicha función, Rodrigo Gómez. El ayudante de la unidad de transporte nacional inmediatamente situaba la carga sobre la parrilla de embarque; entonces el pesado transporte se dirigía hacia Quito para posteriormente trasladarse al aeropuerto de Quito, allí se embarcaba la mercadería con destino a Estados Unidos (Cobos, 2018).



■ Club "Unión de El Ejido", con refuerzos de jugadores de Cotacachi.  
De izquierda a derecha: Oswaldo Gómez, ..., René Saltos, Flavio Proaño, Tarquino Andrade, ..., Augusto Gómez (con camiseta blanca), Bolívar Flores, Camilo Unda, .....  
Agachados, de izquierda a derecha: Juan Guzmán y Raúl Montenegro.  
Como madrinas, Luisita Yépez Gavilanes (vestido blanco) y Zoilifa Flores.

## EL AGUA POTABLE

No menos importante es el agua potable para la ciudadanía de Cotacachi, a inicios del siglo anterior la gente acudía a las acequias y ojos de agua a dotarse del líquido vital, pero hubo un momento en que se les hizo difícil esta tarea porque en muchas ocasiones los curtidores del cuero ocupaban estos sitios además había un nivel alto de contaminación por la misma actividad. Veamos una breve historia de cómo llega el agua potable a la ciudad.

El 6 de julio de 1940, se inaugura oficialmente el servicio de agua potable, desde la fuente natural La Marquesa, ubicada en la hacienda de Ocampo, se conduce hasta el casco urbano; cuyo derecho se consigue gracias al juicio de desamparo a los herederos del hacendado Luis Charvet propietario

rio de la hacienda Colimbuela. La figura legal de uso del derecho al agua se concluye con el derecho al uso de seis litros por segundo. Durante la administración de Alberto Granja en 1936, el 17 de agosto se inician los trabajos de los tanques de captación y sedimentación con cuarenta y siete pozos de revisión. Y el cinco de junio de 1938, se inaugura el servicio público solo en la calle Sucre. Carlos Guzmán en 1937, como presidente del Municipio de entonces, continúa con la tarea y con el apoyo incondicional de los mingueros de cada barrio urbano hasta abrir los canales para la colocación de la red de distribución, bajo la asistencia técnica del Ing. Hipólito Terán.



■ Cigarreras elaboradas por talabarteros cotacacheños, utilizadas por los soldados de las fuerzas aliadas en la Segunda Guerra Mundial.

# ■ CAPÍTULO 4

---

Crisis de la talabartería en Cotacachi

■ Armando Vaca talabartero  
cotacacheño, confeccionando  
carteras de mujer.



# ■ CAPÍTULO 4

## CRISIS DE LA TALABARTERÍA EN COTACACHI

### SOLO LA FE MUEVE MONTAÑAS

El 8 de mayo de 1945 Alemania firma la rendición incondicional, acto que da término a la Segunda Guerra Mundial, la alegría y festejo por la paz mundial fue una constante en casi todos los países del planeta, pero en Cotacachi rondaba una sombra de desazón, pocos imaginaron la crisis que se le avecinaba.

De la noche a la mañana, desaparecieron los intermediarios locales, nacionales y extranjeros que hacían los grandes pedidos de cartucheras, macanas, cigarreras, porta cantimploras y otros artículos que requerían las fuerzas aliadas. Los talleres de artesanos del cuero se quedaron abarrotados de todos sus productos hechos con sudor y esfuerzo; no sabían qué hacer con tanta mercadería, algunos inclusive tuvieron que enterrar, otros los arrojaron a la basura, no solo porque ocupaban espacios en los talleres, sino porque empezó a descomponerse el cuero y a emitir un olor desagradable.

La gran mayoría de intermediarios no pagaron el último pedido que hicieron, lo que ocasionó una pérdida económica para los dueños de los talleres, quienes tuvieron que tomar la penosa decisión de despedir a los trabajadores. Los hombres y mujeres de Cotacachi se quedaron sin trabajo y en los meses posteriores al fin de la Segunda Guerra Mundial, utilizaron los pocos ahorros que tenían, claro, los que pudieron o tenían condiciones para ahorrar.

La gran mayoría de dueños de los talleres y sus trabajadores nunca creyeron que se les acabaría la bonanza, por lo que durante el período que duró la Segunda Guerra Mundial, casi todos, se dieron una gran vida que repercutió positivamente en una activación del andamiaje productivo de Cotacachi; las tiendas vendían mucho, las panaderías casi no se abastecían, los sastres y modistas estuvieron trabajando a full ante los pedidos de confección de todo tipo de ropa, los plateros trabajaban más de lo normal para atender a sus clientes y en general los negocios estaban activados.

Pasado un par de meses del fin de la guerra, todo el aparato productivo de Cotacachi prácticamente se detuvo. Los jefes de hogar no sabían cómo sostener a sus familias, no tenían trabajo; las tiendas vendían poco y al fio, los sastres no tenían pedidos, los talleres se paralizaron, hasta los lustrabotas se quedaron sin trabajo.

En estos años la solidaridad se afianzó entre los cotacacheños, fue normal que entre familiares y vecinos se ayudaran para alimentar a la familia. Quienes en sus terrenos cosechaban algún producto no dudaban en compartirlo. El trueque funcionó de buena manera en esas épocas y las amas de casa se volvieron más creativas de lo normal para alimentar a los suyos.

Cotacachi parecía un pueblo fantasma, se respiraba un ambiente de tristeza y hasta cierto punto de desesperanza; los niños que antes utilizaban calzado impecable volvieron a utilizar zapatos parchados e inclusive algunos volvieron a caminar pie limpio. Fue común ver nuevamente a la gente con ropa remendada.

Este pueblo de paz y de caracteres maravillosos entró en crisis desde finales de 1945 hasta 1950, algunas talabarterías cerraron, pero la mayoría siguió con su actividad, aunque solo con el trabajo del dueño del taller y algún miembro de la familia, en el mejor de los casos con muy pocos operarios. Tenían que

■ Profesor Laureano Gómez con sus estudiantes de la escuela Modesto Peñaherrera, muchos de estos niños luego se convertirían en talabarteros, a finales de la década del 60.



abrirse un nuevo mercado local, no desmayaron en este fin, no podían dejar de trabajar. Otros talabarteros cambiaron de actividad, y claro, por la desesperación muchos tuvieron que migrar para encontrar mejores días y así poder mantener a sus familias. Desde 1950 hasta mediados de 1955 empieza a reactivarse la talabartería en Cotacachi, básicamente con el mercado provincial y nacional, pero esto no quiere decir que la crisis terminó, la migración de talabarteros hacia Colombia se acentuaba, básicamente motivados por los primeros que lo hicieron; esta reactivación tuvo una interrupción fatal. En julio de 1955 la naturaleza castiga a Cotacachi con un terremoto donde más de 100 casas son afectadas o destruidas, este acontecimiento hace que varios talabarteros también decidan migrar a Colombia. Los talabarteros que no migraron y algunos que para ese año regresaron de Colombia, no dejan de trabajar por el progreso de su familia y del cantón.

Con la liberación del trabajo, el final de los talleres y la migración de los primeros talabarteros hacia Colombia, Venezuela, México, Estado Unidos y Uruguay. Los artesanos talabarteros de Cotacachi resignaron los privilegios de los que habían deleitado desde la fundación de Cotacachi hasta el nuevo tiempo en que el hambre engullía de forma inmisericorde a los artesanos de la época.

■ **Monumento a Mons. Bernardino Echeverría Ruiz, quien fue un soporte espiritual en tiempos de crisis de la talabartería, luego de la segunda guerra mundial.**

Si bien los artesanos del cuero o talabarteros ocuparon un espacio social que les permitió ser reconocidos honrosamente, no solo en el cantón Cotacachi, sino a nivel provincial y nacional. Con la modernidad y la tendencia laicista de las organizaciones sociales, los talabarteros perdieron los privilegios de los que habían gozado desde la fundación del cantón Cotacachi, y más aún en este período posterior a la Segunda Guerra Mundial en que tuvieron que enfrentar a un nuevo ordenamiento económico y social en condiciones deplorables. El proceso de identificación que vivieron los artesanos, posterior al tiempo de esta conflagración mundial, fue



complicado y desolador. En este tiempo de crisis, sin duda alguna las imágenes religiosas de santos y santas católicas mitigaban la intranquilidad que se devenía.

Ante la adversidad general de los artesanos, beatas y clérigos de las familias afectadas se ingenian plegarias que sacuden hasta la propia conciencia de niños y ancianos, y con certeza incalculable inventan el famoso *Pase del Niño*, cuyo hecho folclórico como lo diría Carlos Coba Andrade, aplacaba el dolor de la partida en la diáspora de los cotacacheños.

Todo podía faltar en las casas de estirpe española de los cotacacheños, pero a la crisis se la enfrentaba con profunda fe católica. Entonces la fe de sus hijos sobre el poder divino generó el romanticismo literario y musical, para llorar con sentimiento lo que la voz y el corazón cantaban. En tiempo de crisis, la fe y la religión en el lugar del trabajo, permitía ampliar o forjar una relación entre el infortunio y la esperanza. Quedaban los que resistían la adversidad de la partida, y cada taller de talabartería se constituía en un templo de recuerdos, donde se improvisaba un pequeño altar en una de sus esquinas; entonces era costumbre, celebrar la misa del niño Jesús en nombre de los ausentes. Así se fue institucionalizando este ritual nocturno con los niños del Barrio donde vivían don Hernán Espinoza y Mélida Sarzosa. Este sector también estaba conformado por artesanos y que esperaban el mes de diciembre para celebrar la unidad familiar. Al tenor de los tradicionales juegos pirotécnicos como castillos, vacas locas, pelotas de trapo, chisperos, camaretas y voladeros se esperaba la navidad y el retorno de aquellos hijos que venían entre bombos y platillos para alegrar la tristeza de la familia.

Así mismo Oscar Espinoza (2018) sostiene que su abuelo José Antonio Espinoza — prestigioso talabartero de monturas, cinturones y chaucheras— elaboraba las mejores monturas y eran manufacturas totalmente a mano. El alto relieve o repujado manual daba contextura particular e incomparable en la época en que se trabajaba objetos de calidad única e incomparable, sostiene. Además, enfatiza que los gringos como personas que valoraban el trabajo del abuelo manifes-



■ Carlos Coba Andrade, etnomusicólogo cotacacheño.

■ Mélida Sarzosa y su esposo Hernán Espinoza.



taban que en ningún lugar en el mundo han visto un trabajo tan fino hecho a mano.

De la misma manera se refiere a su padre Hernán Espinoza: *Los monederos* más conocidos como *chaucheras* y las diferentes formas y modelos de *cigarreras* eran apetecidos por *los gringos*, cuyo trabajo inclusive por ser tan selectos fueron exhibidos no solo en las vitrinas de grandes almacenes americanos sino europeos. Además, dice el entrevistado: “inclusive hubo una publicación hace años atrás, en unos de los suplementos dominicales de Diario El Comercio de Quito: en el que se ponderaba la calidad de su producto. Dicha constancia

que evidencia su pronunciamiento estaba adherida en la pared mediante un recorte del periódico en el viejo taller.”



La familia Espinoza, tiene estirpe de grandes artesanos, como es el caso de don José Antonio, quien disponía de un taller artesanal y exclusivo de cinturones de cuero, en la casa que históricamente se

■ Familia Espinoza, productores de chaucheras y cigarreras para las fuerzas aliadas. Sentados de izquierda a derecha: Mérida Sarzosa de Espinoza, Celina Sánchez de Espinoza, Beatriz Espinoza de Proaño. Parados: Justina Cobos de Espinoza, Joel Espinoza Sánchez, Fabián Espinoza Sánchez. Sentada Maruja Moreno de Espinoza. Parado: Hernán Espinoza Sánchez y sentado a la derecha, el maestro José Antonio Espinoza.

estima fue construida a finales de 1800, fue una de las primeras de Cotacachi, de propiedad de la familia Ruiz Gómez.

En la elaboración de los productos de cuero, se utilizaban grasas y tinturas naturales y siempre fueron acompañados de herrajes de la más alta calidad. Los hijos naturales y políticos de José Antonio Espinoza también fueron ingeniosos del arte manual desde la preparación y elaboración de productos manufacturados de cuero.

A continuación, se presenta el listado de los integrantes que en el año de 1945 formaban parte de la Sociedad de Artesanos de Cotacachi, año que inicia la crisis en la ciudad, se aclara que no todos eran talabarteros, el reto para el lector es ubicar a quienes fueron artesanos del cuero. Los artesanos como carpinteros, sastres, plateros, mecánicos y otros, siempre tuvieron algún tipo de relación con los talabarteros, de alguna manera se conectaban todos los artesanos en el gran engranaje laboral y social de Cotacachi.

## Catastro de los socios de la Sociedad de Artesanos del año 1945

Sinforiano Acosta  
Segundo Muñoz  
Ángel J. Terán  
Gabriel Ruiz  
Reinaldo Saltos  
Carlos Enrique Guzmán  
Alberto Andrade Cobo  
Antonio Echeverría  
Luis Moreno Puente  
Isaac Sánchez  
Miguel Gómez Proaño  
Antonio Proaño Andrade  
Alberto Sánchez  
Emiliano Saltos  
Julio Gómez  
Moisés Sánchez G.  
Miguel Andrade Proaño  
Camilo Haro  
Rafael Andrade A.  
Rafael Proaño Morales  
Benjamín Proaño  
Mariano Sarzosa R.  
Alejandro Proaño A.  
Luis Terán Novoa  
Aparicio Garrido  
José Ruiz  
Víctor M. Mejía  
Emilio Galindo A.

Carlos Echeverría G.  
Daniel Cobos  
Luis Saltos  
Ulpiano Endara  
Moisés Andrade  
Carlos H. Grijalva  
Rafael Grijalva P.  
Alberto Proaño P.  
Segundo Proaño G.  
Carlos Elías Proaño A.  
Miguel Echeverría  
Rafael Ibarra  
Jorge E. Gómez  
Andrés Paz E.  
Cesar Sarzosa R.  
Salvador Reyes  
Enrique Montenegro  
Hermógenes Echeverría  
Santos Tapia  
Moisés Tapia  
Nicolás Gavilanes  
Eloy Rueda  
Alfonso Acosta  
Emilio Uvidía  
Miguel Ángel Saltos  
Segundo Echeverría T.  
José Miguel Yépez  
Manuel Ruiz Sarzosa

Alfonso Loza  
Jorge Proaño P.  
Eduardo Moreno G.  
Alberto Galindo  
Tomás Terán  
Rafael Andrade P.  
Rafael Andramunio  
Carlos Alfonso Proaño  
Antonio Liborio Proaño C.  
Bolívar Echeverría M.  
Segundo Andrés Paz  
José María Echeverría U.  
Federico Valle  
Víctor Nicolás Ruiz  
Federico Meza  
David Flores  
Rafael Loza  
Aurelio Andrade  
José M. Santamaría  
Alfonso Santamaría  
Victoriano Flores  
Luis Rodríguez  
Eduardo Andrade  
Teodomiro Lara  
Luis Bolívar Terán  
Luis Arcesio Uvidía  
Nicolás Andramunio  
Alberto Calderón

## LA ORQUESTA RUMBA HABANA

El incluir la historia de la famosa orquesta Rumba Habana en esta obra es porque los talabarteros de Cotacachi tienen una relación directa con la música y obviamente con la Rumba Habana. Un gran número de integrantes en toda la historia de esta orquesta que fue y es la embajadora musical de Cotacachi, fueron paralelamente artesanos talabarteros.

Cotacachi, tiene una prestigiosa y larga tradición musical por ser la cuna de artistas que se destacaron desde el canto, la interpretación instrumental y la composición creativa de las melodías que se popularizaron en el pentagrama musical ecuatoriano. Esta tierra, en que cada familia y cada casona colonial disponía de hermosos jardines en sus patios y refinadamente empedradas, corredores internos, fueron testigos donde se articulaba el taller artesanal y la música.



■ La Gloriosa Orquesta Rumba Habana de Cotacachi.

Así se formaron los grupos musicales y la banda que alegraban el sentimiento de los artesanos y de su familia. No era fácil comprar un instrumento musical, pero valía la pena hacer un esfuerzo, y generalmente de la austeridad y las reservas financieras y más los empréstitos de familiares y padrinos, permitían adquirir un instrumento musical para conformar la banda del pueblo. Formar parte de una banda, significaba ser discípulo del prestigioso maestro Segundo Luis Moreno.

Los objetos producidos por los artesanos generalmente suelen tener un valor estético y utilitario. Los artesanos se vinculan con el arte y allí la música estampa un estilo especial a sus creaciones. En los interiores de las casas de los artesanos, era usual que el maestro entone piezas musicales para estimular el amor al trabajo. Indudablemente la música en los talleres se constituía en brebaje del alma. Los maestros mayores y sus discípulos dedicaban la mañana y parte de la tarde a trabajar en los talleres, y después de la jornada se consagraban de

lleno a la música. Formaron tres bandas y sobraron músicos que se agruparon en tríos, dúos y conjuntos. Cada vez que tropezaban en las serenatas se golpeaban a puñetazo limpio, pero se reconciliaban enseguida y festejaban al calor de una copa de aguardiente. (Ruiz, R. 2017)

En esta tierra, la música más que un complemento artístico era un patrimonio de la familia. El cultivo de su arte era una tarea de nobles y generaba jerarquía social; por lo tanto, todos querían tener una posición social privilegiada en la ciudad. Así se trabajaba; los aprendices debían armonizar la destreza del afinamiento musical y así aprendían a templar guitarras y bandolines, para hurgar en la noche el sentimiento de las mujeres bellas por medio de las serenatas.

Este pueblo de artesanos, donde la gente trabajaba silbando, se recrea una escena que era usual en la época, donde se escuchaba a los talabarteros que trabajaban silbando, unos hacían la primera, otros la segunda y otros el contraste, de modo que era más que usual, una exigencia; pues, los maestros talabarteros también eran músicos, y de los buenos (Sánchez F. , 2017).

Como una persona de éxito y multifacético por sus tareas de emprendimiento, don Tarquino Saavedra desde su infancia y ante adversidades de la vida, tuvo que defenderse como talabartero, pero fue con la música que lleva en el alma, que logró alcanzar lo que la vida y Dios le han permitido. Desde que tenía so de razón vivió con el arte de la música, tocaba cualquier lata que emitía sonido. Eso le permitió desarrollar su habilidad de baterista. Su padre fue zapatero y su madre tenía una picantería. En Cotacachi, todos trabajaban desde niños y todos trabajaban para la familia, sostiene con una contagiante risa. También trabajó con la señora Victoria Moreno, a quien se le conocía cariñosamente como la Señora Gatita. Jamás ganó un centavo mientras fue aprendiz, pero ella con el señor Carlos Guzmán que era su esposo, le enseñaron el arte de la talabartería; después pasó a trabajar con doña Lucía Haro y don Julio Moreno.

Posteriormente fue a trabajar con el señor Alfonso Echeve-

■ Francisco Echeverría (izquierda) y Julio González, migrantes cotacacheños en Bogotá.



ría que trabajaba yoyos y monederos finamente adornados y pintados por don Héctor Mejía. Allí ganaba dos sucres a la semana. También trabajó con el gran músico y talabartero don Guillermo Grijalva y doña Mariana Meza, después con Luis Pico en Quito y con Benjamín Loza. A los 21 años abrió su propio taller de talabartería.

Como se evidencia la condición innata de los artesanos y a la vez músicos, “yo soy músico de oído” comenta Saavedra, y narra con una memoria prodigiosa para enfatizar con admiración a quienes fueron sus antecesores en el arte de la talabartería. Yo fui parte de la Banda de Guerra de mi escuela, sostiene entre risas y con un gran brillo en el iris de sus ojos, asiente con su cabeza y sigue narrando con exquisitez imperecedera.

■ Migrantes cotacacheños en Bogotá en 1955.



Como buen músico y a la par de la música de la época, Saavedra no quiere desvincularse del ritmo de su época, entre ellos a Los Melódicos y Billo's Caracas Boys de Venezuela, La Sonora Matancera de Cuba y Los Corraleros de Majagual, Los Hispanos y los Graduados de Colombia, Don Medardo y sus Players, Blacio Junior, Los Jokers de Manabí del Ecuador, cuyos grupos musicales inquietaban con su ritmo rumbero y caribeño a la juventud cotacacheña.

Este artesano polifuncional, también organizó algunos grupos musicales: “Los Estelares” (con Julio Recalde, Olavo Mayalita, Ulpiano Echeverría y Alfonso Andrade), cobraban 25 sucres la hora y la noche de serenata 50 sucres.

En 1979, forma el grupo musical “Los Geniales” que se destacaron por generar música tropical. En 1972, forma el grupo musical “Los Latinos” con Pedro Delgado, Luis Rolando Andrade, Gilberto Delgado, Emilio Ubidia, Julio Recalde, Guido Espinoza, y Alberto Guerrero. En 1980, pasa a formar parte de la popular Rumba Habana. Como miembro de esta orquesta de fama nacional, sostiene con la elegancia y típica del artesano cotacacheño e invoca este pasaje de su vida: “yo ganaba en cinco horas lo que se trabajaba en el cuero durante una semana completa”, concluye con su particular carcajada mientras encoje sus hombros y asiente llanamente

con su cabeza, y deja notar que la modestia es distintiva en este artesano, músico y polifacético hombre de bien.

Esta orquesta con trascendencia nacional tuvo entre sus miembros a connotados artistas cotacacheños. *Quien no ha bailado la música de Rumba Habana, no es cotacacheño* sentencia un axioma chauvinista de esta tierra. En 1944, Enrique Montenegro y Alberto Ubidia tuvieron el acierto de enunciar la idea de conformar un grupo musical. La modernidad estaba remotamente vinculada con esta tierra, que no era de sorprenderse que, los silbidos de los artesanos, acostumbrados a trabajar con la música de la radio consentían la cándida alegría mientras se escuchaba en cualquier casa el sonido de una guitarra o el ritmo de un timbal en medio de la luz de los faroles, o de una tenue y pálida luz de las velas o de aquellas perennes luces de kerosene.

Según Narváez (2008), se conoce que en esta próspera localidad artesanal hubo desde épocas ya lejanas algunos conjuntos orquestales como Santa Cecilia, Conjunto Cotacachi, La Continental, La Bayana, entre otros. Sin embargo temporalmente, al nacimiento de la última citada, se conoce que en el año 1949, nació a la vida artística la prestigiosa orquesta Rumba Habana conformada por ocho destacados intérpretes, que por su especialidad, tornaron su participación de la siguiente manera: Julio Moreno Saona (primera trompeta), Rodrigo Grijalva Baroja (segunda trompeta), Alberto Haro (clarinete), Enrique Montenegro (vocalista y clarinete), Paulino Guzmán Muriel (acordeón), Pedro Delgado (guitarra), Carlos Elías Olmedo (guitarra), Alberto Montenegro (batería). El motivador de este conjunto, sin lugar a dudas fue don Alberto Montenegro hábil y muy entusiasta maestro de esta virtuosa actividad. Todos pertenecieron a su solar nativo, estaban consiguientemente identificados como muy buenos amigos y obviamente su participación los unió hermanadamente. Años antes se había conformado la orquesta "Bayana", excelente grupo musical a decir de sus coterrá-



■ Gilberto Proaño (centro), director musical de la Orquesta Rumba Habana.

neos, y de los buenos amigos del conjunto, cuyo director don Alberto Ubidia, que en esa época “tocaba” el “bugle”, instrumento hoy conocido como primera trompeta, fue quizás la partida de nacimiento para la conformación de la nueva agrupación musical.



■ Segundo Luis Moreno (tercero desde la izquierda de la fila inferior), Director de la Banda Municipal de Cotacachi, 1898.

Entre los anecdotarios que aún se recuerdan, en momentos que empezó a tomar cuerpo la integración de la nueva orquesta, sucesora de la Bayana, llegó a presentarse en Guayaquil, la orquesta “Rumba Habana”, integrada por bellas damas cubanas que ofrecieron una temporada de hermosas coreografías y música movida propia del archipiélago de las Antillas. Obviamente, las

adjetivaciones ponderadas de las excelentes referencias que dejaron las artitas centromericanas, animaron a todos los integrantes del grupo en ciernes, convinieron en bautizar al conjunto como Orquesta Rumba Habana.

La habilidosa metodología de don Alberto Ubidia, facilitó la consecución de varias partituras de ritmos caribeños como el bambo, cha cha chá, guaracha, dengues y otros de este estilo, a precios convenientes para sus compañeros. Según la apreciación objetiva de sus integrantes señores Guillermo Grijalva Baroja y José Moreno Cevallos, el costo a pagarse por este compromiso, consistió en la entrega de cien sucres por cinco temas dispuestos en partituras para cada instrumento de la orquesta, sobrada ayuda que Ubidia, como hábil arreglista, entregaba al conjunto de sus afectos.

La Orquesta Rumba Habana, inició su actividad con un contrato de largo plazo contraído con el antiguo hotel Turismo de Ibarra, compromiso que se cumplió con total beneplácito de los contratantes, y que demandó la concurrencia del conjunto orquestal los domingos de cada mes. El inicio de actividades fue abriendo igualmente nuevas oportunidades de ocupación y empezaron a multiplicarse los compromisos

contractuales para los innatos melómanos, que fueron abriendo camino al andar. El recordado y dilecto amigo cotacacheño, profesor Gonzalo Pinto por su talento y gran amigo de todos los integrantes de la Rumba Habana fue designado representante cultural del grupo y Alberto Montenegro, fue nombrado representante oficial para efectos de legalización de los futuros compromisos de la agrupación. Alberto Ubidia, ex integrante de la Bayana, fijó su residencia en Guayaquil, hizo de relacionador artístico y consiguió entre todos, contactos con la Blacio Junior, muy conocida orquesta del Puerto Principal, que proporcionó copias de los repertorios musicales de la Sonora Matancera, orquesta cubana de prestigio internacional, en la que el recordado Daniel Santos, fungía como su vocalista principal.



Cuando se conforma definitivamente la Orquesta Rumba Habana, con Julio Moreno Saona, Rodrigo Grijalva Baroja, Enrique Montenegro como vocalista; Alberto Haro Baroja, Alberto Montenegro, Paulino Guzmán, Pedro Delgado Ibarra, Alberto Guerrero y Carlos Elías Olmedo. Y de cómo lleva su nombre, es la inquietud de los cotacacheños, y nos “saca de dudas” como se diría en el argot popular: La música caribeña estuvo de moda, y surgió un ritmo acompasado que nació en la fastuosa ciudad de La Habana; los jóvenes artistas cotacacheños le tomaron el nombre de ese ritmo e hicieron distinción a su música, y sellaron el recuerdo de aquella época, registrándose como Rumba Habana; ellos instalaron el mejor aroma en la vida de esa época y estuvieron escoltados de la voz inconfundible de Enrique Montenegro (Ruiz R. , 2017).

■ Gonzalo Pinto, representante cultural de la Rumba Habana (primero de la derecha). De izquierda a derecha: Wilson Proaño, Bertha Proaño, José Proaño, Justina Saltos, Flavio Proaño, Athala Gómez, Luisa Sánchez, Pedro Rodrigo Proaño, Luisa Proaño



■ La Rumba Habana durante sus inicios, tocando sin amplificación.

En 1979, lanza un primer disco la orquesta y fue un sencillo de 45 rpm. que lleva el sello de "Rumba Habana" prensado por la casa disquera Fediscos de Guayaquil. En su primera cara A, aparece la popular canción argentina "**A la huacachina**" y en el lado B, el sanjuanito "Mi Ilusión" de Alberto Haro Baroja, y se consagra para recibir su primer disco de oro.

En 1980 plasman 12 canciones en su primer Long Play o disco de acetato, y en su

trayectoria musical, han grabado un total de 7 LPs, y la producción de varios volúmenes en CD, donde se destaca la reconocida y titulada "**Cotacachi Tierra Mía**". Han pasado casi un centenar de artistas por sus hileras, y sus creaciones consideran a más de 70 artistas.

En la creación musical de la orquesta, constan creaciones generalmente que han sido del patrimonio de músicos cotacacheños como Germán Proaño, Gilberto Proaño, Armando Hidrobo, Marco Tulio Hidrobo, Luis H. Hidrobo, Pedro Proaño, Alberto Haro, entre otros. Sus principales vocalistas, recae en la responsabilidad de Enrique Montenegro Ruiz, Floro Narváez, Ramiro Ruiz y José Luis Gómez.

## MIGRACIÓN DE ARTESANOS A COLOMBIA

Las mujeres longevas y beatas de la época susurraban entre dientes apenas prorrumpían la misa de la mañana; quienes cobijadas con grandes chales de colores oscuros cual burkas que escondían el dolor, invocaban a Dios, considerando que el desastre que se desencadenaba era un castigo de Dios por tanta dilapidación de los talabarteros. En pocas palabras como pronuncia: "la gente de Cotacachi se moría de hambre" (Vaca M. E., 2017).

En seguida de la migración de los pocos valientes, el pueblo padeció una pobreza inminente, los niños cazaban pajari-

tos y tórtolas para amortiguar el hambre; era usual ver a las personas con sus catapultas en los bolsillos posteriores de sus pantalones. Se chupaba chímbalos para aplacar la amargura del sinsabor que dejaba esta marea emotiva. Era har- to difícil comprender a la economía de mercado y solo la economía moral permitía sobrevivir, pues se intercambiaba anhelos, lumbre, y un pite de comidita. Si bien, después de la segunda guerra mundial un ligero paliativo demandó de la producción de cartucheras, polainas, y sillas de montar para los batallones de carabineros de Chile y Argentina.

Sin embargo, como todo tiene su fin, se acabó la bonanza y no había que comer, nadie quería las cigarreras, era triste ver cómo se arrojaban costales llenos de chaucheras y cigarre- ras a los terrenos, por cuanto al empaquetar se inutilizaban y se podrían. Otras veces se arrojaba a las quebradas, ni rega- lado querían. Era triste, ver cómo todo aquello que se trabajó con amor y cariño dentro de las familias se acababa en la basura.

Finalizada la guerra, más o menos a partir de 1946, todos los jóvenes comen- zaron a migrar hacia Colombia, y otros comenzaron a dedicarse a la carpin- tería. Los viejos artesanos talabarteros soportaron semejante ruina, ellos con- tinuaron trabajando en la elaboración de las maletas. El trabajo de la talabar- tería la inició de forma muy temprana; con nostalgia manifiesta que aprendió a trabajar portamaletas con el prestigioso y acaudalado artesano don Enrique Buitrón que después también se fue a trabajar en Bogotá. Además, recuerda que al retornar del servicio militar, a la edad de 21 años en 1950, continuó tra- bajando como ayudante hasta conso- lidar su destreza artesanal, y una vez lo- grado dicha madurez, instaló su propio emprendimiento denominado "taller de talabartería" e inició la producción de portamaletas en diferentes medidas y estilos, cuyo producto final los vendía a los mercantes, Luis Paz Gavilanes y Car- los Guerra. El primero enviaba al extran- jero, y el segundo llevaba a Huaquillas al sur del Ecuador.

■ Gabriel Echeverría en Bogotá, 1956.



A pesar de la crisis en Cotacachi, hubo algunos jóvenes emprendedores que se pusieron su propio taller, tal es el caso de don Jaime Andramunio (2017) quien sostiene que instaló su primer emprendimiento o taller de talabartería a la edad de 22 años, con apenas 300 sucres. En esta dinámica social se recrearon, crecieron y se ampliaron los talleres del cuero. Se estima que hasta la actualidad así forjaron estos emprendimientos artesanales.

## EL TRABAJO DE LOS TALABARTEROS COTACACHEÑOS EN BOGOTÁ

Después de la Segunda Guerra Mundial, varios artesanos emigraron hacia Colombia ya que el negocio de los cueros decayó. Sin embargo, para los años 80 regresaron a su tierra a fortalecer la historia y su identidad. Ahora viven entre los cotacacheños como ejemplo de trabajo y dignidad, se han multiplicado a través de un saber socialmente productivo que fue difundido con el paso de los años y el ingenio de su gente. Mediante la agradable entrevista, manifiesta lo siguiente: “Nosotros somos muy sentimentales, así somos los cotacacheños, por donde vamos nos dejamos querer, porque somos muy trabajadores”

Se hace una síntesis de una conversación de aquella noche del 20 de septiembre de 1996, con la flamante directiva de la Asociación de Artesanos de Producción y Mercadeo de Artículos de Cuero Cotacachi (APROMECC), entre ellos se recuerda a Lucio Buitrón Narváez, Jesús “Chucho” Sánchez, Manuel Narváez, Margarita Romero, Alfonso Andrade, Panchito Mejía, entre otros. No faltó el apreciado amigo, el recordado maestro Milton Lara Echeverría.

Allí se elevó muchas ilusiones sobre esta nueva etapa que deparaba la cimentación gremial en pro del cambio situacional de los artesanos. Con algunos de aquellos artesanos que retornaron de Bogotá, se logró conformar esta empresa corporativa para emprender un nuevo proyecto artesanal en 1996.

Desafíos e ilusiones en cada una de las intervenciones daban cuenta de la grandeza de los cotacacheños. Allí tuvimos la oportunidad de escuchar de viva voz, una parte de la vida de los cotacacheños en Bogotá. Han transcurrido más de dos décadas, de aquella tertulia con el señor Milton Lara Eche-

■ Milton Lara Echeverría, migrante cotacacheño hacia Bogotá



verría, y ahora a través de estas páginas hacemos uso de un segmento que el mismo trazara treinta años atrás, cuando representó a Cotacachi en calidad de concejal.

En esta conversación, el señor Lara afirmó que al finalizar la década de los 40 del siglo anterior, los artesanos cotacacheños no aprovecharon los beneficios de la abundancia del trabajo que ocasionó la Segunda Guerra Mundial, y posterior a este hecho, los ciudadanos de este rincón del Ecuador volvieron al estado más deprimente por cuanto los artesanos se acostumbraron a ganar un buen estipendio semanal. La desesperación caló profundo en las familias y tan pronto como pudieron migraron a los polos de desarrollo del país y los más arriesgados viajaron en busca de un mejor destino hacia Bogotá.

En 1948, los primeros cotacacheños llenos de esperanza alcanzan Bogotá, y como es característica de un buen caballero, *"pidió disculpas"* si de esta lista que a continuación se detalla se haya omitido a familia o persona alguna: Humberto Chávez; Enrique y Romeo Buitrón y señora; Jaime Benítez; Avelino Gómez y familia; Teodomiro Lara y familia, Milton Lara y señora, Carlos Proaño Yépez; Humberto Albuja y familia y Luis Alberto Albuja y familia; Alfredo Narváez y familia; Vicente Baroja y familia; Gonzalo Ramiro Saltos; Jorge Saltos; Raúl Saltos; Lauro, Alfonso y Jaime Saltos; Gonzalo Paz; Gabriel Echeverría; René y Honorato Tapia; Ricardo y Rubén Rueda; Eloy Proaño; Octavio Ruiz y familia; Raúl, Oswaldo y Guillermo Hidrobo, Julio Proaño y familia, Carlos Arturo y Guillermo Flores; Antonio, Rafael y Segundo Lema; Antonio Tituaña; Segundo Morán; Segundo Calapi Flores; José Antonio y José Norberto Albancando Vega; Luis Terán P.; Milton Proaño C.; Luis Alejandro Gómez; Armando Hidrobo; Luis Hermógenes Hidrobo y familia; Luis Chávez; Julio Albuja; Guillermo Cevallos; Elías Granja, Francisco Cabascango y familia; Luis Rueda B.; Luis Moreno; Humberto González; Julio A. Moreno; Carlos Armando Proaño y familia; Estuardo Echeverría; Edmundo Gómez; Vicente Cevallos y familia; Nelson Gómez y familia; Carlos Hermel y Hugo Benítez; Carlos Moreno; José Proaño S.; Eduardo Toro; Guillermo Proaño; Gavino Pillaño y familia; Jaime Montenegro; Miguel Mejía; Héctor y Jorge Andramunio; Arturo Proaño Flores; Guido Haro; Gerardo Guerra; Segundo Haro; Eliécer Meza; Juan Tabango; Jaime y José Gómez; Gilberto y Rubén Toro; Luis Haro; Arturo Proaño Echeverría; Luis Moreno Guerra; Lucio, Galo, Wilson, Enma y María Buitrón; Marco Moreno; Román Guzmán; Oswaldo Cevallos; Manuel Gómez; Eduardo Gómez; Claudio y Jesús Sánchez Galo Albuja; Luis Guerra; Eduardo, Manuel, Gerardo y Nel-

■ Avelino Gómez caminando en Bogotá, 1953.



son Rodríguez; Carlos Echeverría y familia; Humberto Flores; Guillermo Vaca; Jesús Proaño; Rafael y Eduardo Velasteguí; Fausto Cobos; Edgar Cárdenas; Santiago Calderón e hijos; Luis y Tarquino Flores; Jorge Sarzosa; Julio González; Luis Unda; Manuel Lanchimba e hijos; Pedro Ruiz, Abelardo Puente; Nelson, Homero y Hugo Vaca; Juan Guzmán; Petronio Rueda; Román Saltos; Hernán Gómez V.; Luis y Wilson Toro; Gilberto Echeverría y familia; Bolívar Echeverría y familia; Luis Laine; Agustín Galindo; Marco Proaño P.; Nicolás Tobar; Ángel M. Alencastro; Bartolo Olmedo; Guillermo Ibarra; Oswaldo Sarzosa; Esther y Miguel Echeverría; Oswaldo Ruiz P.; Carlos Moreno G.; Fausto Guzmán; Raúl Proaño P.; Carlos Flores B.; Juan Recalde; Miguel Tobar, y Rodrigo Espinoza, apuntaba con erudición infinita el entrañable y recordado amigo, Milton E. Lara Echeverría. Para ampliar el escenario social de quienes tuvieron el acierto de cruzar la frontera Patria, se registra a Cháves (2018) quien sostiene que: en este conjunto de familias que migraron hacia Colombia, aparecen varias oleadas temporales, y con esa apreciación, se procedió a rastrear los nombres y apellidos que líneas arriba se asienta; es posible que se omita en la lista alguna familia cotacacheña, por tal razón, se solicita las debidas disculpas del caso.

■ Gabriel Echeverría (primero de la derecha) durante su permanencia laboral en Bogotá.



Los exprofesores pertenecieron a una clase social privilegiada, y como tal estuvieron vinculados a establecimientos como el Normal Juan Montalvo o Manuela Cañizares. El profesor Guido Ruiz, con cierta añoranza da cuenta que trabajó con el maestro Humberto Chávez y allí aprendió las destrezas para elaborar chaucheras monederas y por tal habilidad, tuvo propuestas para ir a trabajar en Bogotá. Sin embargo, decidió estudiar en el prestigioso Colegio Normalista Juan Montalvo, centro educativo que albergó a varias decenas de cotacacheños.

Las anécdotas y los donaires de la sangre cotacacheña en una tierra extraña que acogió a jóvenes migrantes y familias completas que sobrevivieron con dignidad, jamás desentendió con la cosmovisión de los colombianos; hubo mucha acogida para los cotacacheños, pues varios de ellos fijaron sus residencias en esos lares, algunos irrumpieron la tradición familiar para formar su familia con damas colombianas y otros con mucho nacionalismo resistieron la tentación de la belleza de la mujer colombiana" (Echeverría, 2019).

La ascendencia familiar en los pueblos andinos con crédito español siempre conservó su estirpe, a través de la conservación del nombre de pila tanto en orden y jerarquía ya sea

femenino o masculino. Este es el ejemplo de aquello que los cotacacheños eternizaron y conservan hasta la actualidad, los nombres de sus abuelos. Por ejemplo, don Francisco Hermógenes Echeverría, padre de Gabriel Echeverría, es homónimo de su nieto Francisco Echeverría Rueda. La mayoría de apellidos en Cotacachi tienen mucha historia y siendo tradicionales, los homónimos serán una constante.

Don Jaime Saltos sostiene que, si algo aprendieron de su permanencia en Colombia, indudablemente es la frase, ¡¡sí señor!!, cuyo acuñamiento lingüístico propio de los hermanos colombianos fácilmente traspasó las fronteras para tornarse en una frase que se “pegó” en los cotacacheños para asentir o aceptar aquello que se preguntaba.

Y además enfatiza, cuando manifiesta que, los buenos modales y la elegancia se fueron estampando en las estrechas y polvorientas calles por los años 70 y 80 del siglo pasado. También destaca al manifestar lo siguiente: en aquellos tiempos en nuestro terruño, comíamos amargo por la pobreza, no había trabajo, Colombia nos cambió el sabor de la comida, que bonito era todo...¡¡sí señor!; qué atención, qué lindo, qué distinto, qué trato grande ofrece esa gente colombiana, le ofrecen tiempo para el cliente. Lamentablemente, nuestros coterráneos no tienen genio, por nuestro temperamento y frialdad, nos reconocen rápidamente como los pastusitos, puntualiza.

Don Luis Layne recuerda que él fue alumno de la profesora Virginia Romero y de Luis Bolívar Echeverría, este último del eterno Secretario Municipal de Cotacachi, el irremplazable Luis Proaño Morales. Con memoria privilegiada recuerda que fue también alumno de Nicolás Sánchez, Tarquino Gómez, Alfonso Echeverría y de Galo Raúl Chávez en la prestigiosa Escuela Modesto A. Peñaherrera. Continúa su plática y sostiene lo siguiente: fuimos de paseo por haber terminado la instrucción primaria, de allí nos llevaron de paseo a Guayaquil y con nuestro profesor Washington Garzón, visitamos a la Colonia cotacacheña en Guayaquil, nos recibieron:

■ De izquierda a derecha: Julio González y su padre Humberto González en su permanencia en Colombia.



Colón Granja, Honorio Granja, Elías Gómez, y Pedro Gavilanes. Los cotacacheños, como descendientes de pueblos andinos no podían ser la excepción, pues se juntaron dentro de la Colonia y lograron recrear todas las tradiciones de la comida y la bebida tradicionales. La entrañable chicha de jora —bebida fermentada y elaborada sobre la base de maíz—; pues se bebía con mucho cariño y hasta se jugaba el tradicional trompo.

Trabajaban de lunes a sábado hasta medio día, barrían los talleres y limpiaban las máquinas y todo se dejaba “limpiquito”; con una honda sonrisa y a ratos como queriendo detener las carcajadas y con la seriedad de Doña Elsa Pérez, esposa de Ramiro Saltos, este artesano exterioriza que, a partir de las tres de la tarde, los talabarteros cotacacheños acostumbraban a reunirse en el Barrio Primavera en cuyo parque sobre la Carrera 30 y Asunción en Bogotá-Colombia.

■ Gonzalo Ramiro Saltos, con su esposa colombiana Elsa Pérez, durante su estancia en Bogotá.



Así mismo, continúa narrando con un profundo suspiro que parece disimular los recuerdos de sus años mozos en la capital colombiana: “nos congregábamos para jugar ecuavolley, también se jugaba cartas, se comía comida de nuestra tierra como tostado con chochos, dulce de zambo, fritadas de chanco y hasta carnes coloradas de la Señora Esther Unda de Moreno”.

Continúa: “en tiempos de finados para recordar a nuestros seres queridos, se jugaba al desafío del trompo, en un cotejo de doce parejas; se jugaba de igual a igual; con la piedra *kuyumpa* o piedra base para dar el cabe y no faltaba los buenos *cabeadores* y los buenos bailarores del trompo; desde los balcones de las carreras 30 y 6ta, los colombianos nos miraban sorprendidos. Y bueno entre copitas y hervidos, nos dejábamos llevar de la nostalgia y al ingresar a las tiendas: El Rincón del Nariñense o en la Garlancha solicitábamos que sintonicen Radio Cotacachi o Radio Zaracay y con las canciones de Julio Jaramillo y esa canción de Guido y Raúl Aguirre, titulada: Lejos de mi madre, nos provocaba tomarnos unos aguardienticos”.

## EN LA FÁBRICA LA JUGAR DE BOGOTÁ

Para los cotacacheños que estuvieron conectados laboralmente con Colombia, la fábrica La Jugar siempre será la evocación de un pasado donde la familia se vinculó directa o indirectamente con los González, prestigioso emprendedor



■ Dolores María Layne y su hijo Luis Layne, en Bogotá en la década de los 50.

colombiano y propietario de una factoría productora de artículos de cuero en Bogotá. “Dos santandereanos forman una pelea, dos antioqueños forman una empresa” (Layne, 2018). Así empieza el relato Luis Layne, y así se refiere a Bernardo González, quien visibiliza a los artesanos de Cotacachi y las catapultas a la cúspide de la producción artesanal e industrial del cuero a mediados del siglo XX, y para ampliar el escenario descrito.

Tanto Luis Román Chaves (2018) como Luis Layne (2018) confirman que el padre de Bernardo González le asignó una cierta cantidad de dinero y este, en vez de estudiar, se dedicó a emprender lo que posteriormente sería una de las mayores fábricas productoras de artículos de cuero de la época.

Este se encontró con una chauchera —monedero de cuero— en Bogotá y al pre-

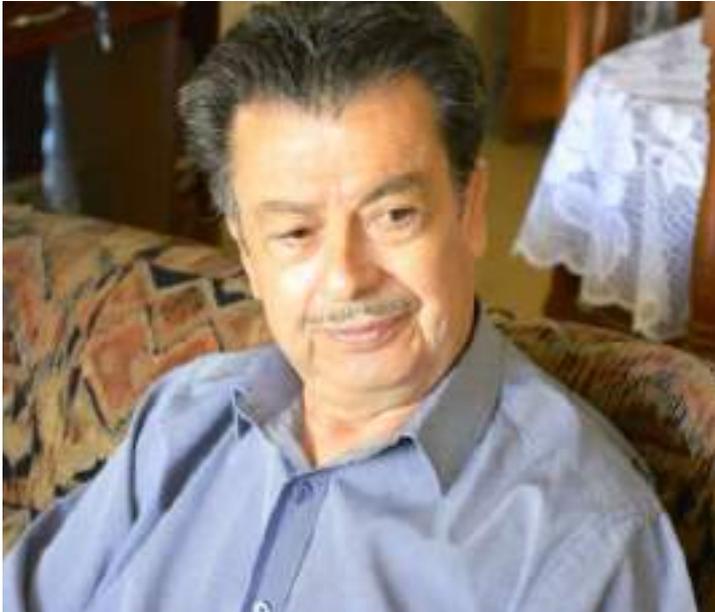


■ Gómez y su esposo Julio González, Bogotá 1961.

guntar su origen le dieron razón de que en Popayán producen estos artículos de cuero de bolsillo para guardar monedas, tal era su belleza y fino acabado manual, que cautivado llegó a la casa de unos familiares de Armando Hidrobo, quienes a su vez le redireccionaron hacia Cotacachi-Ecuador. Se hospedó en las instalaciones de Radio Cotacachi y se contactó con los artesanos, Humberto Chaves, Humberto Albuja, Luis Albuja y los hermanos Benítez, quienes a la postre se constituyeron en los primeros artesanos que migraron hacia Bogotá.

Comparemos la versión narrada por Jaime Saltos (2017), los primeros artesanos que migraron hacia Colombia, específicamente a Bogotá, tuvieron la suerte de conocer a Bernardo González, el emprendedor colombiano que tuvo el acierto de maravillarse de los artesanos cotacacheños, quien invitó a Humberto Chaves y Luis Alberto Albuja; Enrique Buitrón y Paquito Cabascango; Lauro y Alfonso Saltos a trabajar en una de las factorías que fue la pionera en la confección de

productos de marroquinería. González, emprende tal factoría con aproximadamente 200 trabajadores, y Saltos Jaime llega en 1957 a la edad de 17 años a formar parte de este batallón de artesanos que revolucionaba la industria manufacturera en Colombia.



■ Jaime Saltos, migrante cotacacheño hacia Bogotá y luego a los EEUU.

En cambio Román Cháves afirma que los cotacacheños que no lograban ingresar a las factorías colombianas, se juntaban a los artesanos adelantados, como Enrique Buitrón, Gilberto Toro, Luis Albuja, Avelino Gómez, grabador de metal cuyo dispositivo se utilizaba para elaborar altos relieves en el cuero, Humberto Albuja, Milton Lara y Teodomiro Lara, entre otros. Avelino Gómez también con su taller, comienzan a trabajar

grabados o clisés con motivos andinos y mexicanos, con cuyos diseños trascendió de tal manera en la producción artística en Colombia. Avelino Gómez, según Layne, fue el mejor artesano cotacacheño en Bogotá; fue empleado público, extesorero del Municipio de Santa Ana de Cotacachi.

La apreciación de los tres artesanos, dan cuenta sobre la verdad del origen de los hechos y la conexión entre talabarteros cotacacheños y los marroquineros colombianos, para que este escenario no sea una leyenda sino parte de la historia cierta en que vivieron nuestros artesanos. Las condiciones económicas de aquellos que no lograron ingresar a las fac-

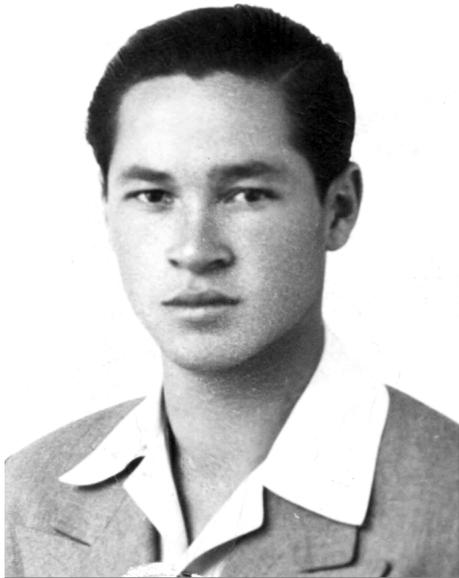
torías colombianas no han cambiado; no obstante, lograron consolidar cierta experticia en marroquinería, y al retornar al Ecuador se iniciaron en la conformación de emprendimientos artesanales tanto en almacenes como en talleres de marroquinería.



■ Avelino Gómez uno de los primeros migrantes hacia Bogotá, especialista en construir los clichés para el repujado del cuero.



■ Lutgarda Gómez, con su suegro Teodomiro Lara, en su estancia en Bogotá.



■ Jaime Benítez, de los primeros cotacacheños en montar un taller en Bogotá.

Para Luis Layne, los cotacacheños siempre se destacaron por ser responsables y muy trabajadores. Enrique Buitrón es el primer cotacacheño que instala un taller de talabartería y marroquinería en Bogotá. Los hermanos Luis y Jaime Benítez se destacan como los pioneros en elaborar papeleras de cuero para portar documentos de ejecutivos; además fueron expertos repujadores de cuero y sopleteros. Humberto Albuja al salir de La Jugar, también establece su taller de marroquinería y es quien traslada a Layne hacia Bogotá.

Pero quienes llegaron y tuvieron la suerte de adaptarse a una realidad diferente, y a un mundo donde su idiosincrasia demandaba de agilidad y competitividad laboral, lograron insertarse en la factoría La Jugar, aquí se trabajaba en serie, es decir inconscientemente se instalan como sujetos laborales del régimen del Fordismo que apareció en el siglo XX promoviendo la especialización, la transformación del esquema industrial y la reducción de costos.

Como sostienen los especialistas y a diferencia del Taylorismo, es que esta innovación no se alcanzó a costa del trabajador, sino a través de una estrategia de expansión del mercado. La razón es que, en esta factoría, el mayor volumen de unidades de productos elaborados de cuero debido a las máquinas troqueladoras, prensas hidráulicas y máquinas automáticas de ensamblaje permitía elevar la cantidad de producción y su costo era reducido por la razón tiempo/ejecución que provocaba una producción de altísima calidad. De modo que, los jóvenes cotacacheños aparecen como obreros especializados con un estatus mayor y rompen el *status quo* de las clases sociales al involucrarse como sujetos activos de la clase media del modelo norteamericano que se transformará en la cara visible del prototipo americano.

Así mismo, don Jaime Saltos revela que él y su hermano Alfonso "Pochito" Saltos, fueron los primeros en renunciar a la fábrica "La Jugar" de Bogotá, lejos de su madre patria fueron liquidados. El primero se establece como un naciente empresario, llegó a tener dos casas y tres vehículos manifiesta. También enfatiza que trabajó con su hermano y aprendió con él a ser disciplinado. Remarca también que fue en Colombia donde aprendió a ser culto y elegante, y, sobre todo, a cuidar su higiene personal, caramba, pues allí uno tenía que bañarse todos los días, sentencia.

Continúa su conversación, y manifiesta que todo era diferente pero hermoso; cuando nos fuimos de "La Jugar" festejamos

porque lejos de la tierra ya éramos libres, estábamos preparados para triunfar, menciona.



■ Los hermanos Jaime y Alfonso "Ponchito" Saltos, en Bogotá.

Don Ramiro Saltos (2017) conoció el circuito comercial de Bernardo González y como buen comerciante se alineó en la ruta de Cali, Medellín, Cúcuta y San Antonio de Táchira. El nuevo maestro, su primo Lauro Saltos, confió en su juventud y en el ímpetu de Jaime; los dos volaron por vez primera en avión con una mercadería consistente en bolsos, carteras, maletas, si, especialmente las maletas en Avianca para



■ De izquierda a derecha: Gabriel Echeverría, Lauro Saltos y Jaime Saltos disfrutando de un fin de semana en Bogotá.

entregar a un paisano cota-cacheño, en el almacén “*Los Tres Grandes*” de Cúcuta-Colombia. Jaime Saltos trabajó dos años en “*La Jugar*”, siete años en la industria de su hermano Lauro Saltos, y por su capacidad y responsabilidad fue premiado con un viaje a Estados Unidos, pues en este país era la meca del cuero y la moda en el mundo.

Manifiesta que no desaprovechó la instancia y su permanencia en el país del norte, pero retornó a Bogotá y allí permaneció hasta 1975. Y tal como sucediera en estos años del actual gobierno de bienestar, en la época del inicio del boom petrolero, cuando el General Guillermo Rodríguez Lara, era presiden-

te del Ecuador, yo retorné a mi querido Cotacachi sentencia. Yo me vine en buena época, con mi familia y ocho máquinas; no encontré estabilidad, el mercado era difícil en Ecuador, pero pasaron los años hasta asentarme, como usted ve, ahora conservo mi taller, tengo dos hijas profesionales, trabajo artículos de calidad en cuero engrasado. Yo retorné a mi tierra, porque amo mi tierra, y aquellos que volvieron lo hicieron porque amamos a nuestra tierrita, concluye.

Este sistema Fordista, excluye el control de tiempo de producción por parte de la clase obrera, como solía ocurrir cuando el obrero además de poseer la fuerza de trabajo poseía los conocimientos necesarios para realizar su trabajo de forma autónoma, como tradicionalmente se trabajaba en el Ecuador de entonces. Por supuesto, el sistema Fordista irrumpe con esta forma de trabajo, por una labor alienante con características que llevan al obrero a perder ese “privilegio” y además a perder el control de los tiempos de producción. La idea de sumar la producción en cadena a la producción de mercancías que se exportaban desde la factoría *La Jugar* hasta Medellín y a las fronteras con Venezuela, no sólo significó las transformaciones sociales y culturales de esta cultura de masas que provenía de un sistema extraño donde la ra-

zón social de la producción se ajustaba a partir de una economía moral más simbólica y humana.

Como prototipo se puede departir de la creación de artículos de cuero en serie, de la expansión interclasista del consumo que deviene en nuevos estímulos y códigos culturales mediados por el capital. Además, hay que advertir que el modelo florece bajo el esquema económico diferente que promueve un protagonismo histórico de las clases subordinadas y el afianzamiento del capital a consideraciones sociales y de clase. En resumen, este modelo Fordista, permitió involucrar a los artesanos en:

1. Acrecentamiento de la división del trabajo.
2. Ampliación del control de los tiempos productivos del obrero (vinculación tiempo/ejecución),
3. Reducción de costos y aumento de la circulación de la mercancía,
4. Aumento del poder adquisitivo como asalariados,
5. Inserción en la producción en serie de los productos elaborados,
6. Control de calidad de productos, y
7. Engranaje en el contexto de la competitividad, puntualidad y eficacia.

## DE COTACACHI A USA

La década de los setenta, es considerada como una época de cambios sociales y políticos en los Estados Unidos de América. El contexto en que vivían los jóvenes americanos llamaba la atención de todo el mundo. La moda y la prosperidad se difundían a través de imágenes visuales que propiciaba el rock como el liberador de represiones y por medio de la audiencia se podía salir de la insatisfacción y los problemas que preocupaban entonces.

Se conectaron rápidamente el rock y los problemas sociales, y allí los jóvenes encontraban refugio a sus preocupaciones. El movimiento

■ Damas cotacacheñas en el hotel Tequendama en Bogotá, al centro Lulgarda Gómez, 1979.



antiguerra conformado por los hippies, pese a que se encontraba en un contexto social y político adverso debido a la posguerra y además la guerra con Vietnam nada detenía a los artistas de rock, quienes mediante la música lograban un sentimiento de unidad y empatía con otros jóvenes del mundo (Cepeda, 2008). En los años setenta, también, se dio el apogeo del liberalismo moderno estadounidense, que circunscribían los derechos civiles y el fin de la segregación, subsidio en las artes y humanidades, apertura de actividad laboral en las factorías y una serie de programas diseñados para erradicar la pobreza, permitió trazar la utopía para lograr una justicia social y económica según el criterio de los intelectuales liberales de Estados Unidos.

Cepeda (2008), aclara que se respaldaba y defendía el mundo libre, alentando el crecimiento económico interno, así como asegura que el resultante fuera distribuido justamente. “Su agenda influenciada en gran medida por la teoría económica keynesiana- pronosticaba un gasto público masivo que aceleraría el crecimiento económico, suministrando recursos públicos para capitalizar más asistencia social, trabajo, vivienda, salud y programas educativos”; así como la eliminación de la pobreza y la inequidad racial (Pág. 45).

Estas proposiciones americanas trascendieron en el mundo, y los jóvenes ecuatorianos también ataviaron sus ilusiones y nuestro pueblo, estuvo presente, con un grupo de jóvenes que le acertaron al destino del trabajo industrializado de la producción de artículos de cuero.

■ Galo Buitrón y Jaime Saltos en New York.



La congoja y desconsuelo se aplacaron con el tiempo, pero los buenos talabarteros, aquellos que dominaban el arte de las monturas y las polainas, siguieron guitarreando y cantando sus penas. Otros salieron a buscar suerte en ciudades costeras del Ecuador, Esmeraldas y Guayaquil fueron las predilectas, para suerte bendita, como dice afectivamente, Jaime Saltos, ese *flaco de oro* que vistió con tanta elegancia después de que conquistó Bogotá y Nueva York en el éxodo de los talabarteros cotacacheños.

Como ciudadanos cultos, visitaron este icónico diseñado por el escultor Frederick Auguste Bertholdi, fue un regalo de amistad internacional del pueblo de Francia, en

conmemoración del centenario de la independencia de Estados Unidos en 1876. Los artesanos que migraron fuera de las fronteras, desde 1946 hasta 1980 aproximadamente, siempre retornaron a su tierra, unos, cada año, otros ocasionalmente, pero también hubo artesanos que nunca retornaron a su tierra. No todos eran talabarteros, eran carpinteros, sastres, agricultores, tejedores, comerciantes, estudiantes, etc.

El éxodo de los cotacacheños imprimió una marca en los artesanos cuando retornaron al seno de su familia. Otras costumbres, nuevos hábitos y miembros se adherían a los añejos núcleos familiares extendidos; y sobremanera, nuevas destrezas artesanales se empoderaron de este grupo de privilegiados o adelantados. La diáspora, permitió insertar desde la marroquinería a nuevos dispositivos laborales y artísticos para hacer de esta ciudad con aproximadamente 300 talleres de talabartería y marroquinería y aproximadamente 150 almacenes de artículos de cuero, en *la ciudad de los buenos cueros*.

Jaime Saltos, en sus largas jornadas de las entrevistas que concede al equipo de investigación, hace un llamado a las nuevas generaciones de artesanos que no conocen la memoria de quienes con *“la berraquera”* de antaño, vencieron con valentía las adversidades de la vida. Ahora dejan trazado el camino de la competitividad, para que las instituciones educativas encuentren en la excelencia, su mayor desafío.

## LOS KICHWAS DE COTACACHI EN BOGOTÁ

No se puede borrar de la memoria aquello que hicieron los indígenas kichwas de Cotacachi, conocidos como “los comerciantes” por sus emprendimientos y por su espíritu indómito. Según Cevallos F. (2018), los adelantados para la época (1945-1950) son: Antonio, Rafael y Segundo Lema; Segundo Morán; Alberto Guerrero; Antonio y José Albancando; Segundo Calapi; Antonio Tituaña; Antonio Quinche, entre otros. Inspirados en Los Imbayas de Ibarra, se constituyen en los nuevos exploradores del mercado andino y posteriormente de la vieja Europa y Norte América.; quienes siempre tuvieron la acogida y el apoyo de los artesanos cotacacheños en Bogotá, como Milton y Teodomiro Lara.

En 1946, los jóvenes kichwas y llenos de ilusiones, con mucho espíritu de emprendimiento, de sangre de *mindalaes* y adelantados para la época, acopiaban casimires, paños y paño-

letas que se tejían en las comunidades de Peguche, Ilumán y San Roque para comerciar en Pasto, Popayán Cali, Bogotá, Medellín, Cúcuta y San Antonio de Táchira.



■ Integrantes de la Familia Lema y en el centro Sr. Milton Lara Echeverría.



■ Familia Lema en Bogotá

Históricamente tanto Cotacachi como Otavalo fueron conocidos como pueblos de artesanos, razón tenían Hassaurek en 1863 y Simón Bolívar en 1821, de distinguirlos como pueblos industriosos. Se expone un segmento de las páginas del libro titulado “Cuatro años entre los ecuatorianos (1861-1865)”:

*Entre Otavalo y Cotacachi se halla la Quinta de Pedro Pérez Pareja, con una importante fábrica de algodón, cuya maquinaria estaba en perfectas condiciones ya que había sido construida por la Paterson de New Jersey. El costo del transporte fue de casi cuarenta mil dólares...cuando los tejedores nativos vieron por primera vez funcionando la maquinaria en su más ingeniosa complejidad y vieron que podría hacer en una hora lo que a ellos les tomaba días o semanas, pensaron que era un invento del demonio o que más bien el príncipe de las tinieblas era quien le ponía en movimiento (Hassau-reck, 2015).*



■ Familia Kichwa cotacacheña en Bogotá.

Este diplomático norteamericano, narra con un lenguaje admirable y se refiere tanto a los sitios naturales y a las manifestaciones culturales, de una forma que contagia, continuar leyendo aquello que desea transmitir:

*Peguiche es el nombre de la fábrica y la hermosa residencia, propiedad de Manuel Jijón, uno de los más agradables y emprendedores caballeros del país. En este lugar, donde tenía una gran paz e independencia, con su hermoso jardín y la sombra de los árboles frente a mi ventana (un panorama*

*muy extraño y bienvenido en este país), disfruté de ver, como en la fábrica se manufacturaban piezas de lana tales como bayetas, ponchos, jergas y chales (estos chales son 'pintados de rojo, amarillo, azul o café, siendo el primero el que tiene más demanda); también se fabrican lana para abrigos, pantalones, chalecos, alfombras, etc. Estas manufacturas se exportan principalmente a Nueva Granada, hasta Pasto y Popayán en la Sierra, y hasta Barbacoas en la Costa. Los trabajadores empleados en la fábrica son casi todos indígenas. Se los llama conciertos o peones. La fábrica produce alrededor de treinta piezas de tela por mes, que en 1863 se vendía a dos dólares la yarda y eran de doble espesor (Hassaureck, 2015).*

Como se evidencia en las dos citas referenciadas por el diplomático, curiosamente en los pueblos imbabureños ya existía una tradición artesanal y más aún mecanizada, en cuyas fábricas se elaboran tejidos con intervención de la máquina, y que transigen el estribo para que, hasta la presente fecha, la provincia de Imbabura sea un sitio donde sus hijos tengan una amplia trayectoria en el mundo de los tejidos.

A inicios del siglo anterior, entre 1900 y 1910, urgidos por las adversidades climáticas y atmosféricas de entonces, incontables familias a la sazón de las comunas anterior a la propia Reforma Agraria que cambia de denominación a estos

núcleos familiares extendidos andinos migran principalmente hacia Ibarra, Cotacachi, Atuntaqui y Otavalo. Según información escrita: María Cotacachi, Jesús Farinango, Marcelino Vega, José Remache, José María Males, Ignacio Maigua, Cecilio Males entre otros se asientan en la capital de la provincia de Imbabura (Muenala & H, 2007).

Estratégicamente las migraciones estaban entretrejidas de forma temporal, la mitad del tiempo lo hacían hacia las nacientes urbes y la otra mitad del mes retornaban a sus comunas para abastecerse de ganado porcino y lanar, con cuyo faenamiento se expendía en las casas

■ Migrantes cotacacheños en Bogotá en un domingo de descanso.



esquineras de las villas como se conocían en su lenguaje; evidentemente también retornaban para asistir y vigilar a su ayllu comunitario.

Mientras el laurel comercial iba ampliando resultados, se adquirió destreza en un mercado de consumo cada vez más mayor. Entonces, la industria de la compra de animales florece en estos migrantes que tienen como progenitores a los antiguos *mindalaes* andinos. Una vez que ganan territorio en las cabeceras cantonales se radican de forma definitiva y cuatro décadas después le apuestan al incremento de actividades comerciales, como es el ejercicio del comercio de tejidos, inicialmente como mediadores y posteriormente como productores asociados a una red de familias que permite hasta la actualidad, conformar una de las redes comerciales más grandes del planeta.

Recuérdese que hoy día, son propietarios de hospedajes turísticos en diferentes niveles y categorías, son operadores de turismo y con este dispositivo se han convertido en grandes exportadores hacia todos los mercados del mundo. En apenas un siglo de existencia en las urbes ajenas a su cosmovisión, han trascendido y ahora se constituyen en los embajadores del Ecuador en el mundo.

Los hijos de la otrora Federación Imbaya, que estuvo formada por los *cahuasquíes*, *quillcas*, *peguchis*, *hatuntaquis*, *cotacachis*, *otavavilos*, *carabuelas*, *quinchuquíes*, *azamas*, *cayambís* y *cochasquíes*, ingresan en el escenario de la desconstrucción histórica como diría Jackie Derridá, no únicamente para resemantizar la historia aprendida en las aulas católicas, sino para resignificar un nuevo rumbo en la cultura y la economía de un pueblo que se aferra a no dejar su raíz Imbaya.

Inicialmente fue un equipo de fútbol, conformado por Segundo Vega, José Males, Rafael Maldonado, José Pineda, José Remache, Segundo Males, Segundo Quinche, Segundo Maigua, Segundo Cachiguango y Carlos Vega. Estos jóvenes deportistas, trascendieron de tal manera que causaron furor en propios y extraños. Las adolescentes o kuytsas de las cabeceras cantonales de Imbabura, entre ellos

■ **Lutgarda Gómez y su esposo Milton Lara paseando en Bogotá.**



Cotacachi, eran cautivadas por sus habilidades con los balones de cuero y que en cuyo interior guardaba un revestimiento llamado “bleris”. “Así conquistaron las canchas deportivas como los invitados de oro, jugaban con alpargatas y con la intocable trenza que generaba identidad y orgullo a estos representantes del norte imbabureño” (Farinango Males, 2013).

La denominación Imbayas, es un topónimo que es registrado por Friedrich Hassaureck<sup>14</sup> inicialmente es una raíz lexical indígena –imbaya- que es agregada por un sufijo refoneticado del español que actúa como pluralizador<sup>15</sup>. Cuyo contenido estaba cargado de simbolismo identitario kichwa y, posiblemente infundido por el propio proceso de alfabetización escolar, cuyo aprendizaje es adquirido por los niños indígenas que ya asistían a las escuelas católicas de las urbes donde iban asentándose de forma definitiva.

Los nuevos arraigados en los barrios de Ibarra con notable crédito identitario ampliaban la red social kichwa en los otros cantones de la provincia de Imbabura. Allí, por medio de sus actividades artesanales, el fútbol y la música se enchufan con los indígenas asentados en las cabeceras cantonales de Imbabura y de esta manera ampliaban redes familiares y sociales, a fin de conquistar otros destinos fuera de las fronteras nacionales.

Es innato en la cultura kichwa, la conformación de los núcleos familiares extendidos y, por lo tanto, los niveles de correspondencia cultural y económica interactuaban bajo dispositivos simbólicos y representativos que permitió conformar redes sociales para consolidar y compactar a la familia ampliada (Farinango Males, 2013). Mientras se institucionalizó el grupo deportivo: *Los Imbayas* en los estadios deportivos, y como músicos no malgastaban una oportunidad para ser conocidos como los famosos futbolistas que “chuteaban” la pelota con alpargatas (Cevallos F. , 2018).

---

14 En 1864, cuando llega al lago San Pablo, se refiere en estos términos: el lago tiene más o menos una legua y media de circunferencia; las aguas son muy frías. Cerca de las orillas se puede encontrar una especie de pez llamado preñadilla que los indígenas llaman imba (Hassaurek, 2015: 243). Y con toda seguridad, tal como señala la gramática tanto en castellano como en kichwa, los sufijos son aquellos morfemas que modifican el significado de las palabras ubicándose posterior a la raíz o lexema. En el caso del kichwa existen 72 morfemas, siendo uno de ellos el morfema –lla- que tiene varias realizaciones semánticas y evidentemente varias dicciones que semejan a un sonido –ya-

15 En la lengua kichwa, el morfema pluralizador es –kuna-. En esta secuencia semántica, lo correcto debería ser escrito como: Imbayakuna, que equivale a Los Imbayas.



*Los Imbayas* no solo constituían un equipo de fútbol, fue una institución que también se adelantó en la conformación de una sociedad intercultural, cuando el estado nacional, la academia y los propios partidos políticos aún estaban en ciernes. Entonces, cada triunfo, cada logro y cada acontecimiento de Los Imbayas, era una conquista de los indígenas de Cotacachi, porque estaban vinculados por la música, el fútbol y el corazón.

Refiriéndose nuevamente al tema de la Sociedad de Artesanos de Cotacachi, se puede notar en la siguiente lista que, por la migración de talabarteros luego de la Segunda Guerra Mundial, se reduce a 67 el número de socios a este gremio en comparación al último registro que se hiciera en páginas anteriores del año 1945 en que se registraron 101 socios.

Ángel Terán	Rafael Grijalva	Gilberto Gómez
Alberto Andrade C.	Segundo Echeverría G.	Mardoqueo Torres
Antonio Echeverría	Manuel Ruiz Sarzosa	José Gabriel García
Antonio Proaño A.	Eli Puente	Carlos Nel Cabrera
Alberto Sánchez	Luis Enrique Haro N.	Luis Alfonso Andrade
Alejandro Proaño A.	Alfonso Loza A.	Julio García
Emiliano Saltos	Alberto Toro	Segundo Alejandro A.
Moisés Sánchez C	Tomás Terán	Policarpo Haro H.
José Ruiz	José Rafael Andramunio	Luis Alberto Espinosa G.
Víctor Mejía	David Flores	Guillermo Andrade Coba
Carlos García	Rafael Loza G.	Rafael Andrade Echeverría
Daniel Cobos	José María Santamaría	Vicente Albuja
Luis Saltos Yépez	Victoriano Flores	César Proaño
Carlos H. Grijalva	Eduardo Andrade	Carlos H. Proaño
Jorge Gómez	Luis Bolívar Terán	Carlos Elías Montenegro
Cesar Sarzosa	Luis Arsecio Uvidia	Alberto Haro
Salvador Reyes	Manuel María Ruiz	Rodrigo Grijalva
Hermógenes Echeverría	Segundo Darío Andramunio	Guillermo Grijalva
Santos Tapia	Guillermo Sánchez	Julio Moreno
Moisés Tapia	Manuel Mesías García	Carlos Elías Olmedo
Eloy Rueda	Avelino Almeida	Alberto Guerrero
Emilio Uvidia	Alfonso Acosta	
Nicolás Gavilanes	Luis Alfonso Sarzosa	



■ Edmundo Gómez

### **Canción titulada:**

“A mi terruño”, de autoría (letra y música)  
de Edmundo Gómez Moreno, migrante  
cotacacheño en Bogotá

*Cotacachi tierra querida  
Los que lejos están de tu lado  
Hoy decimos a grandes quejidos  
El dolor que el destino ha dejado*

*En las noches oscuras y tristes  
Suenan voces, guitarras y versos  
Y los ecos los llevan dispersos  
A perderse en el negro celeste*

*Cotacachi de hombres ilustres  
Cotacachi de músculo y fuerza  
Cuna eres de mucha grandeza  
Y tu luz admiraron las gentes  
Donde estas mi tierrita querida  
¿Quién osó tu figura borrar?*

*Los que lejos están de tu lado  
Hoy cantamos tus versos dolidos  
Hoy decimos a grandes quejidos  
El dolor que el destino ha dejado  
Con valor volveremos a alzarte  
Más altiva, más grande y más fuerte.*

Fachada de la Iglesia La Matriz



# ■ CAPÍTULO 5

---

La talabartería en las últimas décadas



■ José Ricardo Echeverría Játiva, trabajando en su mesa de tala-bartero.

# ■ CAPÍTULO 5

## LA TALABARTERÍA EN LAS ÚLTIMAS DÉCADAS

A inicios de la década de los 60 del siglo pasado, la demanda nacional de productos de cuero crecieron de una manera importante. Aumentaban las vías de comunicación y los medios de transporte por lo que la gente viajaba más y requería maletas de todo tamaño; la tasa de escolaridad en todos los niveles educativos aumentaba por lo que se requería más portafolios y carriles. Las mujeres iniciaban en el Ecuador un proceso de reivindicación de sus derechos, ellas demandaban más carteras y monederos; los bancos se modernizaban, los hombres y mujeres requerían de chequeras y billeteras; la actividad agrícola se consolidaba en el Ecuador por lo que la demanda de monturas aumentaba considerablemente; la influencia de las películas mexicanas y de las del oeste americano generan una nueva cultura en la moda por lo que los hombres y mujeres empiezan a utilizar gruesas correas o cinturones de cuero con vistosas hebillas.

A finales de los años 60, toda la década de los 70 e inicios de los 80 del siglo XX, inicia un proceso de consolidación de la talabartería en Cotacachi producto de las innovaciones y modernización de los talleres; aparecen nuevas técnicas, nuevos modelos, nueva maquinaria y otros diseños, muchos de estos elementos los introducen los talabarteros que regresan de su período de estancia en Bogotá y otros países.

Cotacachi inicia posicionándose turísticamente, se empieza a conocer sus productos artesanales de cuero a nivel nacional y también el turismo internacional va gestándose; aumentan los almacenes en la calle 10 de Agosto, los mismos que van creciendo y cuando llega al Ecuador la moda de la ropa de cuero y en especial de las chompas, a finales de la década-

da de los 70, el turismo se consolida y en consecuencia Cotacachi es cada vez más conocida por sus “buenos cueros”; por supuesto que el hecho de la pavimentación de la troncal desde la troncal de Pinsaquí hasta la ciudad Cotacachi y conectada hacia la laguna de Cuicocha; cuyo gestor principal fue el recordado cotacacheño Jorge Proaño Almeida.



A continuación, una breve descripción de la actividad de las artesanías de cuero en las últimas décadas y algunas historias conexas que son parte de la identidad de este pueblo que no deja de admirar, crecer y trabajar por un futuro mejor.

El taller de talabartería no sólo evidenciaba la congregación de la familia, sino que era la escuela donde los adolescentes con elementales destrezas y habilidades infinitas fluían juntamente con los verdaderos maestros y con cuya supervisión lograban escalonar con el tiempo para alcanzar una sólida formación para hacerle frente a la vida.

En los talleres de talabartería de los diferentes maestros de este arte, se confeccionaban las ideas para hacer encuentros deportivos interbarriales o interclubes, y generalmente los jefes de talleres eran presidentes de los clubes.

Las porritas salían de los familiares y amigos de este tradicional barrio, cuna de Modesto a Peñaherrera<sup>16</sup> y Enrique Vacas

■ El Club Bolívar, de pie, de izquierda a derecha: Gustavo Ubidia, Vicente Ubidia, Gerardo Gómez, Tobías Garrido, Hugo Gómez, Honorato Cerpa, Pepe Proaño, Medardo Meza, Wilson Buitrón, Luis Sánchez, Eddy Loza, ..... , Alonso Ubidia; abajo: Pedro Proaño, Carlos Ubidia, Pepe Guzmán, Fabio Cerpa, ..... , Juan Guzmán y Guido Ruiz.



■ Moradores de Diablo Calle. De izquierda a derecha, arriba, Guillermo Estrada, José Proaño, Jorge González, Luis Pombosa, Rubén Saltos, Ulpiano Saltos, Oswaldo Loza, Alejandro Ayala; abajo: Rocío Estrada, Agustín Andramunio, Oscar Moreno, Geovany Estrada, Guillermo Estrada, Wilson Saltos, Marcelo Flores, Ramiro Narváez y Geovany Toapanta; abajo en cuclillas: Ramiro...., Gilberto Sánchez, Miguel Ángel Proaño, Carlos Moreno, Omar Saltos, Camilo Rueda, Segundo Meza y Ramiro Proaño.



■ Equipo Los Norteños, de pie de izquierda a derecha: Vicente Terán, Carlos Yépez, Rubén Saltos, René Saltos, Raúl Ruiz, Ulpiano Saltos, Laureano Gómez, ... , ... , Luis Gavilanes, ... , Pedro Rodrigo Proaño. Abajo: Fausto Guzmán, Pepe Moreno, ... , Manuel Terán, Gustavo Gavilanes, Tito Yépez, y Nelson Saltos.

16 El Doctor Modesto Aurelio Peñaherrera, nace en Cotacachi en 1821, fue Profesor del colegio Mejía, Catedrático de la universidad Central del Ecuador, Ministro de la Corte Suprema de Justicia, Presidente de la Cámara de Diputados, Ministro de Gobierno de Leónidas Plaza, Senador y Diputado por Imbabura como de Pichincha; Concejal y Vicepresidente Municipal de Cotacachi en 1862 y 1864; fundador del periódico Correo Nacional; Presidente del comité constituido para impulsar los trabajos del ferrocarril hacia Esmeraldas. Y por su trayectoria, desde 1942, la Escuela Sucre lleva el nombre de tan prestigioso cotacacheño.



■ Directiva del club "9 de Octubre" en 1945. De pie, de izquierda a derecha: ..., Luis Cobos, Eloy Narváez, Alonso Buitrón y Jorge Saltos. Sentados, de izquierda a derecha: ..., Elio Ruiz, Luis Alejandro Guzmán, Luis Paz Gavilanes y Segundo Ayala.



■ Club Italia, de pie: Jaime Gallegos, Alfonso Velasco, Saúl Terán, Luis Terán, Eduardo Sarzosa, Armando Moran, Carlos Mejía, Carlos Sánchez. En cuclillas, de izquierda a derecha: Galo Barrera, .... Gavilanes, Lucio Gallegos, ..... , y Manuel Mejía



■ Club Unión, de pie, de izquierda a derecha: Jorge Loza, ... , Jacinto Loza, Hernán Morales, Guillermo Loza, Augusto Gómez, ... , German Morales, ... , y Carlos Pasquel. Debajo de izquierda a derecha, ... , Gonzalo Sánchez, ... , Mario Ibarra, ... , y Tirso Gómez.

Galindo<sup>17</sup>; las fiestas cívicas y religiosas se organizaban en los talleres de los artesanos de nuestro propio barrio: Enrique Moreno, Manuel y Luis Estrada, Joel Estrada, Luis González, Polibio Sánchez, Miguel Ángel Proaño, Camilo Haro, Carlos De la Vega, Alfredo Endara y otros ofrecían sus casas para articular el evento donde participaban todos y generalmente se acudía a las casas de los maestros Héctor Mejía y Arturo Recalde para finiquitar el diseño y maquillajes de quienes iban a actuar en la escena pública.

Al tenor de la plática, en la entrevista a Carlos de la Vega (2017), sostiene que, en los talleres, también se congregaban para propiciar acuerdos sobre las fiestas del barrio, la quema de los años viejos, las comparsas entre otras actividades. También, era costumbre trasladarse a la laguna de Cuico-

17 Fray Enrique Vacas Galindo, (1865-1938). Investigador y escritor ecuatoriano, perteneciente a la Orden de los Padres Dominicos. Nació en Cotacachi y murió en Quito en 1938. Eloy Alfaro en 1896, le entregó la honrosa tarea de estudiar en el Archivo de Indias de Sevilla la documentación pertinente a los límites con el Perú; en 1909 vuelve al Archivo en Sevilla apoyado y asistido por expertos paleógrafos, donde obtiene miles de copias, transcripciones y fotografías de documentos pertenecientes a la Audiencia de Quito. Dicha tarea lo realizó durante 15 años. Se estima que registró aproximadamente 40 volúmenes que posteriormente donó a la orden dominicana del Ecuador, donde descansan en los archivos del Colegio Máximo de Quito. Entre sus obras destacadas escribió Nankijukima (1895), Límites ecuatoriano-peruanos (1901-1903); Integridad territorial de la República del Ecuador (1905); Mapa geográfico-histórico de la república del Ecuador (1906); y el libro de texto académico: Resumen de la cuestión de límites entre el Ecuador y el Perú (1910). En honor a este distinguido académico, se encontraba la estatua en el centro del Parque de La Matriz de Cotacachi, pero por razones desconocidas, fue sustituida por la efigie de la Santa Anita, patrona del cantón Cotacachi.

cha para realizar **una comidita** y compartir entre quienes participábamos en tal o cual evento. Realmente éramos muy unidos [...] por ejemplo, recuerdo que mi padre, llamado también Carlos De la Vega, desmontó todos los asientos del primer bus de la Cooperativa de "Transportes Cotacachi", llamado Santa Teresita para traer las piedras de los ríos y empedrar nuestra calle Modesto A. Peñaherrera, revela.

La Cooperativa de Transportes "Cotacachi" se funda en 1952, y el señor Carlos de la Vega y su esposa la señora Carmen López, fueron los impulsores de la creación de la cooperativa de transporte; disponían de dos turnos diarios, uno a Ibarra y otro a Otavalo; al primero se viajaba por el camino viejo del Río Ambi que pasaba por Antonio Ante, y al segundo por el camino empedrado de La Calera que se conecta con el camino que viene de la parroquia de Quiroga hacia la ciudad de Otavalo.

Así mismo las gestiones para conseguir turnos hacia la zona de Íntag y para la capital de los ecuatorianos fue posible a estos emprendedores, que lograron conseguir una plaza en la capital de los ecuatorianos, muy cerca del actual parque El Ejido.

Con la riqueza del lenguaje rufanesco que es propio del sentimiento agraciado de Carlos De la Vega (hijo), enfatiza sobre su padre, el siguiente pasaje: Él trajo, a Cotacachi la primera estación de gasolina, que posteriormente fue vendida a la señora Olguita Ruiz de Paz. Como viajaba en caminos en mal estado y que no eran asfaltadas, y fraterno a los estudiantes que se trasladaban a Ibarra, Atuntaqui y Otavalo, propone en la cooperativa, que los mejores estudiantes obtengan una beca que consistía en pasajes gratuitos. Era común, ver a los estudiantes destacados mostrando la libreta de calificaciones.



■ Fray Enrique Vacas Galindo, personaje ilustre del cantón Cotacachi.

■ Carmen López Albuja y su esposo Carlos De La Vega (padre), propietario de los buses Santa Teresita y San Carlos.



Era un hombre de palabra y muy respetado. Siempre manejó los buses con mucha elegancia, como miembro de alta alcurnia, pues mi padre era sobrino del Cardenal Pablo Muñoz De la Vega. Condujo dos buses de su propiedad, el uno se llamaba Santa Teresita y el otro San Carlos. Este último bus, era un chasis Ford, 600.

En los talleres de cuero del barrio Diablo Calle como también de otras jurisdicciones, se preparaban y se alistaban doce representantes para apostar al juego del trompo. Era costumbre, partir de la esquina de mi casa y dar la vuelta en el pueblo hasta retornar y culminar en el patio de mi casa: Salinas y Modesto Peñaherrera. Los jugadores se uniformaban para dar seriedad al juego tradicional, se nombraban jueces de línea, de piedra o "kuyumpa", también se designaba un juez de copas y los jueces para determinar la validez o no de la jugada. Los jugadores denominados "Los Aromitos" competían con jugadores de otros barrios, pero vestían camisetas de color amarillo y pantalón negro, mientras los jueces iban elegantemente vestidos con terno, corbata y sombrero. Las casas adornaban con las mejores sobrecamas y flameaban los balcones donde las mujeres elogiaban el paso de los jugadores del trompo.

■ Los jueces del tradicional juego de el trompo en 1957, elegantemente vestidos daban cuenta de la seriedad de este juego tradicional. Ángel Isaac López (primero de la derecha).



## LA RADIO COTACACHI

No se puede dejar de lado la relación de la actividad de la talabartería en Cotacachi con la Radio del mismo nombre, por ello la importancia de dedicar las próximas líneas a contextualizar la mencionada radio y el cómo vivían y sentían los

habitantes de este terruño. La aparición de la radio no dejó de ser un acto trascendental para la historia de los cotacacheños. En el Ecuador pocas familias tenían el privilegio de tener este importante aparato de la época, ya que además de su alto costo adquisitivo, era escasa la potencia que tenían las primeras radiodifusoras, tanto para emitir como para recibir los mensajes. Los aparatos que eran adquiridos venían del exterior y servían como la mejor distracción en los hogares de inicios del siglo pasado.

Las transmisiones tenían inconvenientes, en tal razón algunas emisoras preferían hacer transmisiones nocturnas para evitar interferencias de frecuencia. Era común escuchar por las noches las radios colombianas que presumían de atribuir buena música con ritmos bailables y de cumbias inusitadas de este país. En el Ecuador, como siempre las ciudades de Quito, Guayaquil y Cuenca se atribuyeron en instalar frecuencias de las primeras radios, con seguridad entre los años 1920 a 1930.

El primer aparato se registró en Riobamba, en manos del mismísimo Carlos Cordovez Borja, un ingeniero electrónico llegado de la Universidad de Yale. Este transmisor tuvo 100 W. para



■ Fausto Romero, locutando en la Radio Cotacachi.

contactos con radioaficionados, antes de ser una emisora; posteriormente se llamaría Radio El Prado en 1924. Seguidamente Radio HCJB la Voz de Los Andes se instala en 1930, Radio Bolívar en 1933, Radio la Nariz del Diablo en 1938, Radio Quito en 1942, y así sucesivamente.

El terremoto del 20 de julio de 1955 destruyó la iglesia de San Francisco en Cotacachi, entonces como obra de Dios, llegó a Cotacachi el sacerdote Raúl Carrera, quien gestionó la construcción del templo e instaló la primera radio. El 6 de julio de 1956 y salió al aire por primera vez con 620 watts de potencia en la banda internacional de 50 metros. Esta emisora radial, emitió por primera vez su señal oficial. La edificación del transmisor y de la adquisición de los equipos se realizó a través de los técnicos del recordado y entrañable taller de Rosenkranz de propiedad de Segundo Obando.

Además, menciona que, el primer equipo de trabajo de la Radio estuvo conformado por Jorge Proaño Almeida en calidad de Gerente; Fausto Romero, Oswaldo Gómez Proaño, Hernán y Hugo Gómez Vásquez, Ernesto Grijalva Baroja, Concepción Ubidia Proaño y Clarissa Gavilanes Pérez en calidad de presentadores; y Alberto Calderón, Nelson Proaño Echeverría, Hugo Sánchez Morillo, Germán Acosta Proaño, Oswaldo Tamayo Sánchez, Ricardo y Mario Cobos Proaño, en el sistema de controles (Romero F. , 1989).

■ Dúo de las Hermanitas Romero, acompañados de Gilberto Proaño en la acordeón y Fausto Romero en la guitarra.



La Radio alcanzó importante nivel de influencia en la sociedad cotacacheña de entonces; por lo tanto, sus responsables tan pronto como les fue posible se ingeniaron en organizar programas radiales con artistas de la localidad, quienes no desaprovechaban este tipo de oportunidades para exponer sus dotes de virtuosos.

Y para garantizar sus actuaciones, siempre estuvo presente Marco Tulio Hidrobo; entonces desfilaron los grupos musicales, como: Alma Cotacacheña, Los Chagras, Brisas del Lago; Los Luises; Los Caleras, Las Hermanitas Tamayo, las Hermanitas Romero Proaño. Y como no podía ser de otra manera, pasaron por los canales de Radio Cotacachi, Los Hermanos Miño Naranjo, Los Hermanos Castro, Los Coraza, Huberto Santacruz, El Dúo Benítez y Valencia, Las Hermanas Mendoza Suasti, el Dúo Aguayo Huayamabe, entre otros (Romero F. , 1989).

Razón tenían los cotacacheños residentes en Bogotá de sintonizar esta Radio; Ramiro Saltos (2017) sostiene que los artesanos cotacacheños radicados en Bogotá jugaban al tradicional “trompo” en sus calles. Los colombianos nos miraban absortos y estos bogotanos quedaban asombrados de nuestra actitud nacionalista, pues gritábamos viva Cotacachi en



■ De pie, primero de la derecha: Sr. Luis Alfonso Paz Gavilanes, dueño de la radio Cotacachi, acompañado de su familia.

cada buena jugada del trompo. Y después de tomarnos algunas calles de Bogotá, acostumbramos a escuchar Radio Cotacachi con su Programa, “Mensaje a los cotacacheños ausentes”, en dicha programación se escuchaba las ondas en forma nítida desde el país del norte. Nos ponían nuestras músicas, y llorábamos de tristeza y alegría, manifiesta con un fuerte suspiro.

La radio emisora de Cotacachi, armonizó los acontecimientos más trascendentes, desde eventos deportivos hasta actos cívicos y culturales de la época. Sus presentadores fueron Manuel Antonio Proaño Rengifo y Luis Abelardo Gómez. Posteriormente, la Radio pasó a propiedad de Luis Paz Gavilanes. Un acontecimiento que seguramente debería estar archivado en los anales de la historia de este pueblo es aquel discurso que pronunció Aurelio Dávila Cajas, Ministro de Obras Públicas de la época, quien, por medio de los micrófonos de Radio Cotacachi, se comprometió para que el sueño de los cotacacheños se haga realidad: El inicio del ramal de la Panamericana desde Pinsaquí.

El primer aparato radial en este rincón de los Andes fue de propiedad de Fernando Ruiz Proaño, padre de Manuel Ruiz Gómez. Los más rancios y aquellos de buena memoria que aún viven en este rincón andino, dicen que fue más o menos en 1940.



■ Club 9 de Octubre en la actualidad, cuyos integrantes en su mayoría son artesanos talabarteros, actual bi tricampeón de fútbol de Cotacachi.  
De pie, de izquierda a derecha: Guido Vivas, Alexander López, Martín Villa, Milton Toro, Paulo Villa, Manuel Morales, Marcelo Andrade, Farid García, Geovany Andrango, Valmir Arias, Sebastián Montalvo y Mario Guerra. Debajo de izquierda a derecha: Patricio Guerra, Richard Villa, Cristian Villa, Gustavo Proaño, Kevin Proaño, Kevin Toapanta, Luis Cajamarca, Alexis Velastegui y Ronald Andrade.

## LA ASOCIATIVIDAD DE TALABARTEROS

Desde la fundación de la Sociedad de Artesanos de Cotacachi en 1911, institución que albergó a talabarteros y personas dedicadas a otros oficios, aparecieron varias agrupaciones que trataron, en su momento, de consolidar al artesano del cuero. Esta asociación gremial para el año 1981, bajo la presidencia de don Segundo Alejandro Andrade, tenían como socios a los siguientes artesanos:

Clemencia Rodríguez, Alicia Acosta de M, Justina Saltos de P, Dora Moreno M, Delia Haro de Flores, Eloy Rueda, Eliodoro Unda, Eduardo Andrade, Manuel Ruiz S, Jorge Proaño, Hermógenes Echeverría, César Sarzosa, Luis Terán Andrade, Moisés Tapia, Santos Tapia, Segundo Echeverría, Moisés Sánchez, David Flores, José García, Rigoberto Sánchez, Alfonso Loza, Bolívar Haro, José Ruiz, Guido Haro, Luis Hidrobo, Leoncio Albuja P, Alfonso Espinoza, José Proaño, Moisés Andrade, Arturo Recalde, Gabriel Espinoza, César Proaño R, Luis Humberto Chávez, José Reinoso, Alfonso Acosta, Carlos H. Grijalva, Oswaldo Miño, Eutimio Arévalo, Manuel Andrade, José D. Moreno, Gabriel Echeverría, Rafael Grijalva, Luis Cobos C, Julio Mejía, Gonzalo Ruiz, Efrén Guerra, Nel Cabrera, Raúl Aguirre, Guillermo Andrade, Arcesio Ubidia, Eli Puente, Vicente León, Vicente Albuja, José Andrade, Gerardo Gavilanes, Carlos Guerra C, Ernesto Lanchimba, Jorge Ruiz Paz, Luis Saavedra, Luis Sarzosa B, Alonso Toro, Mauro Proaño, Nelson Gómez, Raúl Ruiz López, Raúl Proaño E, Salvador Reyes y Jorge Gómez Andrade.

Como todo gremio siempre tuvieron altibajos en su actividad, de todas maneras es importante resaltar algunas de estas asocioancias que fueron pilares de desarrollo gremial.

Según Calderón (2016), con casi medio siglo de experiencia en el procesamiento y producción de cuero, reconoce que su trabajo se vende en diferentes ciudades como: Quito, Guayaquil, Cuenca, Loja y Portoviejo. En Cotacachi, existió una asociación creada en

■ Edificio de la Sociedad de Artesanos de Cotacachi, institución fundada en 1911



1996, denominada Asociación de Artesanos de Producción y Mercadeo de Artículos de Cuero Cotacachi (APROMECC), que tuvo como primeros directivos a Lucio Buitrón, Jesús Sánchez y Manuel Narváez. Lamentablemente, intereses individuales no permitieron que sus propósitos colectivos brillen para mejorar las condiciones de los artesanos de Cotacachi.

También aparecieron otros grupos como la Asociación de Productores de Artículos de Cuero de Cotacachi (APRACO), la Asociación de Trabajadores del Cuero Imbabura (ATCI) y la Cooperativa Cuicocha, estas dos últimas fueron, de alguna manera, las predecesoras de la Asociación Interprofesional de Marroquineros Artesanos Santa Anita de Cotacachi (AIMASAC) que abarcan actualmente alrededor de 70 artesanos; institución que se fundó en 1980 con 15 socios bajo la presidencia de Balto Cevallos. Uno de los objetivos de esta asociación es capacitar a los agremiados para que puedan escoger el mejor cuero para preparar sus productos artesanales de calidad con sus mejores diseños, también tienen como función calificar a los artesanos del cuero, previo a un proceso educativo riguroso.

A continuación, se presenta el listado de los socios que al año 2012 pertenecieron a AIMASAC:

- |                             |                            |                              |
|-----------------------------|----------------------------|------------------------------|
| 1.- Sr. Albuja Carlos       | 24.- Sr. Guerrero Juan     | 49.- Sra. Rueda Carmen       |
| 2.- Sr. Almeida Alirio      | 25.- Sra. Gualsaquí María  | 50.- Sr. Rueda Gustavo       |
| 3.- Sr. Álvarez Rolando     | 26.- Sra. Hidalgo Edith    | 51.- Sra. Ruano Anita        |
| 4.- Sr. Alvear Leonardo     | 27.- Sr. Hidalgo Marcos    | 52.- Sr. Sánchez Guillermo   |
| 5.- Sr. Andramunio Gerardo  | 28.- Sr. Hidalgo Renato    | 53.- Sr. Sandoval Fausto     |
| 6.- Sr. Andramunio Fernando | 29.- Sr. Hidrobo Raúl      | 54.- Sr. Sandoval Diego      |
| 7.- Sr. Andramunio Jaime    | 30.- Sr. Luna Guillermo    | 55.- Sra. Santamaría Silvia  |
| 8.- Sra. Caicedo Narcisa    | 31.- Sr. Luna Jorge        | 56.- Sra. Sarzosa Mariela    |
| 9.- Sra. Caiza Eva          | 32.- Sra. Morales Laura    | 57.- Sr. Tambaco Carlos      |
| 10.- Sr. Caiza Pedro        | 33.- Sra. Morales Cumandá  | 58.- Sra. Vinueza Concepción |
| 11.- Sr. Caiza Carlos       | 34.- Sr. Morales Fabián    | 59.- Sra. Vargas Nelly       |
| 12.- Sr. Calderón Lautaro   | 35.- Sr. Morales Julio     | 60.- Sr.- Vásquez Milton     |
| 13.- Sr. Calderón Víctor    | 36.- Sr. Morales Paco      | 61.- Sr. Villa Cristian      |
| 14.- Sr. Calderón Oscar     | 37.- Sr. Morales Germánico | 62.- Sr. Villa Claudio       |
| 15.- Sra. Chávez Margarita  | 38.- Sr. Meneses Mauricio  | 63.- Sr. Torosina Luis       |
| 16.- Sra. Delgado Janeth    | 39.- Sra. Muñoz Sandy      | 64.- Sr. Salas Juan          |
| 17.- Sr. Echeverría Luis    | 40.- Sr. Muñoz Fernando    |                              |

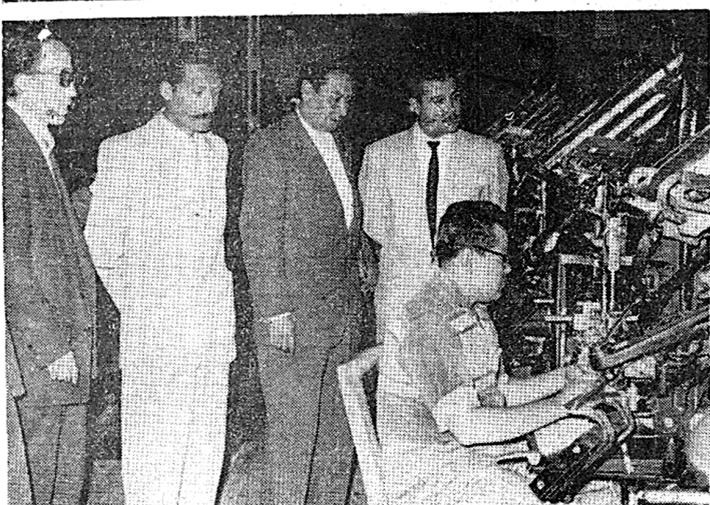
18.- Sra. Echeverría Blanca  
19.- Sr. Farinango José  
20.- Sr. Flores Mauro  
21.- Sra. Flores Jimena  
22.- Sr. Gómez Iván  
23.- Sra. Guerrero Sarita

41.- Sra. Morales Rosario  
42.- Sr. Narváez Manuel  
43.- Sra. Paz Bernarda  
44.- Sra. Paz Patricia  
45.- Sr. Paz Fredy  
46.- Sra. Pozo Marisol  
47.- Sra. Proaño Geomara  
48.- Sr. Rivera Armando

65.- Sra. Guamán Teresa  
66.- Sra. Maldonado Mariuxi  
67.- Sra. Barrera Marcia  
68.- Sr. Bonilla Hernán  
69.- Sra. Túquerres Alicia  
70.- Sra. Moncayo Erlita  
71.- Sr. Noboa Jorge

Quizás la pionera como instancia asociada, es sin duda la Cooperativa Artesanal Mixta de Cuero de Cotacachi, que tuvo como sus representantes a Luis Alberto Sánchez y Fabián Espinoza, quienes representaron en México a los tala-barteros cotacacheños. Mediante una beca fueron invitados por el Servicio Cooperativo Interamericano de Industrias y Artes Manuales con el fin de realizar observaciones y estudios tendientes al mejoramiento en el ramo de la curtiembre y la elaboración de artículos de cuero. Los becarios ecuatorianos tuvieron la oportunidad de visitar las ciudades de México D.F. y León Guanajuato en donde fueron atendidos por los dirigentes y expertos del Centro Industrial de Productividad y el Centro Regional de Ayuda Técnica de ese país que brindaron a los becarios la inducción teórica y luego complementaria con la ayuda de técnicos especializados en cada materia y con las visitas que hicieron a centros manufactureros del cuero y almacenes artesanales. Así señalaba el Diario "El Sol" de León, Guanajuato en 1961.

León, Gto., Jueves 19 de Octubre de 1961.



„LOS TECNICOS' curtidores ecuatorianos, fueron captados en la presente gráfica, durante su visita que hicieron a EL SOL DE LEÓN, del cual expresaron su admiración por su magnífica maquinaria y equipo, así como por la rapidez con que se publican las informaciones en sus dos periódicos. Vienen a León a observar la técnica en curtiduría de pieles, porque tiene fama internacional.

■ Recorte de prensa que da fe de la capacitación recibida por artesanos cotacacheños en México. Fabián Espinoza y Luis Sánchez (segundo y tercero desde la izquierda).

# BREVE HISTORIA DEL INSTITUTO TÉCNOLÓGICO DE LA INDUSTRIA DEL CUERO DE COTACACHI (ITICC)

Por la importancia que tiene y tuvo para la talabartería el Instituto Tecnológico de la Industria del Cuero de Cotacachi, a continuación, se escriben unos cuantos párrafos sobre su historia, para lo cual se ha tomado como base un documento elaborado por, los profesores de esta institución, Marco Proaño y Clever Cerpa.

■ Instituto Tecnológico de la Industria del Cuero de Cotacachi, actualmente Unidad Educativa Cotacachi.



Transcurría el año 1985, cuando el señor Oswaldo Proaño Yépez, asesor del ministro de Educación y cultura de aquel entonces, Dr. Camilo Gallegos Domínguez, convoca a una reunión al Profesor Gustavo Báez Tobar y Marco Proaño P., rector y vicerrector respectivamente del Instituto Superior de Música "Luis Ulpiano de la Torre "ISLUT". En esta reunión se da a conocer que la república del Ecuador ha suscrito con el

banco Interamericano de Desarrollo (BID) un convenio para la ejecución del programa de mejoramiento y expansión de la Educación Técnica, llamado PROMEET –FASE II, cuyos fondos son administrados por la Unidad Ejecutora MEC-BID.

Para realizar el seguimiento a ésta propuesta, en el mes de enero de 1986, el profesor Marco Proaño, convoca a una reunión de trabajo a un grupo de artesanos talabarteros de la localidad, quienes habían retornado de Bogotá-Colombia, luego de pasar gran tiempo trabajando en el oficio del cuero, con experiencias nuevas y conocimientos innovadores en la manufactura del cuero. Con este grupo de artesanos se prepara un primer borrador de proyecto que semanas más tarde fue presentada a la Dirección de Educación Técnica (DET).

En varias reuniones con funcionarios de la DET y la Unidad Ejecutora MEC-BID, se ve la necesidad de elaborar un proyecto sustentado en una investigación del campo ocupacional de la industria del cuero y calzado, tomando como muestra investigativa a 60 talleres artesanales representativos de las provincias de: Tungurahua, Cotopaxi, Pichincha e Imbabura. En el mes de mayo de 1986, se delega al profesor Marco Proaño, la responsabilidad de coordinar las gestiones entre la Unidad ejecutora MEC- BID y la Dirección Nacional de Educación Técnica, y se determina que, el Ing. Palmiro Nieto y el tecnólogo Eduardo Castillo, funcionarios de la DET, se responsabilicen de la elaboración de este proyecto.

En el mes de abril de 1987 se organiza en la ciudad de Cotacachi, el “I Seminario Taller”, con la participación de 20 artesanos del cuero, un equipo de docentes del ISLUT, el personal del DET y un equipo de apoyo del departamento de Educación Técnica. En este seminario taller, sobre la base del diagnóstico en las cuatro provincias señaladas anteriormente, se documenta todas las tareas, procesos y operaciones típicas de la industria del cuero.

En el mes de abril de 1988, se organiza el “II Seminario Taller”, en el que se definen los siguientes documentos a elaborarse el proyecto para el bachillerato en la industria del cuero:

1. Análisis ocupacional y diseño curricular, mismo que además contiene la investigación, el perfil profesional, la estructura académica y el plan de estudios.
2. Instrumentos curriculares del área “Técnicas de Curtiem-

bre”, cuyos contenidos son: objetivos del área, programas de estudios, listas de equipamiento y prototipos de la infraestructura básica.

3. Instrumentos curriculares del área “Técnicas de Producción”, cuyo contenido es: objetivos del área, programas, lista de equipamiento y prototipos de infraestructura.

En el mes de diciembre de 1988, es presentado al BID el proyecto, mismo que fue aprobado sin modificaciones.

Mientras transcurría la gestión de la Unidad Ejecutora MEC-BID para la construcción de la infraestructura y adquisición del equipamiento, autoridades del ISLUT, realizaban gestiones, ante los organismos seccionales para la adquisición de 8 hectáreas de terreno en Cotacachi.

El 16 de noviembre de 1991, el municipio de Cotacachi, adquiere un lote de 3 hectáreas para el funcionamiento de la especialidad del cuero. El 30 de abril de 1992, la gobernación de Imbabura, adquiere un nuevo lote de 3 hectáreas para este mismo fin junto al anterior.

En abril de 1994 se inicia la construcción del Taller de Técnicas de Producción de Cuero; pero en vista que la nueva especialidad se encuentra a un kilómetro de distante del Instituto Luis Ulpiano de la Torre, y porque la nueva especialidad requiere de una administración especializada y autogestoria, se ve la necesidad de separar esta especialidad del ISLUT, y formar un colegio independiente, con características empresariales, orientada a satisfacer los requerimientos del sector productivo de la industria del cuero. Para ello se prevé el aprovechamiento del equipamiento constituido por 40 máquinas para la industria del cuero, aplicando la estrategia de autogestión y evitando el paternalismo del estado.

Con la finalidad de cumplir este objetivo, un equipo de docentes del ISLUT, bajo la coordinación del Prof. Marco Proaño y el asesoramiento de la Dirección Nacional de Educación Técnica (DINET), elaboran el proyecto de separación de la nueva especialidad del ISLUT para convertirse en Instituto Tecnológico de la Industria del Cuero Cotacachi.

En junio de 1994, luego de varias gestiones ante el Ministerio de Educación y Cultura, para la aprobación del proyecto de creación de Instituto Tecnológico de la Industria del Cuero de Cotacachi, el Lic. Fausto Segovia Bauss, Ministro de Educa-

ción, atendiendo la invitación formulada por las fuerzas vivas de Cotacachi, visita la ciudad, para asistir a la sesión solemne organizada por el ISLUT para celebrar sus fiestas patronales.

El Ministro de Cultura es recibido con un apoteósico desfile cívico con la presencia del Municipio de Cotacachi, las autoridades educativas, culturales, deportivas, eclesiásticas, entre otras, del cantón. En la sesión solemne del Municipio, el Prof. Carlos Ubidia, impuso la condecoración al mérito al licenciado Fausto Segovia, en agradecimiento a la gestión emprendida por el Ministerio de Educación a favor de Cotacachi, solicitándole a nombre de la comunidad, la creación del Instituto Tecnológico de la Industria del Cuero Cotacachi, respuesta que fue afirmativa por parte del ministro, comprometiéndose a dar los pasos conducentes al cumplimiento de este pedido de la comunidad.

Luego de este ofrecimiento del Ministro de Educación, el profesor Marco Proaño, emprendió intensas gestiones para la cristalizar el sueño de creación del instituto del cuero. El apoyo del gobernador de la provincia de Imbabura, Sr Hugo Córdova Vaca y del director provincial de educación, profesor Bolívar Cevallos, no se dejó esperar. Correspondió al profesor Marco Proaño la elaboración del acuerdo ministerial que fue presentado al MEC en 1994, siendo aprobado el 11 de agosto de 1995, con la creación del ITICC, mediante acuerdo ministerial N° 4066.

Emitido el acuerdo Ministerial de creación del instituto, todos los profesores y administrativos asignados al ISLUT, empezaron a trabajar en su nueva organización y estructura, contando con el asesoramiento técnico de economistas, ingenieros comerciales, empresarios, administradores, universidades y organismos internacionales. Se llegó a definir que este nuevo plantel por su propia naturaleza, debía estructurarse como una empresa educativa productiva autogestionaria.

Los primeros profesores en trabajar en la institución fueron: Marco Proaño, Clever Cerpa, Miguel Michilena, Mauricio Proaño, Mario Montenegro, Nicolás Sánchez, Margarita Salas y Gilberto Terán.

En 1996 se instala la maquinaria en el taller de Técnicas de Producción, con una capacidad de producción de 200 pares

■ Marco Proaño Proaño fundador del Instituto del Cuero.



de zapatos diarios. Mientras se procedía a la instalación de la maquinaria, el profesor Marco Proaño, mediante intensas y sostenidas gestiones, logró conseguir el presupuesto para la institución y para una capital semilla de cien millones de sucres para el funcionamiento del Taller de Técnicas de Producción de la Industria del Cuero.

En 1996 ya se contaba con doce estudiantes matriculados en el primer año del bachillerato. Un hecho importante es que, en diciembre de 1996, se conforma el Comité Técnico Consultivo del ITICC, con la participación de técnicos relevantes de la industria del cuero y calzado de las provincias de Tungurahua, Cotopaxi, Pichincha e Imbabura. El propósito de este comité fue el de mantener una estrecha relación entre el ITICC y el sector productivo de la industria del cuero.

■ Klever Cerpa Lozano, actual rector de la Unidad Educativa Cotacachi.



El Instituto del Cuero, también ha incursionado en proyectos productivos agropecuarios con invernaderos, piscinas de tilapias, granjas, etc., los mismos que le han permitido financiar la adquisición de bienes muebles, material didáctico y bibliográfico; cofinanciar el programa de alimentación estudiantil y vincularnos a la comunidad a través de ventas de excedentes agropecuarios, constituyéndose su Granja Agropecuaria Integral, en referente comunitario autogestionario. La participación del instituto en ferias y exposiciones, nacionales e internacionales, también ha sido exitosa. Su participación en proyectos de vinculación con la colectividad le ha posicionado al instituto, de tal manera que, su prestigio, trasciende las fronteras de la provincia.

Un hecho importante para la institución y la provincia, fue el 06 de julio de 1999, cuando la institución se honra con la visita de la reina Sofía de España, para realizar una evaluación y seguimiento de la Cooperación Internacional Española en Ecuador, comprometiéndose a continuar apoyando a los proyectos de desarrollo institucional.



■ Calzado producido por los estudiantes de bachillerato técnico de la industria del cuero de la Unidad Educativa Cotacachi.



■ **Visita de la Reina Sofía de España al Instituto de Cuero, junto al Alcalde Auki Tituaña, 1999.**

En el año de 1998, se incorpora la primera promoción de bachilleres técnicos en la industria del cuero con enfoque polivalente, quienes se forjaron académica y productivamente en el instituto. La confección de calzado para una serie de instituciones y para personas particulares, así como otros productos de cuero, fueron un puntal importante que sirvió para el autofinanciamiento de sus actividades.

En el año 2014, con la reforma educativa de ese entonces, mediante resolución ministerial, se legaliza el cambio de nombre de la institución a "unidad Educativa Cotacachi", aunque desde algunos años atrás venía funcionando con el nombre de Unidad Educativa "Temporal" Cotacachi.

Los rectores de grata recordación que han dirigido los destinos de esta noble institución cotacacheña son: Prof. Marco Proaño, Lic. Margarita Salas, Msc. Clever Cerpa, Msc. Rolando Saltos, Esp. Fernando Escobar, Msc. Galo Pule, Msc. Hugo Navarro, Dr. Nelson Morales, Msc. Jairo Gómez y Msc. Nicandra Moreno.

Actualmente la Unidad Educativa Cotacachi cuenta con 660 estudiantes, 40 docentes, y 12 personas de apoyo que laboran en la Unidad Educativa de Producción (UEP). Su oferta académica está compuesta por: Educación Inicial, Educación General Básica y Bachillerato con las siguientes especialidades:

- Bachillerato en Calzado y Marroquinería
- Bachillerato en la Industria de la Confección
- Bachillerato General unificado en Ciencias

# EL NUEVO INSTITUTO SUPERIOR TECNOLÓGICO COTACACHI

Como se pudo apreciar en los párrafos anteriores, en el año de 1995, el Instituto Superior Luis Ulpiano de la Torres (ISLUT), dio origen al Instituto Tecnológico de la Industria del Cuero de Cotacachi (ITICC); este a su vez, en el año 2000, pasa a formar parte del Sistema de Educación Superior del Ecuador (Ley de Educación Superior, 2010: Art. 1). En el 2001, el Consejo Nacional de Educación Superior, le otorgó el registro institucional N°10-011, con el nombre de Instituto Superior Tecnológico Cotacachi y con la autorización para impartir las carreras de Diseño, Confecciones, Marroquinería, Línea de Viaje y Calzado a nivel tecnológico. Con este registro el Instituto toma nombre del Instituto Tecnológico Cotacachi.



En el 2010, la rectoría del Instituto es encargada a la Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación (Reglamento de Institutos y Conservatorios Superiores, 2015: Art. 29). En el 2013 el Instituto forma parte del Proyecto Emblemático de Reconversión de la Educación Técnica y Tecnológica Superior Pública del Ecuador, que buscó fortalecer este sistema de educación superior, a través de su repotenciación física y académica, implementando el modelo de formación dual con enfoque práctico, excelencia académica y el más calificado cuerpo docente.

■ Fachada principal del Instituto Tecnológico Superior Cotacachi.

En el marco del proyecto de fortalecimiento del instituto, en agosto del 2017, esta institución de educación superior, se traslada a su nueva sede ubicada en la calle Waminka Rumiñahui, parroquia San Francisco, cantón Santa Ana de Cotacachi, Imbabura. Mediante Oficio Nro. CES-SG-2019-1354-O del 13 de junio del 2019 el Consejo de Educación Superior otorgó al Instituto la denominación "Instituto Superior Tecnológico Cotacachi". Actualmente es una institución adscrita a la SENESCYT, órgano rector de la política en materia de educación superior, ciencia, tecnología e innovación. Se imparten las tecnologías superiores en: Desarrollo Infantil Integral, Diseño de Moda, Confección Textil, Gastronomía, Administración y Gestión de Operaciones Turísticas, aprobadas debidamente por el Consejo de Educación Superior.

■ **Estudiantes del Instituto Tecnológico Superior Cotacachi, en plena confección de artículos de tela.**



El Instituto Superior Tecnológico Cotacachi, que, según sus autoridades, desean se le conozca con las siglas de COISTEC, respondiendo a una lógica americana (Cotacachi Instituto Superior Tecnológico), cuenta con una moderna infraestructura física y equipos de última generación para la educación dual que se imparte en las diferentes tecnologías que ofrece. En este marco, su visión es "En el año 2030, constituye

uno de los principales polos latinoamericanos de docencia, investigación y vinculación profesional en innovación, siendo configurador del desarrollo y ordenamiento territorial local en articulación con la red ecuatoriana de instituciones educativas de excelencia”.

Su planta docente y administrativa tiene altas expectativas de incidencia en el cantón, provincia y región; para ello el gobierno desde su creación ha realizado cuantiosas inversiones que se espera sean retribuidas a la sociedad con la formación de técnicos y tecnólogos de alta calidad.



■ Interior de un almacén de venta de artículos de cuero.

# ■ CAPÍTULO 6

---

Algunas historias de vida de talabarteros

■ Manuel Torres, la nueva generación de talabarteros de Cotacachi.



# ■ CAPÍTULO 6

## ALGUNAS HISTORIAS DE VIDA DE TALABARTEROS



### ENRIQUE MORENO

*“EL LEGADO DE UN NOBLE OFICIO A SUS HIJOS Y NIETOS”*

Uno de los talleres icónicos del barrio Diablo Calle, sin lugar a dudas, fue el de don Enrique Moreno, esposo de Margarita Sarzosa, quien desde la década de los 30 del siglo pasado inicio la actividad de la talabartería confeccionando maletas de cuero con varios operarios del barrio San José; este oficio, como los demás de la época, fue transmitido a sus hijos Apolinario, José y Gonzalo, mientras que su hija Mercedes, solo ayudaba de manera esporádica en el gran taller de talabartería de su padre.

En la década de los cuarenta, don Enrique Moreno, por el auge de la talabartería en Cotacachi, llegó a tener más de quince trabajadores en su taller, donde todos laboraban de una manera ordenada y muy amena; es más, el taller se convirtió en el eje del barrio; allí llegaban jóvenes y adultos de Diablo Calle a ponerse al día de los acontecimientos del país y Cotacachi. Para los niños del sector, también era una provocación para juegos las grandes mesas centrales de trabajo del taller y los retazos o desperdicios de cuero que, con la imaginación de los niños, los convertían en verdaderos artefactos dignos de los juegos más hermosos en el taller y en la calle. Los niños veían y sentían a esas mesas de trabajo tan grandes, que también servía de escondite; más de uno, inclusive se metió en una de las maletas, jugando al “cuculí”, juego tradicional de Cotacachi muy parecido al de las “escondidas”.

En el taller de don Enrique siempre existió mucho movimiento, era común ver conversando a quienes mandaban a confeccionar maletas de cuero de todo tamaño, así como a los mestizos e indígenas bailarines de las Fiestas de San Juan probándose zamarros, fuetes, polainas y cantimploras forradas de cuero que mandaban a confeccionar en este muy conocido taller. Estos últimos elementos eran muy cotizados y entregados también en el cantón Cayambe, para las fiestas de San Pedro.

El trabajo colaborativo en el barrio se notaba porque las cantimploras confeccionadas por don Enrique, se las pasaba al taller del frente, al de los hermanos Estrada, para que ellos, con su gran habilidad para el dibujo, pinten en el cuero que cubría la cantimplora, unos hermosos motivos indigenistas.

Los tres hijos de don Enrique Moreno, cuando niños y jóvenes, siempre trabajaron en el taller con su padre, luego con más edad, de alguna manera se independizaron y trabajaron en mesas propias y a veces con operarios propios, pero en el mismo taller de don Enrique.

Esto no impedía que permanentemente entre los hermanos y su padre, se apoyen

■ José Moreno Sarzosa trabajando en los zamarros



cuando el trabajo requería de la experticia específica de alguno de ellos.

Los cueros utilizados en el taller de don Enrique se los adquiría en Otavalo y Ambato, pero también se curtía el cuero en la casa, en la parte posterior de esta, existían los tanques de agua y todos los materiales e insumos para la curtiembre.

Algo que se recuerda con profundo agrado en el barrio, es el hecho de que el taller de don Enrique servía como cuarto para que una gran cantidad de guambas del barrio se disfracaran en épocas de fin de año. Las grandes mesas de talabartería servían de camerinos y los retazos de cuero servían como elementos para adornar los trajes y caretas.



■ Carlos Moreno Proaño, nieto de Enrique Moreno.

Con el pasar del tiempo, el primer hijo de don Enrique Moreno, Apolinario Moreno, se casó con Blanca Amelia Proaño y tuvieron seis hijos: Carlos, Manuel, Amparito, Myriam, Lupe y Luis. Apolinario, luego se independizó totalmente y montó su taller en su propia casa. Definitivamente, Apolinario fue un personaje en el taller de su padre y en cierta época, por una decisión personal, se dedicó más a la confección de botones, estos eran realmente botones de madera o algún otro material que se los forraba con cuero de diferentes colores, los que servían para ubicarlos en finas prendas de vestir. Estos botones eran tan cotizados que los compraban, al por mayor, para no solo utilizarlos en la industria textil nacional, sino para la exportación a varios países de América.

La tercera generación de talabarteros, la mantienen dos de los hijos de Apolinario Moreno, Carlos Nectáreo, quien actualmente tiene 57 años de edad, y su hermano Manuel; estos dos hermanos aprendieron, de su abuelo y tíos, el oficio de la talabartería. Carlos y Manuel se dedican a la confección de billeteras y carteras ya de manera independiente en sus propios talleres, ubicados a unas pocas cuadras al norte de la casa de su abuelo Enrique (Moreno, 2018).

El segundo hijo de don Enrique fue José Moreno, casado con Rosa Toro Armendáriz, tuvieron seis hijos: Margarita, José, Rocío, Mariela, Oscar y Carlos Enrique. José Moreno siempre trabajó en el taller que fue de su padre y como todos sus hermanos, inició confeccionando a mano maletas de cuero, luego se dedicó exclusivamente a la confección de zamarros, fufes, cantimploras y polainas. Sin lugar a dudas, la fama de las maletas y zamarros elaborados por Pepe Moreno, trascendió fronteras, la calidad del material utilizado y de los acabados,

siempre fue su impronta. Las maletas eran entregadas, por Pepe Moreno, en varias ciudades del país como Ambato, Riobamba, Quito y otras; también se las entregaba en Ipiales, Colombia. Una manera de optimizar espacios cuando llevaba las maletas a vender en otras ciudades, era metiéndolas las más pequeñas en las más grandes; se colocaba hasta cinco maletas de diferentes tamaños, en una sola maleta grande.

Uno de los grandes recuerdos de Margarita Moreno, hija de Pepe Moreno, es una maleta de cuero muy pequeña cosida a mano que, con orgullo y emoción, indica fue confeccionada con mucho amor por su padre cuando ella era muy niña; maleta que hasta la actualidad la conserva con ropa de muñecas de esa época. Otro recuerdo que todavía conserva de su padre es el reverbero de gasolina que servía para hacer el engrudo utilizado en el taller; pegamento elaborado con harina que don Pepe respondía con mucho humor, cuando le preguntaban ¿qué va hacer?, "Voy a hacer colada para mis maletas".

Margarita Moreno también recuerda que en una de las maletas de cuero que todavía tienen en la casa de su tía Michita, su padre, guardaba el dinero de los ahorros de su trabajo, pero también acostumbraba almacenar en esta maleta una gran variedad de golosinas que eran repartidos a todos los hijos y sobrinos que visitaban el taller.

Cuando Pepe Moreno falleció en el 2015, a los 79 años de edad, fue una gran pérdida para la familia y para Cotacachi, un hombre intachable dejó esta tierra. Nunca dejó de trabajar y tampoco fumar, su dedicación a su taller hizo que trabajase hasta un mes antes de morir. Pepe Moreno dejó su herencia talabartera a sus hijos José y Oscar, quienes en la actualidad se dedican a la confección de chompas de cuero, pantalones, carteras, monederos y también zamarros cuando se los solicita.

El tercer hijo de don Enrique Moreno es Gonzalo Moreno, esposo de María Saavedra, con quien procrearon una sola hija, Nancy. Gonzalo también, en su momento, se independizó de su padre e instaló su taller en la casa propia. Apolinario Carlos Moreno, nieto de don Enrique Moreno e hijo de Apolinar, un talabartero muy conocido en Cotacachi, conversando en su taller y recordan-

■ Margarita Moreno, hija de José Moreno, indicando la maleta que fabricó su padre para la ropa de sus muñecas.



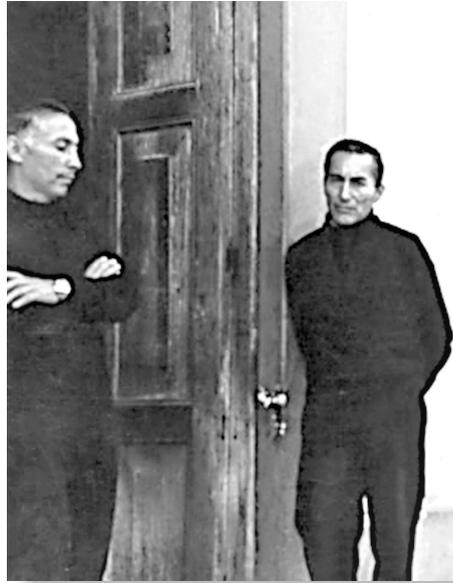
do a su abuelo y tíos, manifiesta que su trabajo siempre tuvo altibajos, pero la mejor época en su taller fue en los años 80, era tanta la demanda, que tenía contratados a más de diez obreros en el taller, pero lamentablemente, poco a poco fue decayendo el negocio y actualmente solo cuenta con cuatro operarios a los que se jacta de cuidarlos y tratarlos tan bien que considera difícilmente lo dejarán; es más no duda, a varios de ellos, en darles un almuerzo o las meriendas; ese buen trato a los operarios lo heredó de su abuelo.

En los talleres de talabartería, como es el caso del taller de Carlos Moreno, la esposa con la que procrearon tres hijos, es un pilar fundamental en el negocio, ella es la encargada de la comercialización de los productos en varias ciudades del país, su habilidad para los negocios y fundamentalmente para cobrar por las billeteras y carteras entregadas, es la clave del éxito económico que aduce tener Carlos Moreno; producto de su abnegado trabajo ha podido llegar a tener tres casas.

La dedicación de Carlos al taller ha sido tanta, que le ha impedido hacer una vida social y de amigos en Cotacachi; manifiesta con una mezcla de nostalgia y orgullo que, como desde muy joven se dedicó y centró su vida en el trabajo de la talabartería, no pudo estudiar la universidad y que, a la mayoría de sus amigos de la infancia, que sí lo hicieron, los ha visto o los ha encontrado en muy pocas ocasiones en su vida.

■ José Moreno con su esposa e hijos, una familia de talabarteros.





## LOS HERMANOS ESTRADA SARSOSA

### *“EL TRABAJO EN FAMILIA EN EL ARTE DE LA TALABARTERÍA”*

Diablo Calle siempre fue un barrio referente en Cotacachi, no solo por la cantidad de talleres de talabartería que allí existían, sino también por su nivel organizativo para las actividades de carácter social. Según, Estrada Saltos Jorge (2018), el nombre del barrio proviene de un comentario realizado por el Padre Santa Elí, quién en la década de los 20 del siglo pasado, mientras se trasladaba desde la iglesia de Cotacachi al barrio San José, se enojó demasiado, porque al caminar encontró, tirados en la calle y en las veredas, a una gran cantidad de indígenas, de ambos sexos, completamente embriagados luego de su tradicional baile de San Juan; el cura, al tener dificultades para caminar por la cantidad de indígenas en el suelo y al ver a otros peleando, producto de ello, sangrando, gritó con una voz sonora y molesto a sus acompañantes, “este es el barrio del diablo”; desde ese momento, se le conoció al barrio como Diablo Calle. Prácticamente, dos cuadras completas hacia el occidente de la iglesia matriz de Cotacachi; en el barrio Diablo Calle, estaban llenas de chichehrías o cantinas que vendían “puntas” y chicha muy fermentada a los indígenas que venían de todas las comunidades rurales del cantón, en especial en las festividades.

Jorge Estrada (2019), comenta que, en pleno Diablo Calle,



■ Apolinario Moreno y Joel Estrada, talarbarteros de Diablo Calle.

sus padre Joel Estrada y sus tíos Luis Alejandro y Manuel Estrada Sarsosa, hijos de Manuel Estrada y Alegría Sarsosa, tenían el taller desde finales de los años treinta del siglo pasado y recuerda que el cuero lo compraban a un señor Melchor, quien venía desde Otavalo a vender el cuero crudo en la plaza de Cotacachi; en este taller de talabartería se confeccionaba monederos de cuero en alto relieve con formas de pescado, gatos, perritos, gallos, etc. También se confeccionaba los famosos “escolares”, que eran una especie de carriles para los niños de la escuela. En las épocas de alta demanda había un señor Galindo que compraba toda la producción para luego vender los monederos y escolares en Quito y otras ciudades del país.

La mejor época del taller de los Estrada fue a mediados de los años 60, en esas épocas, inclusive los hermanos Estrada hacían veladas para atender la demanda de bolsos de cuero que en alto relieve tenían grabados grandes animales y que sus tiras, para colgar al hombro, eran tejidas de hilo con vistosos colores y diseños; este tipo de productos lo adquirían unas personas norteamericanas que se asociaron a una ecuatoriana llamada Diana Poblete y estos hermosos bolsos eran exporta-

dos a mercados internacionales. Jorge Estrada (2018), indica que, el verdadero artista para el dibujo y grabado de los relieves en el cuero, era su tío Luis; dibujaba y hacía los relieves con una exquisitez y belleza sin par; mientras que el trabajo duro de la talabartería lo hacía su tío Manuel. Cuando decayó el oficio de la talabartería, después de la segunda guerra mundial, su padre, Joel, dejó la talabartería y se dedicó a la tapicería; este trabajo lo hacía en la misma casa en la que vivían los hermanos y padres.

También hubo una época que, en el taller de los hermanos Estrada, se dedicaron a confeccionar zamarros; básicamente quienes hacían estos pedidos eran los indígenas que utilizaban esta prenda para los bailes de San Juan. Para hacer los zamarros había que curtir el cuero de los chivos y borregos.

Frente a la casa de los Estrada, vivía Don Enrique Moreno, quien tenía un taller muy grande que inclusive contrataba

varios operarios para que le ayuden a confeccionar las famosas y preciadas maletas allí elaboradas; pero también hacían polainas para la época de San Juanes y tal era la cantidad de pedidos de este producto, que Don Enrique Moreno, pedía a sus sobrinos Luis y Manuel Estrada, que le ayuden a confeccionarlas; de esta manera, los hermanos Estrada, tenían más obras en su taller.

El taller de los hermanos Estrada, como todos los talleres de Diablo Calle, eran una especie de punto de reunión de amigos del lugar; punto de encuentro para conversar e igualarse de lo que pasa con la vida de los demás; es más, había ocasiones en la que los amigos llegaban a los talleres para inquietar a realizar alguna actividad social, en ese momento, no importaba dejar el taller y pasarla bien con la jorga.



■ Jorge Estrada con su padre Joel Estrada.

Algo digno de resaltarse es que, todos estos artesanos del barrio Diablo Calle y algunos otros vecinos como Camilo Haro, Ángel Echeverría y Arturo Recalde, se reunían en la calle o en un taller a preparar los remedos del 31 de diciembre, evento que lo organizaron por varios años, allá en los años 60. En año viejo y año nuevo, el barrio se vestía de fiesta donde propios y extraños la pasaban de maravilla al son de buena música y de unos traguitos, en la calle completamente cubierta de aserrín y con un escenario construido de madera y decorado con grandes hojas de palmeras.

Otro evento referente de Diablo Calle fue el hecho de que, hace unos 40 años, en la calle se desarrolló la primera feria del cuero. Esta feria se organizó con la finalidad de promocionar al barrio; se levantó los stands de los artesanos del barrio en toda la cuadra. Este evento se lo desarrolló por unos tres años seguidos y tuvo una muy buena acogida, al menos local. Jorge Estrada (2019), recuerda que algo típico en el barrio, que se veía a diario desde los talleres de talabartería, era el paso de la gran carreta de madera cargada de varias jivas de sodas de la fábrica “La Frutal” de Don Alejandro Yépez. Esta fue la primera fábrica de sodas de Cotacachi, fundada en 1935. La “carreta de las sodas”, como se la conocía en ese entonces, era empujada por Luchito Yépez, hijo de don Alejandro y de doña Delia Gavilánez, a veces tomado unas cuantas copas de licor.

Causaba una emoción, especialmente a los niños de los barrios de Cotacachi, el ver pasar a la carreta de sodas de todos los sabores y a veces, en especial en las cuestras, los niños se pelaban por ayudar a empujar la inmensa carreta de madera de dos ruedas, la que recorría todas las tiendas de la ciudad a dejar sus productos y que de paso eran consumidos por muchos talabarteros, para saciar la sed que demandaba el duro trabajo en el taller. Todos recuerdan estas sodas tapadas con "tillos" de lata de colores, especialmente rojos, los mismos que servían a los niños para hacer "zumbambicos". Claro, no faltaba quienes vacilaban a Don Alejandro Yépez o su hijo Luis, diciéndoles lo que vendían eran, no colas, sino "toxicolas".

También en el barrio Diablo Calle se recuerda que, en ciertos días la calle, se la alfombraba con tela de cabuya; esto sucedía porque don Alejandro Yépez, también tenía el negocio de la tela de cabuya, la que compraba en grandes rollos, los que los zafaba y estiraba en la calle para ser medidos. Estos rollos de tela de cabuya eran comprados por don Alejandro a los tejedores de cabuya de las afueras de Cotacachi, de Intag y de San Roque; esta tela luego era comercializada a Guayaquil y servía para la confección de los costales en los que se exportaba el café y cacao. Nunca faltaron los niños del barrio que, atraídos por la limpieza y suavidad de la tela de cabuya extendida sobre la calle, a veces la ensuciaban con unos cuantos volantines o saltos sobre la tela.

Un referente para tomar en cuenta el tiempo de las actividades desarrolladas por los talabarteros de Diablo Calle, siempre fue el ruido que hacía el paso diario del carro de pasajeros que venía de Imantag y Urcuquí, siempre venía con pasajeros y mucha mercadería y claro, los niños ponían a prueba su velocidad y destreza para tratar de colgarse en la parrilla trasera del carro.

Por la avanzada edad de los hermanos Estrada y por la invasión de productos similares en cuerina y corosil proveniente de la China, el taller lo cerraron en el año 2005; luego falleció Luis Estrada en el año 2015.

Todavía vive Manuel Estrada, a quien se lo ve parado en la puerta de lo que hace años fue su taller, seguramente recordando las épocas de oro de la talabartería y a los amigos del barrio. Los talleres más conocidos del barrio eran los de: Polibio Sánchez, quien trabajó con Pepe Yépez, hermano menor de Alejandro Yépez, haciendo monturas hermosas de dife-



rentes estilos; Camilo Haro, que confeccionaba unas monturas espectaculares; Gerardo Gavilánez, que se dedicaba a confeccionar todo en cuero y en especial monederos; “Negro” González, quien trabajaba con cuero repujado; Enrique Moreno, que con sus hijos Apolinario y Gonzalo hacían especialmente maletas y otros productos en cuero como botones de madera forrados en cuero para sacos de exportación y “fuetes” para sanjuanés. No podían quedarse atrás, por la importancia y calidad de productos en cuero, los talleres de Miguel Ángel Proaño; el de los hermanos Játiva, que vinieron de Bogotá aprendiendo nuevas técnicas para la confección de maletas; el de Milton Proaño, que fue el primero en dedicarse a confeccionar chompas de cuero; el de Alfonso López y otros talleres más del barrio.





## **GONZALO RAMIRO SALTOS**

### *“LA NOSTALGIA DE UN PASADO EN COLOMBIA”*

Gonzalo Ramiro Saltos, un catacacheño que vivió gran parte de su vida en Colombia, recuerda que su abuelito materno, Reinaldo Saltos, se dedicaba a la talabartería, de manera específica, a confeccionar monturas, actividad que la alternaba con la agricultura. Ramiro Saltos, a temprana edad, desde que se acuerda, ya le ayudaba a su abuelito en el taller; en la tarde, al salir de la escuela Modesto Peñaherrera, recuerda que acompañaba a sus tíos, Rafael y Jaime Saltos, que también laboraban en el taller, a cargar los cueros que se llevaban en pareja colgados de un palo para ir al río Machángara a lavarlos; es más, él tenía que colocar el palo sobre su cabeza para que quede al nivel del hombro de su tío, debido a su corta estatura.

Antes de lavar el cuero, una de las tareas de Ramiro, fue la de recoger la guaranga en los ocho árboles que sus abuelos tenían en los terrenos de Cotacachi, cerca del cementerio. Esta actividad era muy dura por la cantidad de espinas de estos árboles que tenía que sortear mientras tomaba la guaranga. Subía cual mono, pero bajaba lastimado enterito, manifiesta don Ramiro. Esta guaranga era cocinada en ollas grandes de bronce por su abuela.

En el río Machángara se pisoteaba el cuero y se lo golpeaba contra grandes piedras; luego sus tíos torcían el cuero con las

manos y con la boca lo probaban. Si tenía un sabor amargo, el cuero había que seguir lavándolo; si tenía un sabor dulce, ya estaba listo para la siguiente etapa del proceso de preparación. Luego, el cuero era secado en un palo, a continuación, se lo templaba en tableros para que el cuero “crezca”, es decir, se estire; mientras esto sucedía, venía el proceso de “descarnando” con cuchillas grandes. Don Ramiro recuerda con mucha gracia que, mientras se descarnaba el cuero, es decir, se quitaba restos de carne de este, los perros del abuelo se acercaban a comer estos restos, lo que hizo que estos canes crezcan de manera exagerada. Don Ramiro no deja de admirarse al recordad las fuerzas de sus tíos para alizar el cuero, actividad que lo hacían a puro pulso, con unos palos gruesos de cerote, para a continuación pintarlo.

En esos años, como en todos los talleres de la ciudad, se trabajaba de una manera por demás artesanal. El almidón, que servía como pegamento, se cocinaba en el propio taller utilizando leña como combustible; como pintura se utilizaba el famoso “negro de agua” que se compraba en la tienda del parque de propiedad de las señoritas Sánchez; se pintaba con brochas confeccionadas a mano llamadas hisopos; para coser las chaucheras y cigarreras se empleaba pita de tres hebras que su abuelo las tejía, para lo cual, don Ramiro, sostenía de un extremo, y cuando por juguetón soltaba, su abuelo le propinaba sendos coscachos en la cabeza. A veces en el proceso artesanal de curtiembre del cuero se utilizaba el azufre en vez de la guaranga.

Lo que nunca podía faltar en los talleres de talabartería son las famosas mesas de talabartero; son tan grandes y macanudas que, en la parte inferior del tablero, tienen una especie de bodega de materiales que incluso servían como escondite de niños traviesos.

Para trabajar las cigarreras que, en la época de la Segunda Guerra Mundial, se entregaba a un señor Salazar de la ciudad de Tucán, se compraba el cuero en la antigua plaza, a un señor Melchor de Otavalo, también a otros negociantes que venían de Urcuquí. Le encantaba ir a comprar el cuero los sábados, porque de paso, se tomaba un refrescante aguado de limón con unas ricas empanadas y, en ciertas ocasiones, también se servía un caldo de menudo que se lo adquiría a un lado de la plaza, donde hoy es el teatro municipal. También recuerda que los días, entre semana, que no había feria en la plaza se jugaba pelota de mano con los amigos.



■ Milton Lara Echeverría entregando banderín deportivo al futbolista José Romanelli del Club Sport Emelec, en el estadio El Campin de Bogotá en 1970.

Ramiro Saltos (2018) cuenta que, al cumplir los once años, en 1961, se fue con su madre a Colombia, específicamente a Bogotá, a vivir y trabajar con su primo Lauro Saltos; su madre regresó a Cotacachi a los tres meses. El trabajo era muy duro por esos lugares y más para un niño de corta edad. Ya a los doce años de edad, los productos trabajados en el taller de talabartería con su

tío, le mandaban a entregar a Cúcuta y a San Antonio de Táchira en Venezuela. Su primo le embarcaba en el autobús en Bogotá y tenía que viajar 18 horas a Cúcuta, ese tiempo se hacía en aquel entonces; mientras que al estado de Táchira se hacía 24 horas.

Cuando los clientes a los que entregaba la mercadería le pagaban en efectivo, su primo le permitía regresar, de Cúcuta o San Antonio, en avión; eso para él era una maravilla, no solo por el hecho de viajar en avión, sino por ahorrarse tanto tiempo de viaje. Si los pagos lo hacían en cheque, con el dolor del alma, tenía que regresar en autobús. En muchas ocasiones su forma de hablar, como catacacheño, les daba mucha gracia a los colombianos y venezolanos, le confundían con nariñense, es decir como pastuso; este hecho, unido a su corta edad por esos lugares, también les causaba un poco de pena, por lo que le pagaban en efectivo para que regrese en avión. En Cúcuta, a veces, visitaba a Milton Lara donde él trabajaba, en el almacén "Los Tres Grandes", quien luego, como buen paisano, le llevaba a tomar unas ricas limonadas para refrescarle del exagerado calor que hacía en esa ciudad.

Desde el inicio de su estancia en Bogotá se dio cuenta que allá se trabajaba de una manera mucho más técnica que en Cotacachi, por la cual, los productos elaborados siempre fueron de mejor calidad tanto, por el cuero empleado,

como por los acabados; por esta razón, actualmente en su pequeño taller, trata siempre de utilizar productos de calidad; compra cuero cuencano de la fábrica "La Renaciente" para confeccionar chaucheras, papeleteras y billeteras; cuando quiere hacer algo un poco más barato utiliza cuero colombiano de un pueblo de Nariño llamado Belén.

En Colombia se trabajaba de lunes a sábado a mediodía, luego parte de la tarde del sábado se aseaba el taller y se dejaba las máquinas limpiecitas y flamantes. Al salir del taller, los casados se trasladaban hacia donde sus familias, mientras que los solteros, a lavar ropa y a arreglar, "medio medio", los cuartos en los que vivían, para salir "volando" a jugar vóley, cuarenta y después unas copas de aguardiente. Estos momentos, en los que se reunían más de 40 cotacacheños, servían para enterarse de las novedades de Cotacachi y del Ecuador, ya que se prendía la radio para sintonizar la Radio Cotacachi, que se oía medio cortada o la emisora de Santo Domingo de los Colorados llamada Saracay.

Luego de las reuniones de fin de semana, los recién llegados de Cotacachi o los que volvían luego de ciertas visitas a su tierra, se hacían presente con chochos, tostado, fritada, dulce de zambo y otras comidas extrañadas. Se hacían pequeños grupos, aunque tomaditos, para dirigirse acompañados a los barrios de Bogotá donde vivían.

Cuando don Ramiro cumplió 18 años, en 1969, regresó al Ecuador a cumplir con el año de conscripción, no sabe por qué lo hizo, más aún, si considera que allá se encontraba muy bien ganando su platita; al siguiente día de terminado el año de servicio militar se regresó a Bogotá.



■ De izquierda a derecha: ....., ....., ....., Miltón Lara Echeverría y José Gómez Gómez, amigos de Gonzalo Ramiro Saltos, en Bogotá, 1970.

■ Hugo Rueda Yépez, con el trompo sobre su mano, listo para el cabe, junto a sus amigos del barrio Diablo Calle.





■ Gilberto Toro, migrante y amigo de Gonzalo Ramiro Saltos, Bogotá 1965.

De regreso en Bogotá, don Gonzalo vivía, como la mayoría de paisanos, en un solo cuarto, este lo compartía con un amigo suyo, Román Guzmán, lo arrendaba a una señora que en la casa tenía una tienda, quien además los fines de semana les vendía cerveza y trago para los días de bohemia.

Por invitación de Román Guzmán, don Ramiro recuerda haberse dedicado a la halterofilia; es más, representó al departamento de Nariño en una competencia de levantamiento de pesas en Bogotá, quedó en segundo lugar porque se puso muy nervioso al ingresar, las luces y el público le asustaron y cometió el error de no saludar al jurado, aspecto importantísimo en competencias de esa naturaleza; pero lo gracioso de este tema es que, al ser indocumentado en Colombia, la hermana de la esposa de su primo Lauro, le consiguió unos documentos falsos como que había nacido en Túquerres, un pueblo del

departamento de Nariño.

En los feriados, los cotacacheños conformaban grupos para jugar a los trompos en unas tres cuadras de las calles de Bogotá; los colombianos se admiraban al verlos jugar al trompo. Reírse a carcajadas, apostar y levantar la copa de licor antes y después de cada “cabe”, era costumbre. También jugaban carnaval en casas de amigos para luego hacer la “se-cada” con baile y cerveza. Don Ramiro manifiesta que todas las festividades ecuatorianas las festejaban en Colombia. Extrañó mucho, en Semana Santa, los ricos platos de fanesca cotacacheña, ninguno de sus amigos lo preparaba y en el único lugar que en Bogotá se conseguía, era en El Rincón Nariñense, pero en este lugar era muy caro, prácticamente inalcanzable para él.

Una vez fuimos al estadio El Campín de Bogotá, comenta entre risas don Ramiro, a ver a un equipo ecuatoriano que jugaba fútbol con un equipo colombiano; como buenos cotacacheños llevamos chochos, tostado, fritada y un rico ají picante. En el entretiempo del partido comíamos con la mano, a grandes bocados, lo que llevamos; los colombianos nos quedaban viendo un tanto admirados de lo que comíamos, le brindé a uno de ellos un manojito de chochos, aceptó y se lo metió a la boca de una, inmediatamente nos “puteó” diciendo que cómo comemos eso tan amargo y sin sabor, gritando dijo que seguramente son frijoles tiernos sin cocinar y fue grandes risas de todos alrededor. Don Ramiro Saltos re-

cuerda a varios de los cotacacheños que vivían en Bogotá: Julio Proaño, Gilberto Toro, Pepe Proaño, Jaime Saltos, Lauro Saltos, Luis Naila, Humberto Albuja, Abelino Gómez, Alfonso Saltos (Pocho) y Jaime Saltos. Muchos de ellos forjaron familias allí, incluso compraron una casa, pero la mayoría no progresó; otros regresaron y varios ya murieron en ese país. También recuerda a la famosa calle décima, lugar donde estaban localizados la mayoría de almacenes y talleres donde se comercializaba los productos de cuero.

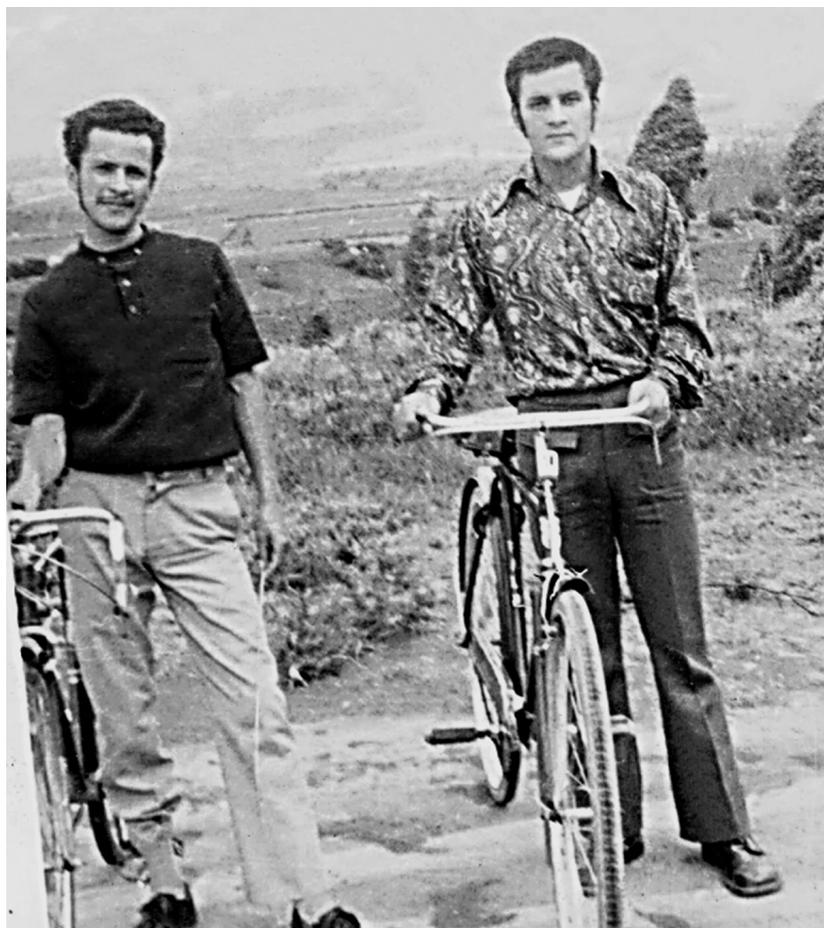
La esposa de don Ramiro, de nacionalidad colombiana, manifiesta que el catacacheño era muy “tomador” y por esa razón la mayoría no progresó; gastaban mucho dinero en licor y eran un tanto “botarates”, sostiene.

Luego de 25 años de vivir en Bogotá, regresó a Cotacachi con esposa colombiana, añoraba su tierra; instaló una tienda de víveres que comercializaba algunos productos que los traía de Colombia; luego empezó a traer materiales para los talabarteros, aunque muchos me pedían al fío y luego no me pagaron, por lo que tuvo que cerrar la tienda.

La mujer de don Ramiro dice que le fue terrible adaptarse acá, cuando llegó, las costumbres y trato era diferente; llegar a entender la cultura de este pueblo le fue difícil de inicio, le costó aprender a comer chochos amargos, chicha, cuyes y otros alimentos a las que no estaba acostumbrada.

Acompañado de su esposa, don Ramiro indica que ya están 33 años en Cotacachi y que sigue trabajando, elabora unas hermosas chaucheras y papeleras, indica con emoción sus productos. Manifiesta que actualmente el negocio esta malo, pero a pesar de ello, hace unas 500 chaucheras mensuales que las vende a 3 USD cada una. Con su trabajo educó a sus dos hijas, la una es enfermera y la segunda acaba de graduarse de odontóloga, sus ojos se humedecen al manifestarlo.

■ De izquierda a derecha: Jorge “Negrito” González y Gonzalo Ramiro Saltos.





■ Cigarreras y chaucheras utilizadas por las fuerzas aliadas en la Segunda Guerra Mundial.



## **LUIS AYALA YÉPEZ**

### *“UNA VIDA DE VIAJES ENTRE LA TALABARTERÍA Y HOSTELERÍA”*

Luis Gerardo Ayala Yépez, nace un 5 de mayo de 1946; hijo de Segundo Gabriel Ayala Ron y Rosa María Yépez Cobos. Cuando Luis tenía seis años, su hermano mayor Vicente, de doce años, trabajaba en el taller de talabartería de don Pancho Proaño y le convence de ir también a trabajar en ese lugar; claro, don Pancho tenía más de 10 trabajadores que confeccionaban maletas de cuero, llamadas también de caja, hechas a mano. En ese taller de don Pancho trabajaban, entre otros: Eduardo Cobos, Tarquino Andrade y Sixto Andrade.

Luis Ayala (2018) recuerda que, a su corta edad, aprendió a coser con dos agujas en el taller; en ese entonces había oficiales y maestros que fueron geniales para picar con lesnas los cueros, lo que luego le facilitaba el cosido; por esta tarea y por ser niño, le pagaban dos reales por cada tapa.

Una vez que Luis ingresó a la escuela, a los pocos años se fue a trabajar al taller de don “Pocho” Saltos, donde elaboraban monederos en forma de pescaditos; no es que descuidaba los estudios, primero hacía las tareas escolares e inmediatamente, la tarde y parte de la noche, se trasladaba al taller a laborar. Una vez que concluyó la escuela, acostumbrado a ganar su propio dinero, quiso independizarse e inicio a ma-

nufacturar sus propios monederos, pero no tenía máquina de coser, por lo que solicitaba a los amigos le den cosiendo el cierre de los monederos, para las demás piezas armarlas hasta que estén totalmente acabadas; don Luis recuerda también que, don Benjamín Flores, elaboraba los relieves de los pescaditos, gatos y canastas. Otra actividad importante de las manufacturas de cuero fue la pintada del objeto a fabricarse, lamentablemente don Luis se sincera y dice que nunca pudo fabricar la tinta para esta labor, nunca dio con la clave y los que sabían, lo mantenían como un secreto. De lo que se siente orgulloso es que se ideó una manera de cortar el cuero de forma rápida y precisa; veía que don Julio Moreno cortaba a mano y se demoraba mucho, por lo que incrustó una “guillete” (hoja de afeitar) en la mesa de la tala-bartería de tal manera que, al pasar el cuero, se cortaba de manera recta y perfecta.

Cuando terminó la escuela empezó a viajar a Guayaquil a vender productos elaborados en cuero, luego el mercado lo amplió hacia Ambato. Esta decisión de viajar y hacer negocios la tomó porque sus padres no tenían dinero para darle la educación secundaria; corría el año de 1961. Como era muy joven, Luis decide trabajar en el taller de Pepe Moreno, el “Gatito”; salía de la casa a las tres de la mañana para ir a laborar, lo que ocasionó dudas en sus padres, quienes no le creían que salga de la casa a esas horas de la madrugada a trabajar. Su padre en más de una ocasión le siguió a escondidas hasta confirmar si era verdaderamente cierto que tra-

bajaba con el Pepe Moreno, donde ganaba cinco sucres por cada docena de billeteras que confeccionaba; esa platita, como manifiesta Luis, realmente la necesitaba.

Ya con algo de dinero, decide estudiar en el Colegio Abelardo Moncayo de la ciudad de Atuntaqui, establecimiento donde su paisano Colón Granja era inspector. A pesar de asistir al colegio, Luis seguía trabajando las tardes y noches, elaboraba monederos para poder pagar sus estudios secundarios. A los pocos años, decidió

■ Parados, de izquierda a derecha: Marcelo Saltos, Rafael Guzmán, Tarquino Guzmán, Lucio Lizardo Buitrón. Agachados: Jorge Molina, Luis Ayala, Pedro Morales y Wilson Buitrón.



migrar a Guayaquil a terminar los estudios secundarios en el colegio Cesar Borja, donde se encuentra y trabaja en el taller de talabartería de Gerardo Gavilánez, Jorge Gavilánez y Antonio Paz; además conoce ahí a René Echeverría, un artista plástico dedicado a la pintura que le permite ingresar a un círculo de amigos poetas, pintores y filósofos que le hacen ver la realidad y el mundo desde otra perspectiva, quienes además le enseñan, en noches de bohemia, sobre el cubismo, simetrías, pinturas y más temas conexos.

Una vez que termina el colegio en Guayaquil, decide ingresar a la universidad a estudiar la carrera pedagógica de especialidad físico matemático, pero sus economías no le permitieron continuar con la carrera, por lo que decide trasladarse a la ciudad de Quito a trabajar con un talabartero llamado Manuel Taco; ya con algo de dinero, producto de su trabajo, retoma la universidad e inicia los estudios de computación en la gloriosa Universidad Central, donde se mantuvo hasta tercer año de carrera.

Ya conocido el mercado de los artículos de cuero, decide dedicarse exclusivamente a vender en Guayaquil, maletas, billeteras y otros productos que confeccionaban Tarsicio Andrade y Honorato Túquez, negocio en el que considera le fue excelentemente bien. Paralelamente, decide instalar en Cotacachi un almacén de artículos para los talabarteros, en el que básicamente vendía herrajes, cierres, pegamentos, pinturas, telas (rucela) y otros artículos necesarios para el oficio en cuero. Pudo hacerse de una pequeña fortuna con este negocio porque tenía la ventaja, frente a la competencia, de que los artículos los compraba directamente a los importadores. Recuerda a varios artesanos talabarteros que compraban en su almacén como: Jorge González, Carlos Moreno, Roberto Recalde, Nolita Zarzosa, Gustavo Albuja, Ángel Rodas, los hermanos Saavedra, Manuel Rodríguez, Manuel Andramuño, etc.

El negocio del almacén fue decayendo de a poco, según don Luis, en tiempo de gobierno de León Febres Cordero, por el hecho de que ese gobierno autorizó el ingreso de los chinos y sus productos baratos y de mala calidad. Pero pudo resistir a la crisis económica porque paralelamente, desde 1986 hasta 1991, también instaló un taller de talabartería en el que fabricaba artículos de cuero conocidos como pescaditos,

■ Luis Ayala en la actualidad



ejecutivos, escolares y neceseres, los que comercializaba en la costa ecuatoriana. Su almacén decide cerrarlo en el año de 1994.

En 1991, Luchito Ayala, antes de cerrar el almacén y taller de talabartería, decide incursionar en otro tipo de negocios, en el turismo. Con un préstamo de 20 millones de sucres al banco y unos ahorros del negocio de fabricación y comercialización de artículos de cuero y también de corosil, construye el hostel que hasta la fecha lo mantiene. Para él, los mejores años en el negocio fueron desde 1991 hasta 1994, tiempos en que hubo una bonanza económica en Cotacachi. En el hostel le fue de maravilla por la presencia de mucho turista en Cotacachi, en especial de la hermana república de Colombia. Según don Luchito, en 1995, año de la guerra con el Perú, el turismo empezó a decaer en la ciudad, en consecuencia, la ocupación de habitaciones se redujo notablemente en el hostel de su propiedad.

Luchito Ayala comenta su rica y apasionante historia de vida, con cierta ternura que invade y contagia a quienes le escuchan; indica con felicidad y orgullo las fotografías de su juventud, de sus hijas y esposa, así como de su suegro, un gran músico de la famosa Rumba Habana, todas ellas cuelgan de las paredes de su sala.

■ De izquierda a derecha: Rolando Saltos, Luis Maldonado, ..., Oswaldo Proaño, Petronio Gómez, Galo Cobos, Oswaldo Rivadeneira, Vicente Proaño, Luis Ayala, Ramiro Lozano, Jorge Estrada, Bolívar Terán y Fabián Morales.





## BALTO CEVALLOS

*“UN TALABARTERO ALEGRE Y COMPROMETIDO CON SU TIERRA”*

Balto Cevallos (2019) comenta que, cuando tenía 12 años, luego de salir de sexto grado de la escuela en el año 1959, su madre le dijo que tenía que trabajar en algún oficio que le permita subsistir en la vida; por tal razón la fue a dejar en el taller de Humberto Chaves, donde se confeccionaba artículos de cuero considerados pequeños, como: billeteras, lauritas, coquetas, llaveros y chaucheras, siendo los más grandes que se elaboraba, las famosas papeleras. Balto recuerda que la organización y meticulosidad de don Humberto, hacía que el taller funcione como una especie de reloj, todo debidamente planificado con los maestros mayores del taller, que en la década de los 60 eran: Cerbelión, Marco Tulio y Carlos Armando (los tres hermanos de la señora Angelina Proaño, esposa de Humberto Chaves); los hermanos Rodrigo y Guillermo Grijalva, músicos de la orquesta Rumba Habana; los hermanos Santiago y Gonzalo Haro (hijos de Alberto Haro); Humberto Flores; Estuardo Flores; los hermanos Jorge y Alfonso Terán; los hermanos Carlos y Luis Tobar, curtidores del barrio El Ejido, apodados “cometas”; Ney Cabrera, apodado el “Chiquito”; Luis Terán y otros más.

Todos estos maestros mayores del taller, bajo el mando del dueño del taller, Humberto Chaves, el día lunes, a primera hora, daban las respectivas instrucciones a su grupo, de dos



■ Equipo de fútbol del club Nacional, de izquierda a derecha: Rolando Andrade, Oswaldo Rivadeneira, Tirso Gómez, Arturo Gómez, Eduardo Gómez, Francisco Echeverría, Medardo Meza y Hugo Gómez.

o tres aprendices, de tal manera que se pueda cumplir los pedidos de la semana.

Don Humberto Cháves, según Cevallos (2019), fue uno de los grandes maestros talabarteros de Cotacachi; trabajaban con él mucha gente, más de 35 operarios, como varios de los talleres de Cotacachi de mediados del siglo pasado; es decir, había trabajo para la mayoría de hombres del pueblo, ya que encontraron en la talabartería el medio para dar de comer a sus familias. Había muchos talleres de talabartería en la ciudad de Cotacachi, aunque en el sector de El Ejido, en plena plaza, la única talabartería que existía fue la de Eduardo Andrade, más conocido como “Eduardo Maletas”, sobrenombre asignado porque en su taller se hacía unas maletas de cuero de alta calidad.

Balto menciona que en esas épocas, los cueros se los curtía artesanalmente. Normalmente se compraba el cuero crudo de borrego en Otavalo a un señor Velasco, luego se lo ensuavisaba con guarango; posteriormente, si no se tenía tanques en los talleres, se lavaba el cuero en los ríos Pichaví o Machángara, y había que probar con la boca el cuero hasta que tenga el sabor a agua dulce del río; esa era la manera de saber si el cuero está listo para secarlo.

Balto menciona que en esas épocas, los cueros se los curtía artesanalmente. Normalmente se compraba el cuero crudo de borrego en Otavalo a un señor Velasco, luego se lo ensuavisaba con guarango; posteriormente, si no se tenía tanques en los talleres, se lavaba el cuero en los ríos Pichaví o Machángara, y había que probar con la boca el cuero hasta que tenga el sabor a agua dulce del río; esa era la manera de saber si el cuero está listo para secarlo.

■ Balto Cevallos en su juventud.



Balto Cevallos recuerda que la vida en el taller de don Humberto Chaves era hermosa, a pesar que el dueño nunca les dejaba tomar un trago, excepto el 1 de mayo, por el Día del Trabajo; también podían tomar unos traguitos el día del onomástico del dueño; es decir, en San Luis, en esas fechas si se armaba las grandes fiestas y por supuesto, unos buenos “chupes”.

Humberto Cháves, fue uno de los talabarteros que migraron a Colombia, de manera específica a Bogotá, luego de la crisis económico que azotó a Cotacachi al terminar la segunda guerra mundial, allá por los años 1949; quien le llevó a Bogotá, a la fábrica La Jugar, fue Luis Alberto Albuja, quien se desempeñaba como jefe de personal en esa empresa. La migración hacia Bogotá, según Cevallos (2019), se dio funda-

mentalmente porque los talabarteros cotacacheños, en el auge del oficio, durante todo el tiempo que duró la Segunda Guerra Mundial, a pesar de haber ganado mucho dinero, fueron muy “botaratas” y no pudieron ahorrar dinero para época de “vacas flacas”; además, el trabajar en Colombia resultaba atrayente, porque se ganaba mucho con el cambio de moneda, ya que, en esos tiempos, 1 peso colombiano equivalía a 4 sucres ecuatorianos.



■ De izquierda a derecha: Eladio Saltos, mecánico, fabricante de cuchillos para talabarteros y encargado del mantenimiento del reloj de la Iglesia Matriz, en compañía de Fausto Romero (en el centro).

Algo muy interesante es el hecho que Humberto Cháves, cuando regresa de Colombia, fue uno de los pocos artesanos migrantes que tuvieron la capacidad de ahorrar dinero, por lo que se compró un casa grande en la calle Bolívar y 10 de Agosto; lo más importante es que viene con otra mentalidad y tratar de modernizar el taller que lo reabrió. Ya no se prensaba a mano, sino al calor; ya no se utilizaba cuchillo, sino seguetas; ya no se tinturaba con anilinas, sino con sopleteado; inclusive la forma de curtir el cuero cambió.

Antes de la ola migratoria de talabarteros hacia Bogotá, los cuchillos los fabricaban artesanalmente Carlos Eladio Saltos y Oswaldo Miño, los hacían de los resortes y frenos de los carros viejos (Cevallos 2018). Estos dos personajes también elaboraban en sus talleres lesnas, repujadoras, rayadores y otras herramientas para los talleres de talabartería, pero los mangos o cabos de madera había que mandar a construir a la carpintería de don Carlos Salgado, en las calles Sucre y González Suárez.

■ Oswaldo Miño, artesano que fabricaba los cuchillos para talabarteros y encargado del mantenimiento del reloj de la Iglesia.

Los talabarteros como tenía estatus, personalidad y algunos mucho dinero, ocuparon un lugar prestante en la sociedad cotacacheña, tal es así que, don Humberto Cháves, llegó a ser presidente del Municipio de Cotacachi, luego consejero provincial y también prefecto de la provincia de Imbabura.

Balto Cevallos (2018) manifiesta que ganaba 4 reales diarios en el taller de Humberto Cháves y que trabajó allí durante unos 16 años; es decir, hasta el año 1975; la razón por la que dejó el taller fue porque la esposa de don Cháves era muy



“cascarrabias”, pero tiene hermosos recuerdos de ese paso por el taller.

Recuerda que don Humberto tenía una oficina con radio y para deleite de los operarios, sacó un parlante que daba al taller, donde en cada mesa trabajaban un promedio de seis operarios dirigidos por un maestro mayor; se velaba cuando había mucho trabajo por hacer y se comía, a media mañana, en las grandes mesas de cada maestro mayor, unos ricos chochos con tostado.

Balto Cevallos comenta un dato interesante de finales de los años 40 del siglo pasado, el de los indígenas Cháchis, también llamados “Cayapas”, venían caminado a “pie limpio” por la zona de Intag, a intercambiar productos de su comunidad con negociantes de Cotacachi. El trueque fue su forma de negociar productos elaborados por ellos, en especial los canastos de una especie de bambú de la zona, con los productos que les ofrecían los cotacacheños.

Estos indígenas llegaban vestidos con chalecos y una especie de faldas blancas, adornados de collares de piedras hermosas de su terruño, a veces con vistosas plumas de aves del valle de Intag. Llegaban cansados y pernoctaban en el corredor y portal cubierto de la casa de don Fernando Ruiz, la casa grande en la esquina del parque cuya segunda planta es de madera. En los bajos de esta casa funcionaba el taller de talabartería de don José Antonio Espinoza, quien trabajaba con sus cuatro hijos: Fabián, Hernán, Joel y Segundo; considerado uno de los mejores “montureros” de la época.

■ Balto Cevallos trabajando en cuero.



Dicen que él intercambiaba con los “cayapas” los cinturones de cuero que fabricaba con pequeñas piedras y pepitas de oro que traían los indígenas tsáchilas.

Balto y algunos de sus amigos talabarteros, luego de trabajar en el taller, se dirigían al billar del recordado “Negrito” Aureliano. A media mañana, en los días calurosos, se tomaba sodas de don Alejandro Yépez; otras ocasiones no faltaba unas cuantas

partidas de "rummy". Cuando se salía temprano del taller era bonito ir a ver o jugar la pelota de mano en la plaza, hoy parque ornamental. Los domingos era infaltable asistir a los campeonatos de fútbol al viejo estadio. Cuando se tenía "guambras" o pretendientes, las serenatas nocturnas a las casas de las chicas era el pan de cada día, aunque en Cotacachi, los talabarteros no eran muy apetecidos por las mujeres, mucho más eran los estudiantes cotacacheños que venían de Quito en las vacaciones.

Cuando Balto Cevallos sale del taller de Humberto Cháves, pasa a trabajar al taller de talabartería de don Alberto Andrade; cuenta, fumando más de un cigarrillo, que se le hizo duro hacer maletas en ese taller, él estaba acostumbrado a hacer cosas pequeñas en la talabartería. En el año de 1973 le entró las ganas de casarse, por lo que decide independizarse y se compra una máquina alemana de coser marca PHAFF en Quito que le costó 32.000 sucres. Así inició su propio taller de talabartería que, en sus buenos tiempos, tenía algunos operarios, pero actualmente prefiere trabajar solo, confecciona carteras, cinturones, etc. Estos productos elaborados con cariño y calidad, los entrega a un señor de la ciudad de Otavalo que a su vez los exporta.

Balto tiene cuatro hijos, pero ninguno de ellos se dedicó a su oficio. Toda la vida se sacrificó y trabajó muy duro para sacar adelante a su familia, aunque durante algún tiempo hizo un alto al oficio de talabartero porque se dedicó a la política y producto de ello fue designado Comisario Nacional de Cotacachi, cargo que lo ocupó por 13 años; además, se siente orgulloso de haber sido presidente por tres períodos del famoso y glorioso club El Nacional de Cotacachi, institución con la cual también fue organizador de la fiesta de la Jora, de cuya fiesta fue su primera reina la señorita Clemencia Gómez.

Balto Cevallos, allá por el año de 1970, fue uno de los fundadores del gremio de talabarteros "AIMASAC", institución que recuerda fue creada gracias al impulso de César Pérez, un ibarreño que siempre estuvo comprometido con los trabaja-



■ Aureliano Nazareno (sentado en el extremo derecho), encargado del billar donde los talabarteros departían momentos amenos. Fernando Ruiz (parado en el extremo derecho), con sus padres.

■ Clemencia Gómez, primera reina de la Fiesta de la Jora organizada por el club El Nacional en 1960.



dores y artesanos de la provincia, conocido como el hombre de los “treinta pueblos”. De este gremio que en sus inicios se creó con aproximadamente 75 talabarteros de Cotacachi, Balto Cevallos fue el primer presidente y estuvo en ese cargo cinco años.

No deja de sorprender la memoria de Balto, su carisma para contar su vida y la de los amigos, su alegría cuando habla de su trabajo y de su tierra, su nostalgia por los tiempos idos y su preocupación por ser partícipe de mejores tiempos para los artesanos talabarteros de su querido Cotacachi. Balto realmente es un personaje de su pueblo.



■ Balto Cevallos, reconocido talabartero en Cotacachi.



## MILTON PROAÑO PROAÑO

*“UN COTACACHEÑO VISIONARIO Y EMPRENDEDOR”*

El 15 de abril de 1946, nace Milton Armando Proaño Proaño, del matrimonio de Carlos Armando Proaño Cobos y de Celia María Proaño Rengifo. Cuando Milton Proaño tenía apenas 6 años de edad, su padre migró a Colombia, como una gran cantidad de cotacacheños talabarteros que buscaron mejores días para sus familias; la razón de esta migración, la crisis del oficio de la talabartería luego de la Segunda Guerra Mundial.

Al poco tiempo migró su madre hacia Colombia, llevando consigo a sus hijos Marco Antonio, Mauro y Martha, excepto a Milton, él nunca quiso dejar su amado Cotacachi y se quedó con una de sus tías, a pesar que hubo más de un intento por convencerle de que también se trasladé a Bogotá. Sus padres y hermanos trabajaron en una fábrica de confección de artículos de cuero y luego, con mucho esfuerzo, se pusieron un taller propio, pero desgraciadamente no les fue tan bien en su larga estancia en Bogotá, donde nacieron dos hijos más: Carlos y Luis.

Don Milton Proaño (2018) recuerda con mucha nostalgia y alegría sus seis años de estudios de primaria en la escuela 6 de Julio de Cotacachi; considera que fue un niño normal que pasó esta etapa de su vida, entre juegos de la época, con

los amigos del barrio y compañeros de aula. Los tres primeros años de secundaria estudió en el colegio Luis Ulpiano de la Torre, época en la que su tío, Armando Proaño, le enseñó e inculcó el arte por la música. A los 14 años de edad ya tocaba y entonaba muy bien vales y pasillos. Cuando doña Inés Cevallos se desempeñaba como rectora del colegio, algo que don Milton recuerda con mucha gracia es que, debido a su corta estatura, se le hacía muy difícil leer las partituras de las canciones que entonaba con guitarra, porque estas siempre las ponían a la altura de los demás compañeros del grupo musical mucho más altos que él.

Luego de culminar el tercer curso del colegio, por los contactos de su tía, cuando fungía como rector del Colegio Central Técnico, don Rodrigo Chávez, ella la embarca en una Flota Imbabura y se traslada a la ciudad de Quito a estudiar en este prestigioso plantel de la capital. Las largas noches y madrugadas dedicadas al estudio, hizo que despertará, en don Milton, la afición a las matemáticas y el dibujo.

Una vez graduado en el colegio Central Técnico, ingresó a trabajar como profesor de dibujo técnico en el colegio de los Hermanos Cristianos en la ciudad de Quito. Pero don Milton

tenía metido en la cabeza que sería arquitecto; trató en varias ocasiones de ingresar a la facultad de Arquitectura de la Universidad Central, pero esta era una carrera cara, por lo que sus posibilidades económicas no le permitieron realizarse en esta profesión.

La vida le dio la oportunidad de trabajar por nueve años como profesor de matemáticas en Santo Domingo de los Colorados. Luego, lo que hizo que regresará a Cotacachi fue el amor, ya estaba enamorado de la que

■ Sillas de madera y cuero elaboradas y exportadas por Milton Proaño.



hoy es su esposa, la señora Maruja López. En 1976, viene a Imbabura como profesor de matemáticas del Colegio Víctor Mideros Almeida, ubicado en San Antonio de Ibarra, localidad donde también trabajaba como profesor, por horas clase, en el colegio Daniel Reyes; en ese entonces, los profesores trabajaban solo la mañana, por lo que tenía toda la tarde libre.

A pesar de tener trabajo, don Milton, no se sentía realizado económicamente, más aún cuando consideraba que tenía tiempo para alguna otra actividad económica; en ese entonces, con su esposa, con quien contrajo matrimonio en 1975, ya tenían al primer hijo. El primer negocio en que pensó fue en una panadería en Cotacachi, para ello hizo un estudio de mercado, pero se dio cuenta que la clientela sería muy limitada, ya que, en esos tiempos, las familias cotacacheñas tenían la costumbre arraigada de hacer pan en hornos de leña en sus propias casas.

El único de la familia que no había ingresado al negocio del cuero era Milton Proaño; por lo que su hermano Marco le insinuó esta labor y se comprometió a enseñarle y acompañarle hasta que se consolide en el oficio. Para ese entonces, cuando hizo un viaje de paseo a la Argentina, cerca del hotel, en Buenos Aires, donde se hospedó con los compañeros profesores, habló con el dueño de una fábrica y almacén de artículos de cuero, para que le permitiera observar todos los procesos de confección; para ello, había pedido permiso a quien estaba a cargo del tour, para que le permitiera hacer esa actividad y no la de pasearse según lo programado.

Las enseñanzas y anotaciones que realizó en esa especie de pasantía laboral en Buenos Aires, durante 15 días, cambió su mente y su vida. El dueño de la factoría le manifestó que, si quiere progresar en el negocio, lo primero que tiene es que adquirir maquinaria alemana e hilo italiano, de esa manera se garantiza parte de la calidad.





■ Ángel Isaac López, suegro de Milton Proaño, propietario de la ferretería del parque en Cotacachi.

Aprendió que hay que saber cortar el cuero sin esperar ahorrar, el desperdicio del corte del cuero en la confección de chompas, luego deberá ser utilizado para la confección de marroquinería; es decir, para elaborar productos de tamaño relativamente pequeño como carteras, chaucheras, billeteras, monederos, correas, etc.

Don Milton manifiesta que, lamentablemente en Cotacachi, la mayoría de los artesanos, no dimensionan la importancia de la calidad en la confección de productos de cuero. En Buenos Aires aprendió muchos "trucos" o secretos tales como: el probar el cuero para ver la calidad del tinturado, escoger cuero de calidad para determinados productos, determinar la elasticidad del cuero, el tipo de planchado y batanado del cuero para la confección según el tipo de producto, cómo hacer que el detal del corte sea optimizado para que financie otras actividades del negocio, etc.

Todo lo aprendido y deducido le impulsó a que, a finales de 1976, arriende una casa en pleno Diablo Calle, donde instalaría su propio taller de confección de productos de cuero. Siempre tuvo "clara la película" de que su tarea sería confeccionar productos de calidad, para lo cual fue fundamental la contratación de personal calificado. Don Milton viajó a Quisapincha y contrató a un maestro y sus dos ayudantes: Luis Pombosa y Pedro Nuñez, a quienes los trajo a su taller a Cotacachi pagándoles el sueldo, estadía y alimentación; también contrató a gente de Cotacachi, entre ellos a Gerardina García. Con este grupo de trabajadores y el asesoramiento de su hermano Marco, empezaba producir chompas cortas con un financiamiento del Banco de Fomento; el cuero lo adquiría en la fábrica de curtiembres de Ibarra del señor Enrique Arias.

Cuando tuvo confeccionadas la primera docena de chompas se hizo la gran pregunta ¿ahora dónde las comercializo?, no tenía donde venderlas; ante lo cual, tomó su carro y se fue a la ciudad de Ipiales, Colombia, donde visitó los almacenes de la familia Nazur, unos empresarios turcos asentados en esa localidad. Al gerente de los almacenes le gustó las chompas, pero quiso que don Milton las deje a comisión; le rogó tanto que las compre que, al final, solo le compró una sola chompa a 60 USD, al menos ya tenía para el almuerzo y el combustible del carro.

Con las chompas restantes no vendidas en Ipiales, no sabía dónde comercializarlas, así que se dirigió a la ciudad de Iba-

rra, de manera específica, al almacén “El Centro del Descuento” que existía en plena calle Bolívar, cuyo dueño era el señor Miguel Madera, a quien le gustó el producto, por la calidad de material y acabados, por lo que le recibió a comisión las chompas. Tal era la desesperación de don Milton, que todos los días se acercaba a las vitrinas del almacén a observar si se habían vendido. Cuando al poco tiempo miró que ya solo estaban 3 en las vitrinas, le embargó una felicidad inmensa y se convenció que había un potencial mercado para sus productos.

A los quince días, el señor Madera, le hizo un segundo pedido, pero esta vez el almacén ya pagó por las chompas. Luego, mensualmente, empezó a entregarle 30 chompas, pero le pidió exclusividad durante un año; enseguida se empezó a vender en el Centro del Descuento hasta 100 chompas mensuales, para satisfacer esa demanda, don Milton, inició a maquilar sus chompas en Ambato ya que nadie hacía este producto en Cotacachi; solo a veces el papá de Marco Proaño hacía chompas un tanto artesanales. Milton Proaño recuerda que los modelos de las primeras chompas las trajo de Argentina.

El negocio empezó a des-  
puntar de manera un tanto  
inesperada, por lo que com-  
plementaba la comercializa-  
ción de chompas con la de  
carteras y otros productos  
que mandaba a confeccionar  
a varios artesanos de co-  
tacacheños como de Pepe  
“Cutufa”, “Chucho” Sánchez  
y otros. En 1978, la suegra  
de don Milton les da un apo-  
yo fundamental para el de-  
sarrollo del negocio, es así  
que le regala una casa en  
plena calle 10 de Agosto,  
donde pondrían el primer  
almacén de chompas en  
Cotacachi

y artículos de cuero complementarios; tenían a la venta: pantalones de vestir, faldas, zamarros, chaquetas, monturas, guantes, pantalones de montar, botas tejanas y varios productos más, muchos de los cuales los traía de Cuenca y Ambato. El nombre que le pondría a ese almacén sería “Ángelo”, en honor a su suegro don Ángel Isaac López Albuja y

■ Lugar donde funcionó el primer taller de Milton Proaño (casa rosada de la izquierda) en el tradicional barrio de talabarteros Diablo Calle.



a su primer hijo Ángel Paúl, luego vendrían sus otros dos hijos: María Salomé y Milton Javier.

Don Ángel López, suegro de Milton Proaño, inicialmente tenía una especie de almacén, ubicado en la calle García Moreno, a unos metros hacia el norte de la esquina de la Iglesia (abajo de la casa de Tico Gómez) donde vendía todo tipo de errajes para los talabarteros de Cotacachi; también comercializaba zapatos mandados a confeccionar a artesanos de la localidad. Posteriormente su almacén lo trasladó al parque central y lo convirtió en una ferretería. Su hija, Maruja López (2018), recuerda a su padre vendiendo la suela, estirada en la vereda frente al almacén, por cuartas a los artesanos, también en ese almacén se vendía cuadernos y otros productos, siempre con un profundo compromiso por ayudar a sus coterráneos.



■ Maruja López Morán, esposa de Milton Proaño.

Inicialmente la esposa de don Milton, Maruja López, tenía serias dudas de abrir un almacén ya que aseguraba que también es necesario tener un ingreso fijo para el hogar, y eso lo daba su trabajo en el economato del Hospital de Cotacachi; además, al no estar relacionada directamente con el negocio del cuero, veía que los espacios de su casa progresivamente eran invadidos por la mercadería que se confeccionaba, eso no le agradaba mucho. Cuando ya el almacén fue produciendo ingresos económicos, don Milton se valió de un tío de su esposa para que le exija que deje el trabajo del hospital y se dedique a ayudar en el negocio al marido, ya que la contabilidad y control del negocio, hacía necesario que lo haga una experta en el área, por supuesto, ella era la indicada.

Retomando el tema del almacén “Ángelo”, este fue decorado totalmente por don Milton Proaño, puso en práctica sus habilidades aprendidas como docente de dibujo técnico; no se le pasó por alto ningún detalle para que sea un atractivo para el cliente. Desde el inicio, el almacén tuvo acogida para los turistas nacionales y especialmente para los internacionales. Un factor determinante para el éxito del almacén, fue ser el primero de su clase en Cotacachi en trabajar con tarjetas de crédito y aceptando en efectivo, tanto sucres como dólares. Le fue tan bien en el negocio que, don Milton, lamenta no haber podido seguir entregando mercadería al almacén el

Centro del Descuento en Ibarra. En “Ángelo” se llegó a vender más de 250 chompas a la semana y más de 100 botas tejanas semanales; tal era la fama del negocio que llegaban buses enteros con turistas nacionales y extranjeros a comprar sus productos; cuando requerían comprar botas tenía que solicitar a los más de 60 visitantes que hagan cola, en la puerta de ingreso al local, para hacerles pasar en grupos pequeños a probarse las botas antes de comprar. También llegaban delegaciones enteras de embajadas, tal es así que, en más de una ocasión, vino gente muy importante en helicóptero, que este medio de transporte tuvo que aterrizar en el estadio de Cotacachi.

Con el almacén “Ángelo” consolidado, don Milton abrió más almacenes: cinco en total en Cotacachi, dos en Otavalo y uno en Quito, de esta manera se dio cuenta que estaba dando trabajo a mucha gente y aportando al desarrollo turístico, social y económico de la tierra que le vio nacer. Para ello, ya fue necesario la contratación de un diseñador exclusivo, es así que trajo a Guillermo Taco desde la ciudad de Ambato. Sus productos, especialmente ropa de cuero, baúles de madera con cuero y muebles se llegaron a exportar a Colombia, EEUU, Venezuela y Europa.

Don Milton recuerda que la época de mayores ventas en el almacén fue la década de los 80 del siglo pasado, en especial en la presidencia de León Febres Cordero; además sostiene que, en esos años, Cotacachi estuvo económicamente mucho mejor que los demás cantones de la provincia de Imbabura.

Fue en esas épocas que don Milton también incurrió en la producción de muebles de madera, que los comercializaba en el almacén, especialmente aquellos con acabados de cuero; para ello se puso una fábrica, que aún la tiene, en la que laboraban más de 30 trabajadores. Toda esta actividad empresarial le permitió generar ingresos para incursionar en la floricultura, llegando a tener más de 30 hectáreas cultivadas de flores, lo que además generó más de 280 fuentes de trabajo directos para su cantón.

Definitivamente, Milton Proaño fue quien primero incursionó con la venta de ropa de cuero en la calle 10 de agosto, a él le siguieron Hernán Caiza, don Rodas, Pepe Andrade, Leoncio Albuja y otros

■ Milton Proaño, antes talabartero, hoy empresario exitoso.

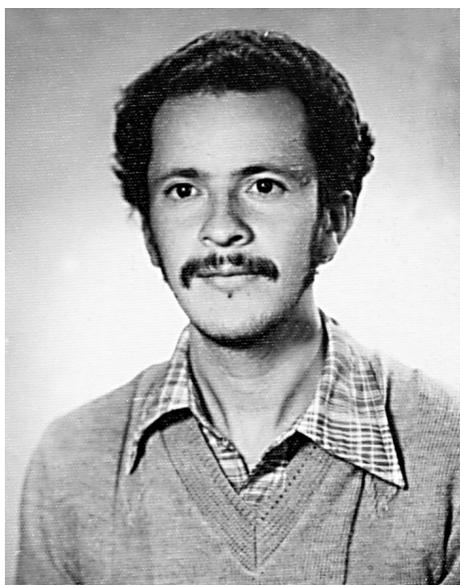


más. A muchos afuereños que incursionaron en este negocio en Cotacachi, inicialmente los trajo don Milton a que trabajen con él, entre otros se refiere a don Rodas y don Sandoval, este último vino exclusivamente a confeccionar botas de cuero. Muchos de los trabajadores que le colaboraron a don Milton Proaño se independizaron, pusieron sus propios negocios y talleres con su ayuda económica; él siempre entendió que ese es el ritmo de la vida y que el impulso y solidaridad son fundamentales para la realización de las personas.

Su convicción sobre el trabajo organizado y la asociatividad, llevó a que Milton Proaño siempre estuviera apoyando a la Sociedad de Artesanos de Cotacachi; también estuvo al frente de la conformación de la Cámara de Comercio, era el año de 1989, desde ese gremio, generó políticas y acciones para mejores días de los artesanos y emprendedores de su ciudad y cantón.

Don Milton recuerda que, en todos sus viajes al exterior, que de paso son muchos, siempre estuvo atento y curioso a las novedades de la industria de la confección en cuero; lo que aprendía y veía trataba de ponerlo en práctica, es así que recuerda, con mucha gracia, cómo en cierta ocasión observó en un parque de Sao Paulo, Brasil, a un señor que, con el cuero recién curtido, hacía una especie de falda, terno de baño y sostén con flecos muy bonito y de manera rápida. Esta experiencia la puso en práctica en Cotacachi con una modelo en una pasarela de una feria exposición que se desarrolló hace algunos años; recuerda que quedaron espectaculares sus diseños con la técnica aprendida.

También incursionó en el diseño y confección de camisas de hombre, de cuello y manga. Su habilidad era tal, que con un pirógrafo ponía detalles a las camisas de cuero, las mismas que lucían muy bien en las vitrinas del almacén; es más, había hombres que se llevaban por docenas estas camisas. Actualmente, Milton Proaño ha incursionado en otra actividad económica, la construcción de urbanizaciones de vivienda de alta gama, donde las casas son realmente hermosas, con diseños rurales y materiales del medio que se venden especialmente a clientes extranjeros que quieren pasar en Cotacachi sus días en paz y en un ambiente rodeado de naturaleza pura. Milton Proaño y su familia, definitivamente, han marcado y están marcando una huella positiva en la sociedad cotacacheña, su calidad humana y su visión de futuro todavía tienen para dar más.



## EL “NEGRITO” JORGE GONZÁLEZ PROAÑO

*“LO ARTÍSTICO DEL REPUJADO EN CUERO Y LA SENCILLEZ A FLOR DE  
PIEL DE UN HOMBRE BUENO”*

A sus 73 años, Jorge Humberto Ladislao González Proaño, es el menor de cuatro hermanos: Julio, Cecilia, Emma y Jorge, más conocido en el barrio y en toda la ciudad de Cotacachi como “Negrito González”. Él todavía trabaja en su taller de talabartería en el famoso barrio Diablo Calle, aunque ahora hace solo trabajos esporádicos, fundamentalmente de prensado y desbastado, para otros talabarteros que solicitan sus servicios. El “Negrito” González es la tercera generación de talabarteros; comenta que su abuelo, Nicolás González, casado con doña Griselda, a inicios del siglo pasado elaboraba en el taller unas hermosas monturas muy cotizadas en la provincia de Imbabura y país; mientras que, su padre, Humberto González, quien murió en el 2002 a la edad de 93 años y cuya esposa fue Esperanza Proaño, en su taller se dedicaba básicamente a confeccionar maletas, portafolios, carteras y chaucheras.

En el taller de Humberto González, se trabajaban con mucha alegría, entre otros, los oficiales: Gilberto Sarzosa, Luis Sarzosa y Carlos Andramunio. Una de las ventajas de este taller era que aquí el cuero utilizado para elaborar los diferentes



■ Silla repujada por el "Negrito" González.

productos se lo curtía, pero también se lo compraba ya preparado. Para curtir el cuero, recuerda el "Negrito" González, que se dirigían los operarios las mañanas a lavar el cuero en el río Machángara, cargando en el hombro un palo largo del que pendían a los extremos un par de piezas de cuero, una vez en el río cada talabartero tenía ya su propio lugar para lavar el cuero, en donde una vez que se lo sumergía, lo pisoteaban y golpeaban.

Negrito González (2008) manifiesta que su padre, para curtir el cuero, primero lo ponían en cal viva, luego lo cocinaban con guarango para inmediatamente lavarlo, a continuación el proceso consistía en templar y secar la pieza de cuero en tableros de madera que normalmente los colocaban en la vereda de calle del taller, lo que hacía que los transeúntes del barrio siempre perciban ese olor característico del cuero mientras caminaban; el proceso continuaba dándole fondo al cuero con tinta y finalmente al cuero se le pasaba un par de manos de charol, preparado artesanalmente en el mismo taller. Cuando el cuero era para muebles, este se utilizaba al natural y luego se repujaba los relieves, para finalmente sombreado.

■ Negrito González junto a sus padres, Humberto González y Esperanza Proaño.



Negrito González se inició en la talabartería desde muy niño, las tardes ayudaba a su padre luego de regresar de la escuela; cuando ya joven, en el colegio siguió ayudando a su padre, luego de regresar de la jornada académica. Las actividades en el taller de su padre eran fundamentalmente las de cosido de las chaucheras. Posteriormente, su padre, con mucho sacrificio le envió a estudiar a Quito en el ese entonces famoso Instituto Central Técnico, pero la situación económica era difícil para un joven estudiante en la capital de la república, por lo que decidió, luego de las clases en el instituto, trabajar en las tardes y noches en la talabartería de su tío Eloy Proaño Vacas.

El taller de don Eloy Proaño tenía mucha fama y prestigio en Quito, se dedicaban al repujado en cuero. Fue en este taller donde aprendió muchas actividades de la talabartería que no sabía hasta ese entonces. Antes de terminar sus estudios en el Central Técnico, tomó la decisión de regresar a su querido Cotacachi, aprovechando que su hermano Julio González, luego de pasar varios años en Bogotá

dedicado a la talabartería en la época de la crisis económica de Cotacachi de finales de la década de los cuarenta e inicios de los cincuenta del siglo pasado, también regresó a Cotacachi a ponerse un taller.

Junto a su hermano tuvieron una época de cierta bonanza laboral en el taller, inclusive las veladas eran frecuentes por la demanda de maletas y billeteras. A los pocos años de trabajar con su hermano, el "Negrito" González, se

independizó y luego de separarse de su mujer, con quien procreó sus hijos Jorge y Raúl, se fue nuevamente a Quito a trabajar en marroquinería por doce años en la fábrica "Propago", fue el lugar donde se perfeccionó en el oficio de la talabartería. Atraído por su tierra y recuerdos, el Negro, regresa nuevamente a Cotacachi a montarse el taller al que le puso el nombre de Manufacturas González, donde tomó como operarios básicamente a jóvenes del barrio, de quienes recuerda a: Rolando Saltos, Bolo Terán, Pepe Gómez, Estalin Terán, hermanos Albuja, y otros más. Le fue muy bien en el taller, tal es así que, le compraban al por mayor sus repujados y demás productos para ser exportados a los EEUU.

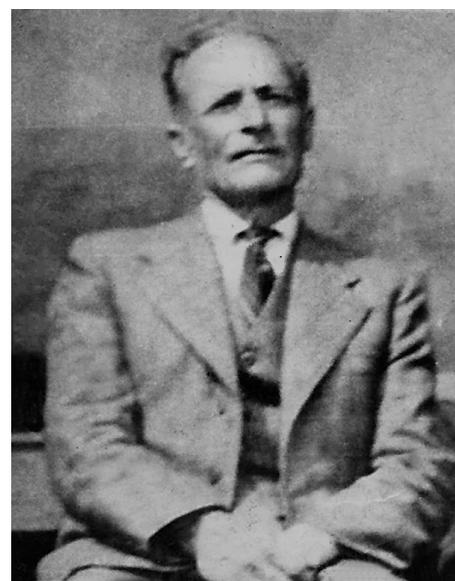
En su taller se trabajaba muy duro, pero también se divertía mientras había como hacerlo; la comida preparada por los mismos operarios para aguantar largas horas de trabajo era frecuente, se la sentía tan rica que, casi siempre, todos se repetían el plato de comida preparado. Unas cuantas copas de licor a veces también era necesario para alegrar las noches de velada y calmar las frías madrugadas; tomar unas buenas "puntas" de Intag era sabroso y con el pasar de los años ya se mejoró de marca de licor consumido, se pasó al famoso y cotizado licor anisado Norteño (González, 2008).

Con el pasar de los años se fue despechando del negocio porque los compradores ya no eran puntuales en sus pagos y le quedaban mal permanentemente. Hace unos cuatro años decidió dejar de trabajar a tiempo completo en la talabartería



■ Tablero de bajo relieve junto a cuero ya repujado.

■ Nicolás González, abuelo del "Negrito" González.



ría y dedicarse solo a trabajos puntuales. Actualmente Jorge González vive solo en la casa donde tiene su taller, como recuerdos de su vida y de esas épocas doradas de su tala-bartería, tiene colgadas en la pared de la sala y taller, una gran cantidad de fotografías muy antiguas del barrio Diablo Calle, de sus familiares, de sus amigos del taller de Quito, de sus actividades en el taller y de su “jorga” de amigos de Co-

tacachi: Flavio Proaño, Balto Cevallos, Gonzalo Echeverría, Jorge Echeverría y otros. Nombrar a esos personajes de las fotografías le cambia el semblante e inclusive se le humedecen los ojos de la alegría y de los buenos recuerdos.

Con mucho orgullo indica la antigua maquinaria de hierro con la que trabajaba y varios de sus trabajos termi-

nados que todavía los mantiene como evidencia de la calidad de su trabajo, en especial los repujados en cuero que sirven de espaldas y asiento de hermosas sillas de su sala. Jorge también nos indica las herramientas que de seguro fueron sus compañeras inseparables y una gran cantidad de moldes de madera para el repujado, moldes con temas muy variados y tallados con gran habilidad, lo que demuestra sus dotes artísticos.

La sala y taller de Jorge González tiene un olor nostálgico, a Diablo Calle, a un pasado grandioso; con emoción indica un par bicicletas, en las que todavía hace deporte y reta a que uno de estos días se le acompañe a “cicliar”. En sus manos se evidencia trabajo tesonero, en sus palabras se puede apreciar honradez y en sus ojos, nostalgia por los recuerdos.



■ De izquierda a derecha; Hernán Gómez, Negro González, Vicente Terán García, Ernesto Gómez, Nicolás Sánchez, Marcelo García Cobos, Vicente Ubidia, Camilo Haro y Rubén Vaca durante la clásica ciclista en Cotacachi, 1969.



## **JORGE ALFONSO ECHEVERRÍA**

### *“LA ALEGRÍA DEL TRABAJO EN EL TALLER Y LA VIDA DEL TALABARTERO EN COMUNIDAD”*

La señora Sirita Echeverría de Yépez, relata que su padre, don Jorge Alfonso Echeverría, conjuntamente con el tío del padre, don Avelino Gómez, tenían un taller de talabartería relativamente grande ubicado en las calles González Suarez y 9 de Octubre. Trabajaban como quince operarios en el taller, entre ellos los primos Gómez hijos de don Jorge: Paco, Edmundo, Arturo, Hugo y Alberto, también había algunos operarios del sector de El Ejido. El cuero para los trabajos que el taller realizaba lo compraban generalmente los viernes, en la plaza de Cotacachi, lugar al que acudían negociantes de la ciudad de Otavalo que tenían curtiembres, y claro, a finales de la década de los 30 y hasta mediados de la década de los 40 del siglo pasado, que fueron las mejores épocas de los talleres, los dueños de las talabarterías, prácticamente, se peleaban por comprar los mejores cueros que eran expuestos en filas sobre el piso de la plaza.

Sira Echeverría (2008), expresa que el cuero se lo adquiría según el uso que se le vaya a dar en el taller y su grosor dependía si era para maletas, carteras, chaucheras, correas, etc. Una vez comprado el cuero crudo, tenía que ser tratado, ra-

zón por la cual era común que, frente a la casa, en la calle, en unos caballetes de madera, se proceda a la “descarnada y estirada” para que el cuero quede blando y se lo pueda trabajar.

Otra actividad cotidiana de la talabartería era el lavado del cuero, que se lo realizaba en el río Pichaví; para ello, primero había que transportarlo normalmente entre dos personas que en el hombro cargaban un palo largo de eucalipto por los extremos, sobre el que se colgaban varias piezas de cuero para lavarlos en el caudal del río. En aquel entonces ese era un verdadero río que, muy frecuentemente, en la época de lluvias “crecía”, no como ahora que prácticamente se ha convertido en una acequia (Echeverría, 2008).

Este trabajo muy duro, del lavado del cuero, se lo dejaban a los operarios fuertes y de más bajo rango que, normalmente, eran hombres de los barrios o parroquias aledaños a la ciudad como: El Ejido, San José y Quiroga. Había que poner la pieza de cuero en la corriente de agua, luego el operario, descalzo y con los pantalones arremangados hasta sobre las rodillas, fregaba el cuero por varias horas con las plantas de los pies, razón por la cual era fácil reconocer a los lavadores de cuero de esa época, la blancura extrema de sus piernas, en comparación con las demás partes del su cuerpo, los delataba.

■ Avelino Gómez en Bogotá.



En el taller de don Jorge Echeverría, en los años de apogeo, los gringos hacían el pedido de cartucheras, cigarreras y portadocumentos por gruesas (una gruesa son 12 docenas), productos que se enviaban a los soldados que combatían en la Segunda Guerra Mundial contra los nazis. Fue tan bueno el negocio de las talabarterías que, inclusive los niños muy pequeños, trabajaban contratados por los norteamericanos que hacían los pedidos de los productos de cuero; se los pagaba cinco sucres para acomodar los cigarreras y cartucheras en las grandes cajas de cartón en la que no cabían los adultos; ese era un platal en esa época para un niño, dinero que servía en su mayor parte para comprar golosinas. También los “guambras” ganaban lujando; es decir, ponían con una brocha la tinta en el cuero y luego la cera de una esperma, para finalmente sacar brillo al producto.

La elaboración de cartucheras, chaucheras, cigarreras, carteras y portacédulas, generaba trabajo a muchas mujeres de Cotacachi que se dedicaban, al interior de su casa o en la puerta de calle de la misma, a coser a dos agujas, para ello “changaban” la mordaza y cosían a una velocidad tal,

que siempre se les admiró por su precisión y versatilidad. Doña Sira manifiesta que, al menos en su casa, a las dos hijas muy pequeñas no se les permitía entrar al taller; su madre sí lo hacía, ella trabajaba muy duro lijando en el taller. Las niñas de la casa, todo veían de “ladito” o escuchaban desde el interior de la casa lo que pasa en el taller. Cuenta que, de lo que recuerda, los talleres más grandes eran de: don Tarquino Guzmán, don Alfonso Albuja, don Pancho Proaño, don Alberto Andrade, etc.; mientras que talleres más pequeños eran los de Diablo Calle como los de: Ermel Sánchez y su hermano Polibio, Camilo Haro, Lucho Estrada, Enrique Moreno, Camilo Haro, etc.

Algo hermoso que se daba en los talleres, en la primera mitad del siglo pasado, es que estos se convertían en puntos de encuentros para músicos y bohemios. Varios talleres tenían sus propios grupos musicales y guitarristas aficionados; en el caso del taller de don Jorge, aquí se concentraban algunas tardes y noches de la semana músicos como Armando Hidrobo, Edmundo Muñoz y Rubén Jaramillo; en muchas ocasiones, con la música que deleitaba el trio, la noche les agarraba en el taller con una copa en mano.

Sirita Echeverría recuerda con mucha alegría y nostalgia que, en el taller de su padre, como en casi todos los demás, los operarios trabajaban al son de los silbidos con los que entonaban canciones de la época, esta era la manera de que las largas horas de trabajo y las “veladas” en el taller pasen amenas y rápidas. La habilidad de los operarios para entonar canciones silbando, era tal que formaban dúos, tríos y cuartetos; en muchas ocasiones se formaba una especie de sinfónica de tonos con todos los trabajadores del taller silbando las canciones de Navidad, Semana Santa y en general, de las festividades de la época. Se oían hermosísimas canciones, hasta varios metros fuera del taller, de tal manera que eran un deleite para los vecinos y transeúntes.

Otra de las características del taller de don Jorge Echeverría fue que sus operarios eran considerados “machos para co-



■ Armando Hidrobo, con su violín, visitaba el taller de Jorge Alfonso Echeverría.

mer"; es decir, buenos para comer. Acostumbraban en las tardes o al llegar la noche, servirse unas papas cocinadas con "sardinón". Los operarios de El Ejido, a veces, traían comida para todos los compañeros del taller; recuerda doña Sirta que un operario llamado Medardo, traía porotos tiernos cocinados por la abuela, los mismos que eran tan ricos que, los varones del taller, prácticamente hacían una faenita con ellos; normalmente pedían hojas de col, que las tomaban del terreno de la casa de don Jorge, para que sirvan de una especie de plato para poner los sabrosos porotos que se los comía con manteca de chacho, sal, ají y perejil.

No podía faltar el buen humor del artesano cotacacheño, las risas eran permanentes en el taller de don Jorge; las vaciladas, las burlas y los apodosos que ponían a medio mundo fueron la constante de los trabajadores del taller.

El dueño de una panadería de la esquina de la casa de don Jorge, que los talabarteros del taller le apodaron "Don Julio Tren", era un señor muy serio, culto y de gran tamaño, cuyo sobrenombre provenía del sonido que producía de su forma dura y firme de dar los pasos cuando cargaba, para su panadería, dos quintales de harina, uno bajo el brazo y el otro al hombro. Se recuerda, con mucha gracia que, en cierta ocasión, mientras don Julio "Tren" pasaba por frente al taller, un par de operarios que estaban en la puerta de la calle, burlonamente remedaron el sonido del tren (chuku, chuku, chuku, buu, buu,..) haciendo alusión a su apodo; él, muy caballerosamente se regresó y les manifestó ¿Acaso, yo no puedo andar tranquila y libremente por la calle sin que me molesten?, y otro operario, muy bandido, desde el interior del taller, contestó con una voz grave y pausada: "noooo, porque en la calle todavía no se instala las rieles". Esto fue motivo de risotadas de todos quienes estaban en el taller y una muy leve sonrisa de don Julio, quién prosiguió en su camino de manera tranquila y seria.

Para los operarios del taller era una emoción que llegue el viernes, ya que ese día se pagaba la semana, dinero con el cual, el sábado, se compraba a los "matacuchis" la carne de chanco para hacer la fritada; seguramente, en esas épocas de bonanza de Cotacachi se instituyó que, en casi todos los hogares, se coma fritada los sábados. También se notaba la opulencia de los talabarteros los domingos de mercado, por las compras que hacían las amas de casa, quienes adquirían productos en grandes cantidades con los típicos canastos grandes de carrizo que, por el peso y cantidad de compras



adquiridos, casi siempre tenían la necesidad de que un cargador de confianza, generalmente indígena, lleve el canasto lleno a la casa.

Luego de la Segunda Guerra Mundial, el taller de don Jorge trabajó unos pocos años más, ya solo hacían monederos tipo “yo yo” y algunos otros productos de cuero. El negocio fue decayendo y la demanda de estos solo era provincial y nacional. Ante la decadencia del negocio de la talabartería, el tío de don Jorge, don Avelino Gómez, tomó la decisión de migrar a Colombia, de manera específica a la ciudad de Bogotá, como muchos talabarteros de Cotacachi. Esa bonanza económica del pueblo catacacheño, comparada, a la que la ciudad vecina de Atuntaqui la tuvo en la época de la Fábrica Textil Imbabura, llegó a su fin, y con ello una decadencia que duraría varios años.

■ Integrantes del grupo musical Cotacachi. De izquierda a derecha, de pie: José Moreno, Tarquino Guzmán, Alfonso Echeverría (primo de Jorge Alfonso Echeverría), Germán Proaño, Humberto Chaves y Eduardo Saltos. Abajo: Armando Hidrobo, Rubén Jaramillo y Nicolás Sánchez.





## **MEDARDO MEZA**

*“TODA UNA VIDA DEDICADA A SERVIR A SU PUEBLO”*

Don Medardo Meza es uno de los cotacacheños más reconocidos y queridos en su pueblo, su carisma, don de gente y personalidad, hace que todo el mundo en Cotacachi, hasta la actualidad, le salude con respeto y admiración. Nació un 23 de abril de 1929, como la mayoría de adolescentes de su época, a los 13 años su padre le manifestó que tiene aprender un oficio, razón por la cual le ingresaron en calidad de aprendiz al taller de monturas de don Rafael Ubidia, uno de los primeros talabarteros de Cotacachi.

Medardo Meza (2018), recuerda que, cuando niño, trabajaba en taller de “Rafico” Ubidia cosiendo los correaes de las monturas; en ese taller había otros dos compañeros que tenían un poco más de experiencia en la talabartería, eran los operarios Alberto Morales y Benigno Vaca, el primero del barrio El Ejido.

En los años 30 del siglo pasado, según don Medardo, el mejor talabartero era “Rafico” Ubidia, las monturas que él elaboraba eran inigualables por la calidad del material utilizado y por los hermosos acabados, casi siempre tenía mucho trabajo por la gran demanda de sus productos, en especial de los hacendados del lugar. También, en esos años tenían talleres de monturas: Isaac Sánchez, Rogelio Sánchez y Alberto Sánchez.

Habían semanas en las que no se vendía corrajes ni monturas, por lo que don Ubidia le decía a Medardo Meza “Ve patojo, no ha caído nada esta semana, así que hoy no hay paga”; en cambio cuando si había trabajo, don Ubidia le manifestaba con mucha alegría “Patojito, esta semana si me pagaron, por lo tanto toma estos 5 sucres”.



■ Medardo Meza y su esposa Alicia Acosta.

Luego de unos cuantos años trabajando para don Rafael Ubidia, al regreso de la conscripción, trabajó como oficial en el taller de don Enrique Buitrón, donde confeccionaba maletas, cartapacios y otras cosas pequeñas de cuero. Posteriormente, se pasó a trabajar en la talabartería de Lucho Sánchez.

Don Medardo Meza recuerda con orgullo que, un día cansado de que le paguen poco en los talleres de talabartería, decidió independizarse con un poquito de dinero que tenía ahorrado; es así que un día, siendo muy joven, tal vez unos 20 años, tomó el bus a Otavalo y se fue a comprar cuero para elaborar corrajes para las monturas, materiales para arrieros y vaqueros que era lo que más sabía hacer.



■ Medardo Meza en la actualidad.

Don Medardo reconoce que era muy malo comercializando productos, por lo que le pidió a su padre que le dé vendiendo sus manufacturas de cuero. Su padre se trasladaba a la ciudad de Otavalo los días sábados a vender el corraje elaborado por don Medardo; pero esto no duró mucho tiempo, dejó la talabartería porque en el año 1950 tuvo la oportunidad de ingresar a trabajar en el municipio de Cotacachi hasta su jubilación.

Hoy con 90 años de edad, don Medardo Meza, con su sonrisa infaltable, sentado en la sala de su hogar y siempre acompañado de su amada esposa, doña Alicia Acosta, se siente orgulloso de su vida como talabartero y como funcionario público en el municipio de Cotacachi, lugar al que sirvió con responsabilidad, por más de cuarenta años, como prosecretario. Este par de esposos abnegados también se llenan de felicidad cuando nombran a sus hijos: Sonia, que trabaja en la biblioteca del municipio de Cotacachi y Washington, quien vive en Bogotá y que se casó con una hija de Jaime Benítez, un migrante talabartero radicado en Bogotá que trabajó para la fábrica Jugar.

Sin lugar a dudas que don Medardo, por su calidad de gente y aporte a su tierra, merece un justo homenaje de sus coterriños. Su vida entera la dedicó a servir a los demás, de una manera desinteresada y siempre con la sonrisa en los labios.

■ Arriba, de izquierda a derecha: Julio Sarzosa, Luis Gilberto Galindo, Guillermo Grijalva, Carlos Proaño Checa, Manuel Terán, Andrés Paz, Guillermo Sánchez, Carlos Eladio Saltos, Raúl Paz, Fausto Romero y Luis Morales. Abajo, de izquierda a derecha: Segundo Morales, Hermógenes Alencastro, Medardo Meza, José Proaño Morillo, Humberto Meza, Mercedes Grijalva, Claritza Gavilanes, Martha Pérez y Daniel Meza. Abajo, sentados de izquierda a derecha: Eduardo Arellano, Luis Andrade, Arsuro Toro y Rigoberto Sarzosa.





■ Club Los Norteños, de izquierda a derecha: ..... , ..... , Jorge "Tito" Yépez, ..... , Pedro Proaño, Carlos Mejía, Carlos Yépez; abajo: Rodrigo Gómez, Medardo Meza, Floresmilo Narváez y Carlos Sánchez.



■ Medardo Meza, cumpliendo la conscripción en 1947, junto a Jaime Benítez, Germán Proaño (con la acordeón) y Oswaldo Rueda.



■ Medardo Meza y su esposa Alicia Acosta.



## MILTON ELÍAS LARA Y LUTGARDA GÓMEZ

*“UNA FAMILIA QUE TRASCENDIÓ EN COLOMBIA Y COTACACHI”*

Nidia Lutgarda Gómez Gómez, esposa de Milton Elías Lara Echeverría, un talabartero catacacheño, con quien formaron una hermosa familia que procrearon 4 hijos, ninguno de ellos es talabartero. Esta pareja de esposos tiene una historia de vida familiar apasionante que refleja el sacrificio, esfuerzo, perseverancia y amor a su pueblo; esta historia de vida, es un ejemplo de amor y superación de aquellas personas y familias talabarteras cotacacheñas que migraron hacia Colombia a buscar mejores días para los suyos.

Doña Lutgarda es hija de Edmundo Gómez Moreno y Alina Gómez, primos entre sí; su padre era empleado público, pero también hacía sus “chauchitas” como talabartero en el taller de don Tarquino Guzmán. Su abuelo paterno, Modesto Gómez, fue un zapatero muy conocido en el pueblo que, en ciertas etapas de su vida, como la mayoría de hombres cotacacheños, también fue talabartero; mientras su suegro, el talabartero Teodomiro Lara, fue uno de los primeros en migrar a Bogotá en compañía de toda su familia.

En 1953, cuando doña Lutgarda era niña, su padre, Edmundo Gómez, le vino a llevar a Bogotá, él había migrado a Colombia sin su familia, pero acompañado de varios coterráneos. (Gómez, 2019), recuerda por comentarios de su padre, que

quince fueron los primeros talabarteros que se establecieron en Bogotá, luego de la crisis de los talabarteros cuando se acabó la Segunda Guerra Mundial, de estos recuerda a: Julio Proaño, Julio Moreno, Paco Cabascango; Jaime y Carlos Benitez, Humberto Albuja, Chucho Sánchez, Teodomiro Lara (suegro de Lutgarda), Avelino Gómez, Edmundo Gómez (padre de Lutgarda), Gilberto Toro, Marco Moreno, Gustavo Gómez, José Proaño y Gustavo Baroja. Todos ellos, de inicio, fueron a trabajar en la fábrica de marroquinería La Jugar. De a poco, con el pasar del tiempo, la mayoría de estos inmigrantes, llevaron a sus familias para hacer más llevadera la vida en tierras lejanas.

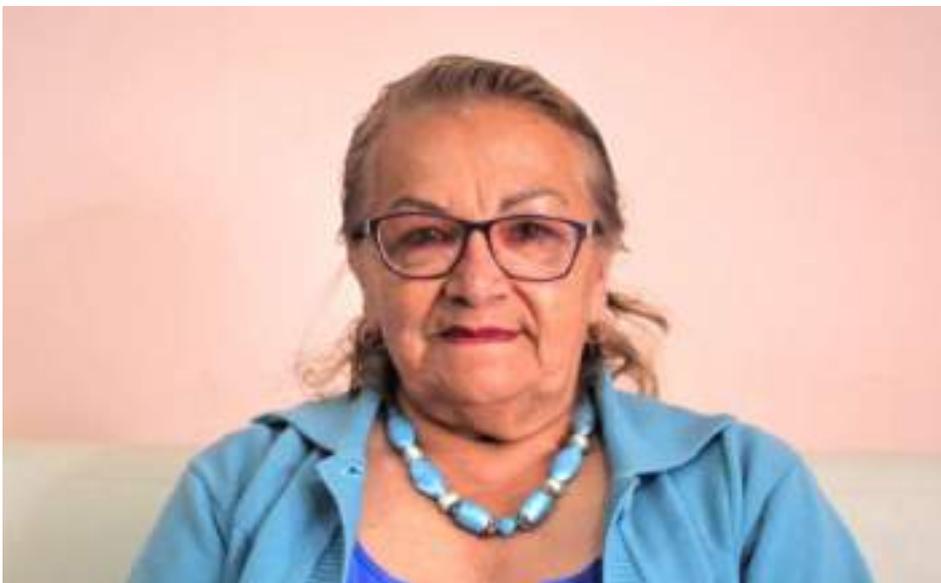
Un dato interesante es el hecho de que la fábrica La Jugar, cuyos dueños eran la familia González, con la llegada de los artesanos cotacacheños diversificó sus productos, porque en ellos se observó una serie de habilidades para elaborar otros artículos de cuero como: maletas, bolsos de cuero, papeletras, etc.

En una de las vacaciones que vino Milton Lara a Cotacachi, allá en el año 1968, se enamora de Lutgarda Gómez, y ocho días antes de que Milton regrese a Bogotá, deciden casarse; Lutgarda recién cumplía 21 años de edad. La fiesta de matrimonio fue maravillosa por la ayuda que recibió de la mayoría de sus familiares; es más, en la recepción a los invitados del matrimonio, se contrató para que amenice la fiesta, a la famosa orquesta "Los Pacharacos" conformada por Arturo Toro, los hermanos Delgado y otros músicos de la tierra. Al siguiente día de la boda, hicieron maletas y viajaron, durante cuatro días, por tierra a Bogotá; para ella se hizo una travesía

eterna, ya que era la primera vez que viajaba tantos días en bus.

Cuando el flamante matrimonio llegó a Bogotá, de inicio, no fueron muy bien recibidos por los padres del esposo; allí jugó un papel muy importante un tío de don Milton Lara, que le quería mucho. Ya limadas asperezas con la nueva familia, a los 8 días de su llegada, unos treinta paisanos les hicieron una hermosa fiesta de bienveni-

■ Lutgarda Gómez, esposa de Milton Lara.



da. Para esas épocas se calcula que ya había más de 200 cotacacheños radicados en Bogotá, claro, se cuenta a los artesanos y a sus familias.

La mayoría de los cotacacheños radicados en la capital colombiana vivían en el conocido barrio Restrepo, pero Lutgarda Gómez y su familia, de inicio vivían el exclusivo barrio La Soledad, ya que se dejaron querer de mucha gente buena de Bogotá y una casa que en esa área se arrendaba por unos 60.000 pesos, a la familia Lara-Gómez les arrendaron en 4.000 pesos colombianos. Este sitio, la vecindad y las relaciones que hicieron con gente importante, les permitió relacionarse en un círculo social importante para los negocios y educación de sus hijos. Había otros paisanos como Gilberto Echeverría, un señor Escobar y otros, que vivían en el barrio llamado Tunjuelito, lugar donde además se comercializaba el cuero para los talabarteros y marroquinos

Cuando ya estaban totalmente establecidos en Bogotá, a la familia Lara-Gómez, le ocurrió una desgracia; doña Lutgarda, en ese entonces de unos 33 años, recuerda con lágrimas en los ojos, que terminaban, luego de varios días de duro trabajo en el taller, un pedido de 900 maletines de cuero, y al parecer, uno de los trabajadores ingresó al baño y prendió un fósforo, seguramente para encender un cigarrillo, no se dio cuenta que en el ambiente había mucho gas inflamable que emitía el pegamento (solución) utilizado en el oficio del cuero; seguramente hubo una chispa que provocó que el almacén y casa se incendiaron totalmente, producto de ello perdieron absolutamente todo.

La desgracia del incendio, obviamente, desmoralizó a toda la familia, pero recuerda que una señora colombiana, muy amiga de doña Lutgarda, viéndola llorar, le dijo que no desmayara, que esté segura de que se recuperarán y progresarán nuevamente, porque cuando se incendia una casa, la familia renace como el ave Fénix, lo que no

■ Niño Gustavo Baroja en Bogotá



sucede así cuando le roban la casa. Enseguida, redactaron una carta en la que explicaban lo sucedido a los proveedores y otros con quienes mantenían deudas, en esa carta, además les informaban que no dejarían de pagar todos sus compromisos económicos establecidos, y lo único que les pedían es tiempo para trabajar y recuperarse.

En seguida, toda la familia, ayudados por "Chucho" Sánchez y otro amigo talabartero de los buenos, se amanecían todos los días de la semana trabajando; recogieron de los escombros quemados los pedazos de cuero bueno que se pudieron rescatar del incendio, con estos pequeños restos y con un tambor (recipiente circular grande) de pega que les regaló un proveedor que sabía de la calidad humana de la familia Lara-Gómez, elaboraron varios artículos que vendían en los almacenes de Bogotá; poco a poco, gracias a un trabajo organizado y a la comprensión de los clientes, que inclusive les perdonaron los intereses de las deudas, se fueron recuperando hasta salir adelante. En su mente estaban siempre los hijos a quienes tenían que darles un futuro digno.

Uno de los empresarios colombianos que le compraban los artículos de cuero a don Milton Lara, era un señor llamado Eutimio Estipia, él comercializaba sus productos en los cuatro grandes almacenes que tenía de Bogotá. Estipia, con la finalidad de ayudarles, un día le dijo a don Milton que le compre uno de los almacenes, que escojan cualesquiera de los cuatro, y que le pague con lo que el mismo almacén vaya produciendo. No lo pensaron dos veces, se decidieron, se endeudaron con el señor Estipia. Muchos de los amigos cotacacheños les dijeron que lo que estaban emprendiendo era una locura, que era imposible lograr pagar la deuda que implicaba la compra del almacén; es más, supieron que un par de paisanos hicieron una apuesta en la que uno de ellos decía que la familia Lara-Gómez no podría pagar y que al poco tiempo les quitarían el negocio adquirido; cuando se llegaron a enterar de esta apuesta, el salir adelante se convirtió en un reto y motivación.

El almacén comprado, llamado "Milar", incluida la casa, estaba ubicado en un lugar muy comercial de la avenida Décima, donde estaban la mayoría de almacenes de marroquinería de Bogotá. Les fue tan bien en el negocio que pagaron toda la deuda en el tiempo acordado; es más, compraron un segundo almacén, con casa incluida, en la ciudad de Cartagena de Indias, en el sector turístico amurallado de la ciudad, a tres cuadras de la playa.



■ Nicolás Sánchez y su familia en Bogotá, 1972, amigos de Milton Lara y Lutgarda Gómez.

Para ese entonces, doña Lutgarda, le trajo nuevamente a su padre a Bogotá; él, siendo de los primeros migrantes, se había regresado a Cotacachi hace algunos años. Fue una época hermosa y de bonanza. Su padre, Edmundo Gómez, se enseñó tanto en esa ciudad que hasta dejó de tomar, en Cotacachi estaba bebiendo demasiado; pero eso sí, había que darle todos los días, a las 6 p.m., un “taquito de trago”; los nietos de don Edmundo se peleaban por cumplir este ritual diario, pasaba muy feliz cantando y tocando la guitarra. Eran años de bonanza para la familia Lara-Gómez, razón por la cual doña Lutgarda le trajo a Bogotá a su cuñado, Galo Albuja, para que le ayude en la talabartería (Gómez, 2008).

Lutgarda Gómez recuerda que ella hacía todo trabajo en Bogotá, era “todóloga”, lo importante era darle bienestar y tranquilidad a la familia; como de Cotacachi partió solo con los conocimientos de corte y confección que estudió en el colegio Luis Ulpiano de la Torre, allá siguió cursos de alta costura y de culinaria. Con esas bases se puso un bazar (en Bogotá se llamaban “Misceláneas”) y un bar o taberna al que, con mucho orgullo, por la nostalgia hacia su tierra, le puso el nombre Rumba Habana. En el bar Rumba Habana, a más del licor, vendía picaditas y comida típica para los clientes; se

dio el lujo de llevar a la mismísima orquesta Rumba Habana a su bar de Bogotá. También le visitaron en su bar, prestigiosos músicos cotacacheños como Rodrigo Cevallos, el “Gordo” Hidrobo y otros más. Siempre había buena música en el lugar, tenían un trio de planta, cuyo nombre era Imbabura, en el que doña Lutgarda era su cantante.

En el marco de la activa vida social de la familia, hicieron amistad con el agregado cultural de la embajada ecuatoriana en Bogotá, el Dr. José Moreno, quien les invitó a pertenecer a la Asociación de Ecuatorianos en Colombia (ASO-DEC). Con esta asociación trabajaron mucho para mantener unidos a los ecuatorianos que en su mayoría eran oriundos de Cotacachi, o hijos de cotacacheños. Publicaron varios números de una revista promocional de la colonia cotacacheña y ecuatoriana en general, en la que Lutgarda Gómez era la editora, siempre con el auspicio de la compañía de aviación AVIANCA. En la revista publicada, de la que doña Lutgarda nos indica un ejemplar, se aprecia artículos y fotografías relacionados a la tierra natal.

Con la embajada ecuatoriana se organizó también, durante varios años, semanas culturales, festivales gastronómicos de comida ecuatoriana, casas abiertas y presentaciones de artesanos ecuatorianos. De estos últimos se recuerda la presentación de la familia Conejo-Lema, indígenas ecuatorianos radicados en Bogotá que tejían prendas de vestir en telares de madera; fue todo una novedad y espectáculo para los asistentes ver la confección artesanal de telas. Lutgarda también recuerda la presentación de un joven pintor catacacheño, sin un brazo, de apellido Albacando.

Hasta 1980 en el negocio les fue de maravilla, tal es así, que exportaban a varios países y en especial a EEUU las manufacturas de cuero; los preferidos en el mercado internacional eran unos monederos en forma de botitas. Se participaba con los productos de cuero en ferias nacionales e internacionales. Tenían 8 trabajadores en el taller, entre ecuatorianos y colombianos. A más de ello, con su cuñada, trabajaron algunos años en una famosa casa de alta costura, Modas Rango, donde, entre otras cosas, se confeccionaba ropa fina, especialmente para reinas de belleza de diferentes lugares de Colombia. Doña Lutgarda también confeccionaba edredones que su marido los comercializaba en grandes cadenas de almacenes de Bogotá. Pero a partir de 1981 el negocio de los cueros se puso muy malo, muchos artesanos del cuero se estaban quedando sin trabajo en Colombia.

Milton Lara, a pesar de que su esposa no quiso, tomó la decisión de regresar a Cotacachi, a iniciar de cero con el taller de la talabartería, para ello, don Milton Lara y cuatro amigos, primero se vinieron a Cotacachi a explorar cómo estaba el negocio del cuero; se dieron cuenta que la talabartería estaba despuntando nuevamente. Le visitó a un señor Chávez, dueño de un taller y le indicó un álbum con más de 160 artículos de cuero que en Bogotá confeccionaban. Don Chávez se quedó encantando con los productos y le pagó por adelantado un pedido grande que lo hiciera. Don Milton entregó todo producto acordado que fue confeccionado en Bogotá, a pesar de que pasó un gran susto, casi le quitan todo en la aduana en la frontera en Rumichaca. Nuevamente el señor Chávez le hizo otro pedido grande y también tuvo problemas para sacar la mercadería de la aduana para pasar a Ecuador; fue allí cuando don Milton Lara tomó la decisión inquebrantable de regresar a la tierra que lo vio nacer, a pesar de que su esposa ya estaba haciendo los trámites para matricular a sus hijos en la escuela y colegio, sus intenciones eran seguir en Colombia e irse a vivir en Cartagena.

Para regresar a Cotacachi vendieron los dos almacenes que tenían, uno a la contadora del almacén de Bogotá y el otro, al administrador del almacén de Cartagena. Retornaron a Cotacachi un 13 de abril de 1982, se adelantó doña Lutgarda en un camión muy grande que contrató para traerse todo lo que tenía en Bogotá. Previa a la venida compraron mucho cuero y lo trajeron ya cortado en piezas para solo armar en el taller que se pondrían en Cotacachi. Tomaron la decisión de traer a dos buenos trabajadores de confianza colombianos. En el camión trajeron las plantas ornamentales que tenían y hasta los pájaros. Don Milton Lara, en uno de los viajes, ya tenía arrendado en Cotacachi, en la casa de la Sra. Laura Ruales, el lugar para el taller y vivienda. Al otro día de su llegada siguieron trabajando, e iniciaron una nueva vida. El taller en Cotacachi lo mantuvieron durante unos 22 años.

Muchos de los inmigrantes lamentablemente no surgieron en Bogotá, a pesar de que

■ Dr. Oswaldo Hurtado, presidente del Ecuador, junto a Lutgarda Gómez en el Hotel Tequendama, Bogotá 1980.



hacían cosas finas, buenas y bonitas con el cuero; se estancaron e inclusive algunos vinieron peor de lo que fueron. Hubo unos pocos también que se regresaron muy endeudados.

Los esposos Milton y Lutgarda, ya en su pueblo, a pesar de nunca haber participado en política ingresaron como militantes al partido Izquierda Democrática (ID), para ello, previamente asistieron a un seminario partidista en el Hotel Ajaví en Ibarra, donde se impresionaron con las ponencias de Luis Mejía Montesdeoca, Rodrigo Borja, Pedro Saá y otros destacados políticos de la época. Fueron activistas políticos y se metieron de lleno a la ID, pero nunca pidieron un puesto. Doña Lutgarda fue coordinadora "ad honore" del Instituto Nacional del Niño y la Familia (INNFA), mientras que don Milton Lara llegó a ser concejal de Cotacachi, presidente de los clubes Nacional, Bolívar y del CEDECOT, cuando a este último, por su gestión, le llevó al fútbol profesional. En ese equipo, con él, se formaron muchos deportistas como Santiago Morales, un futbolista profesional reconocido de Cotacachi. Lamentablemente don Milton falleció en el 2011, a los 64 años edad, y Cotacachi perdió a uno de los hombres más destacados que nunca desmayó para que su pueblo progrese en todos los ámbitos.

■ Club CEDECOT. Parados, de izquierda a derecha: Jomar Cevallos, Marco Cerpa, Edgar Guzmán, Gerardo Flores, Fernando Sazosa, Milton Saltos, Patricio Caba, Homero Terán, Rolando Andrade, Manuel Gómez, Hermes Granda, Edwin Echeverría. Abajo, de izquierda a derecha: Stalin Nazareno, Patricio Montenegro, Jimmy Peñafiel, Marcelo Carvajal, Carlos Proaño, Willian Narváez, Jaime Morales, Iván Sarzosa, Francisco Echeverría y Estuardo Cevallos.

Doña Lutgarda, a pesar de ya no estar con su amado compañero, al que recuerda con lágrimas en sus ojos, no pierde su buen humor, su calidad humana y sus cualidades de buena anfitriona y de buena madre. Sus hijos, de quienes se siente orgullosa, son su apoyo y consuelo. Milton Lara, por sus obras y sus actos en Bogotá y Cotacachi, merece ser recordado y admirado por propios y extraños.





■ Edmundo Gómez trabajando con los operarios en el taller de talabartería de Milton Lara.



## JAIME SALTOS CUEVA

### *“EL AMOR A LA TIERRA QUE LO VIO NACER”*

Del matrimonio de Alfonso María Saltos Cabrera y Enma Marcelina Cueva, nace Jaime Saltos, quien aprende de sus padres el oficio de las artesanías en cuero. Cuando Jaime era niño, su padre prácticamente le obligó a aprender el oficio; tenía nueve años y declara que realmente no le gustaba la talabartería, pero se convirtió en una necesidad, porque los otros niños de la misma edad tenían dinero por trabajar en talleres de talabarteros en Cotacachi. El olor del cuero sucio era insoportable para él, y el proceso de la curtiembre siempre le pareció muy duro a tan corta edad. También expresa que su padre aprendió de su abuelo Rafael Saltos el oficio, aunque su abuelo Rafael se dedicaba más a las monturas, ya que, en los años 30, 40 y 50 del siglo pasado, había mucha demanda de estos aparatos por la gran cantidad de gente que se movilizaba en caballos y mulas.

Jaime Saltos, con cierta tristeza expresa que, a más de trabajar las tardes y noches en el taller de su padre, luego de regresar de la escuela, prácticamente nunca tuvo vacaciones largas, las de verano, como la mayoría de niños de su época. Su padre de manera tajante y con firmeza, le obligaba a trabajar los tres meses de vacaciones que en ese entonces había. La familia Saltos-Cueva vivía en la calle Bolívar, en el barrio conocido como Cachipugro, allí tenían un pequeño taller en el que trabajaba don Alfonso Saltos y sus tres hijos: Lauro, Jaime

y Alfonso. Elaboraban en el taller chaucheras y billeteras que entregaban a don Lucho Paz, quien, a su vez, comercializaba estos productos en Guayaquil. Por aquella época en el barrio había varios talleres. Don Jaime Saltos, menciona que este barrio, como el de Diablo Calle, eran conocidos y populares en Cotacachi; dice con cierta gracia que el nombre de este último barrio, se debe a la cantidad de personas que vivía allí, eran unos “diablos” y unos “bandidos”.



Seguramente sus hermanos mayores ganaban algo más de dinero, pero a él, su padre le pagaba 5 sucre semanales, cuando le daba algo. En muchas ocasiones, su padre, a pretexto de que el señor Paz todavía no le paga de la mercadería entregada en la semana, no le daba un solo real. Riéndose, don Jaime, comenta que siempre se dio cuenta que, a veces, lo poco que ganaba su padre en la talabartería se lo gastaba en las “chumas” ya que la “copa” le encantaba y no había semana que no tome.

Se recuerda que, luego de finalizar la Segunda Guerra Mundial, desde los años de 1946, muchos talabarteros se quedaron con grandes cantidades de cigarreras mandadas a confeccionar por los “gringos” o sus intermediarios para los militares que luchaban en Europa. Es más, don Jaime recuerda que algunos talabarteros, por no tener donde poner tanta mercadería, que ya no les recibieron, tuvieron que enterrarla.

Cuando don Jaime cursaba la escuela, siempre se dio cuenta de su habilidad para el dibujo, las clases de esta materia impartidas por su profesor, Jorge Proaño, siempre las aprovechó al máximo, tal es así que, en sexto grado, participó en un concurso de dibujo a nivel provincial y quedó en primer lugar; su satisfacción por ganar el concurso se acrecentó cuando supo que el premio consistía en 200 sucres y una beca para ir al colegio Daniel Reyes a estudiar pintura, lamentablemente, don Jaime, menciona con cierta picardía “creo que la plata de la beca se gastó mi padre en trago”, él quería que siga trabajando en el taller, es decir, que produzca.

■ Jaime Saltos (primero de la izquierda), junto a sus trabajadores en Bogotá: Martha Meza y Orlando Medina, 1970.

Jaime Saltos (2018), indica que sin estudiar la secundaria, trabajando en el taller de manera precaria y sin maquinaria especializada, no siempre pagado por el trabajo que hacía, viendo mucha pobreza en Cotacachi, sin poder conseguir novia por no tener dinero, la mayoría del pueblo sin electricidad, sin luz, bañándonos en el Machángara porque no había agua suficiente, observando a muchos jóvenes y mayores como se dedicaban al trago en el sin número de cantinas que había y con un pueblo aburrido, vio su futuro incierto, por lo que tomó la decisión de irse a Bogotá, era el año 1957, tenía 17 años y mi hermano Lauro, un año atrás, se había marchado de la casa hacia Bogotá, a trabajar en la fábrica La Jugar, también despechado de la pobreza de este pueblo. Esta decisión la tomó porque su hermano, intuyendo las intenciones que tenía, le envió 200 pesos y una carta en la que le manifestaba que le espera en Bogotá con un “trabajito”.

Iniciaron el viaje hacia Bogotá diez cotacacheños, fueron indocumentados, sin ni siquiera la cédula ecuatoriana, viajaron en autobús durante tres días, con ciertas dudas y muchos miedos, pero decididos a triunfar en el vecino país. Llegaron a la fábrica La Jugar, donde ya estaban trabajando más de veinte paisanos de Cotacachi, en ese lugar se fabricaba carpas, maletas, “aviancas” y otros productos de cuero. Inició el trabajo en esa fábrica como obrero de su hermano Lauro, quien de alguna manera le protegía porque los capataces le tenían “puesto el ojo”, le molestaban mucho, pero nunca desmayó. Trabajó y demostró habilidad y honradez, tenía que fabricar 100 bolsos deportivos diarios, de esos en que los futbolistas guardaban las “pichurcas” (Saltos, 2018).

Con el sueldo de la primera semana, que fue 80 pesos, compró una cama, con el de la segunda semana compró las cobijas, con el de la tercera semana adquirió el colchón y la quinta semana compró un terno en el centro de la ciudad de Bogotá. Recuerda que su hermano Lauro siempre le decía que sea “pilas”, que aprenda todo y que algún día se independizarán para ponerse un taller propio. Pudo hacerse de algunos enseres, comió y vistió mucho mejor, porque un día le llamaron los dueños de la fábrica, creyó que algo hizo mal, pero para sorpresa de Jaime, le manifestaron que, por la dedicación y calidad del trabajo realizado, se hizo merecedor de un aumento de sueldo semanal a 100 pesos.

Uno de los acontecimientos más traumáticos para don Jaime y 20 obreros cotacacheños más de la fábrica la Jugar, sucedió un día en que llegó sorpresivamente un vehículo con va-

rias personas, varios de estos se colocaron estratégicamente en todas las puertas de ingreso a la fábrica, mientras que otros en las puertas de baños y bodegas. Había llegado la policía de migración y al grito de “nadie sale de aquí” apresaron a todos los cotacacheños; a golpes, insultos y patadas subieron a los trabajadores a la patrulla y los llevaron presos. Estuvieron en la cárcel durante tres días en los que fueron maltratados, dormían en el piso y por la mitad de la celda pasaba una acequia que en sus aguas transportaba las orines y todo tipo de desperdicios de los presos que ocupaban las celdas de la parte superior de la cárcel.

Este acontecimiento lamentable para los cotacacheños obreros de la Fábrica la Jugar, fue noticia de varios periódicos de Bogotá. La embajada ecuatoriana de Colombia protestó de una manera enérgica al gobierno colombiano, más aún cuando los trabajadores apresados fueron tratados como criminales solo por el hecho de estar, la mayoría, indocumentados en el país vecino. El sufrimiento para cada uno de ellos y para sus familiares fue intenso.

Todas las enseñanzas de su hermano Lauro en la Fábrica La Jugar, en especial sobre cómo coser el cuero, más el hecho de viajar en los camiones de la empresa repartiendo los productos a todos los almacenes de Bogotá, hizo que Jaime tenga una visión clara y estratégica del negocio. A los tres años de trabajar en la fábrica, se suscitó un entredicho con los dueños y los dos hermanos Saltos decidieron renunciar e independizarse, se pusieron un taller que fabricaban productos de cuero similares a los de fábrica donde laboraron, claro, quien estaba al frente del taller era el mayor de los Saltos, es decir Lauro.

Les fue tan bien en el negocio de los productos de cuero, que al poco tiempo Lauro ya tenía tres casas y dos carros; el taller tenía varios operarios colombianos; contrataban de esa nacionalidad porque, según don Jaime, estos eran más finos y “verracos” para el trabajo que se hacía en el taller; bastaba darles un tinto cada cierto tiempo para que se “embalen” trabajando.

Recuerda don Jaime que esos años, a pesar del duro trabajo, la pasaron bien, en especial los fines de semana; andaban los cotacacheños cargados una red de vóley y jugaban donde se le permitía, pero por suerte, al cabo de poco tiempo la alcaldía de Bogotá les dio permiso en un parque para que jueguen y hagan de este sitio una especie de sede de ecua-

vóley. Era hermoso porque los sábados que jugaban, muchas mujeres salían a verles e inclusive hacían barras por sus maridos, enamorados o amigos. Las reuniones de fines de semana eran en el barrio Bochicua; luego de los partidos de vóley y de las copitas, sintonizaban la radio HCJB, la Saracay o la Cotacachi; era hermoso escuchar la música ecuatoriana y, en varias ocasiones, las lágrimas brotaban por la nostalgia de la tierra dejada. También, a veces, se encontraban con los migrantes peruanos, y como estos eran sarcásticos con los ecuatorianos, más de una ocasión tuvieron que “trompearles”.

Algo que hacían con mucha frecuencia los fines de semana era tomarse fotos en los parques, calles, monumentos y avenidas de Bogotá, las que se enviaban a los amigos y familiares en Cotacachi; claro, siempre con una dedicatoria, escrita a mano, en el reverso de la fotografía.



■ De izquierda a derecha: Galo Buitrón, Nelson Gómez y Marco Moreno; abajo: Jesús “Chucho” Sánchez y Jaime Saltos.

Jaime Saltos menciona que en su cuarto tenía un radio marca Philips, en el que sintonizaba radios ecuatorianas y al escuchar las canciones Lamparilla o Sombras, lloraba y a veces tomaba unas cuantas copas de licor para desahogarse de las tristezas que también las tenían en tierras extranjeras. Mucho licor se tomaba allá, manifiesta don Jaime entre risas.

Algunos paisanos no aguantaban el sufrimiento de estar solos en Bogotá y sin pensar dos veces se regresaban definitivamente o iban a Cotacachi a pasar unas vacaciones largas con sus familiares; claro, acá las esposas que quedaban solas, sufrían mucho; lo mismo las que quedaban en Cotacachi sufrían cuando sus esposos o enamorados regresaban a Colombia.

Los cotacacheños residentes en Bogotá, trataban de venir cada año a visitar a su tierra, cuando lo hacían tenían que comprar ropa nueva y elegante; no podía faltar un buen pantalón formal o uno marca Lee o Texas que había que combinar con una camisa con mangucuernas. Definitivamente veníamos elegantes, había que impresionar a las chicas, aunque muchos paisanos nos veían con cierta envidia, pero ese sentimiento nunca quisimos generar, menciona don Jaime. Recuerda que Rafael Velasteguí era su obrero, él era un tanto vanidoso y como recién estaba asentándose en Bogotá, me pedía que le preste ropa, pero se la regalaba; decía, me voy a Cotacachi y le obsequié la chompa y las botas españolas, con esa ropa sacaba pinta acá. También recuerda con mucha alegría que, en 1974, el equipo de fútbol de residentes en Bogotá fue invitado a jugar un partido en Cotacachi.

En 1970, luego de trabajar ocho años con su hermano Lauro, en agradecimiento le manda a Jaime a los EEUU, específicamente a New York, donde pasó dos años en una factoría que fabricaban carteras; pero extrañaba Bogotá, su ambiente y sus amistades; y como dice don Jaime, “aunque fierito, pero había quien me quiera”.

Inicialmente, el plan era que los hermanos Saltos se encuentren en Bogotá; pero, don Jaime dice que era raro que su hermano Lauro no le conteste las cartas que él le enviaba, hasta que un día recibió una en la que se le indicaba que su querido hermano contrajo leucemia, enfermedad por la cual murió. Por lo que tomó la decisión de regresar a Bogotá.

Nuevamente en Bogotá, compró ocho máquinas en las que trabajaba con más de 15 trabajadores confeccionando maletas de cuero amarillo y otros productos, hasta secretaria tenía en el taller. Le fue muy bien, sus productos eran muy cotizados en Cúcuta y Venezuela. Además, muchos de sus artículos de cuero eran entregados en grandes y conocidos almacenes de Bogotá, como el de las familias: Espitia, Taboga, Barrera y Pineda, las que se hicieron ricas gracias a las ventas de manufacturas de cuero hechas, en gran parte, por artesanos cotacacheños. Fue una época de apogeo para nosotros, menciona don Jaime. Muchos cotacacheños murieron en Colombia, menciona a: Jaime Montenegro, Miguel Mejía y otros. De ellos, todavía quedan descendientes por esas tierras. Don Jaime recuerda a buenos artesanos que eran paisanos radicados en Bogotá: Tarquino Guzmán, Vicente León, Pepe Andrade, Cucho Sánchez, Miguel Ángel

Terán, entre otros. En su larga estancia de 35 años Colombia, se casó allá con una hermosa mujer de esa tierra, pero que lamentablemente falleció, pero tiene una hija de esa relación. Su esposa actual es ibarreña, se enamoraron cuando todavía él estaba en Colombia, venía a verle en las vacaciones, pero un día decidieron casarse y ahora tiene dos hijos.

A pesar de estar actualmente radicado en Cotacachi, donde tiene un pequeño taller en el que fabrica unas hermosas chaucheras, manos libres, playeras, canguros de pierna y mochilas, productos que los entrega a comerciantes de la Plaza Artesanal de Quito, ubicada cerca al hotel Colón Internacional, con mucha frecuencia va a Bogotá, pues todavía tiene allá amistades, familia y muchos recuerdos, aunque considera que ahora es peligroso, por la cantidad de carros, motos y sobre todo, da miedo la guerrilla y los malandros (Saltos, 2018).

Hace cuatro años, su hermano Alfonso Saltos, más conocido como "Poncho", que también tenía su taller de talabartería en esas tierras, vino a visitarle a Cotacachi, pero luego, al poco tiempo de su regreso, falleció. Con una voz entrecortada expresa "que mala suerte la mía, me he quedado sin hermanos".

Actualmente se siente más cotacacheño que nunca, tiene orgullo de su ciudad, la ve radicalmente cambiada y mejor que antes, ya no hay tanta pobreza como había cuando él dejó su pueblo y así, como está ahora, da gusto venir. Con sentimientos encontrados y una expresión muy marcada en su blanco rostro, indica las fotos en la que posa con sus amigos y hermanos en la calle séptima de Bogotá, en el barrio 20 de Julio y en otros sitios de esa gran urbe. También indica con alegría las fotografías de cuando estuvo en los EEUU, con Inés y Anita Ayala, Luisa Montenegro, Marco Moreno, Gustavo Gavilánez y otros paisanos más.



## SEGUNDO CAMILO HARO BAROJA

*“LA ALEGRÍA, BONDAD Y CALIDAD HUMANA DE UN TALABARTERO  
DE DIABLO CALLE”*

Uno de los talabarteros insignes del barrio Diablo Calle y, por su puesto, de Cotacachi fue don Segundo Camilo Haro Baroja, nacido en 1917 y fallecido en 1990. Hijo de Camilo Haro, un músico que, a finales del siglo XIX, tocaba el bombo en la banda de Cotacachi, quien contrajo matrimonio con Mariana Baroja. Esta afición por la música fue heredada por su hijo, Segundo Camilo Haro Baroja, quien también fue parte de la banda de la ciudad de Cotacachi, tocaba el clarinete de una manera espectacular. Su pasión por la música la mantuvo hasta que se casó con Mercedes Antonia López Albuja, con quien procrearon tres hijos: Imelda, Camilo y Carmen. Como la música no daba para mantener una familia, decidió ingresar al taller de Ángel Isaac López para aprender el oficio de la talabartería y, de manera específica, la confección de monturas, cuenta su hijo Camilo Germán Haro López (2018).

Segundo Camilo Haro Baroja, aprendió muy rápido a confeccionar las monturas de vaquería y los sillines. Las monturas de vaquería se caracterizaban porque tenían una copa al frente que servía para sostener, con la sogá o cabestro, al

ganado, este tipo de monturas utilizaban los vaqueros de las haciendas de la zona y también los arrieros. Mientras que los sillines, eran monturas más sencillas, pequeñas y livianas que se las utilizaba en los caballos para competencias hípicas.

Camilo Haro López (2018) comenta que los más famosos y grandes compradores de las monturas hechas por su padre fueron, el ex presidente del Ecuador, León Febres Cordero, y el ex dueño de Teleamazonas, Antonio Granda Centeno. También compraban esas monturas mucha gente adinerada de la costa ecuatoriana.

Para confeccionar las monturas, don Segundo Camilo Haro, se trasladaba a la hacienda El Hospital de propiedad de un señor Solís, a quien le compraba los cueros del ganado o, a veces hacían una especie de cambalache; es decir, don Segundo, arreglaba las monturas y correajes de propiedad de don Solís, a cambio de una o varias pieles del ganado vacuno que, generalmente, moría en las páramos de esa inmensa hacienda cuya extensión iba desde las faldas del Cotacachi, en el sector de Imantag y Urcuquí, hasta los páramos de la laguna de Piñán.

En la parte trasera de la casa doña Rosa Elvira López, cuñada de don Camilo Haro, construyó tanques rudimentarias con ladrillos, que servían para curtir el cuero. Introducía las pieles compradas en estas cochas, con una proporción de cal viva para suavizar el cuero. Luego con una cuchilla grande, sobre un gran banco de madera, quitaba la carne que quedaba en el cuero; proceso llamado descarnado. A continuación, pasaba a suavizar el cuero, para ello, en unas pailas inmensas, cocinaba la guaranga donde introducía el cuero por varios días, para luego ir a otros tanques más pequeñas a desaguarlas. Para comprobar si el cuero estaba bien curtido, lo tomaba con la mano, si se partía el cuero quería decir que todavía no estaba bien curtido. Este proceso era fundamental para la calidad del cuero de las monturas.

■ Camilo Haro y su esposa.



El fuste de madera, el esqueleto de la montura, era de árbol de guaba el cual era forrado con cuero delgado de becerro, este cuero hacía que la madera no se rompa y la montura tenga resistencia. Luego armaba las piezas grandes de los laterales de la montura hasta que la montura quede perfecta. Para muchas partes de la montura, don Segundo Camilo Haro, viajaba con su hijo Camilo, hacia Ambato a conseguir suela de calidad. A continuación, elaboraba y armaba los correajes, y finalmente hacía las tarabas con relieves de diferentes formas y figuras, con caras de diferentes animales

En esos tiempos, hacer una montura le demoraba aproximadamente un mes; claro, había talabarteros que lo hacían en mucho menos tiempo, pero la calidad de confección y acabados no era igual; estas monturas, que se hacían de manera rápida, generalmente las adquirían los vaqueros de la zona de Intag o de las haciendas de la provincia. Mientras que las monturas hechas por don Segundo Camilo Haro, a veces con la ayuda de su operario Manuel Guamansara, por su calidad de material y acabados, eran vendidas a personajes adinerados.

Su hijo Camilo, recuerda que en el trabajo de las monturas se ganaba muy bien. Cuando una montura confeccionada por su padre la vendía en 18000 sucres, él, como profesor, ganaba apenas 3000 sucres mensuales; claro, no siempre había mercado para las monturas. En la vía principal del barrio Diablo Calle había muchas personas que hacían monturas.

En esos años, a mediados del siglo pasado, también hacía monturas muy finas don Alfonso López, que inclusive se demoraba tres y a veces cuatro meses. Estas monturas eran de lujo, solo servían para exposiciones, y las adquirían solo personas nacionales y extranjeras que tenían muchísimo dinero. Otros cotacacheños que, en esos tiempos, hacían monturas fueron: Ángel Isaac López, Polivio Sánchez, Miguel Ángel Proaño, Jaime Andramuño y otros.

Cuando no hacía monturas, en la época de San Juan, don Segundo Camilo confeccionaba zamarros, fuetes, polainas y cantimploras. Las cantimploras utilizadas por los indígenas, se las decoraba con diferentes figuras que las daba pintando su vecino Luchito Estrada. Los zamarros los hacía a medida con cuero de chivo curtido por él. También, con mucha frecuencia, tenía clientes que le pedían que les dé curtiendo las pieles de animales como osos, venados, zorros, etc., cazados en los páramos, cerros y bosques de la provincia. Algo que su



■ Camilo Haro en la actualidad.

hijo Camilo recuerda de su padre, es que confeccionaba los aciales, cuyos cabos eran de patas de venado, los mismos que le quedaba muy bonitos y lujosos.

Don Segundo Camilo Haro, fue una persona que se llevaba con todo el mundo; su característica principal es haber sido muy amigüero y generoso con los demás. Tenía la costumbre de llamar a los amigos que pasaban por frente el taller, para brindarles un “taco de puntas” de la zona Intag, trago que lo tenía medio camuflado en una gran cantidad de botellas que tenía en el piso del taller, en las cuales guardaba las pinturas, anilinas, tiñer y otros líquidos; él sin ni siquiera ver las botellas ya sabía de memoria cuál era de licor.

En todo Cotacachi conocían a don Camilo Haro, su alegría y liderazgo en el barrio hizo que se gane el aprecio de todos. En las fiestas religiosas, los diferentes curas del pueblo, no dudaban en solicitar su ayuda para la organización de las procesiones, estaciones, misas y más.

■ Camilo Haro en su juventud, confeccionando una montura.



En la casa, don Camilo, era demasiado bueno y recto a la vez; solo con una mirada a sus hijos les ponía en orden, por lo que pocas veces tuvo la necesidad de acudir a la fuerza. Con su esfuerzo y trabajo educó a sus hijos y los hizo personas de bien. Trabajó hasta los 73 años de edad apoyado por su amada esposa, doña Mercedes Baroja. Tenía además una tienda en su casa, donde el producto principal que se vendía, eran los atados de dulce, los que pesaban entre 12 y 15 libras cada uno. Los atados de dulce se traían de la zona de Intag, por don Pedro Hermosa, en más de 40 mulas. Don Segundo tenía en la bodega más de 1500 atados de dulce que, en su mayoría, se vendían a las chicherías del barrio para endulzar y fermentar la chicha. En cada tonel de madera con chicha introducían, por más de 10 días, los atados de dulce, con toda su envoltura de hoja seca de plátano, hasta que se desintegre el dulce y las hojas secas floten; luego, con cedazos se cernía la chicha para la venta a los indígenas que frecuentaban las chicherías o también llamadas cantinas.

En la tienda también se vendía pan de maíz y las famosas sodas (gaseosas o colas) de la fábrica La Frutal, de don Alejandro Yépez, colas

que por vacilar a don Alejandro, los vecinos las nombraban como “toxicolas”.

La esposa de don Segundo Camila Haro, doña Mercedes, también ayudaba a la economía del hogar haciendo pan con sus hermanas; pan que, por su dureza, más bien parecía biscocho. En hornos de leña horneaba este pan de solo harina y agua; todos en la casa ayudaban a esta labor, hasta los más chicos. A veces se amanecían haciendo pan, especialmente cuando llegaban los “Cayapas”, quienes eran aborígenes del sector occidental del cerro Cotacachi y de San Lorenzo. Estos aborígenes venían semidesnudos a Cotacachi a comprar provisiones y grandes cantidades de este pan, un tanto desabrido, pero muy apetecido por ellos, especialmente por su dureza, lo que lo hacía aguantar semanas sin dañarse. Camilo Haro hijo, recuerda con mucha gracia que, los niños de la familia, a veces llevaban este pan a la escuela y les aguantaba todo el día, porque era tan duro que solo se lo chupaba, ya que era imposible romperlo con los dientes.



■ Camilo Haro junto a su familia.



## LEONARDO ALVEAR PÁEZ

### *“UNA VIDA COMPROMETIDA CON EL GREMIO DE ARTESANOS DEL CUERO”*

Hay cotacacheños que sin haber nacido en este lugar han “jurado la bandera” de esta tierra; este es el caso de Leonardo Alvear, un hombre que nació en la parroquia de Quichinche, el 1 de mayo de 1953; hijo de Gonzalo Alvear y Dolores Páez, quienes procrearon a ocho hijos: Marco, Luis, José, Leonardo, Raúl, Hugo, Camilo y Dolores. Su padre alternaba la agricultura con la confección de materiales de arriería, hacía jáquimas, bozalillos, riendas, fuetes para San Juan, tejidas con cuero crudo; también fabricaba monturas para vender a los hacendados del lugar. Su habilidad era tan impresionante, que no requirió pasar por un taller para aprender este oficio, solo su curiosidad y actitud hizo que su labor sea apreciada por todos quienes adquirían sus productos. La calidad que imponía en su trabajo dio lugar a que los vecinos del lugar, quienes tenían caballos o mulas, le manden a confeccionar los diferentes correajes.

Don Leonardo Alvear llegó a Cotacachi en 1970 y se casó con la señora Cumandá Morales, hija de Juan Morales, un talabartero de Cotacachi de alto nivel que fabricaba monturas, pero además de talabartero era músico; su destreza

en este campo de las artes era tal que grabo más de 100 discos en su vida artística y además construyó un instrumento musical al que le puso de nombre "Sonrriolina", fabricado en madera con 24 cuerdas de acero y parecido a una guitarra, aunque un tanto más grande. Por situaciones de vida, don Juan Morales, se fue a vivir a Cayambe donde dejó la talabartería y se dedicó exclusivamente a la música.



■ Leonardo Alvear y su esposa Cumandá Morales.

Cumandá Morales fue inicialmente modista, tenía un taller de corte y confección de ropa de tela, lo que le permitió, en el apogeo de las chompas de cuero, dar un giro a su negocio y dedicarse, exclusivamente, a la confección de chompas de cuero desde 1982. Iniciaron con su esposo haciendo pruebas y ensayos con los materiales, fue vital los conocimientos previos de su esposa para poder trabajar en esta línea del cuero. Leonardo Alvear (2018), recuerda que en su el taller llegó a tener hasta 20 operarios para confeccionar las chompas; facturaban 15 millones de sucres mensuales, el trabajo era duro, pero había mercado para todos. También recuerda con mucha nostalgia y humor que, en los primeros años de su taller, los operarios de un buen número de talleres del sector se trasladaban, a la Plaza Martínez, a un "ojo de agua" a lavar el cuero. Este hecho era muy curioso y chistoso, según don Leonardo, porque los operarios más que a lavar el cuero, venían a igualarse de todos los chismes de los talleres y de la ciudad; además era la manera oral mediante la cual, los operarios, se transmitían los conocimientos y a veces secretos de la talabartería. Había dueños de talleres que guardaban celosamente ciertas técnicas y truquitos del oficio. Hasta para hacer el engrudo de calidad había secretos cuidados celosamente, en ese entonces, lo hacían con yuca o papa.

Por estas razones, el “ojo de agua” se convirtió en el lugar y momento de aprendizaje para los guambras de los talleres.

Don Leonardo Alvear, recuerda que, en esas épocas, don José Antonio Espinoza, fue un talabartero que trabajó de una manera técnica y siempre fue muy cotizado por los militares para que les dé confeccionando las monturas para montar y para deportes; sus hijos también son unos destacados talabarteros. La época de oro de la talabartería, según don Leonardo, fue la década de los cuarenta; para abastecer la demanda de artículos de cuero, la mayoría de niños y jóvenes, luego de las clases y de hacer sus tareas, se dedicaban a realizar actividades muy puntuales en los talleres y de paso ganaban una “platita”.

Don Leonardo, con mucha preocupación, manifiesta que uno de los problemas principales del sector del cuero es la comercialización, en el caso de las maletas, comenta que ya casi nadie las fabrica, porque las maletas de lona y plástico le quitaron el mercado a las de cuero. Aunque es consciente que siempre hubo altibajos en el sector de las artesanías de cuero. Para la producción y venta de chompas de cuero, una época dorado fue antes de la guerra con Perú, en 1981, hubo más de 450 talleres de talabartería en Cotacachi; luego de este acontecimiento el negocio empozó a bajar, manifiesta Leonardo Alvear. En esas épocas los colombianos eran los mayores compradores, llevaban a ese país por cientos, de tal manera que inclusive, para que los negociantes del vecino país no tengan que venir a Cotacachi, los productores de chompas viajaban hasta Tulcán o Ipiales a dejarles la mercadería. En el taller de don Alvear cada obrero hacía hasta dos chompas diarias.

Esta bonanza en el negocio hizo que los dueños de los talleres hagan préstamos para ampliar su negocio, para comprar más materia prima, para adquirir maquinaria moderna y para contratar más operarios, pero todo esto, a la corta, resultó contraproducente porque, cuando decayó el negocio y no se pudo cumplir con los compromisos económicos, los bancos y cooperativas empezaron a embargar maquinaria y hasta bienes inmuebles.

Antes del año 2000, con la dolarización, también fue un problema para los artesanos, la inflación era tan exagerada que era imposible pagar los créditos de los préstamos; los cinco años posteriores a la dolarización también fueron un caóticos para el sector, con un dólar de a 25000 sucres todo se enca-

reció, hubo que despedir a muchas personas de los talleres y algunos dueños liquidaron los talleres.

Como Asociación de Artesanos Marroquinos Santa Anita de Cotacachi (AIMASAC), en el año 2006, contabilizaron solo 75 talleres artesanales, de los más de 400 que existían antes del 2000. Con estos artesanos que quedaron se organizó la primera y segunda feria del cuero, con el apoyo total de la alcaldía que en ese año la encabezaba el economista Auky Tituaña. Don Alvear comenta que, para la tercera feria artesanal, la alcaldía les quitó toda la colaboración y auspicio para la organización. Para la cuarta feria del cuero, nuevamente la alcaldía retomó la organización y por tanto hubo el auspicio correspondiente para el evento.

Desde el año 2008, nuevamente se fortaleció el sector de la talabartería; como presidente de AIMASAC, don Alvear, expresa que para ese año existían 130 talleres, lo que demuestra que el sector nuevamente se fortalecía en esta historia de altos y bajos de la talabartería en Cotacachi.

AIMASAC fue un gremio que en un 98% fueron artesanos del sector del cuero. Se fundó en 1980 con 15 socios bajo la presidencia de Balto Cevallos y con el impulso de personas comprometidas con el sector como Adrián Toro y Gustavo Albuja. Llegaron a tener 64 asociados, para que esto ocurra, el apoyo del inspector de trabajo,

Cesar Pérez, conocido como el cantante de los 30 pueblos, fue decisivo. Una de las principales actividades del gremio fue titular a los artesanos para que de esta manera tengan todos los beneficios de ley.

Uno de los principales problemas de AIMASAC fue que empezaron a ingresar al gremio una gran cantidad de comerciantes del cuero, más no artesanos; los primeros querían aprovecharse del gremio, no pagar impuestos y ser parte de todos los beneficios que implica tener el título de artesano. Se perdió la principal función de la asociación, es decir, el capacitar y formar al artesano (Alvear, 2018). Lamentablemente, con el Decreto Ejecutivo N°16, del 2012, las organizaciones gremiales tuvieron que iniciar nuevamente el proceso de legalización, y hasta la actualidad no han podido cumplir todos los requisitos que la ley exige. Lo mencionado no ha sido impedimento para que, como sociedad de hecho, más no de derecho, sigan funcionando, aunque ya solo con 25 socios. Uno de los principales problemas para que legalmente

no se registren, es porque algunos artesanos manifiestan que, mientras no se excluya a los dueños de locales comerciales, ellos no firmaran las actas constitutivas; pero es una realidad que los comerciantes, al tener el carnet de artesanos, no se les puede negar que formen parte del gremio.

Las principales actividades desarrolladas por AIMASAC es la capacitación a los artesanos del cuero. Varios son los capacitadores de alto talante que han venido a Cotacachi a socializar nuevas técnicas de confección y diseño de artículos de cuero; a más de ello, se ha conseguido un apoyo total a la organización de la feria, y también algunos logros de carácter social, como comprar espacios en el cementerio de la ciudad para los socios que van falleciendo.

Actualmente Leonardo Alvear y su esposa siguen confeccionando chompas de cuero, pero ya solo con tres trabajadores, éstas las comercializan en el almacén “Cueros Leo” que tienen en la calle 10 de Agosto de la ciudad. Según Alvear (2018), actualmente existen 115 almacenes de comercialización de artículos de cuero, pero están en este número aquellos negocios que cambiaron de actividad económica, especialmente en el centro de la ciudad, a restaurantes, heladerías y tiendas.

También manifiesta que uno de los problemas que afronta el sector, es que el cuero que lo adquieren como materia prima es muy caro y no siempre de calidad; actualmente el cuero se lo trae de Colombia, Cuenca, Ambato, Otavalo y de otras curtiembres del país. Por esta razón, Cotacachi debería tener una buena industria de curtiembre para que los artesanos no tengan que salir a buscar este producto fuera de la ciudad. Recuerda don Alvear que, en algún momento, el señor Caiza y otra familia, implantaron curtiembres en Cotacachi, pero solo para producir cuero para sus negocios, mas no para vender a los artesanos de la ciudad.

Se nota que don Leonardo Alvear está siempre preocupado por la unión del sector artesanal, ha presentado y hace propuestas interesantes para su desarrollo y progreso; comenta con orgullo varias de las actividades que demuestran su compromiso con los artesanos y con el cantón. Actualmente está como representante de AIMASAC y comenta que siempre le sirve a este gremio con plata y persona, como lo han hecho otros presidentes como: Balto Cevallos, Milton Lara, Galo Cobos, Herlita Moncayo, Gilberto Terán, Armando Rivera y otros más que por el momento no los recuerda.

En AIMASAC tuvieron la iniciativa de crear el primer museo del artesano del cuero, empezaron a implementarlo en la casa de Chucho Proaño, él les arrendó un cuarto y la mayoría de los socios donaron alguna herramienta y utensilio utilizado en este oficio. Con las varias piezas recopiladas las ubicaron en vitrinas y solicitaron ayuda al municipio, en la presidencia de Alonso Ubidia, lamentablemente no pudieron terminar el proyecto, fundamentalmente, porque la Fundación Raíces ya empezó también a construir un museo en Cotacachi.



■ Víctor Castro y Juan Morales (derecha), talabartero y músico suegro de Leonardo Alvear.



## LAUTARO CALDERÓN ARELLANO

### *“EL ÚLTIMO CURTIDOR DE CUEROS EN COTACACHI”*

Lautaro Calderón nació en 1943, en el barrio 24 de mayo de la ciudad de Cotacachi. Hijo de Manuel Alfonso Calderón y Delia María Arellano Andrade; su abuelo paterno, Antonio Calderón fue carpintero, casado con Carmen Emilia García; mientras que su abuelo materno fue un postillón, como a inicios del siglo pasado se les conocía a quienes se dedicaban a la arriería y a llevar cartas en caballos y mulas; su abuelo las llevaba a la zona de Intag.

Calderón (2018), recuerda que su padre Manuel, hacía los tafilettes, que es un cuero delgado que se lo ponía como sintillo en el interior de los sombreros; el mismo curtía los cueros en la acequia caudalosa que pasaba cerca de su casa, en dirección a la hacienda de Piava; allí lavaban los cueros de borregos que eran curtidos con semilla de guaranga con sus cuatro hermanos más: Ermel, Hugo Apolinar, Fausto Tarquino y Luis Alberto. Luego, cuando ya en la familia se dedicaron a confeccionar chaucheras, su padre les ponía a coser grandes cantidades de estas, a todos sus hijos, actividad que asegura sirvió para formarles como hombres de bien.

Su padre, primero les sentaba a realizar los deberes al regreso de la escuela y luego, les ponía a trabajar en diferentes actividades, como el cocinar el cuero en grandes ponedos. Recuerda que esta actividad más que dura, era apestosa y sucia,

por el hecho de trabajar con pieles que todavía tenían restos de carne. Con su familia, recuerda que, en la época de la Segunda Guerra Mundial, fabricaban muchas cigarreras, cartucheras y chaucheras. Por lo dicho, las chaucheras, según Lautaro Calderon, es una tradición que viene desde antes de su padre.

Uno de los recuerdos de don Lautaro, cuando apenas tenía apenas 6 años de edad, es el terremoto de Cotacachi, recuerda que los árboles se movían tanto, que besaban el suelo y las piedras de un molino, que había en el sector en el que vivía, se topaban formando un ruido estremecedor.

Su padre, como todos los jefes de hogar de esa época, decían que máximo hay que estudiar hasta tercer grado, luego hay que buscar oficio, y les mandaban a pisar los cueros para que aprendan a curtir desde niños. Estudio de niño en la escuela de las Hermanas Lauritas hasta terminar la primaria. Luego, ya mayor, ingresó a un centro de alfabetización para terminar el ciclo básico (décimo año de educación básica actual) para obtener su título artesanal.

Los hermanos de su madre eran todos policías, un par de ellos inicialmente fueron combatientes de la guerra del 1941 con el Perú, razón por la cual incidieron para que su padre se haga policía nacional. Por esta profesión, su padre llevó a toda la familia a vivir en Cayambe y luego en Machachi. Cuando su padre dejó tempranamente la policía, volvió a la confección de chaucheras con la ayuda de sus hijos. Con el pasar del tiempo, Don Lautaro, se cansó de trabajar para su padre, sentía que no progresaría, ni siquiera zapatos le compraban manifiesta; andaba pie limpio y cuando le daban zapatos le llevaban a comprarlos en Otavalo. También como niño trabajó de operario en los talleres de don Miguel Ángel Proaño, de don Gerardo Gavilánez, de don Enrique Moreno en Diablo Calle y de don Alberto Proaño, en esos tiempos ganaba 5 reales a la semana, dinero que le servía para darle a la mamá para la semana, ya que su familia era muy pobre, que se contentaba a veces con comer panes que, en ese entonces, valían "medio", es decir 5 centavos. Luego, recuerda que por su trabajo le subieron el sueldo a 6 reales, después a 8 reales y finalmente un sucre semanal.



■ Lautaro Calderón y su padre Alfonso Calderón (derecha).



■ Hermel Calderón, hermano de Lautaro Calderón.

A los 14 años don Lautaro fue a “regalarse”, es decir, fue a ofrecerse como empleado a la Escuela de Formación de Policías Nacionales en Quito, recuerda que hacía mandados como dar alfalfa y agua a los caballos; para estas actividades le proporcionaban unos pantalones tan anchos, que parecía payasito. Llegó a Quito “a dedo”, cuando a la capital se hacía 6 horas de viaje y costaba 2 sucres el pasaje. También, recuerda que hacía trabajos sencillos en el taller donde hacían monturas en la policía, pero el encargado era muy celoso y le daba miedo de que aprenda, y le “baje la pega”, por lo tanto, solo le tenían limpiando y a lo mucho pintando las monturas.

Antes de cumplir 18 años trabajó en Quito en el taller de tabarbería de una familia Pico confeccionando portafolios de cuero y de corosil, vivía en el mismo taller y dormía en las mesas del taller. Sus compañeros en este taller fueron otros cinco jóvenes cotacacheños, del único que de estos recuerda es a Gerardo Ruíz del, barrio San José, apodado “Singo”. Cuando don Lautaro cumplió 19 años, se fue al cuartel, le acantonaron en un batallón de Portoviejo, como era muy pequeño comenta que el fusil era del mismo tamaño que él, razón por la cual, no podía correr y se tropezaba a cada rato. Estaba claro en su proyecto de vida que sería policía, para lo cual tenía que primero hacer la conscripción, este era un requisito indispensable.

Se gradúa de policía y le envían al Destacamento Especial de Vigilancia y Seguridad de la Fábrica Imbabura, pasó más de tres meses en ese lugar, dando seguridad a las instalaciones de la fábrica y a su gerente Vilageliu, con un grupo de compañeros policías, desde que inició el conflicto con los obreros a inicios de 1965. Recuerda que el 1 de julio de 1965, los trabajadores de la fábrica, sus familiares y curiosos del pueblo, que sumaban más de 2000 personas, se tomaron las instalaciones de la fábrica.

Lautaro Calderón recuerda, un tanto asustado, el problema de la fábrica en Atuntaqui, donde al “gringo Vilageliu, le pegaron y arrastraron, con la misma sogu que sostenían el palo del control de la fábrica. Inclusive la gente quiso incinerarle en el parque principal de esa ciudad, ventajosamente llegó la policía e impidió que siga la barbarie. También don Lautaro fue objeto de golpes con puño y palos por parte de los enfurecidos obreros agresores.



■ Monederos elaborados por Lautaro Calderón.

Ventajosamente, recuerda que su estado físico, por aquellos años, era excelente y no le quebrantaron; en esos tiempos él era fisiculturista. Desde ese entonces, la gente de Atuntaqui se ganó el sobrenombre de “arrastradores”. Sus ojos se ponen húmedos al contar ese acontecimiento y el cómo fue requerido para reconocer el cadáver del “gringo” Vilageliú y a sus victimarios. Con voz entrecortada manifiesta que no quiere acordarse de esos momentos y de esas escenas macabras.

Luego de la muerte de Vilageliú pasó un par de meses más en las instalaciones de la Fábrica Imbabura, posteriormente lo mandaron a varios sitios del país, hasta que finalmente en Cuenca se casó por primera vez. En el año 1967 pidió la baja de la policía porque no le gustó los maltratos recibidos y el sueldo de 430 sucres no le alcanzaba para nada. Posteriormente se dedicó a desempeñarse como guardia de seguridad en varios lugares de Quito y la provincia de Imbabura, hasta que finalmente y decidió dedicarse nuevamente al oficio de los cueros, allá por el año 1969.

■ Chaucheras elaboradas por Lautaro Calderón.



Par ahorrar dinero en su taller, don Lautaro, tomó la iniciativa de curtir el cuero y ya no comprarlo. Sus primeros trabajos fueron taburetes

de madera con asientos de cuero y suela. Luego viendo la calidad de su trabajo, el Ministerio de Defensa le otorgó dos grandes contratos para elaborar portafusiles, en la época de León Febres Cordero y de Rodrigo Borja; manifiesta que, por primera vez, vio tanto dinero reunido, cinco mil sucres. Para poder cubrir con la demanda que implicaba los contratos con el ejército ecuatoriano, contrató 15 operarios, todos ellos indígenas, porque según don Lautaro, los de esta etnia son menos problemáticos y más trabajadores que los mestizos. En su taller y con el dinero que ganó con los contratos con el Ministerio de Defensa, mejoró su taller y formalizó su relación con Teresa Imbaquingo, una mujer de Andrade Marín a la que conoció cuando fue guardia de la Fábrica Textil Imbabura, con ella procreo siete hijos: Lauro, Carlos, Delia, Nancy, José Luis, Manuel Alfonso y David. Todos sus hijos saben de talabartería, porque desde niños le ayudaban en el taller y les concientizó de que, si le ayudaban, podría hacer un pequeño capital para poder educarlos, hecho que don Lautaro, con mucho esfuerzo y orgullo lo ha cumplido.

Para curtir el cuero compraba las pieles de ganado en los camales, luego adquiría a los negociantes. Para curtir el cuero se auto educó, compró libros italianos y los leyó varias veces hasta entender todos los procesos de la curtiembre. Lavaba el cuero en tanques de agua para luego ponerles en cal durante unos 15 días. A continuación, le desaguaba el cuero con guaranga para posteriormente descarnarlo; a continuación, procede a “alimentar el cuero” con mantequilla o con grasas compradas. Los cueros, finalmente los adelgaza con cuchillo en un banco de madera, para seguidamente fabricar los diferentes productos.



■ Lautaro Calderón en su taller.

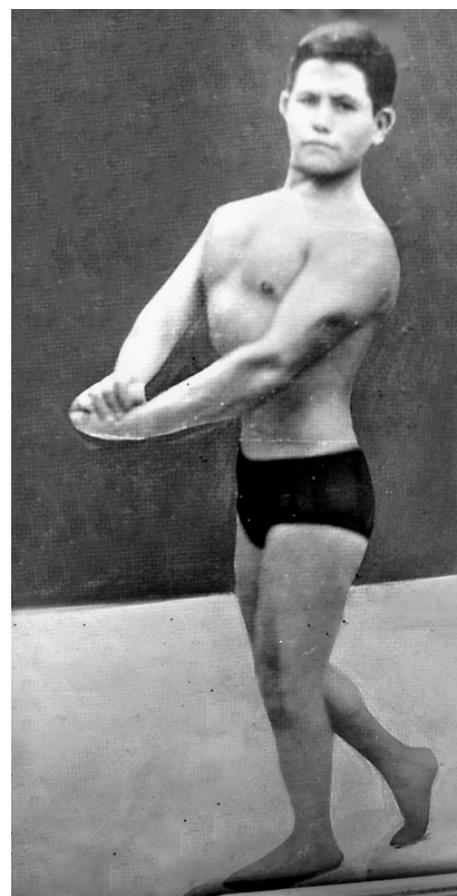
La guaranga para la curtiembre la recogía de las matas que crecían en los callejones de Cotacachi, en Alambuela y Perafán. Con mucha alegría recuerda que, con sus hijos, a manera de paseo se dirigía a Tumbabiro y Chachimbiro a recoger guaranga; sus hijos se subían a los árboles a agitarlos para que las vainas de guaranga caigan. Al viaje llevaba chochos, tostado, plátanos, mote, queso y aguado de limón o naranja, para haciendo un alto a la recogida de guaranga, almorzar todos sentados y admirando el bello paisaje de estos sitios.

Para don Lautaro siempre fue bueno el negocio de la manufactura de chaucheras, actualmente entrega a un comerciante peruano las 120 que fabrica semanalmente; las vende a tres dólares cada una. Aunque recuerda que hubo un momento muy difícil para él y su familia, cuando viniendo de Guayaquil le asaltaron y robaron 25 millones de sucres, a eso se sumó la dolarización en ese año. Tuvo que vender una propiedad para no ser embargada su casa. Hasta el día de hoy trabaja para mantener a su familia, a sus 76 años tiene un físico y memoria envidiable, trota, hace bicicleta y gimnasia a diario, con un grupo de amigos en el marco de una planificación rigurosa.

Nunca dejó de participar en la famosa competencia de maratón "Quito Últimas Noticias". Se emociona al recordar que, como otros de su época, nunca cayó en ningún vicio. Para don Lautaro, es fundamental cultivar el cuerpo, siempre lo hizo; muy orgulloso recuerda que cuando salió de la policía se preparó durante 5 años, entrenando muy duro para participar en el concurso de Mr. Imbabura.

Lamenta ya no poder ir a recoger guarango, su edad ya no le permite subir a los árboles, los mismos que son muy frágiles y espinosos. Ahora ya le falla la vista para hacer el trabajo fino y delicado, razón por la cual tiene contratada una operaria.

Don Lautaro manifiesta estar muy molesto por las trabas burocráticas que el municipio y el estado le pone a su negocio de curtiembre de cuero. Cuenta que la noche anterior a esta entrevista lloró, porque su pasión es el cuero, y ve como le ponen tantos obstáculos a su digno trabajo. Con altives expresa que seguirá trabajando como siempre, con honradez, puntualidad y sin hacer daño a nadie; lo único que pide es que le dejen trabajar en paz. Tiene esperanzas en que la tradición de su familia en la talabartería continúe con su hijo Manuel Calderón, quien es el único que sigue con este trabajo, fabrica carteras de calidad muy cotizadas por los clientes.



**Lautaro Calderón en el concurso de Mister Imbabura.**

Sus ideas sobre un parque industrial en Cotacachi y una fábrica procesadora de cueros, en la que nada se desperdicia y tampoco contamine el ambiente debería tomar el municipio, con miras a un desarrollo más sostenible del cantón. Don Lautaro sabe y tiene claro los diferentes procesos químicos y orgánicos para curtir el cuero, realmente es el último de los curtidores artesanales que queda en Cotacachi y es un patrimonio de la ciudad.



■ Lautaro Calderón con sus hijos Manuel y Lauro Calderón Imbaquingo.



## SEGUNDO TARQUINO GUZMÁN FLORES

*“EL BUEN HUMOR, LA HONRADEZ, LA GENEROSIDAD  
Y EL COMPROMISO DE SERVIR A SU TIERRA”*

Uno de los hombres icónicos de la talabartería de Cotacachi, sin lugar a dudas es Don Segundo Tarquino Guzmán Flores, hijo de Modesto Guzmán, un zapatero de los buenos de Cotacachi cuya esposa fue Victoria Flores. Don Tarquino fue el único hijo varón y se casó con Marieta Esther Moreno, con quien tuvieron siete hijos: Milton, Juan, José, Tarquino, Nora, Gladys y Ximena.

Don Tarquino se inicia como ayudante de talabartería a la edad de 12 años, de a poco aprende este oficio y a los 17 años pone su propio taller, el que va consolidándose al pasar de los años; luego de casarse, especialmente los hijos varones, siempre ayudaron en las actividades básicas de los diferentes productos que su padre confeccionaba. El taller estaba ubicado en la calle Sucre y 10 de Agosto.

Tarquino Guzmán inicialmente era músico, y a los inicios de su taller de talabartería alternaba con el oficio de músico, tocando el flautín y luego la flauta en la banda llamada “Los Chirimoyos”; esta banda, en esa época, tenía como competencia a los “Los Martillos”, luego se fusionaron las dos agru-

paciones y formaron la banda municipal. El taller tenía, en sus buenos tiempos, hasta 20 jóvenes operarios, siempre se renovaba el taller con los trabajadores, ya que estos una vez que adquirían conocimientos y destrezas de la talabartería, se independizaban para ponerse sus propios talleres; de esta forma, según su hijo Tarquino Guzmán (2018), las talabarterías de Cotacacachi se convirtieron en verdaderas escuelas de formación para los jóvenes que querían, en algún momento de sus vidas, progresar con su propio oficio y negocio.

Algunos de los trabajadores de don Segundo Tarquino Guzmán fueron: Julio Moreno, Jorge Moreno, Vicente Moreno, Adolfo Galindo, Guillermo Guzmán y Guillermo Garrido. En el taller básicamente se trabaja billeteras, monederos para mujer y cartapacios, estos últimos son una pequeña maletas para ejecutivos. Don Tarquino asegura que los monederos de mujer, tenían el nombre de “coquetas” porque tenían un espejo incluido y un compartimiento para el polvo de maquillaje.

En el taller de don Segundo Tarquino Guzmán, a mitad del siglo pasado, se curtía el cuero en el río Machángara, para esta actividad era experto uno de los operarios, don Guillermo Garrido. Posteriormente el cuero se lo compraba a negociantes que lo traían de Cuenca. La fiebre de las cartucheras en la Segunda Guerra Mundial hizo que el taller de don Segundo tenga más de 50 trabajadores. Según su hijo Tarquino, en esos años su padre hizo mucho dinero y recuerda mucho que los operarios de su padre se amanecían trabajando. El silvar mientras trabajaban no podía faltar en el taller, tampoco las bromas, en especial las de Julio Moreno que acostumbraba a ponerles rabo de cuero a sus compañeros sin que estos se den cuenta.

Con el dinero que ganó en la época de oro de la talabartería en Cotacachi, don Segundo, se compró la casa en la que todavía vive su hijo Tarquino con su familia, esta es contigua a la pequeña casa donde funcionaba inicialmente el taller y al ser más grande, le permitió agrandar su taller.

Según Tarquino Guzmán (2018), la crisis económica de Cotacachi luego de la Segunda Guerra Mundial no le afectó mucho a su padre, razón por la cual no fue necesario migrar hacia Colombia. Para consolidarse en el negocio, don Segundo Guzmán, se puso un almacén de venta de artículos de cuero en la casa, este fue uno de los primeros que existió en la ciudad, luego del almacén de don Humberto Chávez; posteriormente pusieron almacenes don Carlos Albuja y don

Vicente León, este último administraba el almacén el almacén de la Cooperativa del Cuero.

El almacén de don Tarquino tenía el nombre "STAR GUZMÁN", que era la abreviatura de su nombre "Segundo Tarquino Guzmán", mientras que un almacén que también lo puso en Quito se llamó "Los Lagos"; este negocio lo mantuvieron por más de 20 años y, sus hijos alternaban en la administración del mismo, cada fin de semana, con la finalidad de optimizar recursos.

Cuando don Tarquino dejó de trabajar en el taller, a los 60 años, se puso un almacén en la calle 10 de agosto, en la casa de la señora Irene Granja, el cual lo mantuvo hasta cumplir 88 años de edad. Lamentablemente, don Segundo Tarquino Guzmán, falleció a los 95 años de edad; murió un gran talabartero, un gran hombre, un abnegado padre y un ciudadano ejemplar. Ninguno de sus hijos siguió en el negocio del cuero, pero a todos educó y les dio un futuro digno en esta vida.

La afición por la música de los hijos de don Tarquino hizo que estos formen la conocida agrupación musical "Los Embajadores del Ritmo" conformada por tres de los hermanos Guzmán conjuntamente con Pedro Proaño, Mario Hidrobo, Arturo Toro, Lautaro Toro y Edgar Hidrobo. Esta agrupación tocaba música tropical, un género musical diferente a la famosa Rumba Habana. Este conjunto musical, en esos tiempos, siempre era contratado por el muy conocido restaurante Chicapán, bar turístico ubicado a las orillas del lago San Pablo que fue el centro de reunión de los jóvenes imbabu-



■ Abajo: Marieta Moreno y Segundo Tarquino Guzmán, junto a sus hijos, de izquierda a derecha: Jimena, Gladys, Nhora, Tarquino, José, Juan y Milton.



■ Segundo Tarquino Guzmán, sentado al centro con poncho, junto a su familia en la laguna de Cuicocha, 1976.

reños los días domingos en la tarde, quienes acudían a tomar unas cervezas, bailar y enamorar a las chicas.

Posteriormente, allá por 1965, los Embajadores del Ritmo cambian su nombre a "Los Dandys", agrupación que la componen: Juan Guzmán (batería), Bolivar Alencastro (cantante), Mario Hidrobo (acordeón), Arturo Toro (tumbas), Pedro Proaño (bajo), Alberto Guerrero (saxo) y Tarquino Guzmán (huiro); se especializaron en música colombiana de los Hispanos y de los Graduados de Colombia. Recuerda don Tarquino Guzmán que don Lucho Paz, dueño de radio Cotacachi, les invitaba a unos "mano a mano" entre Los Dandys y la

agrupación musical cotacacheña "Los Armónicos Tropical" de don Pepe Moreno, quienes lamentablemente tuvieron poco tiempo de vigencia.

En los últimos años de su existencia, a los Dandys se integraron Dany Hidrobo y Edgar Hidrobo; esta agrupación debe su nombre a un amigo inglés que frecuentaba Cotacachi, William Smith. Este conjunto musical fue el que amenizó grandes fiestas, no solo en Cotacachi y se mantuvieron vigentes por más de 15 años, llegando a grabar un disco.

Hablando nuevamente de don Tarquino Guzmán, su hijo Tarquino, recuerda que la constante de su padre era el humor, siempre se ganó el cariño y respeto de Cotacachi por su carisma, valores humanos, su rectitud y responsabilidad; razón por la cual, ser operario de don Segundo era un privilegio, una inmensa mayoría de talabarteros de Cotacachi se formaron en su taller.

Las mejores fiestas de onomásticos de la familia se hacían en la casa de don Segundo, duraban dos y tres días, se contrataba banda, bailaba todo el día y noche, la abundante comida no faltaba y tampoco el buen humor que imprimía don

Tarquino. Los “santos” entre amigos y familiares se festejaban en grande, mínimo tres días: las vísperas, el día preciso y al siguiente día.

La buena posición económica de don Segundo hizo que sea un benefactor y una persona muy querida en Cotacachi; siempre apoyó decididamente al club El Nacional de Cotacachi y a su municipio. Sus tres hijas fueron reinas de la ciudad y de la famosa fiesta de la Jora organizada siempre por el club El Nacional. Fue integrante y dirigente del club Bolívar con don Lucho Sánchez. También fue concejal del cantón por el partido conservador, en la presidencia municipal de Jorge Proaño Almeida.

Don Rigoberto Galindo, un cotacacheño residente en Guayaquil, era en las décadas de los 60, quien le compraba la mayor parte de la mercadería que producía don Segundo. Tenía personas que le acompañaban a comercializar los productos que él elaboraba en las ferias exposiciones, a las viajaba por todo el Ecuador en representación de su tierra. A más de sus productos confeccionados en su taller, también compraba maletas a don Vicente Barrera, un talarbartero de los buenos de Cotacachi que se especializó en maletas. Fue un verdadero embajador de su tierra por todo el país; los productos de cuero de Cotacachi, fueron conocidos gracias a personas emprendedoras y visionarios como don Segundo Tarquino Guzmán.

Con su buen humor y amabilidad, don Tarquino, se ganaba a los clientes; el turista que visitaba su almacén, salía comprando siempre algo. A veces, los turistas iban por comprar una billetera, pero como no les alcanzaba el dinero, don Segundo le trataba tan bien, que salían del almacén comprando un producto más barato; es decir, la plata del turista se quedaba en el almacén que también era atendido por la señora Vicentita Proaño.

Todos en Cotacachi recuerdan con mucho cariño a don Segundo Tarquino Guzmán; definitivamente, fue uno de los hombres más respetados por sus coterráneos y con seguridad, parte del desarrollo de esta tierra se debe a su tenacidad, honradez, compromiso y empoderamiento que siempre tuvo con el cantón, la ciudad y su familia.



■ Familia Guzmán Moreno. De izquierda a derecha: Milton, Jimena, Segundo Tarquino Guzmán, Nhora, Marieta Moreno, Tarquino y Gladys.



■ Grupo musical "Los Dandys". De izquierda a derecha: Pedro Proaño, Tárquino Guzmán Moreno, José Guzmán Moreno, Bolívar Alencastro, Juan Guzmán Moreno, Mario Hidrobo Aulestia y Arsuro Toro.



## **LUIS ALFONSO PAZ GAVILÁNEZ**

*“UN VIAJERO, NEGOCIANTE Y HOMBRE DE BIEN DE COTACACHI”*

Luis Alfonso Paz Gavilánez nació en 1916 y falleció en 1989, su esposa fue la señora Paulina Granja; en este matrimonio no pudieron tener hijos naturales, pero tuvieron la dicha de tener como hija adoptiva a Graciela Albuja, desde el año de 1958, año en que muere su madre Rosa Fabiola Granja (hermana de Paulina Granja).

Se incluye a Don Luis Alfonso en esta sección del libro a pesar de no ser talabartero, pero es indudable que su trabajo estuvo relacionado directa e indirectamente con el oficio de la talabartería en Cotacachi. Proporcionaba todos los insumos para los artesanos del cuero en su almacén ubicado en la calle Bolívar y 10 de Agosto. También, como negocio más lucrativo se dedicó a comercializar en Guayaquil artículos de cuero que compraba a los talabarteros, especialmente billeteras, carteras, bolsos, chaucheras y maletas de caja. El negocio era redondo, una vez que se encontraba en Guayaquil, adquiría una serie de productos y materiales como alambre, plomo, aceite, fibras y un sin número de otros productos para venderlos a los talabarteros en Cotacachi.

Los productos de cuero que llevaba a Guayaquil se envolvían en grandes bultos para ser transportados en tren. Esto productos los compraba, entre otros a: Alberto Andrade,

Pepe Andrade, la familia Terán, la familia Recalde, don García, Hugo Vaca, las familias Sánchez y todos los talabarteros del barrio San José. Mientras él viajaba a Guayaquil, su esposa e hija se hacían cargo del almacén en Cotacachi, pero también se encargaban de enviarle mercadería a Guayaquil cuando la demanda en esa ciudad era grande; era importante la ayuda de Maura Proaño en el almacén.

El envolver la mercadería para transportarla a Guayaquil era todo un arte, se empleaba algunos operarios. Una vez compradas las fundas de cemento utilizadas en la construcción, las limpiaban y con el engrudo casero se iba haciendo, poco a poco, un rollo para envolver la mercadería; luego, en fundas de caña cosidas con la piola de la cabuya, se hacía grandes bultos que contenían los productos de cuero; finalmente para que se identifique estos bultos, se pintaba marcas con anilina, otras veces con pigmentos o con las tintas utilizadas para dar color a las paletas.

Graciela Albuja (2018), menciona que su padre tenía las maletas de tres dimensiones: de 80, de 60 y de 40 centímetros, para optimizar espacio en el viaje, en cada maleta iba metiendo las maletas más pequeñas y en estas a su vez se llenaban con las billeteras, chaucheras, correas y otros productos pequeños. En Guayaquil entregaba a los mayoristas Balberan; además, se entregaba productos de cuero en la Bahía, de puesto en puesto. Al año viaja unos cinco o seis meses, permanecía en esa ciudad un promedio de un mes en cada viaje, por ello tenía arrendado un cuarto en la calle Chimborazo de Guayaquil.

Graciela Albuja (2018) recuerda que, con el pasar del tiempo, la mercadería para el almacén lo traían de la ciudad de Pasto, ya que el desarrollo de la industria del cuero en Colombia progresó mucho y, por el cambio de moneda, se hizo más lucrativo el traer los productos de ese país.

Don Luis Alfonso Paz fue un hombre muy caritativo, solidario, generoso, demasiado bueno, muy amable, cariñoso y bastante comprensivo. Con los artesanos su generosidad llegaba a tal punto que, en repetidas ocasiones, les seguía fiando a varios, a pesar de que en muchas ocasiones le quedaban mal; razón por la cual su esposa, que tenía un carácter demasiado fuerte, se enojaba con frecuencia con él.

Luis Paz, viajaba en su camioneta a traer mercadería de Pasto, como todos en ese entonces, pasaban la mercadería

como cacharro. Con el pasar de los tiempos, como ya estaba muy mayor para esas andanzas, a los viajes a Colombia le acompañaba su hija Graciela. El almacén, fue el único en su género en Cotacachi, su hija con su esposo lo tuvieron hasta el año 1991, es decir, dos años luego de la muerte de don Paz. Por la variedad de productos que se vendía allí, muchos cotacacheños de la época decían que era el almacén El Globo de Cotacachi, haciendo alusión a los famosos almacenes de Quito que tenían ese nombre. El verdadero nombre del almacén era "Guayas", claro está, por la procedencia de la mayoría de sus productos comercializados allí, que entre otros eran: licuadoras, batidoras, pinta labios, agujas, botones, fosforeras, todo lo de bazar, linternas, pilas, solución blanca, cemento de contacto, esponja, cartón de diferentes números, cartoncillo, fibras que reemplazaba al cuero, corosil, repuestos de bicicletas, etc.

Don Luis Paz y su esposa le dieron una buena educación en Quito a su hija Graciela, quien se graduó de trabajadora social y fue docente de la Universidad Católica de Quito, pero tomó la decisión de regresar a Cotacachi a cuidar a sus padres hasta la muerte de ellos; actualmente con su esposo tienen un almacén de bicicletas.

■ Graciela Albuja con sus padres adoptivos Paulina Granja y Luis Alfonso Paz.



Los conocimientos, elegancia, educación y calidad humana, hizo que don Luis Paz sea presidente en reiteradas ocasiones del Consejo Municipal de Cotacachi, también fue Consejero Provincial en representación del Partido Social Cristiano. Siempre se identificó con los conservadores y en especial con León Febres Corderos, Sixto Duran Ballén y Jaime Nebot. Perteneció al famoso club 9 de Octubre, no era jugador, pero sí un hincha a muerte del club. Le encantaba llevarles limones y naranjas a los jugadores, incluso en varias ocasiones apoyó al club económicamente para la compra de las camisetas. Don Luis, en la comunidad Hermanas Lauritas, fue benefactor permanente; su hija recuerda que él perteneció un grupo católico llamado Movimiento de Dios de Cristianidad, por lo que hizo asambleas cristianas en algunas comunidades indígenas del cantón.

El único vicio que tuvo fue jugar Póker con sus amigos Manuel Guerra y Alejandro Guzmán que fue notario; aunque como parte del servicio al cliente en el almacén siempre a los conocidos les brindaba un “taco de puro”. Su pasión era jugar carnaval con agua, le encantaba mojar a todas las chicas que pasaba por el almacén, también les lanzaba perfumes y colonia.

Una de las facetas interesantes de don Luis Paz y que de paso coadyuvó al desarrollo del cantón, fue la estación de radio de su propiedad, la que le compró al Padre Arturo, un sacerdote que fue párroco de la iglesia de San Francisco. La radio la mantuvo por alrededor de 20 años, fue su pasión, y a pesar de que no le daba réditos económicos, nunca quiso deshacerse de la emisora; no dudó en invertir mucho dinero en técnicos, transformadores, eventos y mantenimiento.

La radio funcionaba solo de 7 a 10 de la noche, el personal que trabajaba en la emisora, entre otros fueron: Felipe Echeverría, Fausto Romero, Adrián Acosta y Mario Hidrobo. Después de la Segunda Guerra Mundial, época que muchos tabarberos migraron a Colombia, específicamente a Bogotá, don Luis Paz quiso que, por medio la radio, los cotacacheños residentes en Colombia mantengan contacto con su tierra y seres queridos.

Creó un programa para el cotacacheño ausente que lo conducía don Fausto Romero, sus alocuciones, mensajes, noticias y música hacían llorar a estos hombres que, por la pobreza y por mejorar las condiciones de vida de sus familias, migraron al vecino país del norte. Por medio de la banda cor-

ta de la emisora, los cotacacheños residentes en otros países como EEUU y Venezuela, escuchaban atentos las noticias de su amada tierra (Albuja, 2008).

La Radio Cotacachi, tuvo una época de oro, sus programas fueron sintonizados por todos los cotacacheños, dentro y fuera del país. El aniversario de la emisora, prácticamente era una fiesta de la ciudad, siempre se organizó grandes festivales musicales en el Teatro Municipal, con la presencia en vivo y en directo de artistas cotacacheños y nacionales de la talla de Paulina Tamayo, los hermanos Miño Naranjo, Rodrigo Cevallos y otros. Algo que recuerda la señora Graciela Albuja, es un hecho noble y generoso de su padre; don Luis Alfonso Paz, cuando el famoso artista musical cotacacheño Rodrigo Cevallos era muy niño, en el año de 1979, le regaló una guitarra porque vio que en ese chico había un futuro artístico promisorio, el tiempo le dio la razón a don Luis.





## VICENTE LEÓN

*“RECTITUD, TENACIDAD Y VIGENCIA DE UN HOMBRE  
CURTIDO POR EL TRABAJO”*

Vicente León, sin lugar a dudas, es ya una leyenda en Cotacachi, a sus 94 años sigue atendiendo en su almacén ubicado en las calles 10 de Agosto y Bolívar. Nació en 1926 y su esposa es doña Rita Cobos Galindo, hija de Aurelio Cobos, un talabartero de principios del siglo pasado que también curtía cueros.

Vicente León proviene de un hogar muy humilde de cuatro hermanos: María Nicolasa, Antonio Gabriel, Vicente y Alfonso. Su padre fue un buen hombre, de los primeros que hacían alpargatas en Cotacachi. A la edad de 12 años, recién terminado la primaria en la escuela Sucre, ingresó a un taller de talabartería de un señor Buitrón, luego pasó al taller del hermano de este, don Enrique Buitrón, para aprender el oficio y terminó perfeccionándose en los talleres del señor Rafael Ubidia, de Alberto Andrade y José Andrade, con quienes aprendió a elaborar monturas y otros productos más. Muy joven, se casó y con su esposa procrearon 10 hijos: Nelson, Hugo, Edgar, Flor, Jimena, Martha, Lupe, Azucena, Concha y Fredy. Ya casado, a los 25 años de edad, tomó la acertada decisión de independizarse y poner su propio taller en el que

trabajó, día y noche, para mantener a su numerosa familia. Don Vicente León recuerda que, para independizarse en el oficio, compró dos cueros de becerros grandes, los mismos que él los curtió, en Pichanviche, para hacer tres maletas de cada becerro.

Sus maletas eran famosas por su calidad, se jacta de haberse parado sobre ellas para verificar su resistencia. Como prueba de lo dicho, menciona que, en cierta ocasión, se dio el lujo de apostar la resistencia de las maletas entre varios compañeros talabarteros de la cooperativa a la que pertenecían, cada uno se paró en su maleta confeccionada y solo la maleta de 80 cm., de don León, logró mantenerse sin desfondarse; viendo eso hecho, unos turistas "gringos", en ese momento, le compraron ocho maletas.

Don Vicente León, inicialmente tenía cinco operarios en su almacén, luego según la demanda de trabajo, el número de trabajadores aumentaba o disminuía. De sus colaboradores recuerda a Vicente Barrera, Rubén Terán, Julio García y Bolívar Alencastro. Con orgullo manifiesta que siempre imprimió calidad en sus productos y a eso atribuye el éxito de su negocio, a pesar de las crisis cíclicas que todo emprendimiento tiene. Se siente orgulloso de haber aprendido el oficio de los buenos talabarteros que tenía Cotacachi. Don Vicente recuerda que siempre fue con mentalidad de aprender y no ser uno más de los artesanos que pasan por la vida sin pena ni gloria.

Cuando se vino la crisis en Cotacachi, luego de la Segunda Guerra Mundial, y la mayoría de artesanos del cuero de la ciudad, de a poco, empezaron a migrar hacia Colombia, don Vicente, según su hijo Fredy León (2018), a pesar de estar tentado a migrar, no lo hizo; tomó la decisión de quedarse en su tierra y trabajar muy duro para manener a sus hijos.

Tampoco le hizo desmayar el terremoto sucedido en Cotacachi, en el año de 1955. Vicente León (2018) en la entrevista, recuerda que con su esposa se pusieron a llorar al ver su casa de adobe derrumbada, la que con tanto esfuerzo compraron en 260 sucres, pero su coraje y ganas de salir adelante, hizo que inmediatamente construya la nueva casa sobre las ruinas de la anterior. Es importante destacar que su esposa Rita, siempre estuvo a su lado ayudándole no solo en los quehaceres del hogar, sino también cosiendo los productos de cuero que confecciona en el taller. A inicios de la década de los 60 del siglo pasado, don Vicente León, se hizo cargo

■ Ramiro León Cobos, hijo de Vicente León.



del almacén de la Cooperativa de Artesanos del Cuero de Cotacachi, del que todos los años era del consejo de vigilancia; esta cooperativa, en los mejores tiempos, tenía en 86 socios y funcionó por 11 años. Lamentablemente, en 1965, el almacén se incendió cerca de medianoche, fue todo un acontecimiento en Cotacachi, más aún, cuando hubo el rumor no comprobado de que este incendio fue provocado. En el almacén de ventas de productos elaborados con cuero de dicha cooperativa, ubicado en plena calle 10 de Agosto, cada uno de los socios entregaban al lugar sus productos y un pequeño porcentaje de las ganancias era para la cooperativa.

Luego de este incidente instaló su propio almacén, al que le puso el nombre de "Manufacturas León", el mismo que hasta la actualidad lo tiene, por cerca ya de 60 años. Este almacén lo administra en compañía de dos de sus hijos, Fredy y Lupe. Don Vicente León (2018), reconoce que el primero en poner un almacén en la 10 de agosto fue Humberto Cháves, luego don Albuja y posteriormente el hijo Leoncio Albuja. Recuerda además con mucha nostalgia a sus buenos amigos: Fausto Romero, Medardo Meza, Humberto Meza y Fabián Espinoza, de otros ya no recuerda sus nombres.

■ Vicente León con su hijo Ramiro.



La personalidad fuerte de don Vicente se nota claramente cuando conversa de sus logros, al frente de la cooperativa, se emociona de tal manera que se evidencia un brillo especial en sus ojos. Otro motivo de su orgullo y satisfacción es el haber salido de la pobreza en que vivía, en el barrio "La Cantarilla", el mismo que estaba ubicado en lo que hoy es el mercado de Cotacachi. Manifiesta haber construido, con mucho esfuerzo y amor, tres casas, y

haber instalado tres talleres de talabartería.

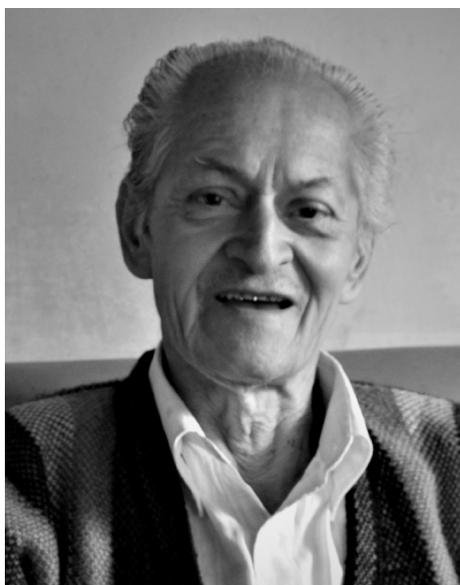
Con alegría y con un tono de voz que denota emoción y orgullo, don León, expresa haber formado, con nueve amigos más, el glorioso club "El Nacional" de Cotacachi. Con sus amigos Carlos Paz y Medardo Meza fueron guardametas de este equipo de fútbol.

Su voz se entrecorta cuando habla de su primer hijo, Nelson, a quien recuerda le fue a dejar en Esmeraldas para que ejerza el cargo de profesor en una institución de esa ciudad, luego de haber ganado un concurso de merecimientos. Tiene los mejores recuerdos de la calidad humana de su hijo Nelson. Lamentablemente, su hijo falleció hace algunos años, razón por la cual menciona con mucho dolor, que le han quitado media vida.

Don Vicente sigue vigente, es impresionante la vitalidad que todavía tiene para trabajar; pasa casi todo el tiempo atendiendo a sus clientes en el almacén. Siguen muy celosos de su trabajo, expresa nunca haber indicado sus secretos para producir sus artículos de cuero; siempre creyó que los curiosos copiarían sus métodos artesanales desarrollados con mucho esfuerzo. De sus hijos, Edgar sigue la tradición de las artesanías en cuero, también su hijo Fredy, quien hace algunas variedades de productos, especialmente en suela.



■ Almacén y casa de Don Vicente León.



## **JAIME ALFONSO ANDRAMUNIO PROAÑO**

*“LA PASIÓN POR LAS MONTURAS EN EL MARCO DE UNA HISTORIA DE  
VIDA SENCILLA Y HONRADA”*

Quién en Cotacachi no conoció a don Jaime Andramunio Proaño, un talabartero que se dedicó, la mayor parte de su vida, a elaborar monturas para toda clase de clientes. Hijo de Rafael Andramunio y de Carmen Proaño. Su padre fue de los primeros plateros que hubo en Cotacachi, hacía anillos, cucharas, aretes y otros productos; este oficio no fue muy rentable, se ganaba muy poco y en la casa, con el dinero que ganaban en la platería, casi no alcanzaba para subsistir la semana.

Cuando don Jaime Andramunio cursaba el sexto grado, para mejorar la economía de sus padres, los sábados tenía que ir a aprender talabartería en el taller de su tío Julio Cevallos, quien le pagaba cinco reales por sábado trabajado. Una vez terminada la primaria ingresó, ya como operario de planta del taller, ganando un sucre diario, lo que le servía para ayudar a su hogar.

Jaime Andramunio (2018) recuerda que, en esos tiempos, una montura costaba 300 suces y los principales clientes fueron los dueños de las haciendas de los alrededores de Cota-

cachi. Cuando la montura era completa, es decir, con todos los aparejos, podían costar hasta 800 sucres; en ese precio fue la última que vendió su tío Julio Cevallos, quien a su vez aprendió el arte de hacer monturas de un señor llamado Rafael Ruiz.

Para hacer las monturas se utilizaba cuero y suela curtidas en los ríos y ojos de agua de Cotacachi, recuerda que su tío, Julio Cevallos, compraba los cueros curtidos por don Federico Ruiz, José Ruiz y Alfonso Ibarra. Luego los cueros y suelas para confeccionar monturas se compraban en la ciudad de Ambato.

Don Jaime siempre fue preguntón en el taller donde fue operario, a su tío le interrogaba para saber todo sobre la confección de monturas. Desde esa época no ha modificado absolutamente nada en este oficio. Cuando don Jaime tenía 14 años, su tío falleció a los 45 años de edad; pero su corta edad, le fue imposible independizarse para poner su propio taller; además, sabía solo partes del oficio, más no todo lo que se debía y necesitaba conocer. Sintiendo solo fue con un conocido maestro de Cotacachi para seguir aprendiendo, pero lamentablemente, a pesar de haberle suplicado que le enseñe el oficio, su jefe se negó, aduciendo que él no daba trabajo a nadie en absoluto; pidió disculpas y luego fue a parar en el taller de maletas de don Lucho Sánchez, posteriormente fue operario de Elio Ruiz, donde aprendió, entre otras cosas, a elaborar billeteras de cuero.

Jaime Andramunio (2018) expresa que se dio cuenta que en la marroquinería no estaba su futuro; pero la suerte se cruzó en su camino, cuando tenía 18 años, la señora Mariana Paz, quien tenía un almacén de artículos de cuero en la ciudad de Ibarra, le pidió que le dé confeccionando una silla de montar, aceptó el reto con gusto, pero con cierto temor por su inexperiencia. Así inició confeccionando monturas en forma independiente. Lamentablemente, al ser las monturas un producto un tanto caro, la señora no siempre vendía rápido, razón por la que le quedaba debiendo, y a veces por mucho tiempo. Cuando le pagaba por sus monturas, el dinero se hacía “plata de bolsillo” y se le acababa, la mayor parte de este, pagando deudas. Luego pasó a trabajar con don Alfonso Loza, un negociante de caballos que le ayudó a enganchar algunos trabajos de confección de monturas por una larga temporada.



■ Julio Cevallos, tío de Jaime Andramunio.

■ Montura elaborada por Jaime Andramunio.



Don Jaime recuerda que, en esos tiempos, había algunos maestros talabarteros dedicados exclusivamente a las monturas, y se refiere a Reinaldo Saltos, Miguel Ángel Saltos y Rafael Saltos, otros que fueron muy conocidos en esos tiempos en este oficio y que vivían en el barrio Diablo Calle, son: Rogelio Sánchez, Alfonso López, Camilo Haro, Polivio Sánchez y Ermel Sánchez, aunque este último se dedicó a ese oficio por poco tiempo.

Su afán de superarse y hacerse conocer con su trabajo de monturas, hizo que se dirija a las ferias de ganado en Ibarra y Otavalo para ofrecer su producto, donde a veces le iba muy bien, mientras que otras veces, se vendía solo un juego de cabezas, unas cuantas tarabas y unas pecheras. Luego conoció a Jaime Hidrobo de Otavalo, con quien cambió la modalidad del negocio; primero, a inicios de semana se pactaba el trabajo de atalajes y sillas de montar, se trabajaba toda la semana y el sábado ya le pagaban en efectivo por el trabajo. Con con esta modalidad y con este señor Hidrobo, trabajó por el lapso de unos 10 años.

Sus monturas, de a poco, las fueron conociendo muchas personas que demandaban de este producto para sus caballos, principalmente de la zona de Intag, Quito, Otavalo, el Guayas y el Oriente. Para ese entonces, don Jaime Andramunio, se casó con la señora Rosa Palacios, una mujer nativa de Atuntaqui.

Su trabajo se perfeccionó cada día más, las monturas ya fueron mejores que las iniciales, se notaba en los acabados, la calidad del material y el engrasado. Así llegó a tener clientes

que le esperaban, hasta seis meses, para que se les entregue las monturas. Tal fue su consolidación en el arte de la confección de monturas, que su padre le tuvo una envidia sana porque veía que su hijo duplicaba sus ingresos económicos. Su primer taller lo tenía en la calle 10 de Agosto, en la casa de don Lauro Morales.

Como tenía muchos clientes de las fuerzas armadas ecuatorianas, viendo la calidad de sus productos, le contrataron como talabartero para que cumpla dicho oficio en el Centro de Apoyo Logístico del Ejército del Batallón de Infantería N° 1. Trabajó en ese lugar durante siete meses, pero no aguantaba la irresponsabilidad de sus tres compañeros sub oficiales del ejército que trabajaban con él. Un día el Coronel que dirigía ese lugar les dio la tarea de confeccionar 100 sillas de montar, don Jaime, para cumplir el pedido se amaneció haciendo los moldes. Al otro día, siendo cuatro los talabarteros que tenían que confeccionar las sillas, don Jaime, para organizar el trabajo, repartió la tarea de manera proporcional, es decir, 25 sillas a cada uno. Lamentablemente, sus 3 compañeros no quisieron hacer el trabajo, querían que don Jaime haga la mayoría de monturas y que las demás, el Coronel, mande a comprarlas en Argentina. Ante esta situación, y porque inicialmente le ofrecieron pagar 5000 sucres mensuales, y solo le pagaban 3000 sucres, decidió renunciar al trabajo y regresar al taller a su Cotacachi querido.



■ Jaime Andramunio, armando el fuste de una montura, pocos meses antes de su fallecimiento.

En esos años, existían carpinteros especializados en construir los fustes de las monturas, es decir, la armazón de madera que luego el talabartero la ensambla y decora con el cuero. Don Jaime recuerda que los fustes los hacían, entre otros, los maestros: Benjamín Loza, Pedro Zambrano y José Acuña, este último, según don Jaime, era quien construía los fustes más perfectos.

Los fustes de las monturas se los construía en diferentes tipos de madera. Los más apreciados, por su dureza y versatilidad para trabajarlos, fueron los de guabo; también se los construía de tocte (nogal), capulí, pino y ciprés. Los maestros carpinteros andaban buscando árboles de ese tipo para que les vendan sus dueños y con esa madera construir estas armazones de las monturas. En ese entonces, en Cotacachi, la mayoría de casas que tenían un terreno en la parte trasera, tenían una cuántas matas de capulí y guabo. En cierta época, también se trajo fustes ya elaborados que los traían de la costa ecuatoriana; estos se los hacía de madera de mango, donde entraba el clavo, pero nunca salía, recuerda don Jaime Andramunio.

En general, el trabajo de alguien que hace monturas es muy duro, meticuloso y bastante asqueroso o sucio, reconoce don Jaime. Poner con las manos, en el fuste el cuero de la res, es siempre pestilente, muchos que ven de cerca este proceso, luego no pueden almorzar, por el olor que les queda en

sus manos, pero don Jaime dice ya estar acostumbrado. Cuando más hediondo está el cuero, es mejor, así se pega más fuerte a la madera de la montura. El mismo olor nauseabundo produce las grasas que se utilizan para suavizar el cuero de las monturas, según del animal que procedan estas grasas, es el nivel de pestilencia; los suavizantes que están elaborados en base de manteca de ballena son los más fuertes acostados don Jaime.

Las monturas de don Jaime, duran mucho, manifiesta que él ya está envejeciendo

■ Manuel Andramunio, hijo de Jaime Andramunio.



y le llegan monturas, para que les de mantenimiento o refacción, que las elaboró hace 30 o 40 años. Atribuye la calidad del producto, al material utilizado, al detalle de confección y las ganas que le pone al trabajo. Muestra, con orgullo, una placa que la Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión le otorgó por su calidad y tiempo de dedicación al oficio; sin embargo, reconoce que más orgulloso se siente del reconocimiento que le hacen sus clientes.

Su vida y fundamentalmente su trabajo fue documentado en varias revistas de prestigio nacional e internacional, así como en diarios locales y nacionales. Recuerda que también, en varias ocasiones, le han filmado todo el proceso de construcción de monturas.

Actualmente le ayudan en el trabajo de confección de monturas sus dos hijos, Manuel y Bolívar, y también su mujer, claro, ella hace cosas básicas, pero al detalle y con mucha precisión. Considera que, para ser un buen artesano de monturas, es necesario mucho tiempo de entrenamien-



■ Bolívar Andramunio, hijo de Jaime Andramuño.

to, por eso es importante que los conocimientos se pasen de generación en generación, razón por la cual este negocio, casi siempre, fue familiar. Tiene la esperanza que sus hijos salgan tan buenos para hacer monturas como su padre, y que así, en Cotacachi, no se pierda la verdadera talabartería, ya que actualmente ya no queda casi nadie con este oficio.

Comenta que en su vida de talabartero tuvo la oportunidad de conocer a muchas personas importantes, quienes le compran sus monturas, recuerda a León Febres Cordero, Galo Orellano y la familia Malo de la ciudad de Cuenca. Muchos otros personajes nacionales mandan a sus empleados a que compren las monturas donde don Jaime. De un cliente que tiene gratos recuerdos es de don Antonio Granda Centeno, dueño en esos tiempos del Canal 4 de televisión. En agradecimiento a las monturas que le dio elaborando, le llevó, a don Jaime y a su esposa, a visitar todas las instalaciones del canal, se quedó admirado de tanta maravilla y de la tecnología de ese lugar; además en su visita al canal, don Granda Centeno, le hizo afiliarse a la revista Miller de New York, la que se especializaba en catálogos de monturas; razón por la cual, a don Jaime, le llegaba directamente a Cotacachi, estos catálogos técnicos y hermosos que le servían para su oficio. Con alegría cuenta que sus monturas se fueron a Argentina, Chile, Costa Rica, Alemania, Italia, España y las Islas Bermudas, aunque lamenta no conocer varios de estos lugares. En varias ocasiones le quisieron llevar a trabajar al extranjero, a pretexto de que por esos lugares es más cotizado y reconocido el oficio de talabartero, pero su amor a la familia y a su tierra, hizo que siempre rechazara estas buenas oportunidades. Recuerda que las mejores ofertas de trabajo fueron para irse a Israel y España.

Don Jaime considera que el artesano de Cotacachi requiere más apoyo del gobierno y municipio, ya que siempre ha sido presa de los comerciantes intermediarios y de los bancos que prestan el dinero a intereses muy altos. Sostiene que en Cotacachi debería haber un almacén municipal que comercialice los productos de los artesanos; caso contrario, los dueños de los almacenes de la calle 10 de Agosto y de otras ciudades, les pagan por sus productos, precios muy bajos y en ciertas ocasiones, les pagan luego de mucho tiempo. Así, difícilmente progresará el pobre artesano que vive de su trabajo.

Es difícil no percibir la sencillez y sinceridad de las palabras de don Jaime Andramunio, su historia de vida es un ejemplo para las actuales y futuras generaciones; en su mirada se re-

fleja el trabajo duro del oficio de talabartero y los recuerdos anecdóticos de su vida que siempre giró alrededor de las monturas, de los cueros, de las grasas, del olor de los pegamentos y de los amigos. Su taller es su refugio y confidente; sus monturas su orgullo; y su familia su pasión. Por lo dicho, don Jaime, se emociona al explicar a los visitantes detalladamente, paso a paso, el cómo confecciona cada uno de los elementos o partes de las que se compone una montura, así como de sus accesorios o extras; lo mismo lo hace cuando informa de los materiales, herramientas e insumos que utiliza en el taller.



■ Montura y correajes confeccionados por Jaime Andramunio.



## **LUIS ENRIQUE POMBOSA MAISA**

*“NO ES IMPORTA DONDE SE NACE NI DONDE SE MUERE, LO IMPORTANTE ES DÓNDE SE LUCHA Y SE FORJA LA VIDA”*

Luis Enrique Pombosa Maisa, es uno de los hombres que se siente más cotacacheño que nadie, a pesar de no ser oriundo de esta tierra. Nació el 19 de octubre de 1958 en la ciudad de Quisapincha, en la provincia de Tungurahua. Cuando terminó la primaria fue a aprender el oficio de sastrería en un taller; inicialmente aprendió a confeccionar camisas de vestir, luego, con el pasar del tiempo, ya confeccionó los ternos de casimir y cuando apareció la moda del cuero, el almacén que les compraba los ternos de tela, les pidió que confeccionen chompas y abrigos de este material, lo que no le tomó de nuevo, ya que lo único que cambiaba, en relación a las confecciones de tela, es el tipo de máquina de coser.

Don Milton Proaño fue quien le trajo a Cotacachi a Enrique Pombosa, allá por el año de 1978; quería para su taller una persona joven que sepa coser bien y Luis Enrique Pombosa cumplía estos requisitos, recuerda que quien le hizo el contacto fue un compañero llamado César Paredes.

Don Milton Proaño compró las máquinas para coser cuero, tenía la visión de lo que quería hacer como productor de

chompas de cuero, realmente era un emprendedor recuerda Enrique Pombosa (2018). Para plasmar su idea emprendedora, don Milton Proaño, arrendó una casa en el barrio Diablo Calle para instalar su taller. Fue allí que iniciaron confeccionando chompas de cuero para el almacén “El Centro del Descuento” de la ciudad de Ibarra. Recuerda don Enrique que vivía en el mismo taller y que su trabajo confeccionando chompas de cuero fue duro. Inicialmente, solo trabajaba Enrique Pombosa en el taller, pero como la demanda de chompas aumentaba día a día, don Milton trajo de Quisapincha a otro operario, Pedro Núñez, para que trabaje en su taller. La demanda de chompas era impresionante, no se abastecían con los pedidos, la calidad con la que se confeccionaban era la clave para el éxito de este taller.

Por la gran demanda de chompas del taller de don Milton Proaño, al poco tiempo tuvieron que ir a la ciudad de Ambato, a buscar talleres que confeccionen las chompas que comercializaba, claro, con los diseños y moldes del taller de don Milton. Ambato se convirtió en el centro de la confección de chompas de cuero del Ecuador. Cotacachi se posesionaba en el mercado ecuatoriano, especialmente, por la gran afluencia de turistas extranjeros que visitaban esta hermosa ciudad.

Enrique Pombosa trabajó por cinco años en el taller de don Milton Proaño, luego decide, en 1983, independizarse y pone su propio taller y almacén en Cotacachi, en una casa arrendada en la esquina de la calle 10 de Agosto y Sucre, donde actualmente es el supermercado TIA. Contrata algunos operarios para la confección de chompas que, en su mejor época, llegó a tener siete operarios.

■ La especialidad de Luis Pombosa es la confección de chompas de cuero.

Unos meses antes de independizarse se casó con una cotacacheña, la señora Cecilia Elena Ante, con quien tiene cinco hijos: Martha Cecilia, Mayra Cristina, Carlos Luis, Nelson Isaac y Mateo Andrés. Sus dos hijas también se dedican actualmente al negocio de confección de chompas. Como buen emprendedor, tiene también una heladería en la 10 de Agosto, la misma que es administrada por sus hijos.



Con 43 años en esta tierra, se siente ciento por ciento cotacacheño, se le nota cuando habla de la grandeza de este pueblo y de la amabilidad con la que la gente le recibió. Su familia la forja a pulso de trabajo y cariño. Don Luis considera que en su negocio de las chompas de cuero le fue muy bien, lo que le permitió progresar económicamente; lamentablemente, con pasar del tiempo, despidió a sus operarios y actualmente trabaja prácticamente solo.

Hace 37 años se integró a la Sociedad de Artesanos y siempre está prestó a colaborar en esta institución; recuerda con mucho cariño y agradecimiento a todos sus presidentes y directivas en general. Se desempeñó como vocal de la directiva de la Sociedad de Artesanos más de cuatro años y como procurador síndico siete años. Tal es el aprecio que le tienen los socios de este gremio, que para permitirle seguir desempeñando las funciones de procurador síndico, le nombraron en este cargo a su esposa, tal es así que la señora Cecilia Ante ostenta ese nombramiento, pero quien realmente cumple las funciones, es don Luis Pombosa; claro, también es una razón, el hecho de que su esposa, no tiene tiempo para las funciones de procuradora síndica, por su dedicación al negocio y a los quehaceres domésticos.

Actualmente está preocupado por el futuro de las artesanías del cuero en Cotacachi, el turismo cada día baja más, en la actualidad no se encuentra operarios que quieran aprender este hermoso oficio. Por esta razón hace un llamado al gobierno y municipio para que busquen maneras creativas de fortalecer al artesano, ya que el progreso de ellos, es el progreso de la ciudad, cantón y país.

■ Luis Pombosa con su esposa Cecilia Ante.



La sencillez y honradez de don Luis es evidente, por ello, los amigos y conocidos le aprecian sobre manera; más aún, cuando no tiene ningún empaño en ayudar y comprometerse en lo que sea necesario para el adelanto de la ciudad. Para realizar una entrevista, le encontramos barriendo el salón de la Sociedad de Artesanos, sin ninguna vergüenza, con sencillez y con mucho compromiso. Sus actuaciones, conversación y gestos, nos recuerdan que en esta vida hay personas muy valiosas y trabajadoras.



## TARQUINO SAVEDRA

### *“LA PASIÓN POR LA MÚSICA Y TALABARTERÍA”*

Don Tarquino Savedra, como fiel representante de los dos oficios más reconocidos en este hermoso pueblo, es músico y talabartero; estas dos actividades las alterna con mucha pasión. En sus genes lleva el oficio de la talabartería, su abuelo, oriundo de la parroquia la Esperanza del cantón Ibarra, fue un curtidor de piles; luego, su padre, siguió en un oficio relacionado al cuero, pero ya no como curtidor, sino como zapatero.

Tarquino Savedra (2018), recuerda que se inició a los siete años en el oficio de la talabartería, desde muy niño realizaba actividades muy elementales como poner pega a los cueros y forrar con tela los interiores de las maletas en el taller de una familia Moreno, donde se confeccionaban las famosas maletas de caja. Como hacía actividades básicas y estaba aprendiendo a coser maletas, a dos agujas y a una, no le pagaban nada. A pesar de no pagarle por su trabajo, considera que era beneficioso, porque en muchos talleres de esa época, había que pagar para que le enseñen el oficio. Se contentaba que el taller, mientras cosía, le den a diario, un pan o una fruta, eso era suficiente para llenar el estómago. Recuerda que en su casa, muchas veces, no había dinero para comprar comida. Una de las características, de cuando don Tarquino trabajaba cuando niño, fue que siempre lo



■ Tarquino Saavedra de niño (primero de la izquierda), miembro de la banda de Guerra de la escuela, 1960.

Julio Moreno Saona, esposo de doña Lucía Haro, donde fabricaban billeteras; luego trabajó en el taller de don Alfonso Echeverría, donde hacían yoyos de cuero que son unas carteras pequeñas de mujer muy hermosas en forma de corazón. Don Tarquino recuerda que trabajaba sentado sobre la gran mesa de talabartero, mas no sobre un banco o taburete; se daba modos para jugar mientras trabajaba, ya que su inquietud de niño salía a flote. Mientras más se perfeccionaba en el oficio le pagaban un poco más, con ese dinero ganado ya le alcanzaría para ayudar económicamente a la casa.

También trabajó en los talleres de don Guillermo Grijalva y del señor Alonso Ubidia. Un par de años le llevaron a trabajar en la talabartería de Luis Pico y luego donde don Jaime Loza, esposo de Esther Saltos, talleres ubicados en la ciudad de Quito. En estos lugares confeccionó los muy conocidos “escolares”, estos son una especie de carriles de cuero, de esa época, utilizados por los niños y jóvenes para ir a la escuela y colegio.

Don Tarquino, con la sonrisa en los labios, manifiesta que, desde niño, allá por 1960, le encantó la música. En la escuela 6 de Julio, Luis Cadena, un instructor de la banda municipal que acudía a las escuelas a dar clases de música notó que tenía habilidades para ese arte. Como era un niño de baja estatura, para darle el tambor de la banda de guerra de la escuela, tuvieron que cortar las correas, caso contrario este instrumento le daba en las canillas.

En su niñez formó un pequeño grupo musical con sus amigos, su nombre fue “La Nueva Isla”, de tambor hacían dos

tarros de lata de aceite, de rondín utilizaban peinilla, había un par de maracas que tocaba otro amigo y otro un huero de puro. Luego, ya de joven, formó un cuarteto de cuerdas llamado “Los Estelares”, integrantes de este conjunto, a más de don Tarquino, fueron: Olabo Mayalita, Ulpiano Echeverría (del barrio de Pichibuela) y Alfonso Andrade. Este conjunto musical cobraba veinticinco sucres, por cinco horas de música, y cinco sucres por dar una serenata. Tenían trabajo todas las semanas, inclusive a veces les contrataban a otras ciudades cercanas. En esos tiempos, de buena música con el cuarteto, lo que más gustó fue el que, en las fiestas a las que acudían, les compartían la comida y una cuantas “copitas” de licor que nunca les faltó (Savedra, 2018).

Luego formó el grupo “Los Geniales”, en el año de 1970, en ese entonces también en Cotacachi había los Dandys. Posteriormente, siendo director don Pedro Delgado, le invitó a que sea parte del grupo “Los Latinos”. En este grupo tocaba la batería y había mucho trabajo, tenían contratos todos los fines de semana en Ciucocha, San Pablo y otros lugares de la provincia. Don Tarquino también fue integrante de la Banda Municipal de Cotacachi, de la Sonora de los Hermanos Andrade de Quiroga, del grupo Armónica Tropical y otros más, grupos que don Tarquino dice le recibieron no solo como músico, sino como parte de la familia.

En 1980, cuando el baterista, don Jorge Echeverría, sale de la Rumba Habana, tiene la oportunidad de ingresar a esta famosa orquesta; inicia una de las fases más hermosas de su vida de músico, don Tarquino reconoce que inclusive su nivel social mejora; recuerda que él fue el menor de la orquesta y los demás integrantes le enseñaron muchas cosas de la música y de la vida. Allí hizo muchos buenos amigos no solo del área musical.

Es consciente de que el trabajo de músico fue solo de fines de semana, por ello nunca dejó de trabajar en la talabarte-



■ Grupo Musical “Los Geniales”, de izquierda a derecha: Julio Recalde, Carlos “Negrito” Albuja, Luis Guzmán; de pie y abajo: Raúl Andrade Ubidia, Tarquino Saavedra (en cuclillas), Siro Andrade y Guido Espinoza, 1970.

ría. Recuerda con mucha alegría que, cuando cumplió 24 años, contrajo matrimonio e inmediatamente se independiza y pone su propio taller de talabartería, donde elabora llaveros y billeteras. Actualmente le acompaña en el trabajo su hijo Marlon, tiene clientes fijos a quienes entrega todo tipo de marroquinería elaborada con mucha pasión.

A sus 66 años, se siente realizado con sus dos oficios que siempre le dieron satisfacciones. La música es su pasión y la talabartería su alegría, y espacio de inspiración. No duda en indicar sus discos grabados, a la vez que detalla la función de cada una de sus compañeras de jornadas de trabajo, las herramientas y maquinaria que usa en la marroquinería, fieles testigos de su vida. Mira e indica el álbum de fotografías donde señala, con admiración y respeto, a sus amigos de las diferentes etapas de su vida.



■ Rumba Habana en la Laguna de Cuicocha.



## **CARLOS ALFONSO ESPINOZA GARRIDO**

### *“EL HOMBRE EMPRENDEDOR Y SU GRAN TALLER DE MALETAS EN EL TRADICIONAL BARRIO EL COCO”*

Carlos Alfonso Espinoza Garrido, más conocido como don Alfonso, nació en Cotacachi el 19 de julio de 1921, fue el primero de los hijos de Calos Espinoza y Elvia Garrido, esposos que procrearon seis hijos: Carlos Alfonso, Gabriel, Luis, Carmela, Rosa y Elvira. Fue su madre, doña Elvira Garrido, una ama de casa abnegada, quien inculcó en don Alfonso muchos valores; mientras que de su padre, don Carlos Espinoza, uno de los primeros y exclusivos sombrereros de Cotacachi y aficionado a los gallos de pelea, heredó el orden y disciplina por el trabajo (Espinoza, 2008).

Parece ser que cuando don Alfonso terminó la primaria, siendo su padre un hombre muy relacionado en Cotacachi, de muchos amigos por su profesión de sombrero y por su afición a los gallos, logró que, gracias a esas amistades, ingrese su hijo a aprender el oficio de talabartería en el taller de don Rafael Ubidia, donde siempre demostró una gran habilidad en el oficio. Recordemos que, en esos tiempos, en las primeras décadas del siglo pasado, el aprender un oficio, era como estudiar una profesión hoy día; es más, era un privilegio, en la mayoría de los casos había que pagar una mensualidad

al maestro o dueño del taller, para que los niños o jóvenes ingresen a aprender un oficio.

Seguramente, los dos hermanos de don Alfonso, Segundo Gabriel y Luis, también corrieron con la misma suerte, se iniciaron en taller de don Rafael Ubidia, que en esos tiempos era un verdadero especialista en elaborar monturas de alta calidad. Luego de aprender el oficio de talabartero, Don Alfonso, se independizó y se puso su propio taller de talabartería, en el que trabajaría con su hermano Gabriel, especializándose en confeccionar maletas de cuero. Luego se casó con doña Clara Aurora Gómez Flores, con quien procreó siete hijos: Patricia, Narcisa, Maura, Ligia, Rodrigo, José y Flavio.

Con profunda nostalgia, y mientras hace pausa con su tenue voz, la hija de don Alfonso, Narcisa Espinoza, habla sobre su padre, y nos recuerda que en su taller llegó a tener más de veinte obreros, de entre los que recuerda: a los hermanos Alencastro (Bolívar, Hermel, Libio y Washington), a los hermanos Aguirre (Raúl, José, Luis y Jorge) del conocido barrio El Coco, a los hermanos Túqueres (Nelson y Honorato), a los hermanos Andrade (Tarsicio, Hugo, Francisco y Gerardo) y a otros operarios que vivían en el barrio El Ejido, como: Carlos Alencastro, Rafael Vaca, Tarquino Vaca y Alfonso Aguirre.

Una de las características importantes de don Alfonso Espinoza, es que, al ser una persona bondadosa, nunca cerró las puertas de su taller ni sus conocimientos para que varios niños y jóvenes cotacacheños se formen en el oficio de talabarteros.

Su taller se convirtió en una verdadera escuela de aprendizaje del oficio, a donde se acudía a trabajar con disciplina para aprender el difícil arte de la confección de maletas de cuero con repujados. Nunca dudó en transmitir sus conocimientos para formar hombres de bien. Es más, el prestigio del taller, la calidad de artesano, y, sobre todo, su calidad humana, hizo que muchas familias de la ciudad, prácticamente soliciten “cupos” con cierta anticipación, para que los hijos aprendan el oficio de talabarteros.

Con el pasar de los años, la mayoría de los operarios que ingresaron al ta-

■ Familia Espinoza Gómez, de izquierda a derecha: Patricia, Narciza, Maura, Ligia, Clarita Gómez, Alfonso Espinoza, Rodrigo, José y Flavio.



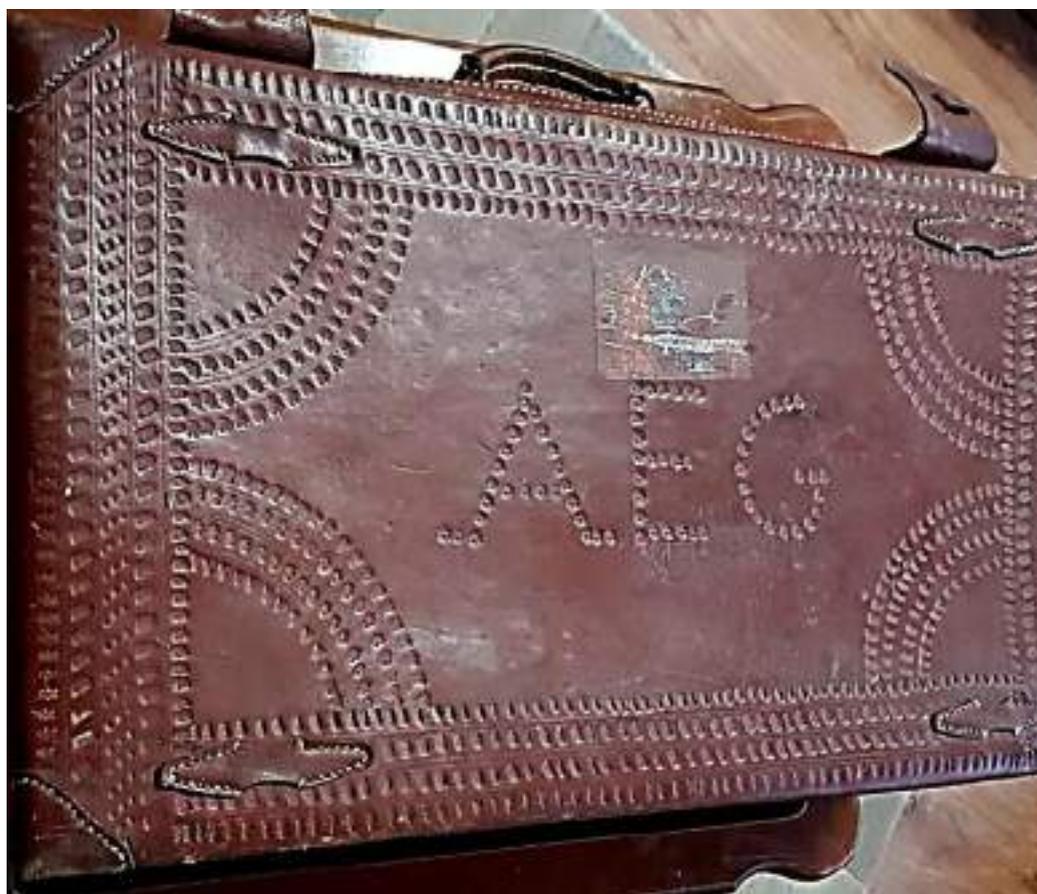
ller de don Alfonso, una vez que se perfeccionaban en el trabajo en cuero, salían a montar sus propios talleres y así independizarse laboralmente. Uno de los casos ejemplo de este hecho es Miguel Andrade, ahora un destacado empresario de comercio exterior radicado en la ciudad de Quito. Don Alfonso Espinoza siempre estaba al frente del taller, pero su esposa Clarita, fue una especie de guía espiritual. Ella nunca abandonó las responsabilidades domésticas de su hogar, pero a la vez, fue un puntal en el taller de su esposo; hacía la función de “cosedora” de los coloridos forros internos de las maletas. También, en ausencia de su esposo, cuando viajaba a entregar mercadería en la capital, quien se hacía cargo del taller, sin descuidar sus funciones en el hogar, siempre fue su amada compañera.

Una de las características del taller de don Alfonso, fue la gran variedad de repujados sobre los exteriores de las maletas; es decir, las formas en relieves que hacían de estas un producto muy hermoso y elegante. Para este proceso de repujado del cuero de la maleta, en el taller había personas especializadas en diseñar y luego confeccionar los moldes metálicos, los mismos que se elaboraban de acuerdo al pedido del cliente. Tenían hormas de diferentes tipos de diseños decorativos para el repujado del cuero, especialmente los de paisajes andinos, batallas libertarias, siluetas de personajes de la historia y otros temáticas más.

Una de las etapas más importantes en la vida de don Alfonso, en una de las épocas de crisis económica de Cotacachi, es cuando decide ponerse al frente de su familia, y sin pensarlo dos veces, enseña y trabaja con todos sus hermanos en el taller de talabartería.

Sus tres hermanas, Carmela, Rosa y Elvira, aprenden con gran ha-

■ Maleta de viaje manufacturado por el Sr. Alfonso Espinoza Garrido.



bilidad a cortar y elaborar los esquineros de las maletas, dándole un toque especial al producto. Sus hermanas también les daban el color a los repujados de las maletas, tarea que la hacían con tanta habilidad y buen gusto, que los clientes se quedaban prácticamente encantados con la presentación y exteriores de las maletas; y claro, también por la calidad de los materiales y del trabajo en general. Sus dos hermanos, Gabriel y Luis, también se perfeccionaron en el taller de don Alfonso, y al cabo de algunos años de trabajar juntos, se independizaron y formaron sus propios talleres que dinamizaron la economía del pueblo y a su vez, fueron el sustento de sus familias, ya que estos talleres también fueron emprendimientos exitosos en Cotacachi.

En el taller de don Alfonso se respiraba orden y alegría, entre corte y corte, entre cruce y cruce de agujas por el perfil de la suela y el cuero, los operarios trabajaban con silbidos rítmicos y al son de la música alegre o del sensible pasillo ecuatoriano que, a volumen moderado del forzado aparato de radio, se sintonizaba en prestigiosas emisoras de la capital y provincia; música que se escuchaba por todo el taller y hasta al frente de él, en la vereda de la calle.

Era común que los operarios de don Alfonso, salgan a trabajar en la solariega vereda de la puerta de ingreso del taller, para así aprovechar el sol que ayudaba a estirar el cuero o a secar la pintura, el charol y el engrudo; de paso, los “maestros” curioseaban lo que sucede en la calle y no faltaba quien salía a “vacilar” a una hermosa dama que pasaba frente al taller.

En este recordado taller del barrio El Coco, se elaboraba varios juegos de maletas o portaequipajes que tenían la forma de cajones, de ahí la denominación de maletas de cajón. Maletas que según varios clientes duraban una eternidad, ya que se las cosía finamente a mano, con piola encerada de alta resistencia. Estas maletas, de cinco diferentes dimensiones, fueron comercializadas en varios lugares del país. En la familia Espinoza-Gómez, todavía se tienen unos cuantos ejemplares de estas maletas, los mismos que constituyen un verdadero patrimonio de la familia.

Narcisa Espinoza (2018), recuerda que las maletas confeccionadas en el taller, se empacaban para el transporte y la venta, desde la más grande hasta la más pequeña, todas ellas introducidas una tras otras; así se las llevaban a entregar en los almacenes de varias ciudades del Ecuador; para esto, don Alfonso esperaba con la mercadería empacada, en la

acera del frente del taller, hasta que a las dos de la mañana, pase el esperado transporte “Flota Imbabura” para que le lleve a la capital de la república, a entregar sus productos en los almacenes Chimborazo, ubicados en la calle Guayaquil, del Quito colonial.

Otros almacenes, donde se entregaba los artículos elaborados por don Alfonso, fueron: en la ciudad de Quito, el almacén llamado “Cotacachi”, de propiedad de un coterráneo, el Señor Carlos Paz, y el almacén de Luis Loza (hijo de Rafael Loza), un próspero cotacacheño radicado en la capital, en la calle Flores. Las ganas de triunfar y su visión comercial, hizo que don Alfonso, también entregue las maletas en otras ciudades como Cuenca y Guayaquil, a través de César Sarzosa; de seguro muchos de sus productos también fueron exportados a varios países del continente.

El gran taller de don Alfonso parecía una verdadera obra de arte de algún artista plástico. Grande y medio oscuro, tenía colgados en la pared una serie de herramientas de talabartería, algunos trabajos de cuero sin terminar, otros ya acabados y listos para su entrega a los clientes, un colorido calendario con paisajes hermosos y una que otra nota recordatoria apuntada en cuero crudo o papel. Parte de este hermoso paisaje fue las mesas grandes de madera, típicas de los talabarteros, las mismas que en su parte inferior servía como una especie de bodega de materiales, cuero, suelas y algunas herramientas. Al contorno de las mesas, se paraban varios operarios y el maestro, a trabajar con la cabeza baja y la mirada firme en la tarea encomendada. El olor que se respiraba a engrudo, charol, pinturas, cuero crudo y anilinas, era muy típico, aroma que llegaba hasta varios metros a la redonda de la casa de don Alfonso.

Sin lugar a dudas, Alfonso Espinoza, fue un talabartero destacado de Cotacachi, gran hombre y ejemplar padre, de los grandes emprendedores de la época. Empezó en Cotacachi la producción de maletas en serie; es decir, a confeccionar maletas de cuero en grandes cantidades, por cuanto la demanda era muy grande en esos tiempos. Este hecho permitía dar trabajo, directo e indirecto, a muchos cotacacheños en su taller.

Don Alfonso ejerció el oficio de talabartero hasta 1984, luego de su retiro lamentablemente falleció a los 90 años de edad, un 4 de abril de 2011. Músico, apasionado por las melodías del pentagrama nacional; buen jugador de baraja con su grupo

de amigos, en especial gozaba jugando “40” y “Rumy”. Por su particular caminar, se lo reconocía a grandes distancias de quien se trataba; por su sombrero de paño medio inclinado en su cabeza, que le daban un aire elegante, también era reconocido en el pueblo; por su personalidad característica; por trabajo; y en general por todas sus virtudes, todavía se lo recuerda con mucho cariño en todo Cotacachi.

Ninguno de sus hijos del matrimonio Espinoza-Gómez siguió con el oficio de la talabartería, a pesar de que todos ellos, en su momento, ayudaron en varias actividades del taller de su amado Padre. A todos ellos dejó una gran herencia: la educación, los valores y la actitud hacia el trabajo y el emprendimiento, para que sean seres que aporten positivamente a la sociedad. En este contexto, sus hijos se formaron y forjaron como exitosos hombres y mujeres de negocios: Flavio y José, ahora viven en Ibarra y son empresarios hoteleros; Rodrigo vive en Quito y es importador de repuestos de vehículos; Ligia se dedica al negocio de electrodomésticos en Atuntaqui; Patricia es una prospera comerciante de electrodomésticos en Cotacachi; y Narcisca es propietaria de un almacén de repuestos de vehículos en la ciudad de Ibarra.

■ Casa de la familia Garrido donde funcionaba el taller de talabartería en el barrio el Coco de Cotacachi.





## **RAFAEL UBIDIA SALTOS**

*“EL ARTE Y LA PERFECCIÓN DE TALABARTERÍA  
A INICIOS DEL SIGLO PASADO”*

Sin lugar a dudas, el oficio de la talabartería en Cotacachi se instala desde la época anterior a su cantonización, lamentablemente existe muy poca información que detalle las formas de trabajo de este oficio y fundamentalmente las personas dueñas o trabajadoras de estos talleres. En lo que sí han coincidido la mayoría de entrevistados, durante el tiempo que duró la presente investigación, es que don Rafael Ubidia Saltos fue uno de los primeros talabarteros de Cotacachi que inicio con su taller, aproximadamente, allá por el año de 1915. Su año de nacimiento no está claro, pero se ha deducido, de las investigaciones realizadas, que debió haber nacido en 1898.

El abuelo de don Rafael Ubidia, según Jorge Rueda (2018), viene a radicarse en Cotacachi, proveniente de Medellín, con conocimientos de talabartería, junto a dos hermanos más, quienes se radican, el uno en Ambato y el otro en Guayaquil. Estos dos hermanos, también se dedican a la talabartería en esas ciudades mencionadas. Por esta evidencia, parecería ser que el oficio de la talabartería se instala a estos lares, con algunos hombres que llegaron desde el vecino país

de Colombia, allá por mediados del siglo XVIII. Don Rafael Ubidia estuvo casado con Carmen Rosa Espinoza López, de este matrimonio se gestaron tres hijos: Susana, Laura y Juan Ubidia Espinoza. Don Rafael inicia su taller en el sector de La Loma, ubicado unos cuantos metros al Sur de la actual Unidad Educativa Las Lomas. La casa de madera y adobe, que todavía existe, aunque en ruinas, está construida justo sobre la cima de una loma. Se puede apreciar, muy cerca a esta casa, el pozo de agua, que servía para alimentar los tanques donde Rafael Ubidia curtía y lavaba el cuero para fabricar las monturas y correajes; claro, cuando no bajaba al río Pichaví a realizar esta actividad.

Desde los inicios del taller se dedicó a confeccionar monturas para la caballería del ejército ecuatoriano y para hombres notables de la provincia y país. Según Jorge Rueda (2018), nieto de don Rafael Ubidia, a su abuelo, a los pocos años de iniciar con el taller de confección de monturas, una familia influyente del país, impresionadas con la calidad del trabajo, lo llevaron a Guayaquil a que presente unas cuantas de sus diversas monturas; tal fue la acogida que tuvo en el puerto principal del Ecuador, que desde ese momento su fama y pedidos aumentaron considerablemente.

■ Hugo Oswaldo Rueda Ubidia y Dolores Susana Ubidia Espinoza (hija de Rafael Ubidia Saltos).



Ya consolidado en el oficio de la talabartería, don Rafael, formó a muchos jóvenes y niños de Cotacachi para que le ayuden en su taller, llegando a tener más de veinte operarios. Entre los varios operarios que formó y trabajaron con él, están: Gabriel Espinoza, José Antonio Espinoza, Medardo Meza, Vicente León, Luis Humberto Chaves y otros más. También es conocido que por la calidad de sus trabajos, le llevaron a Europa para que realice una exposición y demostración de la manufactura de monturas a mano; en esta exposición fue tan reconocido que, inclusive, le propusieron quedarse a trabajar y estudiar por esos lugares, pero su amor a la familia y a su tierra hizo que no acepte tan tentadora propuesta (Rueda 2018).

La gran demanda de confección de monturas hizo que instale un taller también en la ciudad de Ambato, para abastecer la demanda del centro del país; hecho que

se le facilitó porque su esposa, doña Carmen Espinoza, tenía orígenes ambateños. En esas épocas, por los años treinta, no era nada fácil viajar a ciudades del centro del país y a Guayaquil a entregar sus productos, pero don Rafael, nunca desmayó en su empresa y en muchas ocasiones sorteó una serie de obstáculos para llegar a esos lugares distantes a entregar su mercadería.

Por el año 1940, en plena Segunda Guerra Mundial, es requerido para confeccionar cien monturas para la caballería de los países aliados; lamentablemente no pudo cumplir con la totalidad del pedido, entregó unas ochenta monturas y a destiempo, la razón de este retraso es que nunca quiso bajar la calidad de sus productos a costa de ganar tiempo en la confección. También fue una razón para la demora, el hecho de que muchos de los materiales utilizados en la confección de monturas, como los herrajes, se comprometieron los que hicieron tal pedido, a enviárselos desde el exterior, y estos tampoco llegaron a tiempo.

Cuando don Rafael Ubidia acepta el puesto de tesorero del municipio de Cotacachi, deja, aunque no totalmente, la talabartería; para ese entonces también había montado un taller de talabartería en otra casa que la compró en esquina del parque de la ciudad, en las calles García Moreno y González Suárez, diagonal al municipio.

■ Sentados: Dolores Susana Ubidia Espinosa y Hugo Oswaldo Rueda Ubidia.  
Parados, de izquierda a derecha: Máximo Oswaldo, Rafael Calixto, Jorge Eloy, Susana Beatriz, César Agustín y Marco Anibal.



Otra propiedad que adquirió don Rafael Ubidia en Cotacachi, producto de sus ahorros del oficio de la talabartería, es una casa que fue muy conocida en la ciudad, a mediados del siglo pasado, llamada el Rancho Grande. Esta casa se extendía desde las calles Pedro Moncayo hasta la Vicente Rocafuerte, entre las calles García Moreno y 9 de Octubre. En este lugar funcionaba un bar- restaurante de mucha acogida por los cotacacheños de esa época, manejado por Juan Ubidia, hijo de don Rafael. La esposa de don Rafael, doña Carmen, preparaba unos ricos platos típicos y en especial las carnes coloradas, que según Jorge Rueda (2008), fueron las primeras carnes en prepararse y comercializarse en Cotacachi; en este lugar es donde la señora Esther Moreno de Unda trabajaba de ayudante de doña Carmen Espinoza. Lamentablemente, con el pasar de los tiempos, el Rancho Grande se convirtió en una especie de cantina y chichería, hasta que cerró sus puertas por la mala administración de Juan Ubidia.

La inteligencia de don Rafael Ubidia era tan evidente, a pesar de solo haber culminado la primaria, que era muy conocido por los paisanos del lugar, inclusive según relatos de su hija, contados a la vez a Jorge Rueda, hijo de doña Susana Ubidia, él tenía la capacidad de mover ciertos objetos pequeños con su mente.

Su esposa dejó de dedicarse a los quehaceres domésticos y a la preparación de la comida en el Rancho Grande, para ayudar día y noche a don Rafael en la confección del gran número de monturas solicitadas para el extranjero. Ante estas circunstancias, la señora Susana, hija de don Rafael, tuvo que dedicarse, con la señora María, hermana de don Rafael, a preparar la comida para la familia y los operarios, que también se quedaban trabajando varias horas al día y a veces se amanecían; cuando esto sucedía lo hacían a la luz de lámparas de gasolina, ya que en esos tiempos no había energía eléctrica, sino solo en ciertos lugares del pueblo.

Don Rafael, un hombre de baja estatura, siempre fue amable con todo el mundo, cumplido con sus compromisos laborales; tal es así que cuando tenía que entregar una obra, se estresaba mucho y dejaba de dormir para trabajaba más de 18 horas al día. Rueda (2018) comenta que una de las razones de la muerte de su abuelo fue la enfermedad causada por los varios días y meses de haber trabajada sin descanso para entregar las 100 monturas para la caballería de las fuerzas aliadas, pedido que como ya se mencionó, no se lo pudo cumplir en su totalidad. Cuando murió su esposa, la depre-



sión y pena de don Rafael se le agudizó, hasta que también falleció. Tampoco está claro el año de la muerte de don Rafael Ubidia, parecería que dejó esta vida en 1954.

La descendencia actual de don Rafael Ubidia y Carmen Espinoza viene por sus dos hijas: la primera, Susana Dolores Ubidia Espinoza, se casa con Oswaldo Rueda Ubidia y tienen cinco hijos: Rafael, Marco, Oswaldo, Jorge y Beatriz. La segunda hija, Laura Ubidia Espinoza, se casa con Tarquino Jaramillo, de la ciudad de Otavalo y tienen cuatro hijos: Tarquino, Marcelo, Rosa y Juan Domingo. Ahora, estos nietos mencionados de don Rafael, tienen una larga descendencia en Otavalo y Cotacachi.

Jorge Rueda, comenta con orgullo toda la calidad humana y del trabajo realizado por su abuelo y menciona, con sentimientos encontrados, varios de los recuerdos, juegos y anécdotas que pasó cuando vivía con su abuelo y tíos en la imponente casa de la loma, donde aún se puede apreciar, en la parte baja, como una especie de sótano, el lugar donde otrora funcionó uno de los talleres de talabartería más icónicos de Cotacachi, dónde se formaron grandes hombres en este hermoso oficio.



■ Primer taller de don Alfonso Ubidia (planta inferior) en su casa ubicada el sector de La Loma junto a la Unidad Educativa Las Lomas.



## **LUIS HUMBERTO CHAVES CHAVES**

*“UN HOMBRE VISIONARIO, EL PRIMER ALMACÉN Y UN HIJO QUE SIGUE  
SUS PASOS CON IDEAS PROGRESISTAS”*

Luis Humberto Chaves Chaves nace el 28 de febrero de 1916, formó su hogar con doña María Angelina Proaño Cobos, una mujer que fue parte de los 21 hermanos (hijos en diferentes mujeres), que tuvo su padre, Luis Proaño Morales.

Los esposos Chaves-Proaño tuvieron seis hijos: Lucio Román, Wilson Humberto, Luis Román, Nancy Eugenia, Nidia Mariela y Edgar Patricio. Tres de ellos heredaron de su padre el oficio de la talabartería: Wilson, quien trabajó independientemente en la talabartería por algún tiempo; Edgar, quien también lo hizo hasta hace unos cinco años atrás; y Luis Román, que trabaja en el taller como talabartero hasta la presente fecha.

Don Luis Humberto Chaves, fue hijo, fuera de hogar, de Alejandro Cevallos, dueño de la hacienda Ocampo de Cotacachi. Vivió en esa hacienda y estudió en la escuela Sucre de Cotacachi, donde repitió por tres ocasiones el sexto grado, repetición impulsada por su profesor de dibujo de apellido Proaño, que encontró en don Luis Humberto, un ayudante excepcional, más aún cuando en esos años, era difícil salir a otra ciudad a estudiar la secundaria. Según su hijo Luis Ro-

mán Chaves (2018), la niñez de don Luis Humberto fue muy feliz en la hacienda, nunca le faltó nada, tuvo la suerte de que siempre permaneció a su lado una tía llamada Manuela Cevallos, quien le brindó cariño hasta cuando fue mayor. A pesar de que se le presentó la oportunidad de ir a estudiar a Quito, al colegio Juan Montalvo, para formarse como profesor de primaria, no aceptó y prefirió quedarse en Cotacachi. Quiso ser mecánico y con esa perspectiva fue a trabajar al taller de don Carlos Elías Proaño, quien hacía grabados de metal, letras metálicas y rótulos en general. Por el trabajo que desarrollaba en ese taller le pagaban muy poco, no le alcanzaba ese dinero para sus necesidades; además, tenía que comprar ropa muy seguido, ya que el trabajo realizado en la mecánica, hacía que la vestimenta se desgastara con suma rapidez.

Don Luis Humberto, luego de su paso por la mecánica, pasa a trabajar en el taller de monturas de don Granja, cariñosamente apodado "Suchito Granja"; don Luis Humberto se inicia de curtidor de cueros en el taller. Como era muy hábil para el dibujo, le encargaron la tarea de pintar monederos y llaveros, estos, por los acabados artísticos que le impregnaba, tuvieron una gran acogida en el mercado. Este taller, desde los años 1939 a 1945, se especializó en confeccionar cigarreras de cuero para los soldados del frente aliado en la Segunda Guerra Mundial. La ventaja de estas cigarreras fue que, al ser de cuero, los cigarrillos no se mojaban con el agua. Hay que recordar que los tabacos, para los soldados, eran uno de los bienes más preciados. Este taller de don Granja, en la época de la Segunda Guerra Mundial, fue uno de los más grandes de Cotacachi y por lo tanto, uno de los que más dio trabajo a la gente.

Una de las anécdotas que cuenta su hijo Román Chaves (2018), escuchada a su padre, es que, en la bonanza de la talabartería en Cotacachi, por la Segunda Guerra Mundial, algunos maestros de escuela, daban clases y cosiendo cigarreras, mientras que los alumnos, escuchaban clases, también tejiendo cigarreras. En 1947 nace el primer hijo de don Luis Humberto, lastimosamente muere a los dos años de edad, razón por la cual, don Humberto, entra en una depresión y deja de trabajar. Paralelamente a esta situación, Cotacachi inicia la más dura depresión que haya tenido en su historia, siendo la causa, el fin de la Segunda Guerra Mundial. En esos momentos muy duros para todos los talabarteros y en especial para don Luis Humberto, un día, unos hermanos de apellidos Benítez, les llevan a trabajar en Bogotá a los primeros tres tala-



■ Sr. Luis Román Chaves Proaño.

barteros de Cotacachi: Luis Humberto Chaves, Alberto Proaño y Enrique Buitrón. Instalados en Bogotá, estos tres hombres, abren el camino para la migración de talabarteros cotacacheños a Colombia, la misma se dio en varias oleadas y duró aproximadamente hasta 1960 (Román Chaves, 2018).

En Bogotá, trabajando en la fábrica La Jugar, ve cómo se puede mejorar el rendimiento en la talabartería cuando se utiliza maquinaria adecuada y moderna, en especial la desbastadora, prensas de calor y máquinas de coser industriales. Pensaba como implementar esta tecnología en su taller cuando regrese a su Cotacachi.

Don Humberto se quedó poco tiempo en Bogotá, regresa en 1950 porque extrañaba mucho a su esposa y a su segundo hijo recién nacido. Además, en esos años, se puso difícil en Colombia, pasaba una época de violencia por la muerte de Eliecer Gaytán (político y caudillo liberal asesinado en 1948); había toques de queda y permanentes controles a los extranjeros. A pesar de todo, la situación laboral y económica de don Humberto en Colombia era muy buena, ya que la relación del peso con el sucre era de 1 a 7. Le alcanzaba para vivir en esas tierras y para mandar una buena cantidad de dinero a su querida familia.

Cuando regresó a Cotacachi, inicia con su propio taller y el trabajo realizado, más los ahorros que hizo en Colombia, le permite, en el año de 1954, comprar la casa de adobe ubicada en la esquina de la calle 10 de Agosto y Bolívar. Lamentablemente la casa se destruye con el terremoto de Cotacachi ocurrido en 1955. Luis Román Chaves (2018) recuerda que todas las familias del cantón durmieron, por más de un mes, en plazas y parques; particularmente su familia lo hizo en la plaza de la ciudad, hoy denominada Plaza Ornamental.

Don Humberto Chaves, en 1959, ya reconstruida la casa, como un buen visionario, decide ponerse un almacén de venta de artículos de cuero en la casa, le pone el nombre de “Manufacturas Chávez”, donde también funcionaba el taller de talabartería. Para ese entonces, el padre Raúl Arturo, con la finalidad de dinamizar la economía de Cotacachi, promueve la creación de una cooperativa de artesanos del cuero; este gremio, también deciden ponerse un almacén en el que se comercialice los productos de los cooperados. Es en este momento, don Humberto, entra en conflicto con la cooperativa de la cual también fue fundador, ya que varios socios querían que cierre el almacén porque, al no haber

■ Luis Román Chaves, indicando la prensadora que utilizó su padre en la talabartería.



mucha afluencia de turistas en la ciudad, no había mercado para dos almacenes que, prácticamente, estaban al frente el uno del otro. También había muchas presiones para que se preste, a la cooperativa, las máquinas modernas que ya tenía en ese entonces don Humberto. Ante esas circunstancias, decide renunciar a la cooperativa y trabajar solo para su almacén. Desde ese momento, el negocio empezó a despuntar; más aún cuando trajo muchos conocimientos nuevos de su paso por Bogotá.

Los días lunes no se trabajaba en el taller y se hacía una especie de paseos al río Pichaví, donde se curtía el cuero; de paso, los operarios se divertían nadando en el río, jugando, riéndose mucho con las bromas entre ellos y comiendo con gusto el avío que se llevaba, en el que no podía faltar los chochos, tostado y un buen aguado de limón.

La calidad de las maletas de baqueta, con armazón de madera y con relieves muy artísticos, las billeteras, carteras de mujer, papeleras y otros productos de marroquinería elaborados y comercializados en el almacén, hizo que le conozcan en todo el Ecuador. Tenía clientes de Guayaquil, Cuenca, Machala, Quito y otros lugares del país. Cotacachi ya empezaba a conocerse por sus manufacturas. Llegó a tener en el almacén 18 operarios, entre ellos se recuerda a: Marco Antonio Proaño, Guido Ruiz, Servelión Proaño, Rubén Jaramillo, Carlos Amador Proaño, Marco Antonio Proaño, Pedro Proaño, además el gran caricaturista Estuardo Flores, Humberto y Modesto Flores, como también el ex diputado David Cobos, Santiago Haro, Ernesto Terán, los grandes músicos como Guillermo y Rodrigo Grijalva y el inolvidable Medardo Meza y una gran cantidad de jóvenes cotacacheños que en diferentes épocas pasaron por ese lugar, donde se destacan Rodrigo, Luis y Ernesto Grijalva.

Quien llevaba el control de los bienes del taller, de los pagos y de los herrajes, siempre fue la esposa de don Humberto, doña María Angelina Proaño, siendo esta la actividad más odiosa del negocio, ella se convirtió en una especie de auditora y contadora; razón por la

■ Almacén en la 10 de Agosto, de don Luis Humberto Chaves (a pesar de su apellido terminar en S, en el rótulo consta con Z).



cual, en varias ocasiones, tuvo más de un problema con trabajadores del taller. Estos la consideraban brava y “jodida”, mientras que a don Humberto lo consideraban un “corazón de oro”, él fue muy generoso y consentidor con los operarios.

Desde el año de 1979, hasta 1984 aproximadamente, hizo un alto en el taller porque fue nombrado Presidente del Municipio de Cotacachi, luego fue elegido Consejero Provincial por el partido político Izquierda Democrática, cuando don Luis Mejía Monstedeoca fue Prefecto de la Provincia. En esos años, según (Chaves, 2018), vino la debacle del taller y casi quedó en nada. Fue en ese momento que toma a cargo del taller su hijo Luis Román, ya solo con tres trabajadores. Luego, don Humberto, retomó la actividad comercial hasta 1987.

■ Luis Humberto Chaves y Milton Proaño, Bogotá, 1950.



Como padre era lo mejor, totalmente comprometido con su familia; al recordarlo su hijo Román, hace un alto porque se le hace un nudo en la garganta de la emoción, se nota el amor y respeto que tuvo por su padre. Don Humberto fallece el 21 de noviembre de 2006, la diabetes le fue mermando su cuerpo de a poco. Cotacachi perdía uno de los hombres más notables.

Don Humberto fue músico, le encantó tocar la guitarra entre amigos. En algún momento de su vida fue integrante del grupo “Cotacachi” con Carlos Eladio Saltos, Tarquino Guzmán, Alberto Haro, Rubén Jaramillo y otros paisanos. Perteneció al club Bolívar, aunque no fue fundador. En muchas ocasiones le encantó ir, con sus hijos y amigos, a ver partidos de fútbol en el estadio Olímpico Atahualpa de la ciudad de Quito, viajaban con amigos e hijos hacia la capital, a las cuatro de la mañana.

Según Luis Román Chaves (2018), el segundo almacén que se abre en la 10 de Agosto, luego del de su padre, es el de la Cooperativa de Artesanos del Cuero, posteriormente el de don Raúl Ruíz y el don Tarquino Guzmán, aunque este último no estaba precisamente en plena calle 10 de Agosto, sino a unos cuantos pasos, en la calle Sucre.

Su hijo Luis Román, fue el ayudante favorito de Humberto Chaves, dice haber heredado de su padre el oficio de la talabartería y la habilidad para hacer moldes de metal, para el recorte exacto del cuero. Inició como operario de don Humberto en 1957, a la edad de 6 años, recuerda que le ponía una gorra y bufanda, para desde las 5 o 6 de la mañana iniciar la jornada de trabajo. Como en esa época, en Cotacachi, no tenían energía eléctrica, le acompañaba a su padre a pintar, con soplete, los trabajos de cuero en la ciudad de Otavalo.

Centrándonos ahora en el hijo de don Humberto, Luis Román Chaves Proaño, que hasta la fecha se dedica a la talabartería en la casa que fue de su padre, nace un 26 de mayo de 1951. Recuerda que con don Héctor Mejía se especializaron, en el taller de su padre, en hacer pinturas sobre la marroquinería elaborada en el taller. Fue muy común en ese entonces que, las billeteras, las chaucheras, los portafolios y otros productos, tengan dibujos y relieves que representen paisajes andinos, batallas libertarias, héroes de la independencia, siluetas indígenas y otros motivos interesantes.

Luis Román estudió la primaria en la escuela Modesto Peñaherrera y recuerda con mucha gratitud a todos sus profesores: Jorge Loza, Guido Ruiz, Arturo Benalcázar, Olivia Galindo, Alfonso Echeverría, Flavio Proaño, José Carlos Vaca, Juan Almeida, Oswaldo Rivadeneira. Mientras estudiaba, trabajaba y más aún en las vacaciones. Su padre, fue consciente que la mejor herencia para sus hijos es la educación. A su hijo Wilson Humberto, le envía a estudiar en el Colegio San Pedro Pascual de Quito, mientras que a Luis Román, le envía a estudiar, en la misma ciudad, en el prestigioso Colegio Benalcázar, luego de terminar el primer curso en el colegio Luis Ulpiano de la Torre.

En estos años de estudio secundarios en la capital de la república, Luis Román, hizo un alto como operario del taller de su padre, aunque realmente no se apartó del todo del negocio, ya que don Humberto, le enviaba marroquinería, por transportes Flota Imbabura, para ser entregada a los clientes

de Quito, entre los que recuerda a los Almacenes Chimborazo y los Hermanos Riofrío. Terminado el colegio Román se reintegra a trabajar en la talabartería de forma independiente, aunque utilizando las herramientas y dirección de su padre. Inicia confeccionando bolsos, mochilas, cinturones y otros artículos pequeños para el Instituto Andino de Artes Populares de Quito.

Román, luego de varios años de trabajar en la talabartería y colaborar en algunos gremios, como la Sociedad de Artesanos, se dedica también a la lectura de corte social y político, motivado por las desigualdades e injusticias vividas en el país. Por su compromiso con los más necesitados, decide ingresar y militar en un movimiento revolucionario. Por sus actividades revolucionarias en el movimiento, siendo dirigente gremial de los artesanos en Cotacachi, es tomado preso durante un año, desde septiembre de 1986; hecho que también hace que haga un alto en su actividad de artesanal en el cuero.

■ De izquierda a derecha: arriba Luis Humberto Chaves, Wilson Enrique Cevallos Moreno, Oswaldo Loza, Ulpiano Saltos, Milton Guzmán Moreno, Laureano Gómez, Gustavo Báez Tobar y Arturo Benalcázar festejando el triunfo político. CNE Ibarra 1988.

En la época que estuvo preso, quien mantiene el taller a fuerza de mucho sacrificio y tenacidad es su actual esposa, Rosario Morales; para mantener el taller y buscar mercado para los productos se asocian con Gustavo Baroja, antes de que



él sea prefecto de Pichincha, quien comercializaba, en ese entonces, calzado de cuero. Reinicia nuevamente en la tabartería y en el año 1994, llega a tener veinticuatro operarios, fue la época del “boom” de los estuches de cuero para teléfonos celulares, había mucho trabajo en el taller. Tenía clientes en los EEUU que hacían pedidos muy grandes, aunque en algún momento de este apogeo de los estuches de los celulares, por un mal asesoramiento, tuvo una pérdida en un contrato extranjero, del que no pudo salir de más de siete mil estuches de celulares, que hasta el momento los tiene embodegados. A finales de los 90, tenía un cliente chileno que le compraba grandes cantidades de billeteras y otros productos, pero la dolarización y el feriado bancario trajo como consecuencias nefastas para el negocio.

En el 2014, Román Chaves, considera que también vino una crisis económica fuerte para el negocio de las artesanías de cuero en Cotacachi, se quedó con tan solo nueve operarios, y para sacar adelante el negocio, incursionó haciendo Carteras con cuero italiano de alta calidad. Actualmente se mantiene en el negocio gracias a su constancia y creatividad.

Con respecto a los artesanos del cuero de Cotacachi, y a las acciones y políticas emprendidas desde el municipio, Luis Román, es muy crítico con los últimos alcaldes, pero a la vez es muy propositivo, planteó en su momento la creación de una gran escuela artesanal a través de la AIMASAC, pero lamentablemente el proyecto no fue acogido.

En su taller, ahora trabaja tan solo con cinco operarios, entre hermosos recuerdos de su padre e ideas innovadoras para que los artesanos de Cotacachi y en general su pueblo, progresen sobre la base de un desarrollo sostenido que realmente generen este adelanto tan anhelado. La sinceridad, inteligencia y conocimientos sobre temas sociales, gremiales y políticos salen a flote en la clara, directa y pausada conversación con Luis Román. Definitivamente es un hombre inteligente, con ideas progresistas, que todavía tiene mucho que dar a Cotacachi y en general a la sociedad.



## **JOSÉ IGNACIO ANDRADE PROAÑO**

*“TRABAJO DURO, SACRIFICIO Y ENTREGA POR EL BIENESTAR  
Y EDUCACIÓN DE SU FAMILIA”*

José Ignacio Andrade Proaño nace en Cotacachi un 27 de enero de 1927. Sus padres fueron José Ignacio Andrade Cevallos y María Proaño Andrade. Su padre, José Andrade Cevallos, fue un maestro orfebre que tenía como ayudante a Antonio Cerpa y su taller funcionaba en la casa ubicada en las calles 10 de Agosto y Salinas, allí se hacían trabajos de platería, fundamentalmente para abastecer la demanda de cubiertos de mesa para los clientes locales y provinciales. Por un robo que sufrió de toda su maquinaria y producción, dejó la orfebrería y sus últimos años de vida se dedicó a la talabartería, ayudado de Alberto, su primer hijo, quien luego se hizo cargo del taller de su padre. El matrimonio Andrade Proaño tuvieron seis hijos: Elena, Alberto, Mercedes, Teresa, Carmela y José Ignacio, quienes se desarrollaron entre herramientas de orfebrería a inicios y luego entre las herramientas y cueros propios del oficio de un talabartero.

José Ignacio Andrade Proaño pasa sus años de primaria en la escuela Sucre de la ciudad de Cotacachi, hoy llamada Modesto Peñaherrera. Cuando sale de la escuela, como todo niño de la época, se ve en la obligación de aprender

un oficio, y como no podía ser de otra manera, aprende la talabartería en el taller de su hermano mayor Alberto. Luego, antes de cumplir 18 años, a inicios de 1945, toma la decisión de independizarse y montar su propio taller, motivado por la gran demanda de cigarreras pedidas por las fuerzas aliadas para la Segunda Guerra Mundial.

Luego de la Segunda Guerra Mundial, toma la decisión de cambiar de línea de producción, se dedica a la confección de maletas y carteras, productos que pronto alcanzarían fama local, provincial y nacional, por la calidad de los acabados y repujados en alto relieve. Las temáticas plasmadas en alto relieve, en las maletas de cuero, eran variadas, repujadas a mano con una meticulosidad que hacían de estos productos una verdadera obra de arte.

José Ignacio Andrade Proaño, siendo muy joven se casa con doña Rosario Loza Calderón y procrean tres hijos: Rómulo, Azucena y Pepita. El compromiso con la familia de estos esposos, hace que críen a sus tres hijos en el marco de un

■ José Ignacio Andrade talabartero junto a su familia.



respeto y valores, con el objetivo no negociable de dar a sus hijos una buena educación secundaria y superior, la que ellos no tuvieron la oportunidad de tenerla; querían ver a su padre como exitosos profesionales, para lo cual no dudarían en realizar sacrificios humanos y económicos hasta ver a sus hijos triunfar. Con esta premisa, a gracias a grandes esfuerzos, lograron que su hijo Rómulo sea un exitoso médico graduado en la Universidad Central; su hija Azucena, obtuvo la licenciatura en Biología en la misma universidad; y su hija Pepita se graduó de secretaria en el colegio Simón Bolívar de Quito.

Su amor y compromiso con sus hijos también se manifestó con un hecho que aconteció en julio de 1969, cuando su hijo Rómulo partió hacia la ciudad de Quito a estudiar la carrera de medicina. Con mucha anticipación a la partida, se dedicó a confeccionar una maleta de cuero personalizada, donde cabía toda la ropa que llevaba a la capital. Esta maleta tenía al frente unas grandes iniciales del nombre de su hijo (RAL) finamente repujadas, las mismas que estaban enmarcadas en un cuadro de puntos también repujado. En la maleta que le dio el día que partió su hijo, no solo estaba grabada las iniciales del nombre, también estaba en su interior la fe y esperanza de don José y doña Rosario para que su hijo logre sus metas y los sueños de sus padres y familiares; en esos años, enviar a un hijo a estudiar una carrera universitaria en Quito demandaba mucho esfuerzo y sacrificio de los padres.

Con seguridad, padre e hijo, se abrazaron el momento de la partida y más de una lágrima debió haber brotado de los ojos de cada uno de ellos. Por todo esto, su hijo también debió ha-



■ Maleta de cuero elaborada por don Pepito Andrade que lleva las iniciales de su hijo, el prestigioso médico (Rómulo Andrade Loza).

cerse la promesa de no defraudar a sus padres; promesa que la cumplió cuando se recibió como médico de la república. Esta maleta que ya cumplió cincuenta años de existencia todavía la conserva su hijo Rómulo, como constancia del amor de sus padres; está casi intacta porque la calidad de esta es única, el cuero utilizado es de primerísima calidad y esta reforzada en las esquinas con piezas metálicas.

Al inicio del taller de talabartería todos los artículos fabricados eran acabados con tintes artesanales y a mano, luego ya utilizó pinturas industriales adquiridas en Ambato y compresores eléctricos. Todos los herrajes y varios materiales e insumos como: hebillas, rápidos, hilo, solución, agujas, aceites para la maquinaria y otros, eran adquiridos en Colombia. Uno de los atributos de don José Andrade, siempre fue su creatividad, lo que le llevó a fabricar una prensa de calor eléctrica, para evitar el trabajo del repujado a mano. Con esta prensa el trabajo se le facilitó, ya que entre las dos planchas de acero colocaba los "clishets" de hierro (moldes con diversos motivos culturales) que serían estampados en los productos de cuero elaborados en el taller.

Don José siempre fue justo con los más de catorce empleados que llegó a tener en su taller de talabartería, de entre los cuales se recuerda a: Julio Mejía, Carlos "Puñete" Mejía, Fernando "Merengue" Espinoza, Marco Espinoza, Carlos Sánchez, Julio Sánchez, Galo Vaca, Iván Vaca y Luis Pillojo. Si bien es cierto el trabajo en el taller era duro, pero el buen humor de todos quienes trabajaban en esta factoría, hacía que no se siente mucho la fatiga de las largas jornadas y a veces veladas para cumplir con los clientes.

Una gran cantidad de productos como: maletas de cajón, billeteras, monederos, carteras y cinturones elaborados en el taller de don José, fueron comercializados en varias ciudades del país; así por ejemplo en Quito los comercializaba el señor Joel Echeverría y en Guayaquil, el señor Gavilánez, este último también comercializaba en el vecino país del Perú.

Uno de los hechos dolorosos que le pasó a don José y a su hermano Alberto, es que cuando viajaron al Perú a comercializar sus productos. Una vez que recibieron el dinero, por precaución ante los robos, guardaron todo el dinero en efectivo bajo el colchón de la cama de la pensión donde se hospedaron; salieron a realizar ciertas diligencias, y cuando regresaron se encontraron con la sorpresa de que habían sido robados, su dinero desapareció como por arte de ma-

gia. Este robo les causó mucha tristeza y depresión, el producto de varios meses de trabajo se esfumó y tuvieron que regresar sin nada en los bolsillos, no tuvieron ni siquiera para pagar a los operarios del taller. Pasó mucho tiempo para que se recuperen de este robo, pero siempre con el trabajo honrado se salió adelante.

Como una gran cantidad de maestros talabarteros de Cotacachi, de inicio preparaban el cuero para sus productos en curtiembres propias; para ello se recuerda que el cuero crudo, es decir, las pieles de los animales, lo adquirían a los llamados “cueros” de la ciudad de Otavalo, en la plaza de la ciudad de Cotacachi, hoy llamada Parque Ornamental. Con el pasar del tiempo y con la finalidad de optimizar la producción de sus manufacturas, empezó a viajar a la ciudad de Ambato, lugar donde adquiría los cueros ya procesados industrialmente, hecho que mejoró la calidad de los productos elaborados por don José Andrade Proaño.

En los últimos años de su vida, don José se dedicó a laborar prácticamente solo, recibía pedidos de arreglo y pintura de carteras de cuero y zapatos usados. Su trabajo lo hacía con tanto esmero y cariño, que estas prendas las dejaba como nuevas, por lo que sus clientes siempre estuvieron satisfechos. Don José nunca dejó de trabajar, la talabartería no solo era su pasión, sino también su distracción; tal es así que trabajó hasta el día de su muerte, el día 22 de febrero de 2008.

Cuando don José falleció, Cotacachi perdió a uno de sus hombres más notables; ejemplo de dedicación laboral y familiar. Todos quienes le conocieron le recordarán siempre; más aún sus hijos, nietos y bisnietos. Su legado como ser humano noble, aunque desde otros oficios diferentes a la talabartería, seguirán sus descendientes.

■ José Andrade Proaño trabajando en su taller en Cotacachi.





## **PEDRO RAFAEL GAVILANES RUIZ**

*“UN TRABAJO TESONERO Y HONRADO PARA LA EDUCACIÓN  
Y BIENESTAR DE SU AMADA FAMILIA”*

Pedro Rafael Gavilanes Ruiz, nació en abril de 1902. Junto a su compañera de toda la vida, Córdula Pérez Galindo, procrearon seis hijos y su vida la dedicó a la talabartería, pues, su habilidad y gran empuje laboral, lo llevó a convertirse en uno de los talabarteros más prósperos de la época, hasta tener un taller con obreros, entre ellos se recuerda a Luis Luna, Luis Andrade, Rodrigo Baldeón, Julio García, Pepe Moreno Sarzosa, Maruja Olmedo, Manuel Coba, José Terán, Alfonso Santamaría, entre otros.

La especialidad del “ Maestrito”, como lo conocían sus oficiales, radicaba en las maletas, chaucheras y las históricas cigarreras, muy recordadas por haberse convertido en material de exportación, exclusivo para los soldados norteamericanos que se enfrentaban en la Segunda Guerra Mundial. El apoyo de su esposa Córdula fue fundamental en el hogar de la familia Gavilanes-Pérez; ella, a más de dedicarse a los quehaceres domésticos de la casa y cuidar a los seis hijos, se encargada de hacer el famoso engrudo (pegamento) para los artículos de cuero del taller de su compañero de vida. También, con mucho esmero acompañaba a su amado es-

poso en la tarea de lujar, es decir, sacar brillo de las chacheras. Con todo ese apoyo, don Pedro, logró convertirse en uno de los más prominentes talabarteros de Cotacachi.

En 1955, inicia otro emprendimiento con mucho éxito en la ciudad de Cotacachi. Su actividad de comerciante de artículos de cuero, le permitieron llegar hasta Huaquillas y Guayaquil, sitio donde adquiriría una gran variedad de herrajes muy necesarios para los talabarteros de Cotacachi que elaboraban artículos de cuero.

Don Pedro Gavilanes tuvo su almacén en su propia casa, en la calle Bolívar y García Moreno, sitio que al acudían todos los talabarteros cotacacheños a realizar sus compras para el trabajo; su calidad humana hacía que, en más de una oca-



■ La casa grande de Don Pedro en la calle Bolívar. Allí se puede apreciar la tienda-almacén con el típico tapaperro y la camioneta marca CONY, de propiedad de su yerno Alonso Ubidia.

sión, especialmente en épocas de crisis, de “fiado” los productos requeridos por los artesanos. También con frecuencia se reunían amigos en el almacén o en la vereda del frente, no necesariamente talabarteros, donde en conversaciones picarescas se igualaban de los acontecimientos de los vecinos y vecinas del lugar.

Su trabajo tesorero estaba enfocado para sacar adelante a la familia; don Pedro quería que sus hijos tengan la educación y una profesión digna, para lo cual no descansaría en su laburo y tampoco escatimaría ningún esfuerzo físico ni económico para lograr este objetivo. A varios de sus hijos los envió a estudiar en colegios de Quito, donde pasaron varios cursos en calidad de internos en las instituciones educativas hasta lograr obtener su título profesional; casi todos estudiaron la profesión de educadores, en se entonces muy reconocido y valorada por la sociedad.

Luego de incansables jornadas laborables, don Pedro murió en abril de 1996, a los 94 años de edad. Con la partida de este hombre noble, Cotacachi perdía a uno de sus talabarteros icónicos, pero su legado de hombre de bien y comprometido con la familia y sociedad, quedaría en toda su descendencia, hombres y mujeres reconocidos en la actualidad por su valía, honorabilidad y trabajo en diferentes áreas, ámbitos y sitios de la provincia y país. Sus hijos: Elvia María (ama de casa), Hipólito René (docente), Gloria Clarisa (bibliotecaria), Blanca Violeta (docente), Felix Gonzalo (docente) y Silvia Elena (docente), sus nietos y bisnietos tienen unos grandes referentes en don Pedro y doña Córdula para seguir construyendo una sociedad más justa.



■ Pedro Rafael Gavilanes, un talabartero icónico de Cotacachi en el siglo pasado.

■ Alonso Ubidia con su esposa Violeta Gavilanes (hija de don Pedro Gavilanes), sus hijos, nueras y yerno.



# ■ CAPÍTULO 7

---

Los actuales talabarteros de Cotacachi



■ Alonso Buitrón, en su maquina de coser trabajando el cuero.

# ■ CAPÍTULO 7

## LOS ACTUALES TALABARTEROS DE COTACACHI

Los talabarteros de Cotacachi se niegan a dejar morir este oficio transmitido, de generación en generación, desde antes de la cantonización de este pueblo. Son hombres y mujeres que forjan su pueblo e historia de una manera silenciosa y muchas veces anónima. La modernidad y globalización difícilmente son aliados de estos artesanos, los medios de comunicación y las redes sociales poco hablan de este oficio y de sus protagonistas; parecería que las noticias e información superflua ha dado paso a lo realmente relevante en esta vida; es decir, a las historias, las costumbres, los valores, los oficios y herramientas de quienes verdaderamente impulsaron el desarrollo de los pueblos.

Por lo dicho en el párrafo anterior, este capítulo consideramos de suma importancia, por la incidencia social y económica, que los actuales artesanos del cuero de Cotacachi ejercen en el desarrollo de este pueblo pujante. A su actividad silenciosa no siempre se da la real dimensión que tiene. Los talabarteros son portadores de saberes ancestrales, son individuos que mantienen la identidad de esta ciudad, son quienes dan trabajo a una gran cantidad de personas que a su vez mantienen familias, son hombres y mujeres que trabajan, en muchas ocasiones, en condiciones desfavorables y que lamentablemente poco o nada de apoyo tiene de los gobierno nacional, provincial y local.

El siguiente registro se levantó con el apoyo de estudiantes de la carrera de Turismo de la Universidad Técnica del Norte y con la ayuda del señor Armando Vaca Gómez, un artesano talabartero de Cotacachi, que sin escatimar ningún esfuerzo se comprometió con esta tarea. Desde ya se pide disculpas

al lector si se omite algún nombre, lamentablemente no siempre se encontró apoyo de todos los artesanos informantes. Además, se ha considerado solo a los dueños de los talleres, mas no a los operarios que también son una pieza importante en el engranaje de las talabarterías, las razones por las que no se los nombra a estos hombres y mujeres, pujantes y anónimos, son básicamente porque los dueños de los talleres se niegan a darlos. También es necesario indicar al lector que, en las siguientes fichas informativas básicas de cada artesano de Cotacachi, en muchos casos, no consta la dirección exacta del taller, por pedido expreso del dueño del mismo; además, cabe mencionarse que, de los productos elaborados en cada taller, solo se nombra los más representativos elaborados a la fecha, ya que la mayoría de los talabarteros cotacacheños tiene la capacidad de adaptarse y confeccionar diferentes tipos de productos, según la demanda temporal y espacial.



**Carlos Ernesto Moreno Inga**



Calle Morales 15-37



Billeteras, carteras y porta pasaportes.



**Carlos Nectario Moreno Proaño**



Calle Alfredo Albuja, junto al Conjunto Residencial El Encanto



Billeteras, carteras y porta pasaportes.



**Manuel Aparicio Moreno Proaño**



Calle Alfredo Albuja, junto al Conjunto Residencial El Encanto



Billeteras, carteras y porta pasaportes.





**Wilson Velasco Andramunio**



Calle Alfredo Albuja 19-22



Bolsos, canastas y mochilas



**José Ricardo Echeverría Játiva**



Calle Sucre y Modesto A. Peñaherrera



Carteras, bolsos, billeteras y monederos





**Fausto Tarquino Calderón Arellano**



Calle Modesto Peñaherrera y Sucre.



Portafolios, monederos, chompas y carteras.



**Edison Javier Cárdenas Pillaño**



Calle 24 de mayo y Morales



Bolsos, mochilas y carteras





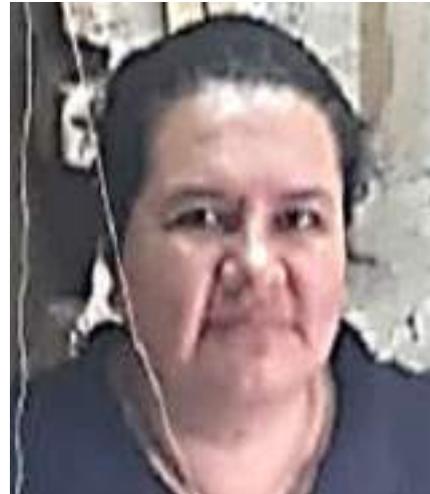
**Paúl González León**



Bolívar y 10 de Agosto



Monturas, sacos, sombreros, monederos, entre otros.



**María Leonor Cárdenas**



Calle 24 de Mayo



Carteras, bolsos, carteras y monederos





**Luis Rolando Sarzosa y Mercedes Cacuango**



Calle 24 de Mayo y Esmeraldas



Carteras



**Carlos Roberto Yáñez Terán**



Barrio San José, calle Esmeraldas



Zamarros, fuetes, chalecos y correas.





**Luis Alfredo Yáñez Terán**



Barrio San José, calle Esmeraldas



Zamarros y chaquetas.



**Silvio Terán**



Calle Río Frío y calle Esmeraldas.



Chaquetas





**Hernán Armando Vaca Viracocha**



Calle 9 de Octubre y Vicente Rocafuerte



Calzado, carteras, cinturones y bolsos.



**Fausto Sandoval**



Calle Imbabura 10-10 y Rocafuerte



Calzado y Chaquetas





**Carlos Armando Vaca Gómez**



Calle Manuel Larrea y Segundo Luis Moreno



Carteras, bolsos y mochilas.



**Jorge Román Sarzosa**



Calle Esmeraldas y 24 de Mayo



Carteras y chompas.





**Vicente Játiva**



Calle Esmeraldas y 24 de Mayo.



Monederos: pescados y gatos.



**Wilson Buitrón Narváez**



Calle 10 de Agosto



Zamarros, carteras y billeteras.





**Alonso Buitrón Narváez**



Calle Sucre y 24 de Mayo



Carteras, billeteras, porta chequeras y zamarros



**Gilberto Terán Cárdenas**



Calle Esmeraldas



Porta biblias, carpetas y portafolios.





**Jorge Luna**



Calle 9 de Octubre y Esmeraldas



Ejecutivos, bolsos y mochilas.



**Manuel Torres**



Calle González Suárez y 9 de Octubre



Chaquetas.





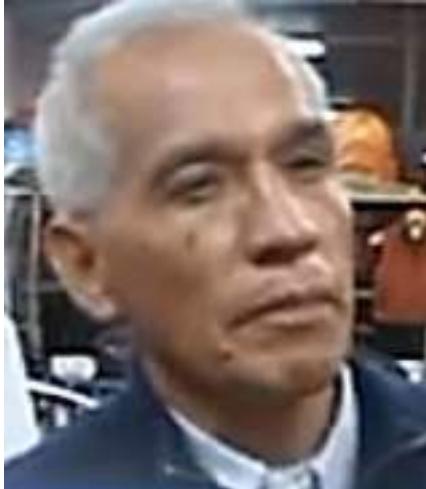
**Luis Rodas**



Calle 10 de Agosto



Chaquetas.



**Luis Pombosa**



Parque Ornamental



Chaquetas.





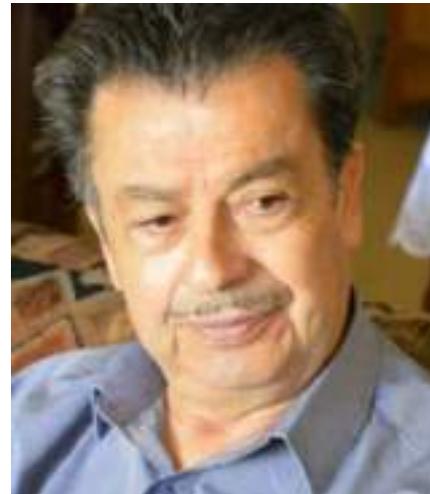
**Ramiro Saltos**



Calle Salinas.



Billeteras y chaucheras.



**Jaime Saltos Cueva**



Calle Vacas Galindo.



Bolsos y monederos.





**Manuel Andramunio**



Calle 10 de Agosto y Estadio



Monturas y galápagos.



**Tarquino Saavedra**



Calle Modesto Peñaherrera y Rocafuerte.



Billeteras y porta chequeras.





**Milton Saltos Ayala**



Calle La Pradera



Peletería y suela.



**Felipe Rodríguez**



Calle Lucía Maya de Proaño.



Bolsos y carteras.





**Balto Cevallos**



Calle Pedro Moncayo



Billeteras, porta chequeras, monederos y cinturones.



**Luis Layne**



Calle Sucre y Filemón Proaño



Papeleras, estuches de bebidas y estuches varios.





**Gerardo Gavilanes Saltos**



Calle Modesto Peñaherrera



Monederos, bolsos y chaucheras.



**Holguer Bolívar Buitrón Padilla**



10 de Agosto 14-84 y Salinas



Zamarros y marroquinería





**Marco Villarreal**



Calle Sucre



Bolsos y chaucheras.



**Armando Rivera**



Vía hostería La Mirage



Chaquetas



**José Rea**



Pasaje San Francisco



Billeteras, ejecutivos, bolsos y maletas



**Carlos Rea**



Pasaje San Francisco



Bolsos y carteras.



**Carlos Conde**



Calle Lucía Maya de Proaño



Bolsos y maletas



**Cristian Mejía**



Calle la Banda y Esmeraldas



Bolsos y maletas





### Diego Sandoval



Bolívar y 10 de Agosto



Calzado de cuero



### José Manuel Maldonado



Calle 24 de Mayo y Morales



Carteras, bolsos y carteras



### Juan Flores



Bolívar y 10 de Agosto



Marroquinería y artículos varios



### Luis Lautaro Calderón Arellano



Manuel Larrea frente a la Cooperativa El Ejido del Barrio El Ejido



Curtiembre de cueros, artesanías en baqueta, llaveros, chaucheras, muebles en alto relieve.



### Luis Enrique Morales Andrade



González Suárez y 24 de Mayo



Carteras, billeteras, correas, monederos y chaquetas



### Luis Patricio Andrade Gonzales



Calle Imbabura y Vicente Rocafuerte



Billeteras, monederos carteras y cinturones.





### Luis Patricio Pillajo Echeverría



Pedro Moncayo 10-40 y 10 de Agosto



Calzado y chaquetas.



### Azucena Velasteguí Sarmiento



Pedro Moncayo 10-40 y 10 de Agosto



Mochilas, carteras, monederos, guantes, maletines, gorras y portafolios.



### Marco Vinicio Flores Guevara



Pedro Moncayo 10-40 y 10 de Agosto



Carteras, billeteras y calzado



### Luis Aníbal Torosina



Pedro Moncayo y 10 de Agosto



Carteras, billeteras y calzado.



### Carlos Vivas



Gonzales Suarez y Pedro Moncayo



Correas para sombreros, maletines ejecutivos, forros de sombrero, billeteras, chequeras, carpetas de cuero sintético, tafiletes para sombreros.



### María Morales



Calle 10 de Agosto y Rocafuerte



Chaquetas, carteras y calzado





### Lorena Piedra



Calle 10 de Agosto y Rocafuerte



Chompas de cuero



### Paco Morales



Calle Modesto Peñaherrera y plaza del sol



Cinturones y bolsos.



### Nelson Ramiro Andramunio Manosalvas



Calle 10 de Agosto



Carteras, cinturones, billeteras. Mochilas, monederos y chompas



### Silvia Pillajo



Calle Bolívar y 10 de Agosto



Ponchos, cinturones, carteras, monederos, billeteras y mochilas de viaje.



### Narcisa Caicedo Pineda



Calle 10 de Agosto y Bolívar



Billeteras, carteras y cinturones.



### Edison Almeida



Calle 10 de Agosto



Marroquinería y talabartería





### Manuel Muñoz



Calle 10 de Agosto



Marroquinería y talabartería



### Jorge Perugachi



Calle Pedro Moncayo y Modesto Peñaherrera



Bolsos, carteras, billeteras.



### Marco Flores



Calle Pedro Moncayo y 10 de Agosto



Bolsos, carteras y billeteras.



### Humberto Flores



Calle Modesto Peñaherrera



Billeteras y porta chequeras.



### Alicia Proaño de Arias



Calle Juan Montalvo.



Monederos.



### Patricio Proaño



Calle Imbabura



Bolsos y carteras.





### Juan Velasco



Calle Esmeraldas



Carteras, mochilas y chompas de cuero.



### Mario Muriel



Calle Esmeraldas y 10 de Agosto



Sandalias.



### Carlos Muriel



Calle Esmeraldas y 10 de Agosto



Bolsos y carteras,



### Manuel Játiva



Calle Esmeraldas y la "Y", vía Piava San Pedro



Monederos: pescados y gatos.



### Darwin Cedeño



Calle Manuel Larrea



Chompas



### Juan Rosales



Calle Lucía Maya de Proaño



Chompas





**Patricio Rosales**



Calle Lucía Maya de Proaño



Chompas



**Jorge Palacios**



Calle Lucía Maya de Proaño



Bolsos y carteras.



**Luis Proaño**



Chilcapamba



Bolsos y carteras.



**Jorge Benítez**



Calle Filemón Proaño



Bolsos y carteras



**Rubén Benítez**



Calle Filemón Proaño



Bolsos y carteras.



**Wilmer Gómez Montenegro**



Panamericana Quiroga



Bolsos y carteras





### Jairo Bonilla



Panamericana, vía Cuicocha



Bolsos, carteras y calzado



### Bolívar Haro Ramos



Calle Manuel Larrea



Calzado.



### Marco Sarzosa



Calle Esmeraldas.



Billeteras, bolsos y porta chequeras.



### Mauricio Vaca



Calle vía a la Calera - Quiroga



Billeteras y porta chequeras.



### Elver Imbat Ruiz



Calle vía a Otavalo – La Victoria



Cinturones.



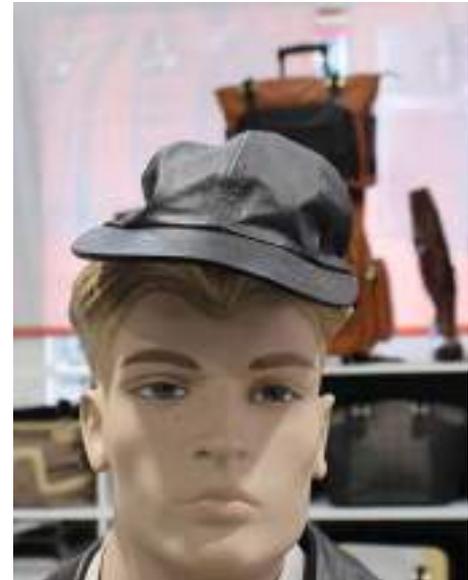
### Wilson Ruiz



Calle Esmeraldas



Bolsos y carteras.





**José Reinoso**



Calle 9 de Octubre



Billeteras y porta chequeras.



**Eva Caiza**



Calle 10 de Agosto.



Chaquetas.



**Fernando Andramunio**



Calle González Suárez entrada a Pilchibuela



Bolsos, carteras y cinturones.



**Ramiro Andramunio**



Calle González Suárez entrada a Pilchibuela



Bolsos, carteras y cinturones.



**José Stalin Moreno**



Calle Morales y 10 de Agosto



Chompas, bolsos, carteras.



**Román Andramunio**



Calle Esmeraldas



Bolsos y carteras.





### Lourdes Sarzosa



Calle Esmeraldas



Bolsos y carteras.



### Arturo Cerpa



Calle 10 de Agosto



Bolsos, carteras, sillas y cinturones.



### Carlos Andramunio



Calle 9 de Octubre y Esmeraldas



Mochilas y bolsos.



### José Luis Chico Cárdenas



Calzado.



### Jorge Guerra



Calle la Victoria - Quiroga



Billeteras, porta chequeras y mochilas.



### Marco Espinosa Andrade



Calle 9 de Octubre y Esmeraldas



Billeteras y porta chequeras.





**Cristian Flores**



Calle la Victoria - Quiroga



Bolsos y carteras.



**Germán Osnayo**



Sector La Pradera



Línea de viaje.



**Galo Vivas**



Calle González Suárez y Pilchibuela



Ejecutivos y línea de viaje.



**Patricio Pillaño**



Calle 9 de Octubre e Imbabura



Chaquetas.



**Jorge Guerra**



Calle la Victoria - Quiroga



Billeteras, porta chequeras y mochilas.



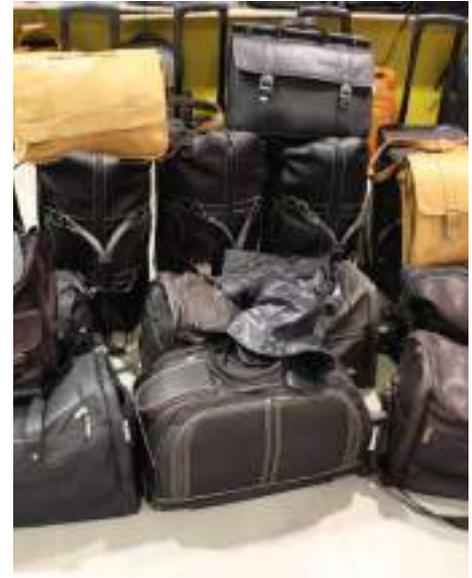
**Pedro Caiza**



Calle 10 de Agosto



Chaquetas.





### Ramiro León Cobos



Calle 10 de Agosto y Bolívar



Bolsos y cinturones de suela.



### Humberto Olmedo Manosalvas



Calle Pedro Moncayo



Bolsos y carteras.



### Bolívar Alencastro



Calle Modesto Peñaherrera y Pedro Moncayo



Billeteras y porta chequeras.



### Flor María Andrade



Calle Bolívar y Vacas Galindo



Bolsos y carteras.



### Román Chaves Proaño



Calle Bolívar



Bolsos y carteras.



### Gonzalo Sánchez



Calle Bolívar



Carteras.





### **Carlos Fabián Sánchez Vaca**



Calle Modesto Peñaherrera



Carteras.



### **Álvaro Flores Oña**



Calle 24 de Mayo y Morales



Carteras y chaquetas.



### **Geovany Estrada**



Calle 24 de Mayo y Esmeraldas



Carteras, bolsos y carpetas.



### **Rubén Galindo Jaramillo**



Calle Esmeraldas y Capilla.



Carpetas, porta biblias, bolsos.



### **Danilo García**



Calle Rocafuerte y 9 de Octubre



Billeteras y cinturones.



### **Nicolás Andramunio**



Calle barrio Oriental



Billeteras.





### **Morayma Vaca Gómez**



Calle Bolívar



Monederos.



### **Vicente León**



Calle 10 de Agosto y Bolívar.



Bolsos y cinturones de suela.



### **Fabio García**



Calle vía a La Mirage.



Carteras y chaucheras.



### **Ramiro Saltos**



Calle Salinas



Billeteras y chaucheras.



### **Wladimir Flores**



Calle estadio de Quiroga.



Chaquetas y carteras.



### **Fausto Sandoval**



Calle Imbabura junto al parque de San Francisco



Botas.





**Pedro Rubio**



Calle Filemón Proaño.



Chaquetas.



**Marco Gómez**



Calle Manuel Larrea y Filemón Proaño.



Chaquetas.



**Marcelo Proaño Guzmán**



Calle Sucre.



Billeteras y porta chequeras.



**María Buitrón Narváez**



Calle Sucre



Billeteras y porta chequeras.



**Azucena de Chaves**



Calle Sucre



Monederos y bolsos.



**Elvis Guerra Buitrón**



Calle Sucre



Billeteras y porta chequeras.





### Polibio Taya



Sector de Pilchibuela.



Bolsos y carteras.



### Limber Taya



Sector de Pilchibuela.



Bolsos y carteras.



### Nelson Gómez



Calle 24 de Mayo.



Bolsos, monederos y mochilas



### Luciano Chico



Calle Riofrío.



Bolsos y carteras.



### René Terán



Calle Riofrío.



Bolsos y carteras.



### Mónica Caiza



Calle Imbabura



Chaquetas.





### Tarquino Vaca



Calle Anrrabí



Chaquetas.



### Mónica Sarzosa



Calle Esmeraldas



Bolsos y carteras.



### Jorge González Proaño



Calle Modesto Peñaherrera



Billeteras y porta chequeras.



### Leonardo Alvear



Calle González Suárez



Chompas, bolsos y carteras.



### Marcelo Montenegro



Calle Quiroga



Bolsos y carteras.



### Humberto Yamberla



Calle Imbabura



Tratamiento de cueros.



# ■ CAPÍTULO 8

---

Herramientas e insumos para la talabartería



■ Silvio Terán, talabartero del barrio San José confeccionando chompas de cuero.

# ■ CAPÍTULO 8

## HERRAMIENTAS E INSUMOS PARA LA TALABARTERÍA

El léxico “artesano” deviene del italiano artigiano, que significa ejercer un arte mecánico, y el latín nos ofreció la palabra artesano en castellano, que deviene de la raíz indoeuropea /ar/ como sinónimo de “mover y hacer”.

Por lo tanto, “un artesano es aquel sujeto que realiza objetos manuales y artísticos; utiliza las manos con herramientas manuales con cierta destreza y habilidad” (Morales, 2013). Con esta pequeña introducción se evidencia el hecho de que un artesano tiene que necesariamente utilizar herramientas e insumos para elaborar sus productos.

Los productos elaborados a mano se constituyen en dispositivos de la cultura material y por tanto son representativos en el contexto patrimonial de cualquier pueblo. Además, de que los productos elaborados suelen representar al folklore local e imprimen un estilo particular de la localidad a la que representan.

La calidad que imprimen sobre sus dotes determinados convierte al objeto en arte para transformarlo en una configuración o forma de la conciencia social y por ello, esta representación del arte indudablemente se convierte en un hecho social, que tiene por objeto satisfacer las necesidades espirituales de los seres humanos en torno a la cultura estética.

Varios de los artesanos cotacacheños realizan actividades u oficios paralelos en áreas diferentes a la talabartería. En sus momentos de talabarteros, marroquineros y peleteros, los artesanos ponen su mente y alma al oficio, para producir verdaderas obras en cuero, dignas de la admiración de propios

y extraños. Como se indicó al inicio de esta obra, en Cotacachi se les conoce de manera general como talabarteros a todos los artesanos del cuero, sin diferenciarlos de los marroquineros y peleteros.

Durante el tiempo de las entrevistas y de manera recurrente, los artesanos, dan cuenta de las formas con el cuero como un proceso histórico que se desarrolla con herramientas e insumos, de acuerdo con un tiempo y un lugar determinado; enfatizan para distinguir este arte como un concepto que corresponde a una cosmovisión netamente andina, por lo tanto, sujeta a innovaciones, pero con particularidades específicas.

Los talleres de talabartería y las curtiembres artesanales cuentan con un sin número de herramientas básicas y especializadas que se exhiben en los diferentes talleres y que decoran estos como una evidencia de un presente y pasado de cada artesano, quien comprendió que los trabajos con cuero trascendían su curiosidad e interés.

Permanentemente adaptaron y desarrollaron nuevas técnicas con sutiles herramientas que daban cuenta de la calidad y la excelencia, pero se requerían de un espacio donde trabajar, el mismo que con admiración, cariño y respeto se denominaría “el taller”.

A continuación, se presenta la gran mayoría de herramientas que los talabarteros de Cotacachi utilizan todavía en su actividad cotidiana:



■ Típica mesa de talabartero. Arturo Cerpa Sánchez trabajando en su taller.



■ Mini prensa eléctrica para establecer relieves para productos de marroquinería



■ Desbastadora industrial para adelgazar cueros



■ Esmeril para afilar herramientas de corte



■ Máquina de codo para alta costura

■ Máquina de codo de doble puntada



■ Máquina transportable de costura recta



■ Máquina programable de costura recta



■ Máquina troqueladora para cuero





■ Máquina para remachar cuero



■ Máquina para forrar botones de cuero



■ Piedras para afilar cuchillos y  
cuchillas respectivamente



■ Cuchilla media luna



■ Cuchillas-estiletes para cortar cuero y tela



■ Cuchilla de doble hasta para desbastar suela



■ Tijeras para cortar metal



■ Desbastadora manual para suela



■ Herramientas básicas de talabartería: 1. martillo, 2. pesa, 3. sacabocado, 4. bruñidor, 5. cuchillo para suela, 6. cuchillo para cuero, y 7. compás



■ Limas para afilar



■ Sacabocados para marroquinería



■ Sacabocados para talabartería



■ Conjunto de tenazas



■ Tenazuelas (playos) en diferentes medidas



■ Llave de pico



■ Alicata giratorio en diferente medida



■ Imponentas (grabados) para talabartería



■ Martillos



■ Lezna



■ Leznas pequeñas



■ Cepillo o sapito



■ Desvirador de cuero fino



■ Cera para dar contextura al hilo y piola



■ Desvirador de cuero grueso





■ Rayador de filo para cuero



■ Rayador de suela para formar grecas



■ Alisador para cuero fino



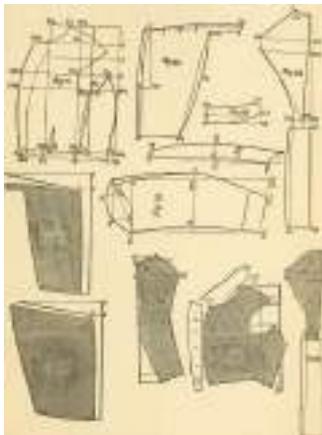
■ Alisadores para diversas clases de cuero



■ Rodillo para adornar la suela



■ Cliché para billeteras



■ Modelos para trazado de alta costura



■ Moldes para talabartería



■ Mordaza para coser chaucheras



■ Tablero para temprar el cuero



■ Moldes para polainas



■ Desvastadora manual



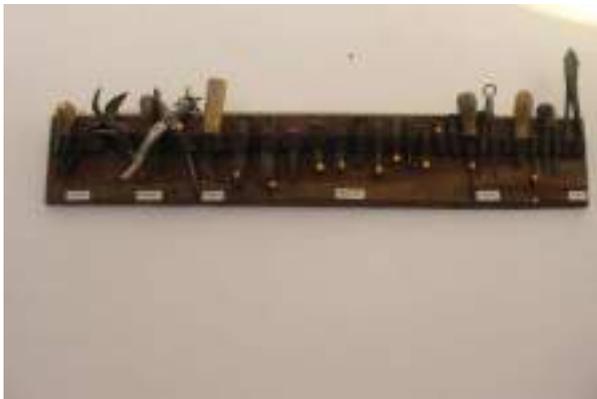
■ Bruñidor de cuero



■ Alisadores de cuero



■ Podos de barro, y guaranga para la tintura del cuero



■ Porta herramientas de talabartero



■ Moldes para repujar chaucheras



■ Piedra de afilar herramientas grandes



■ Talabartero en el proceso de repujado



■ Tambor para lavar el cuero en el proceso de curtiembre



■ Lima para afilar herramientas metálicas



# FUENTES DE INFORMACIÓN

- Albuja Galindo, A. (1961). COTACACHI en el primer centenario de su cantonización (primera ed.). Cotacachi, Imbabura, Ecuador: Concejo Municipal de Cotacachi
- Alvear, L. (8 de junio de 2018). Talabartero. (M. Posso, R. Cevallos, M. Naranjo, & I. Bedón, Entrevistadores)
- Albuja, G. (28 de julio de 2018). Hija de Luis Alfonso Paaz Gavilánez. (M. Posso, & R. Cevallos, Entrevistadores)
- Andramunio, J. (24 de Junio de 2018). Talabartero de Cotacachi. (R. Cevallos, & I. Bedón, Entrevistadores)
- Andrade Galindo, L., Narváez, E., Romero, V., & Baéz, G. (2008). A orillas del Pichavi, Revista Imbabura,. Ibarra, Imbabura, Ecuador: Casa de la Cultura Ecuatoriana, Nucleo Imbabura.
- Andrade, M. (21 de Julio de 2014). La etnohistoria de Cotacachi, su etimología y su relación la sal. Sarance Nro 31, 129
- Ayala, L. (15 de junio de 2018). Talabartero. (M. Posso, & R. Cevallos, Entrevistadores)
- Calderón, L. (26 de Octubre de 2018). Curtidor de cueros de Cotacachi. (M. Posso, R. Cevallos, & I. Bedón, Entrevistadores)
- Chaves, L. R. (29 de Agosto de 2018). Hijo de Luis Humberto Chaves, talabartero de Cotacachi. (M. Posso, & R. Cevallos, Entrevistadores)
- Cepeda, H. (2008). Rock, cultura y política en los años setenta. Bogotá, Colombia: Pontificia Universidad Javeriana
- Cevallos, F. (15 de octubre de 2018). Artesana modista. (R. Cevallos, Entrevistador) Cotacachi.
- Cevallos, R., Posso M., Naranjo M., Bedón I., & Soria R. (2017). Cosmovisión Andina de Cotacachi, UTN Editorial, Ibarra.
- Cerrón Palomino, R. (21 de agosto de 2012) <https://www.youtube.com/watch?v=wrNhgePezTM>. Obtenido de El idioma secreto de los Incas (Aula Abierta)
- Cevallos, B. (20 de abril de 2019). Talabartero. (M. Posso, R. Cevallos, Entrevistadores) Cotacachi, Imbabura, Ecuador
- Cobos, L. (30 de enero de 2018). Profesora. (R. Cevallos, Entrevistador) Cuenca, Azuay, Ecuador
- De La Vega, C. (17 de febrero de 2017). Profesor y artesano. (M. Posso, R.

Cevallos, I. Bedón, & R. Soria, Entrevistadores) Cotacachi, Imbabura, Ecuador

Echeverría, S. (7 de Febrero de 2019). (M. Poos, & R. Cevallos, Entrevistadores)

Echeverría, G. (09 de febrero de 2019). Maestro artesanal del cuero. (P. Imbaquingo, Entrevistador) Cotacachi, Imbabura, Ecuador

Echeverría, P. R. (1994). Síntesis monográfica del Cantón Cotacachi. Cotacachi, Imbabura, Ecuador : Imprenta del Municipio de Cotacachi

Espinoza, C. (2010). Historia del Ecuador. Quito, Pichincha, Ecuador: LEXUS EDITORES S.A.

Espinoza, O. (22 de enero de 2018). Empresario de Turismo. (R. Cevallos, Entrevistador) Quito, Pichincha, Ecuador

Espinoza, N. (23 de Noviembre de 2008). Hija de Carlos Alfonso Espinoza. (R. Cevallos, M. Posso, M. Naranjo, & I. Bedón, Entrevistadores)

Estrada Saltos, J. J. (19 de marzo de 2019). Vecino del barrio Diablocalle. (M. Posso, Entrevistador)

Farinango Males, S. (2013). Los Imbayas, Las alpargatas de Oro. Ibarra: UTN.

Flores, X., & Zambrano, J. (2003). Elaboración de una guía turística de las Iglesias de la Provincia de Imbabura. PUCESI . Ibarra: PUCESI

García, U. (11 de mayo de 2019). Presidente de la Sociedad de Artesanos de Cotacachi. (R. Cevallos, Entrevistador) Cotacachi, Imbabura, Ecuador.

Gómez, L. (29 de enero de 2019). Esposa de Milton Lara. (M. Posso, & R. Cevallos, Entrevistadores)

González, J. (6 de abril de 2009). Talabartero. (M. Posso, Entrevistador)

González Suárez, F. (2012). Los aborígenes de Imbabura y Carchi. Quito, Pichincha, Ecuador: Tipografía y encuadernación Salesiana

Grijalva, C. E. (1947). Topinimia de las provincias de Imbabura y Carchi. Quito, Imbabura, Ecuador : Editorial Ecuatoriana

Guerrero, A. (1997). Postfacio, Ciudadanía, frontera étnica y binariedad compulsiva. En C. Lentz, Migración e identidad étnica (pág. 338). Quito, Pichincha, Ecuador: Abya Yala

Gutierrez, F. (2019). El terremoto de Cotacachi de 1955, relocalización de la fuente sismogénica utilizando EMS-98. Trabajo de titulación, modalidad proyecto de investigación, previo a la obtención del título de Ingeniero en Geología . Quito, Pichincha, Ecuador .

Guzmán, M. (1961). Organo del Muy Ilustre Concejo Municipal de Cotacachi. Revista del Municipio de Cotacachi. Cotacachi, Imbabura, Ecuador: Imprenta del Municipio de Cotacachi

Guzmán, T. (9 de julio de 2018). Hijo de Segundo Taruino Guzmán Flores. (M. Posso, & R. Cevallos, Entrevistadores)

Haro López, C. G. (4 de febrero de 2018). Hijo de Segundo Camilo Haro Baroja. (M. Posso, R. Cevallos, & I. Bedón, Entrevistadores)

- Hassaureck, F. (2015). Cuatro años entre los ecuatorianos. (J. G. Rendón, Trad.) Quito, Pichincha, Ecuador: Abya Yala
- Herrera, G. (2005). La migración ecuatoriana, transnacionalismo, redes e identidades. Quito, Pichincha, Ecuador : Abya Yala
- Jijón y Caamaño, J. (1940). El Ecuador interandino y occidental. Quito, Pichincha, Ecuador : Editorial Ecuatoriana
- Layne, L. A. (9 de mayo de 2018). Maestro marroquiner. (R. Cevallos, & M. Naranjo, Entrevistadores) Cotacachi, Imbabura, Ecuador
- León, V. (8 de Diciembre de 2018). Talabartero. (M. Posso, R. Cevallos, & I. Bedón, Entrevistadores)
- López, M. (18 de abril de 2018). Esposa de Milton Proaño. (M. Posso, & R. Cevallos, Entrevistadores)
- Mager, E. (2017). Migración y fronteras étnicas. En E. Zarmeño, E. Villegas, & J. Sequera, Procesos de significación de las fronteras (pág. 312). California: Universidad Autonoma de Baja California and Arizona State University
- Meza, M. (8 de noviembre de 2018). Jubilado del Municipio de Cotacachi. (M. Posso, & R. Cevallos, Entrevistadores)
- Miller, J. (1942). Preparación, curtido y arte de trabajar el cuero. (T. A. CONCORDIA, Ed.) Buenos Aires, Argentina: Albatros
- Morales, K. (2013). Los Arrieros. Quito, Pichincha, Ecuador : Noción
- Moreno Proaño, C. N. (2 de abril de 2019). Talabartero. (M. Posso, Entrevistador)
- Moreno, S. (1985). Sublevaciones indígenas en la Audiencia de Quito. Quito, Pichincha, Ecuador: EDIPUCE
- Muenala, T., & H, M. (01 de marzo de 2007). Los Imbayas, gloria del futbol. (H. Muenala, Ed.) RUNAKUNA, 01(01), 24
- Pombosa, E. (25 de Agosto de 2018). Sastre de chompas de cuero de Cotacachi. (M. Posso, Entrevistador)
- Proaño, M. (18 de Marzo de 2018). Empresario Cotacacheño. (M. Posso, & R. Cevallos, Entrevistadores)
- Posso, M. (2008). La Fábrica textil de Imbabura, la historia. Y los acontecimientos más relevantes de Antonio Ante. Quito, Pichincha, Ecuador : Seritex. Recuperado el febrero de 2018
- Rafols, J. M. (2014). La Segunda Guerra Mundial. (S. MEDIAactive, Ed.) Lima: Luppá
- Ramón, G., Bravo, K., Moreno, A., Coba, C., & Haro, C. (2012). Cotacachi: Historia, territorio e identidad. Quito, Pichincha, Ecuador : Editorial Ecuador FBT
- Romero, F. (1989). La recordada Radio Cotacachi. En CXXVIII aniversario de cantonización de Cotacachi (pág. 38). Cotacachi, Imbabura, Ecuador: SENAC

- Romero, V. (2008). A orillas del Pichavi, Serie Nro 30. Ibarra, Imbabura, Ecuador : CCE
- Rueda, Jorge, entrevista de Miguel Posso. Nieto de Rafael Ubidia Saltos (2 de Noviembre de 2018)
- Ruiz, G., & Romero, E. (22 de febrero de 2017). Profesores. (M. Posso, R. Cevallos, & I. Bedón, Entrevistadores) Cotacachi, Imbabura, Ecuador
- Ruiz, R. (28 de febrero de 2017). (R. Cevallos, & I. Bedón, Entrevistadores) Cotacachi, Imbabura, Ecuador
- Ruiz, R. (2018). La Iglesia Matriz de Cotacachi. (G. d. Cotacachi, Ed.) SHIMI, Nuestra voz construye, Nro 2, 24
- Savedra, T. (21 de Mayo de 2018). Músico y Talabrtero de Cotacachi. (M. Posso, R. Cevallos, & I. Bedón, Entrevistadores)
- Saltos, J. (14 de abril de 2018). Talabartero cotacacheño. (M. Posso, R. Cevallos, & I. Bedón, Entrevistadores)
- Saltos, M. (octubre de 2018). Talabartero. (R. Cevallos, Entrevistador) Cotacachi, Imbabura, Ecuador
- Saltos, R. (29 de junio de 2018). Artesano del cuero. (R. Cevallos, I. Bedón, & M. Posso, Entrevistadores)
- Saltos, U. (25 de noviembre de 2018). Ex funcionario del Municipio de Cotacachi. (M. Posso, & R. Cevallos, Entrevistadores)
- Sánchez, F. (junio de 2017). Artista. (I. Bedón, & R. Cevallos, Entrevistadores) Cotacachi, Imbabura, Ecuador .
- Sarzosa, R. (15 de Julio de 2018). Artesano del cuero. (R. Cevallos, Entrevistador) Cotacachi, Imbabura, Ecuador
- Teira, S. (2012). Enciclopedia Total, Historia Universal. Bogotá, Colombia: CULTURAL LIBRERA AMERICANA S.A.
- Unda, L. (13 de Julio de 2017). Emprendedora. (R. Cevallos, Entrevistador) Cotacachi, Imbabura, Ecuador
- Vaca Sánchez, H. (7 de agosto de 2017). Artesano del cuero. (R. Cevallos, Entrevistador) Cotacachi, Imbabura, Ecuador
- Vaca, M. E. (Diciembre de 2017). Artesana del cuero. (R. Cevallos, Entrevistador) Cotacachi, Imbabura, Ecuador



*Jonathan Ferrero*



ISBN: 978-9942-784-50-6

